INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

"El populoso barrio de Santo Tomás La Palma y sus transformaciones urbanas en la primera década del siglo XX"

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRA EN HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA
P R E S E N T A:

MARÍA GUADALUPE NIETO CUEVAS

Directora: Dra. Marisa Margarita Pérez Domínguez
Sinodal: Dra. María Eugenia Chaoul Pereyra
Sinodal: Dr. Ernesto Aréchiga Córdoba

Ciudad de México Septiembre de 2018

Esta Investigación fue realizada gracias al apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

DEDICATORIA

A Petrita Cuevas Ortiz, niña pelirroja de ojos verdes, jovencita que devoraba las nubes, mujer tenaz, delicada y de suave voz, ave de mil colores, escritora anónima, refugio eterno, mi madre.

Al Pbro. Gabriel Piña Landa, hombre de profunda fe y alegría.

Instituto Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Instituto Mora por permitirme ser parte de la Generación XI de estudiantes de la Maestría en Historia Moderna y Contemporánea. A la Dra. Marisa Pérez Domínguez, mi directora de tesis, por invitarme a voltear a otros espacios de la ciudad y ayudarme a consolidar lo que en un momento era sólo una idea vaga, gracias por su orientación y sus constantes lecturas minuciosas que me permitieron avanzar con claridad, por todo su apoyo. A la Dra. María Eugenia Chaoul Pereyra, quien contagió su entusiasmo y me animó a aferrarme al populoso barrio de Santo Tomás La Palma, sin su forma de entender la historia urbana no lo hubiera logrado, gracias por aquella clase de *Ciudad* que hizo de mi paso por la maestría un oasis. Al Dr. Ernesto Aréchiga Córdoba por interesarse en esta investigación, por sus comentarios siempre apropiados que fueron de gran utilidad, por las pláticas sobre los barrios de oriente y por recordarme lo maravilloso que resulta ser un *flâneur* en la ciudad de México.

A lo largo de estos dos años conocí a profesores que recordaré con un cariño especial, la Dra. Laura Suárez, la Dra. Odette Rojas y el Mtro. Alfredo Ruiz Islas. En este tiempo también llegaron a mi vida nuevos amigos que me alegraron, dentro y fuera del Instituto. Por todos los buenos, malos, chuscos y comprometedores momentos, ustedes ya son parte de mi esencia, gracias Lupita, Maddelyne, Daysi, Celeste, Adriana, Isabel, Alicia, Dario, Alan y Aida, ya he comenzado a extrañarlos. De manera especial, agradezco a Diego por hacer este viaje más ligero y por compartir las andanzas en esta ciudad de concreto que se vuelve hipnótica. A Jimena, amiga sabia y dedicada, a quien me une el amor por los conventos, la música y el baile.

Agradezco a mi familia, mi cosmos preferido, mi primavera eterna. A mi mamá, Petrita Cuevas, por estar siempre atenta a mi trabajo, por hacer de las palabras un bálsamo que curan el alma y por su corazón generoso, reflejo del cielo y el mar. A mi papá, Arturo Nieto, por su mirada de amor. A mi hermano Antonio, por hacer que la vida sea un bello poema, un canto y una flor y por encontrar en las simples cosas la

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

delicada magia de la vida. A Arturo, viento alegre, colibrí en movimiento, eterno compañero de viaje. Gracias por ser mis amigos y compañeros inseparables.

Agradezco a Mario Hugo Cuéllar Meléndez, colega, amigo y compañero por todo su cariño, por caminar juntos por aquellos barrios de oriente que aún permanecen como vestigios de una ciudad que contemplamos con añoranza. Andar por la ciudad es un gusto compartido que nos llevó a sorprendernos, más de una vez, de nuestros "descubrimientos" de aquellas viejas calles que aún registran su pasado anfibio, de iglesias que continúan a pesar del tiempo y a quedar sin palabras ante el bullicio de esta ciudad que parece un gran mercado. Gracias por subir montañas, caminar sobre murallas y cruzar fronteras, siempre habrá un lugar que nos estará esperando.

Agradezco a Ruth Martínez Nataret por todo el apoyo que me ha dado de manera incondicional. Amiga sincera, cálida, divertida e intrépida, con quien el tiempo se convierte en una experiencia inigualable. Gracias por hacer de la vida una tertulia eterna que se disfruta con un bolero, un son o una cumbia y se acompaña de un buen torito o un mezcal. A Luz del Carmen Belmúdez por su gran corazón, por ser un gran ejemplo de amor, siempre será mi "damita" preferida. A Joaquín Contreras, por escucharme siempre atento, por sus amables consejos, por ser solidario y generoso, sé que no soy la única despistada del universo. A Teresa Pacho, por su singular alegría, por las largas charlas y gratas tardes de cafecito. Gracias porque con ustedes podría cruzar el mundo entero.

Agradezco a Zianya Martínez, a Mary Camacho, a Alicia Santiago, a Liliana Amares, a Rosana García, a Sarita Ramírez y a Alicia Garrido por todo el apoyo que me han dado, sé que siempre podré contar y cantar con ustedes. Agradezco a Rubelio, a Miguel, a Gelacio y a Gabriel, por enseñarme que con permanencia, trabajo y lucha todo puede cambiar.

Agradezco a Elena Morales Zea por su amistad, cariño y generosidad. Por estar juntas en diversas actividades y hacer de cada una de ellas única, por todo su entusiasmo y por convertir en hermosos mapas lo que había en mi cabeza, estoy en deuda, gracias por ser mi medio aguacate. A Miriam Real por ser mi amiga desde hace muchos años, por su apoyo continuo, porque nos tocó coincidir en medio de "tantos siglos, tantos mundos y tanto espacio". A Florencia Botazzi, amiga querida a

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

quien recuerdo con cariño y siento escucharla cada vez que la necesito, estas son las ventajas del corazón, estar cerca de quien uno quiere a pesar de la geografía. A Francisco Ariza, quien me enseñó que un Tiramisú de limón se disfruta mejor si se escucha a Lou Reed, por las tardes de teatro en la calle de la Melancolía.

Agradezco a Mauricio Alvarado por todo su tiempo y su cariño, por los proyectos que nos esperan. A David Camargo por estar juntos en Amadís. A Nicolás Vázquez, a Carlos Montenegro, a Iyalí García, a Diana Zamora, a Jesús Fernández y a Yuridia Castillo por permanecer conmigo a pesar del paso del tiempo. A Ricardo Cantarel y a Paty, mi dueto preferido. A Georgina Meléndez, a Enrique Cuéllar, a Ragdé, a la familia Martínez Nataret, apoyo invaluable que acompañan mi vida.

Una grata sorpresa fue llegar a la parroquia de Santo Tomás La Palma, lugar que pronto se convirtió en mi segundo hogar. Ahí conocí a personas generosas, trabajadoras y de gran corazón, quienes convirtieron mi tránsito por el barrio de la Merced en una experiencia inigualable. Agradezco a Laura Piña y a sus hijos: Saúl, Orlando y Laurita, por hacerme sentir bienvenida cada vez que pisé la parroquia; a Gaby, Rocío, Tere, Ricardo, Esther, Rosita, Domi, Modesto y Miguel. A Ángel Regalado, cantor organista y cronista de corazón.

Mi especial agradecimiento y reconocimiento para el Pbro. Gabriel Piña Landa, sacerdote con vocación, cercano y consciente de la vida cotidiana de sus ovejas; amigo con quien compartiré siempre el gran amor por la cultura, la ciudad y por sus barrios. Como todo cambia, nos tocó terminar una etapa a los dos, pero sé que las paredes de aquella parroquia guardarán el eco de nuestras voces y pasos porque “uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida”.

Agradezco la amable atención del personal de la Biblioteca Ernesto de la Torre del Villar del Instituto Mora y de la Biblioteca del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-CIESAS. Asimismo, agradezco al Archivo Histórico del Distrito Federal y a la Hemeroteca Nacional de México por facilitar el material necesario para este trabajo.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1. LA CIUDAD DE MÉXICO "FUTURA CIUDAD DE AZÚCAR Y FILIGRANA"	23
La capital del país. Un mundo nuevo	25
"Derribar para construir": la expansión de la ciudad	28
Del ocote y la trementina al alumbrado eléctrico	34
¡El tiempo devora la vida!". La sincronización del tiempo y el transporte eléctrico	38
Proyectos para los "nuevos" ciudadanos: educación e higiene	43
"Gloriosas y fáusticas": el desagüe, el saneamiento y el servicio de limpia	49
CAPÍTULO 2. DE LOS BARRIOS DE ORIENTE AL BARRIO DE SANTO TOMÁS LA PALMA	55
Los "barrios de oriente" vistos a partir de médicos y escritores de la época	57
El "otro lado": los barrios de oriente	65
Delimitación espacial de Santo Tomás La Palma	70
Descripción del barrio de Santo Tomás La Palma	81
Los fangales	91
Delincuentes, valentones y bulliciosos	96
"Prólogo" de dos criminales de barrio: Indalecio y Policarpo	99
CAPÍTULO 3. LA POPULOSA BARRIADA DE SANTO TOMÁS LA PALMA SE TRANSFORMA	109
Manos a la obra: proyectos de mejoras y embellecimiento	111
¿Cambia, todo cambia en Santo Tomás La Palma?	120
Embellecimiento de plazas y jardines	123
"Más vale tarde que nunca": obras de saneamiento, servicio de limpia y abasto de aguas	130
El alumbrado, un eficaz auxiliar de la policía	140
De plazuelas y jacalones: diversiones públicas	144
Teatro Guillermo Prieto	148

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

CONSIDERACIONES FINALES 163

FUENTES PRIMARIAS Y BIBLIOGRAFÍA 171

ANEXO 183

Instituto Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

LISTA DE CUADROS

Pág.
Cuadro 1. Barrios de oriente 70
Cuadro 2. Parroquias en que se dividió la ciudad de México 72

LISTA DE MAPAS Y PLANOS

Mapa 1. Barrios de la ciudad de México 69
Mapa 2. Delimitación parroquial 80
Mapa 3. La ciudad de México con número de habitantes y establecimientos por cuartel 82
Mapa 4. Ubicación del cuartel II y del barrio de Santo Tomás La Palma 83
Mapa 5. Mapa del barrio de Santo Tomás La Palma 89
Mapa 6. Plano de ciudad de México Comisión de Mejoras y Embellecimiento 116
Mapas 7-8. Comparativo de los barrios de oriente 1880-1901 117
Mapas 9. Planos de 1880 y 1901 sobrepuestos 118

LISTA DE IMÁGENES

Imagen 1. Parroquia de Santo Tomás La Palma 79
Imagen 2. Hombre sentado afuera de la parroquia de Santo Tomás La Palma 86
Imagen 3. Un precoz criminal 101
Imagen 4. Gran bolantin de caballitos en la plazuela de La Candelaria 128
Imagen 5. Calle del Olvido 134
Imagen 6. Fachada del teatro Guillermo Prieto 150
Imagen 7. Interior del teatro 151
Imagen 8. Planta de la galería 152
Imagen 9. Sección longitudinal de la galería 152
Imagen 10. Cartel del teatro Guillermo Prieto. Adiós al público de La Palma 155
Imagen 11. Cartel del teatro Guillermo Prieto, 1905 156
Imagen 12. Teatro Guillermo Prieto 158

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

ABREVIATURAS

AHDF	Archivo Histórico del Distrito Federal
MA	Memoria del Ayuntamiento
APSTAP	Archivo Parroquial de Santo Tomás Apóstol La Palma

Instituto Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Emoción: se ha pronunciado la frase que es casi tabú para quien pretende estudiar los hechos sociales. En mi opinión, la emoción no es, como a menudo se cree, una exclusión de la razón, ni tampoco ese sentimiento empalagoso que recubre de manera uniforme los lienzos de la realidad redescubierta; por el contrario, es uno de los muros de apoyo sobre el que se funda el acto de comprender, de investigar, pues por la brecha que abre entre sí y el objeto mirado se introduce la interrogación. La emoción no necesariamente genera contemplación, ni tampoco oblación; asimismo, es el ensañamiento empleado en comprender la violencia y la debilidad de las cosas, la mediocridad y lo inaudito de las situaciones; es también la confrontación con lo insólito al mismo tiempo que una manera de dejarse conmover por lo que ya se conoce.

Arlette Farge, *La vida frágil*, 1994.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

INTRODUCCIÓN

En la esquina de mi barrio hay una tienda
que se llama "La ilusión del Porvenir",
junto de ella está la fonda de Rosenda
que en domingos le echa al mole ajonjolí.

Frente se halla la botica "La Aspirina",
donde surte sus recetas mi'ama;
tiene junto la cantina "Mi oficina"
donde cura sus dolencias mi'apa
y le sigue "La mejor", carnicería,
donde vende el aguayón Don Baltasar.

Es la esquina de mi barrio, compañeros,
un lugar de movimiento sin igual;
los camiones, los transeúntes y los perros
no la cruzan sin tener deficultad.

Cuando no ha habido moquetes, hubo heridos
o algún sonzo que el camión ya lo embarró,
otras veces sólo hay gritos y chiflidos
o se escucha el cilindrero trovador.

Contra esquina, donde está la pulquería,
hay un puesto de tripitas en hervor;
allí afuera, siempre está la polecía
y ahí tiene su cuartel el cargador.

La esquina de mi barrio, canción escrita por Chava Flores

A finales del siglo XIX el diario *La Patria* hizo una fuerte crítica a un artículo titulado "La Ciudad Moderna", publicado por *El Municipio Libre* y el cual era el periódico oficial del Ayuntamiento, pues desde su perspectiva, sostenía una visión "color de rosa" respecto a los adelantos materiales de la capital mexicana. En la citada noticia, el autor señalaba que era moderna porque en "todos los alrededores de la ciudad se ha[bían] construido magníficas fincas con sus fachadas de bonito estilo arquitectónico; se ha[bían] empleado en muchas de ellas ricos materiales de construcción como mármoles y chilucas finas y de colores variados".[1] En contraste

[1] *La Patria,* 2 de marzo de 1894, p. 3.

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

a lo referido, *La Patria* también apuntaba que las "grandes bellezas esta[ban] asentadas sobre una inmensa y mortífera charca que diezma[ba] a la población, y [quedaban] rodeada[s] de barrios en los que las vías públicas [eran] también asquerosos lodazales o muladares nauseabundos".[2] La discusión entre estos dos diarios nos permite imaginar una ciudad contradictoria y ambivalente, en la que, si bien se notaban cambios materiales que la hacían lucir diferente, también coexistían en ella barrios populares en donde abundaban "lodazales" y "muladares", uno de ellos fue el de Santo Tomás La Palma.

Este populoso barrio, casi siempre descrito por los escritores de la época como un sitio de calles tortuosas y vericuetos sin salida, fue bautizado con el nombre de la parroquia homónima que sigue de pie hasta nuestros días, el cual unió en uno solo, como si se tratara de "un acto divino", el nombre de dos barrios: el de Santo Tomás y el de La Palma. Este espacio fue inspiración de poemas, notas periodísticas, célebres leyendas y picarescas obras de teatro que evocaban, en parte, la esencia que se respiraba en este lugar. También cobró fama por albergar a gremios de artesanos y diversos oficios entre los cuales destacaban los tejedores de palma, curtidores y zapateros, quienes utilizaban los canales y zanjas para deshacerse de los residuos que dejaban, además de contar con una amplia población de jornaleros y comerciantes, en virtud de la cercanía con los puntos de desembarque y abastecimiento de la capital del país.

Las condiciones geográficas y urbanas de este barrio obraron para que se convirtiera en un sitio de permanente entrada, salida y habitación de numerosas personas, tornándose populoso. Esta situación contribuyó a que se agravaran algunos problemas sociales como la pobreza, la falta de servicios urbanos y, con ello, se creara un ambiente peligroso e insalubre, elementos que difícilmente podían disociarse y que, en repetidas ocasiones, fueron utilizados por la prensa capitalina para referirse a Santo Tomás La Palma. En este sentido, fue recurrente que en sus notas se enfatizaran las constantes riñas, escándalos de plazuela, asesinatos, pugnas y enemistades con los habitantes de otros barrios, enfrentamientos de valentones, la falta de seguridad y la insalubridad que había en sus calles.

[2] *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Ubicado al oriente de la ciudad de México, el barrio de Santo Tomás La Palma estaba "formado por calles tortuosas y casas bajas, que más que tales parec[ían] miserables barracas de gitanos",[3] según la descripción que hacía *El Diario del Hogar.* Este pequeño fragmento de aquella compleja ciudad de principios del siglo XX, a pesar de que inspiró y preocupó a escritores, autoridades políticas y médicas, así como a los mismos habitantes y vecinos de la ciudad por la carencia de servicios, por las condiciones materiales y sociales en las que se encontraba, ha sido escasamente estudiado. Una de las razones es que los trabajos de historia urbana e historia cultural han focalizado su atención sobre las transformaciones urbanas y los cambios que se incorporaban en la vida cotidiana, principalmente, de la población del cuadro central de la capital. Es por ello, que hay numerosos trabajos que han enfatizado la implementación de servicios como el alumbrado eléctrico, el uso de nuevos transportes, la construcción de sistemas de saneamiento en red y el uso de un tiempo sincronizado como parte de la modernización de la capital del país.

No obstante, la historia de las transformaciones urbanas del barrio de Santo Tomás La Palma nos cuenta otra parte de aquel proceso de modernización que sólo ha sido entendido por estos cambios, en apariencia radicales, en donde la luz de los grandes almacenes devoraba la oscuridad, el tranvía corría sin detenerse por los alrededores de la ciudad y se daba paso a un nuevo sistema de saneamiento que a más de un sentido había favorecido pues, permitía ocultar de la vista los desechos y hacía que el olfato escapara de los malos olores. En este tenor, las transformaciones que se intentaron implementar en este barrio nos permiten conocer parte del discurso modernizador mediante el cual se intentó cambiar, a través de proyectos urbanos, un lugar que fue considerado como peligroso e insalubre, pero que, paradójicamente, también era resultado de un complejo proceso de cambios.[4]

---

[3] *El Diario del Hogar,* 30 de julio de 1886, p. 2.

[4] Cabe señalar que Diego Antonio Franco, en su tesis titulada "Vecinos de la modernidad", realizó una clara distinción sobre tres conceptos: modernidad, modernización y modernismo. La primera de ellas evoca "la dialéctica entre modernización y modernismo"; la segunda, se refiere a los cambios económicos, políticos, institucionales y materiales; y, la última, es la manera en que las personas se

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

De acuerdo a lo anterior, resulta pertinente caminar por otros derroteros que permitan ampliar y renovar el campo de estudio de uno de los espacios, quizá, de mayor concurrencia por los historiadores, la ciudad de México. Es por ello que, el barrio de Santo Tomás La Palma constituye el espacio de estudio de la presente investigación, la cual tiene como objetivo analizar las transformaciones urbanas que se desarrollaron en él durante la primera década del XX, pues fue durante estos años en los que hubo un notable interés por parte de las autoridades para realizar proyectos de mejora y embellecimiento que buscaban sanearlo, ordenarlo y embellecerlo y, con ello, modificar no sólo su aspecto físico, sino también, transformar el comportamiento de sus habitantes, pues los trabajos urbanos emprendidos conllevaban un carácter civilizador que pretendía poner fin a los problemas de este populoso barrio.

De esta manera, se han realizado algunas preguntas que guiarán esta investigación: ¿cuál era el ideal de ciudad moderna a la cual aspiraban las élites capitalinas?, ¿cómo fueron vistos los barrios de oriente por las autoridades y escritores de la época?, ¿cuáles fueron los elementos espaciales, sociales y culturales que articularon el barrio de Santo Tomás La Palma?, ¿qué factores se tomaron en cuenta para introducir mejoras en este barrio?, ¿cuáles fueron los proyectos urbanos que desarrollaron las autoridades de la ciudad de México para transformar los barrios de oriente y, de manera particular, el barrio de Santo Tomás La Palma?, ¿se cumplieron los objetivos de las autoridades de transformar este espacio para corregir las conductas de los sectores populares que habitaban este barrio?

Estado de la cuestión

Las transformaciones urbanas que tuvieron lugar en la ciudad de México a finales del siglo XIX y principios del XX han recibido atención de estudiosos de diversas disciplinas como la sociología, el urbanismo y la arquitectura. Las aportaciones desde el campo de la historia han sido vastas y del interés de diferentes posturas

posicionan frente a la modernización, esta puede ser a través de “los modos cotidianos de ser y habitar el mundo y el espacio”. Ver Franco, “Vecinos”, 2018, p. 15.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

historiográficas. Durante la última década, los trabajos que se han ocupado de esta problemática han sido numerosos: los que abordan los procesos de urbanización desde la infraestructura, las obras y servicios,[5] la gestión municipal,[6] los cambios culturales,[7] sociales,[8] la modificación y apropiación de los espacios como producto de la expansión[9] y modernización en la ciudad de México durante el porfiriato.

En este sentido, los estudios de las transformaciones urbanas se han desarrollado a partir de diferentes enfoques, desde la historia urbana, política, social

---

[5] María Patricia Vega Amaya plantea en "El gobierno de Ramón Corral en el Distrito Federal, 1900-1903", que de acuerdo con los intereses económicos que tenían algunos grupos políticos dentro de la construcción de obras públicas y dotación de servicios, más allá de satisfacer las necesidades de los habitantes, intentaban proyectar una ciudad moderna que fortaleciera la imagen del régimen político y beneficiara los intereses de políticos locales. De esta manera, se coloca a los servicios urbanos como una constante pugna entre el Gobierno del Distrito y el Ayuntamiento. Vega, "El gobierno", 2004.

[6] El caso de Tacubaya que presenta Sergio Miranda en "Urbanización, servicios públicos y gestión municipal", refleja que los problemas que había en este espacio no eran diferentes a los que otras municipalidades estaban pasando. Algunos de ellos, eran causados porque las autoridades al mando no estaban capacitadas para atender cuestiones técnicas y porque la gestión de las autoridades duraba poco tiempo para poder atenderlos. Esto ocasionó que las mismas autoridades del Ayuntamiento aprobaran el establecimiento de una Dirección de Aguas y Obras Públicas de Tacubaya, oficina que contaría con el "conocimiento práctico de la ciudad" para satisfacer las necesidades de los habitantes, además de que "representó el esfuerzo de las autoridades locales por modernizar su estructura administrativa y sus políticas públicas". Miranda, "Urbanización", 2016, pp. 26-27.

[7] La especificidad del trabajo que presenta Lillian Briseño, *Candil de la calle oscuridad de su casa,* es el acercamiento que presenta sobre la incorporación de la luz eléctrica a la ciudad de México a finales del siglo XIX a través de una microhistoria que parte de lo particular para poder analizar con detenimiento lo social y lo cultural de una sociedad que experimentó, no sólo la llegada de la luz eléctrica como un servicio que transformó el espacio, sino que además, rompió con expresiones cotidianas. Briseño, *Candil,* 2008.

[8] Claudia Juárez de la Rosa en su trabajo "Entre imaginarios y prácticas sociales" enfatiza la "participación pública", las experiencias y las percepciones que tuvieron los habitantes de la ciudad frente al servicio de los ferrocarriles urbanos. Su estudio se sitúa dentro de la historia urbana y social y en él se advierte cómo es que la construcción de los caminos de fierro no sólo fue sinónimo de modernidad y progreso por ser uno de los servicios de mayor envergadura en la capital y posibilitar la movilidad social y de mercancías, sino que, además, alrededor de ellos se dejó registro de una identidad colectiva que marcó las experiencias sociales de los habitantes de la ciudad. Juárez, "Entre imaginarios", 2007.

[9] Entre la década de los años setenta y ochenta del siglo XX se realizaron significativas contribuciones a la historiografía urbana que colocaban las leyes de desamortización como el eje fundamental de la expansión de la ciudad y, con ello, de la urbanización de los barrios que quedaban alejados. Así, los aportes de María Dolores Morales y Alejandra Moreno Toscano, reunidos en *Ciudad de México: Ensayo de construcción de una historia,* nos acercan a conocer el proceso y expansión de la ciudad de finales del siglo XIX, a través del análisis de los conflictos que se desarrollaron con la creación de nuevos fraccionamientos, así como la incorporación de servicios urbanos. Ver Morales, "La expansión" y "La nacionalización", 2011 y Moreno, *Ciudad de México,* 1978.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

y cultural, como parte de un proceso en el cual estuvieron implícitas las autoridades, los habitantes, la ciudad, pero, sobre todo, se ha recalcado de manera permanente el impacto que tuvo la modernización. Todas estas contribuciones han abonado la idea de que en aquellos lugares en donde la construcción de obras públicas y la implantación de servicios no se efectuaron, como sí sucedió en el cuadro principal de la capital, quedaron sujetos a una vida "tradicional".

De ahí que el análisis del trabajo de Andrés Lira,[10] *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México,* se haya convertido en una fuente obligada, pues el autor, a partir de una historia institucional, realizó un seguimiento de lo que implicó para los pueblos y barrios formar parte de la ciudad moderna. Asimismo, su estudio se convierte en piedra angular para conocer la dinámica de la parte oriente y sureste de la ciudad, en tanto que aborda los barrios y pueblos que pertenecieron a la parcialidad de San Juan Tenochtitlán. Su investigación nos permite conocer cuáles fueron algunos de los trabajos que se desarrollaron por estos lugares, como el caso del pueblo de Magdalena Mixiuca o los barrios de Zoquipa y Tultengo, en donde la actividad chinampera y de los zacatales resultaron ser las principales. Cada uno de los elementos que arroja alimenta las características de la zona, ya que señala algunos de los oficios, describe su geografía y, aunque fueron desapareciendo con el tiempo, nos remiten a las dinámicas que tuvieron lugar en esa parte de la ciudad.

Aunque la historiografía ha dedicado atención a estudiar las transformaciones urbanas en la parte central de la ciudad de México y, si bien, hay trabajos que se han enfocado a los barrios o suburbios de la capital, como los realizados por Sergio Miranda en *Tacubaya de suburbio veraniego a ciudad*;[11] el de Elena Ramos que analiza el caso de San Ángel;[12] y el de Ernesto Aréchiga en

[10] Andrés Lira señala que: "hay dos protagonistas: las comunidades y pueblos indígenas, que no parecen tener voz propia y constante a lo largo y a lo ancho de esa realidad histórica, y sin embargo siempre han estado allí. No es que no tengan voz, en verdad; es que no se las escucha, pues se ha puesto la atención en otros protagonistas de nuestra historia. En los ámbitos locales son las ciudades a quienes se ve y se oye. Es la ciudad la potencia expansiva que parece darle sentido a la historia […]". Su postura es interesante porque nos invita a mirar a otros espacios que conformaban la ciudad. Lira, *Comunidades*, 1995, p. 14.
[11] Miranda, *Tacubaya,* 2007.
[12] Ramos, "San Ángel", 2009.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Tepito: del antiguo barrio de indios al arrabal,[13] pocos son los estudios que se han detenido en el análisis sobre el impacto que se registró en los barrios que quedaron sujetos a la categoría de "barrios de oriente" y, de manera específica, al barrio de Santo Tomás La Palma.

Al respecto, el trabajo de Márquez Morfín, *La desigualdad ante la muerte,*[14] arroja sugerentes datos de los barrios localizados en el sureste y en la parte oriente, mostrándonos una permanencia del espacio geográfico, prácticas culturales, sociales, así como algunos oficios que estuvieron vigentes hasta principios del siglo XX. La preocupación por entender estos barrios durante el virreinato, el siglo XIX y principios del XX, ha despertado el interés de Marcela Dávalos,[15] Lourdes Márquez Morfin y Andrés Lira, quienes nos remontan a las actividades y al espacio de aquella zona, requisito indispensable para comprender cómo fue el barrio de Santo Tomás La Palma, pero también, para diferenciarlo como espacio parroquial, el cual estaba conformado por seis barrios indígenas y un pueblo desde finales del siglo XVIII: la Concepción Ixnahualtongo, la Resurrección Tultengo, San Agustín Zoquipa, San Diego Temazcaltitlán, San Mateo Zacatlán, San Nicolás Ozoloacán y Magdalena Mixiuca; pueblos y barrios que permanecían "en la ciudad como huellas del pasado colonial y de la sociedad indígena".[16]

El acercamiento a la historiografía urbana también se ha caracterizado por el estudio de sectores populares. El trabajo de Mario Barbosa, *El trabajo en la calle,*[17] aborda a los actores sociales, "pobres urbanos", que realizaron actividades de subsistencia y prácticas sociales en las arterias de la ciudad, como también la forma en que se relacionaron con los poderes gubernamentales y el impacto de las políticas urbanas.

Por otro lado, hemos recurrido a obras que permitieron recrear el contexto de la sociedad porfiriana que habitó en la ciudad de México a finales del siglo XIX. Estas obras, nos permitieron conocer el impacto que el discurso de modernidad tuvo en la

[13] Aréchiga, *Tepito,* 2003.
[14] Márquez, *La desigualdad,* 1994.
[15] Dávalos, "Barrios", 2012, pp. 143-159.
[16] Valencia, *La Merced,* 1965, p. 81.
[17] Barbosa, *El trabajo,* 2008.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

vida cotidiana de los pobladores de la capital, así como en las colonias y barrios populares. Estos estudios hicieron posible el acercamiento, por un lado, a la ciudad ideal –discursiva– y a la ciudad real. En este rubro, los trabajos de Pablo Piccato, *La Ciudad de sospechosos,*[18] de Antonio Padilla Arroyo, *De Belem a Lecumberri,*[19] *y* Alex Garza, *El lado oscuro del Porfiriato*,[20] están dentro de los estudios historiográficos que resultan importantes para esta investigación.

Piccato realizó un estudio que propone un acercamiento al crimen desde un conjunto de relaciones entre los actores y las acciones realizadas, de suerte que el crimen constituye el resultado de un engranaje social. Por otra parte, Antonio Padilla Arroyo aborda el tema desde "un estudio de exclusión", la cual fue legitimada desde el Estado, es decir, la manera de cómo diferentes autoridades porfiristas fueron construyendo un discurso en torno a la criminalidad y la ciudadanía a partir de la criminología, el derecho penal y la antropología, lo que generó que, a partir de la raza, la clase social y el género, se marginara a los sectores menos favorecidos. En tanto, Alex Garza nos describe a través de casos específicos como el "Chalequero", Francisco Guerrero; "El tigre de Santa Julia", Jesús Negrete; y el de Arnulfo Arroyo, cómo se materializó en la traza de la ciudad el discurso que las élites tenían de los criminales.

Propuesta metodológica y conceptos

La metodología y los conceptos que se utilizarán para el desarrollo de la presente investigación son producto de la reflexión que se ha hecho sobre nuestra hipótesis y objetivos planteados. Partimos de la hipótesis que durante la primera década del siglo XX las autoridades de la ciudad de México se interesaron por desarrollar una serie de proyectos de mejoras urbanas mediante las cuales se buscó transformar el barrio de Santo Tomás La Palma con el objetivo de terminar con ciertas prácticas y conductas de sus habitantes consideradas como delictivas y transgresoras y, al mismo tiempo, cumplir con el modelo de ciudad moderna que representaba el cuadro

[18] Piccato, *La Ciudad,* 2010.
[19] Padilla, *De Belem,* 2001.
[20] Garza, *El lado oscuro*, 2008.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

principal de la capital. Con la finalidad de demostrarla se desarrollarán una serie de objetivos: se analizará parte del discurso de modernidad que permeó las transformaciones urbanas a principios del siglo XX de la ciudad de México; se delimitará el barrio de Santo Tomás La Palma a partir de elementos históricos, culturales y sociales; y, por último, se analizarán las formas en que los proyectos de mejora impactaron en la vida de sus habitantes.

Por esta razón, se propone realizar un acercamiento desde la historia urbana y social para conocer cuál fue el impacto de las transformaciones urbanas ocurridas durante la primera década del siglo XX en el barrio de Santo Tomás la Palma, como parte de un proyecto de modernización que buscaba rehabilitarlo y embellecerlo. La idea de integrar estas propuestas se debe a que han proporcionado herramientas teóricas y conceptuales que se nutren entre sí y aportan a esta investigación un marco referencial de conjunto que permitirá pensar, no sólo en cuál fue la relación entre espacio urbano y actores sociales o las relaciones sociales entre sus habitantes a partir de las transformaciones urbanas, sino que se trata de entender el espacio barrial más allá de un mero escenario, es decir, entenderlo en su carácter de protagonista.

Por un lado, la historia urbana,[21] posibilitará conocer el crecimiento poblacional, la expansión territorial, la implementación de servicios y la planificación urbana durante el periodo de estudio, para investigar de manera particular el barrio de Santo Tomás la Palma.[22] Dentro de esta investigación, las transformaciones

[21] Para Sergio Miranda la historia urbana no se ha logrado desarrollar como un género historiográfico sino como "un conjunto de aproximaciones indirectas a la historia de las ciudades elaboradas desde otros enfoques historiográficos". Este problema es abordado en Miranda, "La historia", 2012, pp. 349-361.

[22] La historia urbana nació en la década de los sesenta como parte de la historia social, pero fue hasta finales de esa época y durante los años ochenta que emergió la nueva historia urbana y "asumió que la ciudad era objeto y sujeto de la historia y que, por tanto, existe una unidad y una creatividad de los fenómenos urbanos que requiere investigaciones específicas, distintas a la historia social, política o económica, de las que sin embargo necesita". Como parte de la historia social inglesa, la historia urbana de los años sesenta, se encargó de los fenómenos urbanos a partir de entenderlos en tres ámbitos distintos: secular, temática y contextual. Empero, en la misma década, mientras que en Estados Unidos la historia urbana se ligaba a la historia culturalista, en Francia la historia urbana comenzaba a desarrollarse, sin embargo, fue hasta la década de los ochenta "que la historiografía francesa consolidó a la ciudad no sólo como objeto de estudio de la historia, sino que la reconoció como sujeto de la historia, como la realidad misma, lo cual impuso un acercamiento a la misma con pretensiones de totalidad". *Ibíd.,* pp. 351, 353, 354.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

urbanas deben de entenderse como parte de procesos históricos complejos que forman parte de la historia de la ciudad, sin olvidar que ésta es objeto y sujeto de la historia y que, junto a quienes la habitan, desarrollan una relación dialéctica.[23]

Por otro lado, Marshall Berman considera a la modernidad como un proceso que se expande por el mundo y que modifica los entornos. Para Berman "las experiencias modernas atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y de la nacionalidad, de la religión y de la ideología", empero, su contradicción reside en que, si bien, "une a toda la humanidad", se trata de "la unidad de la desunión [que] nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha, de ambigüedad y de angustia".[24] Así, la modernidad se debe de entender como parte de un proceso histórico que genera una serie de discursos, los cuales son avalados por autoridades, médicos, salubristas, urbanistas y se materializan en la ciudad a través de la implementación de servicios, construcción de obras públicas e implementación de nuevas tecnologías encaminadas a hacer un llamado a la conducta ejemplar de los habitantes de la ciudad.

El rumbo

A partir de los documentos que fueron consultados para desarrollar esta investigación se pudo notar que, de manera continua, se referían a Santo Tomás La Palma como rumbo y barrio, como si fueran sinónimos. No obstante, estos conceptos que en la época fueron utilizados de manera indiscriminada, nos

[23] De acuerdo a la propuesta elaborada por el historiador Lewis Mumford, las transformaciones urbanas que se desarrollaron en la ciudad constituyeron parte del proceso de modernización, el cual se alimentó de los descubrimientos científicos, de la industrialización que transforma el conocimiento, la tecnología e incrementa el ritmo de la vida, empero, más que oponerse a formas tradicionales de vida, ésta transformó la ciudad, pero no siempre lo hizo para que mejoraran las condiciones de sus habitantes. Así, la idea de la ciudad que surge como parte de los "triunfos mecánicos" que quedan materializados para cumplir con funciones civilizadoras se desvanece frente al postulado de Mumford, ya que se gestan procesos de "desurbanización" internos que contrastan, pero que son resultado de las grandes metrópolis. Mumford, *La cultura,* 1945 y Homobono, "La ciudad", [artículo en línea], pp. 175-256. <http://hedatuz.euskomedia.org/2768/1/01750256.pdf> [Consultado: 12 de junio de 2018].

[24] Berman, *Todo lo sólido,* 1988, pp. 1-2.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

posicionan frente a dos categorías que en la práctica resultan ser distintas y que, por lo tanto, merecen que pensemos en lo que significa cada una de ellas.[25]

Según el Diccionario de la Real Academia, la palabra rumbo señala la "dirección considerada o trazada en el plano del horizonte, y principalmente cualquiera de las comprendidas en la rosa náutica",[26] por lo tanto, refiere orientación y, aunque, no indica algún punto exacto y muchas veces se torna una referencia vaga, tiene la cualidad de ser utilizado por los individuos como un recurso para recordar los espacios por donde transitan, se divierten y habitan, ya sea por la ubicación de algún establecimiento u otra característica importante. De ahí que, en los documentos consultados se pueda leer de manera continua que se refieren a Santo Tomás La Palma como rumbo porque es la manera en que los habitantes de la ciudad de México se posicionan en su andar frente a ella. Por lo cual podríamos

---

[25] Rumbo: El mes de octubre de 1910, el párroco de Santo Tomás La Palma comunicaba al arzobispo José Mora y del Río lo siguiente: "Esta parroquia de mi cargo ha llevado, desde hace mucho tiempo, el nombre de 'Santo Tomas' la Palma. De Santo Tomás, porque es el santo patrono de esta iglesia; y, de la Palma, para indicar el rumbo, pues las calles y la plaza que dan acceso a la iglesia se llamaban de la Palma. Pero el Ayuntamiento de la Ciudad ha quitado ya estos nombres (esta plaza se llama "de los Misioneros") y por este motivo suplico a V.S. Ilma. Se sirva decirme si puedo quitar en los documentos oficiales que en lo sucesivo dirija yo a la Sgda. Mitra, el aditamento de 'La Palma', poniendo únicamente: Parroquia de Santo Tomás". La información que proporciona esta nota es interesante porque en ella se muestran dos puntos importantes, el primero, que el nombre de la parroquia, como el padre lo señala, anunciaba el "rumbo" y, el segundo, que a finales de la primera década del siglo XX las autoridades de la ciudad de México cambiaron los nombres antiguos de las calles por otros que, a su parecer, tenían un sentido más lógico. Así, aquella plazuela de La Palma, corazón del populoso barrio, lugar de encuentros, desencuentros, tragedias de amores y en donde se levantaron espectáculos para divertir a su población, cambió su nombre por el de la Plaza de los Misioneros. Archivo Parroquial de Santo Tomás Apóstol La Palma (en adelante APSTAP), Sección disciplinar, Serie Comunicaciones, Cronología: 1909-1939, Vol. 30, Caja 101, Acta 450.
El cambio de la nomenclatura de las calles fue aprobado por el Ayuntamiento desde 1888 con la finalidad de sustituir el nombre que mantenían, pues fueron considerados por el ingeniero Roberto Gayol como "caprichosos" y "ridículos" y carentes de significado porque aludían a "alguna iglesia o algún puente que ya no exist[ía], de alguna leyenda olvidada con el tiempo, o de algún vecino prominente", sin embargo, estos nombres no habían podido dar "al extranjero ni remota idea del lugar en donde está[ba] situada la calle a que se refier[ían]". De esta manera se trató de sustituirlos por números con el objetivo de establecer un orden homogéneo y racional, no obstante, dicha acción no fue aceptada en la práctica por los habitantes, quienes seguían llamando a las calles con los nombres antiguos, por la referencia de edificios y establecimientos que bautizaban a calles y barrios donde se encontraban. Así, en 1893, el Ayuntamiento decidió que se pusieran de nuevo los nombres antiguos, de manera que coexistieron éstos con la nueva nomenclatura que había propuesto Roberto Gayol y, para el año de 1910, una vez más se cambiaron los nombres de las calles. Ver, Gayol, *Documentos,* 1904, p. 13.

[26] Rumbo, *Diccionario de la Real Academia Española*, [versión en línea], <http://dle.rae.es/?id=WpTIVks|WpVsQAb> [Consultado: 14 de abril de 2018].

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

decir que, en tanto que el rumbo indica los puntos de la "rosa náutica", refiere un conocimiento que se adquiere al caminar y al realizar las actividades cotidianas.[27]

En la historia urbana y social reciente se puede identificar que los historiadores han rescatado el rumbo como categoría de análisis que posibilita, por su naturaleza, establecer una diferenciación entre el orden administrativo establecido por las autoridades y la relación que había entre los habitantes de la ciudad y los espacios. Al respecto, Pablo Piccato señala que los vecinos de la ciudad no la veían de manera centralizada, sino como "un grupo de "rumbos" asociados con edificios u otros marcadores urbanos, más que como una cuadrícula".[28] Se vuelve fragmentaría porque los límites que habían permanecido casi inmóviles durante buena parte del siglo XIX quedaron rebasados; aquella pequeña ciudad se había desbordado. De ahí que este concepto nos permita pensar en una ciudad que se identifica con la vida diaria de sus habitantes, pero también, con la memoria que había de los lugares, sonidos, olores y paisajes, por lo tanto, nos acerca a su percepción del espacio urbano. Incluso, sugiere el autor que, el hecho de que el rumbo refiriera una espacialidad imprecisa funcionaba como una forma en que los habitantes de la capital evadían a las autoridades.[29]

Siguiendo esta misma línea, Mario Barbosa ha retomado la idea de "rumbos comerciales" para referirse a las "zonas de la ciudad que centralizaron las actividades de compraventa de artículos básicos, que concentraron un alto número de vendedores y de prestadores de servicio en las calles".[30] Estos rumbos, sugiere Barbosa, fueron resultado de la fragmentación causada por la expansión urbana y la migración a finales del siglo XIX y principios del XX, siendo parte fundamental de

---

[27] Así, por ejemplo, bajo el título de "Rival canina", el diario *El Imparcial,* publicaba que "por el rumbo de la Palma […] una mujer del pueblo, llamada Celsa Mendoza, penetró a una pulquería y tomando por los cabellos a otra que se encontraba en el interior del establecimiento, de nombre Petra Martínez, la hizo salir hasta la calle, derribándola, y arrastrándola por el embanquetado". En esta nota se hace referencia a una pulquería que se encontraba por aquel rumbo, lugar en donde ocurrieron los hechos, pero que se vuelve difícil encontrar con exactitud. No obstante, estas referencias quedaron registradas en los diarios y por ellas se pueden conocer algunas de las características de Santo Tomás La Palma. *El imparcial: diario ilustrado de la mañana,* 23 de junio de 1899, p. 2.
[28] Piccato, *Ciudad,* 2010, p. 85.
[29] *Ibíd.,* pp. 85-86.
[30] Barbosa, *El trabajo,* 2008, p. 135.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

este proceso las leyes de desamortización pues, con ellas, se transformó la fisionomía, pero también la estructura administrativa de la ciudad. Dichos rumbos comerciales surgieron como puntos de trabajo y de vivienda, pero también como parte de la segregación urbana moderna en donde se confrontaron formas de vida que el propio discurso de la época tildaría de incivilizadas.

Así, aquellas calles que rodeaban a los mercados de la Merced, Tepito, Martínez de la Torre, San Juan, San Lucas, Santa Catarina y San Cosme, se convirtieron en puntos importantes por ser abastecedoras de alimentos y artículos para los habitantes de la ciudad, pero también en ellas se gestaron dinámicas propias y particulares de comercio, de vida y sociabilidad que contradecían los presupuestos de la ciudad moderna porque se generaban actividades de subsistencia, principalmente, para los grupos marginados. Cabe señalar que la idea de rumbo que presenta Barbosa se asocia con la movilidad de los espacios comerciales, los cuales se despliegan sobre las calles, por lo tanto, evoca a estructuras móviles que se identifican en torno a las actividades de comercio, trabajo y vivienda. Para fines de esta investigación, nos parece importante el acercamiento que Barbosa realizó sobre el rumbo comercial de la Merced porque el barrio de Santo Tomás La Palma convivió de manera cercana con él, así como con el del canal de la Viga y el de Jamaica, asimismo, nos permite acercarnos a nuestro objeto de estudio entendiéndolo como un rumbo conocido por las diferentes actividades que se desarrollaban en sus calles, sobre todo, en la plazuela de La Palma, núcleo central de este barrio.[31]

Por último, María Eugenia Chaoul realiza una reflexión sobre la categoría de rumbo en su trabajo *Entre la esperanza de cambio y la continuidad de la vida,* el cual concibe como una categoría de análisis que resulta de gran utilidad, en tanto que se puede utilizar "como un tipo de subdivisión urbana que, a la manera de barrio, no tiene una delimitación clara ni es fija, sino que su espacialidad está en función de la actividad económica y social".[32] El trabajo de Chaoul también muestra cómo es que los rumbos comerciales señalados por Barbosa se convirtieron, por su alto

[31] *Ibíd*., pp. 136-151.
[32] Chaoul, *Entre la esperanza,* 2014, p. 41.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

índice poblacional, en zonas donde se establecieron escuelas primarias ya que las autoridades se interesaron por instalarlas en los lugares en donde había una notable afluencia de personas causado por las actividades comerciales, todo esto con el objetivo de que los padres que trabajaban en esos lugares llevaran a sus hijos.

A partir del análisis de estos trabajos, podemos observar que la categoría de *rumbo* ha sido utilizada desde de la historia urbana y social y se ha convertido en un referente categórico que nos abre el horizonte de la concepción del espacio, puesto que va más allá de la diferenciación geográfica y de la división por cuarteles y demarcaciones. Hablar de *rumbo* nos exige el reconocimiento de la fragmentación del espacio que escapa de los trazos de los mapas y delimitaciones administrativas y, al mismo tiempo, nos acerca a un mundo en donde "al nombrar y habitar la ciudad de su propia manera, la gente socavaba el modelo de orden racional ingeniado por los urbanistas porfirianos".[33]

La categoría de rumbo ha permitido que esta investigación se enfocara únicamente al estudio de uno de los barrios de la ciudad, pues como hemos visto, la ciudad de finales del siglo XIX y principios del XX, no es sólo una, sino que se presenta abierta, fragmentaria, múltiple y, ahí, es donde aparecen espacios que aún debemos estudiar. Bajo la lectura de los autores que hemos analizado, consideramos que esta categoría tiene ciertas semejanzas con la de barrio, pues ambas nos acercan a una ciudad dinámica y en constante convivencia. Si bien es cierto que Santo Tomás La Palma puede aparecer como un rumbo ante los ojos de los caminantes de la ciudad y en los documentos, la tarea que metodológicamente hemos realizado nos lleva al análisis de un barrio, misma que quedará descrita en el siguiente apartado.

El barrio

La versatilidad del concepto de barrio[34] puede denotar diversos significantes en tanto que hace alusión a un espacio limitado a partir de sus condiciones geográficas;

[33] Piccato, *Ciudad*, 2010, p. 86.

[34] María Soledad Cruz Rodríguez realiza una breve síntesis de algunos significados históricos que refiere el concepto de barrio: a) barrios prehispánicos –conocidos como *altepetl* o *calpulli*–; barrios de indios –que se encontraban fuera de la ciudad y que fueron destinados a los indígenas–; barrios

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

puede referir una parte pobre que se encuentra en las periferias de la ciudad; ser una división administrativa; o, ser sinónimo de rumbo. Es pues un término mediante el cual se puede realizar un acercamiento al espacio urbano y que, en sí mismo, contiene un discurso jurídico y administrativo que "designa el territorio inmediato a la vivienda y su entorno; un ámbito en el que los habitantes realizan sus necesidades básicas, a veces también productivas, y en donde desarrollan prácticas culturales y de convivencia con quienes comparten esos espacios".[35] Por tal motivo, nos hemos acercado a los presupuestos elaborados por tres autores que han abonado ideas claras al campo de la historia de los barrios: Eduardo López Moreno, Ernesto Aréchiga y Márcela Dávalos.[36]

Eduardo López Moreno[37] desarrolló una de las investigaciones pioneras que prestan atención a uno de los términos más recurrentes y de uso cotidiano en la historia urbana, el *barrio*. Categoría que refiere espacialidad y territorialidad que, al igual que las *colonias* y los *fraccionamientos*, permiten que los estudios logren aproximarse a pequeños fragmentos de la compleja e inabarcable ciudad.[38] Como

---

urbanos coloniales –donde habitaban artesanos–; barrios del siglo XIX –espacios que se forman ante la insipiente expansión de la ciudad y fueron ocupadas por los grupos de la élite porfirista–; y los barrios periféricos –los cuales son resultado de la incorporación de colonias populares a la ciudad, un proceso que sigue vigente hasta nuestros días–. Ver Cruz, "El barrio", 2015, p. 100.

[35] López, "Barrios", 1996. p. 10.

[36] Pierre Mayol utiliza la categoría de barrio para estudiar a una familia de la Coix-Rousse en Lyon, Francia, categoría que retoma los aportes de la sociología urbana del barrio y el análisis socio-etnográfico de la vida cotidiana para proponer una noción de barrio que incorpora una manera particular de habitar la ciudad: se trata de atender los comportamientos visibles en el espacio social y el compromiso social entre los interlocutores, ambos factores quedan reflejados dentro de la cotidianidad concreta de las calles, plazas, mercados, viviendas, y en las prácticas lingüísticas. Así, la noción de barrio que se describe es la de un espacio social y dinámico que integra tanto la coexistencia de los actores −interlocutores−, como el entorno social y cultural. Mayol, "Habitar", 1999, pp. 5-150.

[37] La investigación que realizó Eduardo López Moreno consta de dos partes: la primera es un estudio que formó parte de "Les Mots de la Ville", un proyecto que se desarrolló en 1995 y en el cual se recuperaron algunas palabras utilizadas por autoridades públicas para referir espacios y elementos urbanos, estas fueron localizadas dentro de contextos históricos particulares que recorren desde la época virreinal hasta la década de los años noventa del siglo XX. La segunda parte la presenta en su trabajo titulado "Barrios, colonias y fraccionamientos", presentada en 1996 y en donde insiste en la pertinencia de la historicidad de las categorías utilizados para el estudio de la ciudad porque éstas, así como la sociedad, se transforman y generan variaciones. Cabe mencionar que esta segunda parte analiza el caso de la ciudad de Guadalajara, pero también incluye algunos rasgos que permiten entender las transformaciones que ocurrieron en la ciudad de México en cuanto a los términos de barrios, colonias y fraccionamientos. López, "Barrios", 1996.

[38] Las cursivas son del texto original. *Ibíd.,* p. 10.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

señala el autor, el vocablo *barrio* hace referencia a una *fracción del espacio urbano* el cual debe ser entendido en su carácter histórico, por lo tanto, su significado se transforma con el transcurrir del tiempo y conforme la sociedad se relaciona con el espacio. Esta categoría en la sociedad virreinal tenía una connotación de "diferenciación espacial" que, como los *arrabales,* señalaba los lugares que se encontraban lejos de la traza central de la ciudad y, conforme se le han ido incorporando otros atributos, el barrio se ha convertido en el núcleo donde se desarrollan actividades de la vida cotidiana que generan identidad, lo cual ayuda a observarlos como "unidades territoriales relativamente precisas".[39]

López Moreno sugiere que el barrio ha funcionado como un "elemento estructurador" de la sociedad y del espacio, de ahí que proponga una tipología para su estudio y su análisis, propuesta que ha sido utilizada en diferentes estudios: los barrios comerciales; los barrios parroquiales o conventuales; los barrios que adquieren el nombre por edificios importantes, iglesias o capillas; y, por último, los barrios que rememoran características del entorno, principalmente, son nombres que evocan "un sentido representativo y simbólico".[40]

Por otra parte, Ernesto Aréchiga ha desarrollado dos trabajos importantes que aquí se expondrán, pues en ellos se rescata la importancia del barrio como el espacio utilizado por cronistas e historiadores para acerarse a un fragmento de la ciudad, ya que aluden a una "dimensión en apariencia acotada y abarcable".[41] El primero de ellos es *De Tepito a la Merced,* en donde el autor analiza seis crónicas que exponen la vida de algunos barrios indígenas como la Merced, la Candelaria de los Patos, San Antonio Tomatlán y San Francisco Tepito, los cuales quedaron estigmatizados como peligrosos porque en ellos se vivían realidades ajenas a la supuesta modernidad que caracterizaba a la zona central de la ciudad.

A partir de lo propuesto por Aréchiga, el barrio es un fragmento de la ciudad, se diferencia de ella y, tanto los habitantes como los vecinos, pueden establecer y

[39] *Ibíd.,* p. 29.
[40] *Ibíd*., pp. 22-23.
[41] Aréchiga, "De Tepito", 2012, p. 111.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

ubicar fronteras físicas y sociales.[42] En este sentido, quienes lo habitan realizan una apropiación particular del espacio, esta idea se retroalimenta con la que sostiene López Moreno, pues el barrio "se va edificando con el tiempo con la ayuda de diversos agentes como lo cultural, las relaciones sociales y ciertos elementos del marco construido (algunas calles, plazas y edificios), los cuales generan un anhelo de identificación, de cohesión social y de apropiación del espacio que contribuye a configurar la imagen del barrio como algo propio e individualizado".[43] De ahí que sus habitantes se sientan identificados y lo reconozcan como a su propio nombre porque les recuerda su origen y la vida diaria que se desarrolla en torno a él. Empero, el acercamiento de las personas externas, como es el caso de los cronistas que Aréchiga analiza, puede ser comparado como un "descenso desde las altas esferas de la civilidad hacia los bajos fondos urbanos",[44] donde se construye una narrativa que describe ciertas características de los barrios marginados, enfatizando, casi siempre, la vida sórdida e incivilizada.

El segundo estudio de Ernesto Aréchiga que analizaremos es el titulado *Tepito: del antiguo barrio de indios al arrabal.*[45] Este texto es de suma importancia porque en él se plantea la complejidad de la delimitación de los barrios ya que estos son resultado de la relación entre los habitantes con el lugar en el que viven, concepción que incluso, puede ser diferente a la señalada por las autoridades porque ésta queda condicionada por un conocimiento interno y marcada por una "práctica de barrio", esto es, por "la forma en que la gente lo habita, lo concibe, lo

[42] De acuerdo con Ernesto Aréchiga, el barrio "en su acepción más simple, es un fragmento o subconjunto del cuerpo de la ciudad, una de las múltiples partes que lo componen. Aunque puede tener fronteras precisas, incluso establecidas bajo criterios administrativos por alguna autoridad política o eclesiástica, el barrio posee ante todo un conjunto de características que lo distinguen del resto de la ciudad y permiten al transeúnte percibir sus fronteras, distinguir sus umbrales de entrada y salida, construir una imagen de ese espacio específico dentro del conjunto urbano". *Ibíd.*

[43] López, "Barrios", 1996, p. 19.

[44] Aréchiga, "De Tepito", 2012, p. 115.

[45] En él se presenta un análisis detallado sobre la urbanización de este barrio, a pesar de las dificultades que implicó establecer una delimitación territorial, pues con el paso del tiempo lo que conocemos como Tepito fue incluyendo de manera progresiva otros barrios como el de La Concepción Tequipeuhcan y Santa Ana Peralvillo. En este, el autor presenta un estudio sobre el proceso de urbanización −el cual dio el merecido título al texto porque se convirtió en una *urbanización inacabada*− y, al mismo tiempo, puntualiza los problemas que implica la construcción del barrio como objeto de análisis para el historiador. Aréchiga, *Tepito,* 2003.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

construye, lo delimita, lo ensucia, lo transforma, lo destruye",[46] lo camina y lo recuerda.

En este sentido, los barrios no sólo están determinados a partir de fronteras establecidas por entidades eclesiásticas o administrativas, tal como lo propone la historiografía de barrios de corte histórico e institucional y desde donde los barrios se muestran como parte de un cuerpo social que responde a disposiciones entre estas instancias, también está sujeto a las prácticas sociales. En el mismo tenor que Aréchiga, López Moreno señala que "los límites espaciales de los barrios no son siempre precisos por causa de la profusión de hitos y de funciones religiosas que hacen que sus "fronteras" sean inciertas, de tal manera que una misma manzana o *cuadra* puede ser asimilada a dos barrios diferentes, que evidentemente están contiguos".[47] En este sentido, el barrio se convierte en una categoría dinámica en tanto que se relaciona con otras entidades barriales, con unidades pequeñas como las manzanas, cuadras y otras de carácter más amplio, como los cuarteles y que, como veremos, incluso pueden llegar a ser confundidos, pues esto también es parte del dinamismo.

Asimismo, Aréchiga señala que la amplitud de significados que tiene el concepto de barrio radica en que es una "noción ambigua, escurridiza, cuya vaguedad ha permitido que sea dotada de múltiples sentidos, pero que al mismo tiempo ha impuesto ciertas limitaciones, casi insalvables, a las investigaciones centradas en el tema".[48] Esta reflexión nos recuerda que dotar esta palabra tan "escurridiza" de sentido, requiere de un acercamiento teórico y metodológico mediante el cual puedan permanecer articulados tiempo, espacio y sujetos, pues el barrio, también se convierte en una construcción que el historiador tiene que realizar, en tanto que es su objeto de estudio.

Así pues, el concepto que se empleará es una categoría de análisis variable de acuerdo a la metodología y fuentes utilizadas.[49] Por lo tanto, se convierte en una construcción histórica que dependerá de las observaciones con que los

---

[46] *Ibíd.,* p. 53.
[47] López, "Barrios", 1996, p. 19. Las cursivas son del texto original.
[48] Aréchiga, *Tepito,* 2003, p. 55.
[49] *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

investigadores se acerquen al espacio, del momento histórico y de las perspectivas particulares con que lo miren. De acuerdo con lo señalado, en esta investigación, el barrio se convierte en una categoría teórica y analítica que permitirá el acercamiento a nuestro espacio de estudio en tanto que es una construcción espacial, histórica y funcional, capaz de ser utilizada con el fin de reconocer y reconstruir en su complejidad un fragmento de la ciudad.

Por último, la particularidad del trabajo de Márcela Dávalos, *Barrios e historiografía,* es su detallado análisis sobre la historiografía de barrios que se desarrolló durante el siglo XX, enfoques que agrupa en cinco: el cultural e indigenista, el cual intenta localizar a los barrios en una larga duración y, por ello, mantiene una estrecha cercanía con la antropología y la arqueología; el que estudia las relaciones entre estructuras jurídicas y gubernamentales; el costumbrista, el cual evoca a recuerdos y vivencias; el nostálgico que recuerda las vivencias de los barrios de manera idílica; y, el que aporta términos teóricos, en este se incorporan elementos sociológicos, antropológicos e históricos. Bajo este parámetro, el estudio de López Moreno queda circunscrito a la historiografía teórica y el de Aréchiga a la de estructuras jurídicas.[50]

Al mismo tiempo, nos posiciona frente a las continuidades culturales de los barrios indígenas, sobre todo de los del sureste, barrios que a principios del siglo XX resguardaban su nombre antiguo junto con el de las capillas que fueron levantadas. Barrios que se caracterizaban por un entorno geográfico delineado por canales, zanjas y lugares de agua que albergaron oficios que dependían de estas condiciones. Asimismo, la autora realiza aportes metodológicos para entender al barrio con las particularidades de su historicidad, pues no son lo mismo los del siglo XVIII, los del XIX y los del XX, en este sentido, reitera que estos son una construcción histórica en tanto que “los barrios participan de distintas observaciones, es decir, depende de quien los mire, del contexto y del momento histórico para que sean dibujados desde una perspectiva específica”.[51]

[50] Dávalos, “Barrios”, 2012, pp. 149-151.
[51] *Ibíd.*, pp. 151-152.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Las aproximaciones a los trabajos de López Moreno, Aréchiga y Dávalos, nos han permitido acercarnos a Santo Tomás La Palma desde un enfoque barrial porque "circunscribir el objeto de estudio a la escala barrial no significa hacer abstracción de los otros niveles de la realidad urbana con los cuales se articulan estas palabras; por el contrario, se le sitúa en relación a los niveles inferiores (cuadra, manzana,) y a los superiores (cuartel, distrito…), en una dinámica de transformación constante".[52] Entender el barrio en su complejidad es situarlo en una continua relación con otros espacios, con otras realidades urbanas, de ahí que el análisis no sea cerrado, sino abierto y en constante relación con otras espacialidades. Así, bajo este panorama, podemos ubicar el barrio de Santo Tomás La Palma como una parte minúscula de la ciudad, circunscrito a un espacio parroquial, integrado a los barrios de oriente y localizado en el cuartel II, según la delimitación vigente en la época de estudio.[53]

Fuentes y estructura de la tesis

Esta investigación contiene tres capítulos en los cuales queda articulada la historia de las transformaciones del barrio de santo Tomás La Palma con la historia de la ciudad. En el primer apartado se abordarán algunas de las obras y servicios urbanos que se implementaron en la capital del país con el objetivo de modernizarla y alcanzar una "futura ciudad de azúcar y filigrana",[54] es decir, una ciudad ideal. De acuerdo a los objetivos planteados, en este capítulo se presentan algunos de los cambios que han sido estudiados por la historiografía, tales como la introducción de servicios, la construcción de infraestructura y obras públicas reconocidas como parte de la modernización y el cosmopolitismo de la ciudad. Es pues un acercamiento a lo que los estudiosos han considerado parte de la modernidad, no obstante, la belleza, la limpieza y la comodidad que representaba vivir en aquella

[52] López, "Barrios", 1996, p. 11.
[53] La Municipalidad de la ciudad de México formaba parte del territorio del Distrito Federal y estaba dividida en ocho cuarteles, los números 1, 3, 5 y 7 quedaban en la parte norte y los números 2, 4, 6 y 8 al sur.
[54] *El Diario del Hogar*, 7 de febrero de 1901, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

ciudad que, en apariencia lucía como un “nuevo mundo”, no se extendió a todos los sectores.

En el segundo capítulo se realizará un acercamiento a los barrios de oriente, a manera de una escala menor de la ciudad, la cual nos permitirá ubicar a Santo Tomás La Palma como uno de los barrios que integraban aquella zona. A lo largo de este apartado fueron utilizados diversos periódicos de la época, crónicas, escritos de autoridades médicas, documentos del Ayuntamiento y del Archivo Parroquial de Santo Tomás Apóstol La Palma. Estos nos acercaron a las ideas que se tenían respecto a los barrios populares y, particularmente, a la opinión que había en torno al barrio de Santo Tomás: peligroso, insalubre y habitado por valentones de mala fama. De manera puntual, las crónicas y los diarios posibilitaron conocer los establecimientos que se encontraban en el barrio, así como las disputas, enfrentamientos y muertes que asolaban este sitio.

Estas fuentes se analizaron como parte de la misma estructura moderna que colaboró a que se difundiera una visión sensacionalista de los criminales y de los bajos fondos, opiniones que la mayoría de las veces quedaron sustentadas bajo un evolucionismo científico, moralizador y civilizador compartido entre las élites letradas. Asimismo, nos ayudaron a elaborar algunos mapas para ubicar el barrio como un espacio que interactuaba con otros niveles: el parroquial, el de cuartel y el que se generaba en el interior de Santo Tomás La Palma. Por otra parte, el Archivo Parroquial nos permitió la localización parroquial y nos arrojó indicios de los oficios y de la población que ahí habitaba. Sin estas fuentes documentales difícilmente se hubiese podido realizar un mapeo y conocer, un poco más, las características de Santo Tomás La Palma.

En el último capítulo presentaremos diversos proyectos urbanos que se desarrollaron desde el Ayuntamiento, de la mano de urbanistas, autoridades médicas y particulares, pues se intentó terminar con los problemas de inseguridad, criminalidad e insalubridad. A través de las Memorias del Ayuntamiento se ha podido documentar que hubo un proyecto que se encargaría de las mejoras de los barrios de oriente, al mismo tiempo, la lectura de estas se realizó a la par de otros documentos del Archivo Histórico de la Ciudad de México, particularmente, de los

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

fondos de Obras Públicas, Ríos y acequias, Diversiones públicas y Teatros, los cuales permitieron que se documentaran aquellas alteraciones urbanas, por muy pequeñas que fueran, en el barrio de Santo Tomás La Palma.

Al mismo tiempo, estas fuentes estuvieron en constante diálogo con diversos periódicos, los cuales permitieron observar que, si bien, las autoridades generaron ciertos proyectos para transformar el barrio de Santo Tomás La Palma, los vecinos del barrio también estuvieron interesados en que se implementaran servicios como el alumbrado, el saneamiento y se desecaran los ramales de canales y zanjas que aún permanecían abiertos. También, se expondrá la manera en que se intentó modificar los espacios de divertimento, sustituyendo las antiguas plazuelas por jardines y arboledas para que sus habitantes pudieran recrearse, de ahí que los jacalones y teatros temporales tan característicos de la plazuela de La Palma fueran remplazados por uno permanente que ofrecía diversión a los sectores populares, como parte de un proyecto civilizador.

Instituto Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

CAPÍTULO 1

LA CIUDAD DE MÉXICO
"FUTURA CIUDAD DE AZÚCAR Y FILIGRANA"[55]

> La ciudad. Concreción evanescente. Artefacto múltiple, acaso inabarcable. Encrucijada de caminos, mercado, hormiguero humano, centro religioso, fortaleza, sede del poder. Creación humana por excelencia, símbolo de toda civilización, producida a fuerza de brazos, imaginación y necesidad. La ciudad. Objeto y sujeto.
>
> Aréchiga, "De Tepito a la Merced", 2012.

En el mes de enero de 1900, el diario *El País* publicó en sus páginas una nota dedicada a sus lectores en donde enfatizaba que la ciudad de principios del siglo XX iba dejando detrás al México antiguo y su pasado colonial. Refería cómo el tranvía eléctrico había contribuido al "engrandecimiento" de la capital, pero, sobre todo, señalaba que ésta "se transforma[ba] a pasos agigantados y [perdía] por completo, su aspecto triste y austero de viejo monasterio, que le imprimió la conquista. La antigua ciudad de los palacios ha arrojado su tradicional aspecto de caserón destartalado, y surge radiante y deslumbradora, revestida de señoriales galas, al golpe mágico con que el nuevo siglo llama a todas las naciones civilizadas".[56]

La "Babilonia chiquita", la "Venecia Azteca" o la "Ciudad de los palacios" –como también se referían a la capital del país–, se convirtió en motivo de numerosas publicaciones que expresaban con orgullo aquellos cambios que se

[55] *El Diario del Hogar*, 7 de febrero de 1901, p. 1.
[56] *El País,* 22 de enero de 1900, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

habían desarrollado como parte de las obras de embellecimiento, las cuales imprimían al corazón del país un halo de mejora y "buen gusto", casi comparables con cualquier otra ciudad del mundo que se dijera moderna y avanzara rumbo al progreso. Así, las ideas de modernidad y cosmopolitismo fueron los cimientos de esta ciudad en la que surgieron cambios materiales, de manera que se fortaleció un discurso que afirmaba que la capital se estaba convirtiendo en un mundo nuevo porque se construían obras y se ponían en marcha servicios públicos y, con ellos, las costumbres, las actividades cotidianas, en general, la vida de sus habitantes se transformaba.

Es por ello que en este capítulo se presentará cómo las transformaciones urbanas que ocurrieron en la ciudad de México a finales del siglo XIX y principios del XX fueron parte de un discurso modernizador promovido entre las élites y a través de las cuales se enfatizó que "el cosmopolitismo ha[bía] sentado sus reales de tal suerte que […] muchos extranjeros que vienen a la vieja capital de Moctezuma, ávidos de exotismo y novedad, sufren grandes decepciones al encontrarse simplemente con una ciudad moderna y civilizada".[57] En este tenor, se expondrá cómo es que la construcción de esta capital civilizada y cosmopolita reivindicaba el proceso de secularización porque éste había sido el principio transformador de la fisionomía de la ciudad y sus fronteras pues, irrumpió en la vida cotidiana y generó un profundo impacto en la percepción que los habitantes tenían de su entorno, de la noche y del día, de sus actividades laborales y de sus tiempos de ocio, pues trastocó las nociones del tiempo, distancia y espacio.

A partir de este momento, comenzaron a gestarse una serie de transformaciones urbanas como el alumbrado, los nuevos transportes, el aprovisionamiento de agua, la limpia, así como las obras de saneamiento, el desagüe y la construcción de calles, convirtiéndose en el pilar fundamental para entender el proceso de modernidad. No obstante, esta ciudad que a la luz de estas transformaciones materiales se mostraba "radiante y deslumbradora" frente a un nuevo siglo, en sí misma, encontraba profundas contradicciones. De ahí que *El Diario del Hogar* señalaba que, si bien las autoridades del Ayuntamiento habían

[57] *El Mundo Ilustrado,* 29 de octubre de 1899, p. 9.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

comenzado a embellecer la capital, “la futura ciudad de azúcar y filigrana [aún] presenta[ba] un aspecto desolador”.[58]

La capital del país. Un mundo nuevo

La capital ganó fama de ser moderna y próspera y los diarios aseguraban: “la ciudad va en camino de sufrir grandes transformaciones dentro de poco tiempo”.[59] Y, al paso que iba, podía ser igual a otras ciudades de Europa o Estados Unidos porque, publicaba el periódico *El Mundo,* México era “una ciudad hermosa entre todas las ciudades hermosas”[60], no sólo por la benignidad de su clima, sino también porque “el cosmopolitismo se ha[bía] infiltrado en ella, como se infiltra siempre en todas las grandes metrópolis, hasta el grado de borrar toda diferencia entre la vida central ostensible de Paris y de Roma, de Londres y de Madrid, de Berlín y de Viena”. De acuerdo con lo anterior, la imagen de una ciudad moderna se extendió y se relacionó, en gran medida, con el cosmopolitismo, asociado con “la belleza, la comodidad y la limpieza”.[61]

Así, lo moderno se identificó con los cambios tecnológicos que repercutieron en la medición del tiempo y en el desarrollo de nuevos servicios como la electricidad, el aprovisionamiento de agua, las obras de saneamiento, el desagüe, la educación, el abasto y los transportes. En este sentido, las transformaciones urbanas que giraron en torno a las obras y servicios públicos contribuyeron a la popularidad de que la capital del país llegaría a ser una ciudad moderna porque “el corazón de México [era] ya completamente cosmopolita”.[62] No obstante, lo que para la época significaba ser cosmopolita ha trascendido y se ha colocado como la piedra angular de la historia urbana que aborda finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, pues dichos estudios han interpretado el concepto de modernidad a partir de los adelantos materiales, empero, el progreso material no explica la complejidad de la modernidad.

---

[58] *El Diario del Hogar*, 7 de febrero de 1901, p. 1.
[59] *El Popular,* 21 de agosto de 1900, p. 1.
[60] *El Mundo Ilustrado,* 29 de octubre 1899, p. 9.
[61] *Ibíd*.
[62] *Ibíd*.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Decir que la ciudad porfiriana fue la apoteosis de la modernidad no es un error, es más bien una cuestión de interpretación de uno de los conceptos más usados y más complejos. La modernidad entendida como la ruptura con el pasado, donde lo "nuevo" sustituye lo viejo, ha contribuido a pensar que las sociedades en donde no se desarrollaron cambios materiales quedaron sujetas a formas de vida "tradicionales". De manera que en las investigaciones suelen realizarse constantes comparaciones entre "ciudad moderna" y "ciudad tradicional". Esto es porque los historiadores han construido un puente que comunica directamente la urbanización de la capital con la modernización, es decir, se ha enfatizado en la cobertura de servicios y en las transformaciones urbanas como una parte tangible de la modernidad de la ciudad liberal.[63]

Durante las últimas décadas del siglo XIX, la imagen que el gobierno federal buscó reflejar hacia el exterior fue la de un país de incipiente progreso que se incorporaba de manera rápida en el tren de la modernidad. Con esta idea, se comenzaron a erigir edificios y monumentos portentosos, se ampliaron calles y avenidas, se pusieron en marcha proyectos como el drenaje y el desagüe, se levantaron hospitales y penitenciarías, al mismo tiempo que algunos periódicos y personajes públicos asumieron el papel de promotores de esta ciudad moderna. De esta manera, las ideas de progreso y cosmopolitismo se establecieron como el eje rector que permitiría avanzar a la sociedad hacia la modernidad y civilidad.

Un recurso común para exaltar los cambios materiales de la capital fue la constante publicación de notas periodísticas, como fue el caso de *La Patria, que* señaló lo siguiente:

> A diario vemos surgir nuevas construcciones, y hasta hay un detalle harto significativo en la vida de una ciudad: el interesantísimo de que sobre el México viejo, sobre los caserones coloniales, amplios, pesados, fríos, asoman los edificios modernos, majestuosos a la par que rientes, llenos del confort y hasta de la frivolidad de la época, y rebosantes de luz. Una ola avasalladora de modernidad lo arrasa todo y transforma de manera

[63] En estos trabajos, lo moderno se encuentra en la electricidad; en la ampliación de las líneas de transportes; en las obras de canalización del desagüe y expulsión de los desechos a través de las obras de saneamiento; es decir, lo moderno se traduce de inmediato a los proyectos de ordenamiento y mejoras urbanas.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

> maravillosa la antigua ciudad colonial, dándole soberbia apariencia de capital moderna.[64]

Esta "ola avasalladora de modernidad" se traducía en adelantos tecnológicos y en una nueva forma de vida, lo que significó para algunos "la paz, el orden, el progreso y la luz",[65] una vida que se distanciaba de lo que se había conocido en épocas anteriores, es decir, de lo que representaba la vida virreinal. Un personaje de la época de estudio, Jesús Galindo y Villa, describió que las trasformaciones ocurridas en la capital le permitieron sentirse como parte de una generación privilegiada que había logrado "asistir al resurgimiento, hacia la vida moderna, de la ciudad de México; palpar su extraordinaria evolución; su ensanche prodigioso; la transformación radical de no pocos de sus servicios municipales; en suma: a su progreso, del que sólo nos damos cuenta cabal quienes los hemos palpado".[66]

La visión expuesta por Galindo muestra una metrópoli que se transforma y que, poco a poco, dejaba atrás aquello que conocía porque, detalla el autor, "el progreso no se detiene: empuja y derriba cuanto a su paso se opone, a fin de sustituirlo por cosa mejor".[67] En este contexto, lo nuevo se convirtió en símbolo de modernización y de adelantos tecnológicos que fomentaron un cambio en la vida diaria de las personas que comenzaron a identificarse más con un tiempo que corría a la velocidad de los trenes, automóviles, con el gran tiraje de los periódicos, con técnicas visuales y auditivas como el fonógrafo, el cinematógrafo y la fotografía, las cuales transformaron la percepción del tiempo y del espacio, cada vez más mecanizado y eléctrico en donde "se prefirió el movimiento a la tranquilidad, y la velocidad a la lentitud".[68]

---

[64] *La Patria,* 17 de septiembre de 1908, p. 2.
[65] Briseño, *Candil,* 2008, p. 17.
[66] Galindo, *Historia sumaria*, 2011, pp. 191-192. Galindo y Villa fue literato, historiador, arquitecto, arqueólogo y también se especializaba en otros saberes. Formó parte de cuerpo de regidores del Ayuntamiento entre 1899 y 1903. Ver, Arias, *El Distrito,* 2016, pp. 35, 38.
[67] Galindo, Historia sumaria, 2011, p. 192.
[68] Briseño, *Candil,* 2008, p. 18.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

“Derribar para construir”: la expansión de la ciudad

A finales del siglo XIX, mientras que Nueva York era conocida como “la gran ciudad poética” con vista hacia el Atlántico y por la imponente estatua de la libertad, Chicago como “la gran ciudad industrial americana” de los enormes *sky-scrapers*[69] y Paris como el centro de la moda, el buen gusto y la *haute cuisine*; la ciudad de México las miraba de manera atenta con la esperanza de transformarse, por fin, en la hermosa ciudad de los Palacios, pero ahora de hierro, cristal y concreto. Por ello, la ciudad de México ya era, de acuerdo con Hira de Gortari, la “expresión del fortalecimiento político, la imagen del régimen”, motivo por el cual “se embellece, se transforma, se limpia, se ilumina, se amplía; [y] como buena imagen de la prosperidad requiere de una modernización que la coloque a la altura de otras ciudades del mundo”.[70]

La ciudad de México experimentó un momento de expansión territorial y poblacional entre 1858 y 1910, producto del impacto del triunfo liberal.[71] Los antiguos edificios religiosos que no se demolieron fueron transformados en bibliotecas, escuelas, viviendas, vecindades o para el establecimiento de casas comerciales. En tanto, los conventos, huertas, potreros y otras propiedades que fueron derribadas sirvieron para abrir nuevas calles para el paso común de los habitantes y el tránsito de medios de transporte. Estas circunstancias aceleraron una ruptura con aquel viejo trazo urbano, así la ciudad transformó, fracturó y rebasó el casco antiguo pues “la ciudad se extend[ió] sobre potreros, campos de cultivo y aline[ó] en este crecimiento [a] los barrios indígenas de la ciudad propiamente dicha al abrir las calles y las comunicaciones que llevaban a estos lugares nuevamente ocupados”.[72]

---

[69] García, *Viaje a la Modernidad,* 2002, p.23.
[70] Gortari, *La ciudad,* 1988, p. 38.
[71] A partir de la *Ley de desamortización*, conocida como la Ley Lerdo expedida en 1856, la *Ley de Nacionalización de los bienes eclesiásticos* de 1859 y los decretos emitidos en 1861 que revivieron las políticas colonizadoras de 1824, se abrió el camino para que las propiedades que pertenecían a la Iglesia, al Ayuntamiento o a las comunidades indígenas pasaran a ser rematadas, lo cual permitió no sólo el cambio de propietarios, sino que entre los principales compradores estuvieran especuladores que aprovecharon la venta de los terrenos ya fraccionados.
[72] Lira, *Comunidades,* 1995 p. 241.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Tanto las políticas desamortizadoras como las de colonización serían el primer paso para que la ciudad se transformara a partir de la consolidación de sociedades inmobiliarias que se aprovecharon de la venta de las propiedades. Estas comenzaron a construir nuevas colonias y fraccionamientos convirtiéndose en los "dueños de uno de los negocios más lucrativos de la época: el fraccionamiento del suelo agrícola de la capital" y de otro tipo de propiedades,[73] situación que, además, originó un nuevo ordenamiento urbano íntimamente relacionado con la especulación, transformando la propiedad del suelo y rompiendo con el "antiguo cinturón que limitaba a la ciudad" rodeado de iglesias, conventos, huertas y tierras indígenas.[74] Al respecto, María Dolores Morales ha señalado cómo es que la ciudad pasó de tener 8.5 km^2 en el año de 1858 a 40.5 km^2 para 1910,[75] expansión que tuvo como resultado un apabullante crecimiento político, territorial y poblacional.

Con las Leyes de Reforma, el orden eclesiástico activo durante tres siglos y medio tuvo su ocaso pues, la vida comenzó a secularizarse y, con ella, las actividades que giraban en torno a la vida religiosa. El proceso de secularización tiene que entenderse como un fenómeno complejo y de largo aliento que menguó un poder político que permeaba en la totalidad de la vida, desde el momento de nacer hasta la muerte, y no sólo como una serie de leyes emitidas por gobiernos liberales que limitaron la administración de bienes.

En este sentido, se ha enfatizado que "la apertura de vías a través de conventos e iglesias, fue en varios casos un mecanismo político que tuvo como objetivo principal hacer irreversible el proceso de secularización e impedir que las comunidades recuperaran su conventos".[76] De esta manera, el poder eclesiástico que imperaba en las esferas de lo social, cultural y político, se vería fragmentado en sus propiedades y marcaría, si no el inicio, sí un camino sin retorno que además de clausurar, demoler y fraccionar conventos e iglesias, desencadenaría una confrontación entre el clero y los gobiernos liberales.

---

[73] Miranda, *Historia,* 1998, p. 165.
[74] Gortari, *La ciudad,* 1988, pp. 57-61.
[75] Morales, "La expansión", 2011, p. 235.
[76] Morales, "La nacionalización", 2011, p. 195.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Al abrir nuevas calles y avenidas se buscaba una mejor circulación de vehículos y de personas, terminar con callejones peligrosos para sanearlos, comunicarlos y mejorar el aspecto de la capital, es decir, el "embellecimiento y facilidad de circulación", una circulación "franca y libre como la del aire".[77] De esta serie de intervenciones, la parte poniente y sur poniente del centro de la ciudad fueron las que sufrieron un mayor impacto. La casa de la Profesa y el convento de Santa Clara quedaron divididas al abrirse la calle 5 de mayo; la iglesia y el convento de Capuchinas cedió parte de su territorio para la calle de Lerdo; y, quizá el caso más recordado hasta nuestros días fue la división del convento de san Francisco. A estas experiencias se sumaron otras, como la del convento de san Diego y el de San Fernando, que nos muestran el impacto de la ampliación de nuevas calles y avenidas en detrimento de antiguas construcciones eclesiásticas. A la luz de estas transformaciones se ha enfatizado que "la nación mexicana ha cobrado su plenitud con el triunfo de la Reforma".[78]

Es interesante poder contrastar que mientras Galindo y Villa sentía gratitud por los tiempos que le habían tocado vivir, otro personaje de la época, José María Marroquí, tenía una visión de añoranza y un profundo interés por la ciudad que antecedió al crecimiento urbano. Así, Marroqui, "aprecia[ba] las calles, plazas, capillas, templos grandes y pequeños y los conjuntos sociales, los barrios que los rodeaban y les daban vida propia en el conjunto de la vieja ciudad". Pero, poco a poco, el recuerdo de aquellas viejas calles y pueblos se transformaron en calles y colonias "sin historia". Lo que era moderno para Galindo y Villa, no era otra cosa que el despojo y apropiación de tierras que iba terminando con "los viejos lugares" que había conocido Marroqui.[79]

Estas dos visiones respecto al crecimiento urbano nos permiten reflexionar sobre dos posturas que se confrontan pues, mientras que Galindo mantiene una actitud esperanzadora frente al curso de "la vida moderna" y la expansión territorial, Marroqui muestra cierto dejo de nostalgia de la vida de los barrios y de una ciudad

[77] *El Tiempo,* 23 de agosto de 1900, p. 2.
[78] Lira, *Comunidades,* 1995, p. 262.
[79] *Ibíd.,* pp. 266-267.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

que iba quedando como “materia de recuerdo”[80] frente al aumento de colonias y fraccionamientos.

El incremento de la extensión del perímetro de la ciudad contribuyó a que se desarrollara una intensiva compra, venta y habilitación de fraccionamientos y colonias, que abrieron paso a un fenómeno complejo que orquestó la separación de clases, en virtud de que los terrenos que salieron a la venta a raíz de las políticas liberales beneficiaron a quienes mayor posibilidad de compra tenían, creando un marcado distanciamiento social. De esta manera, “al entrar en el comercio las tierras, se permite[ron] nuevas disposiciones materiales en el ámbito mismo de los pueblos y barrios, que queda[ron] sujetos a las necesidades de la gran expansión de la urbe después de 1858”,[81] es pues un momento no sólo en el que se irrumpe de manera violenta sobre el espacio, sino que la expansión de la ciudad se convertiría en corolario de una palpable antítesis entre los “barrios”, los cuales fueron quedando empobrecidos ante el “avance de la ciudad y la imposición del estilo de vida y vivienda propios de esta”, y las nuevas “colonias” que se construyeron con la finalidad de satisfacer “un estilo de vida que les pedía casas amplias, con patio, si no completo sí de “alcayata”, con cochera –aunque no tuvieran coche muchos de ellos– y traspatio para la servidumbre”.[82]

Así, con las Leyes de Reforma quedaba atrás aquella vista de la capital del país plasmada por el pintor y dibujante Casimiro Castro en sus litografías realizadas en 1855 para *México y sus alrededores.* En ellas, la ciudad aún tenía un trazo urbano colonial casi inalterable y, si además nos pudiera relatar la vida diaria de sus habitantes, parecería que éstos mantenían algunos de los mismos hábitos, como el repiqueteo de las campanas que marcaba el tiempo y las actividades del diario. Sin embargo, antes de que finalizara el siglo XIX, la extensión de la ciudad había trascendido la traza antigua, de manera que “esta concentración urbana no [sonaba ni olía] igual que el México anterior a la Reforma”.[83]

---

[80] *Ibíd.*
[81] *Ibíd.,* p. 240.
[82] *Ibíd.,* pp. 266-267.
[83] Quirarte, “Elogio”, 1998, p. 253.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

De 1858 a 1883 se desarrolló una primera etapa de expansión urbana con un fuerte desplazamiento hacia Santa Ana, Tlatelolco y Peralvillo ubicados en el norte; la colonia Barroso, Guerrero y Santa María la Rivera en el noreste y la colonia de los Arquitectos en el oeste y la Teja y Violante. La segunda etapa, de 1884 a 1900, se caracterizó por la expansión de colonias dedicadas a obreros como la Morelos, La Bolsa, Díaz de León, Maza, Rastro y Valle Gómez en el norte y San Rafael y Santa Julia en el oeste. Hacia el sur surgieron la colonia Limantour, Hidalgo y San Pedro de los Pinos. Por último, entre 1900 y 1910, se fundaron colonias como la Roma y la Condesa hacia el noroeste Santo Tomás y la Tlaxpana cerca de Tacuba; el Chopo en Santa María; hacia el sureste la Viga y en el este la Romero Rubio.[84]

A partir de la construcción de nuevas calles y caminos que comunicaron el corazón de la capital de un punto a otro, pronto se traspasaron los límites del casco urbano colonial y a la par de que se expandió el trazado de las vías férreas y de tranvías que transportaban viajeros y mercancías, se erigieron una serie de edificios que se alejaban del estilo barroco. Esta ciudad que intentaba ser moderna fue sustituyendo las construcciones coloniales por modelos arquitectónicos neoclásicos propios de la época. Los edificios que se construyeron en esta misma época no sólo estaban hechos de nuevos materiales como el hierro, vidrio, concreto y fierro, sino que además mostraban la secularización de una sociedad que intentaba alcanzar a como diera lugar el “orden y el progreso”, para lo cual se implementaron una serie de cambios materiales que cumplieran con los principios de armonía, confort, limpieza, seguridad y belleza.

A cargo de estas transformaciones estaba el gobierno local, el Ayuntamiento, y el federal, a través del Gobierno del Distrito. Dos instancias que en diferentes ocasiones se enfrentaron por pugnas políticas por las atribuciones que tenían consignadas. La corporación municipal estaba integrada por veinte regidores y dos síndicos entre los que se distribuían diversas comisiones: aguas, alumbrado, limpia, acequias, calles, policía, obras públicas, diversiones públicas, obras públicas, entre otras actividades asociadas a la administración territorial, salubridad y comodidad

[84] Gortari, *La ciudad,* 1988, pp. 61-66.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

que difícilmente podían cumplir por la falta de financiamiento. Mientras tanto, el Gobierno del Distrito era el "axilia[r] a los Ayuntamientos en el ejercicio de sus atribuciones municipales", situación que trazó una línea tenue al momento de desarrollar las funciones de cada una de estas instancias administrativas y, poco a poco, hasta la Ley de Organización Política de 1903, quedó marcada la dependencia del Ayuntamiento al gobernador, el cual era colocado directamente por el presidente.[85]

El capital económico con el que contaba el gobierno permitió que se desarrollara una serie de proyectos urbanos con los que se impulsara la creación de infraestructura y servicios públicos como el abastecimiento de agua, saneamiento, drenaje, alumbrado, transportes, caminos, empedrado de calles, construcción de edificios con fines administrativos y de educación.

Asimismo, el proceso de expansión de la ciudad intervino y modificó la vida de comunidades y pueblos, además de las políticas desamortizadoras, aspectos como la migración, la ampliación de caminos y transportes y la especulación de terrenos en manos de empresas inmobiliarias jugaron un papel importante para la expansión de la capital. Por tal motivo el caso de las comunidades indígenas, severamente afectadas por las políticas de secularización tienen que ser entendidas a la luz de la historia de la ciudad, pues "entre ambos hay un diálogo en el que hasta la fecha se ha escuchado sólo la voz del primero".[86] A partir de 1868 se puso fin a la propiedad comunal y los barrios quedaron sin ninguna garantía legal, perdiendo sus bienes y cediendo paso a nuevos fraccionamientos y colonias. En ese momento llegó a su fin un proceso que se había gestado en el siglo XVIII y "para los viejos barrios de indios comienza entonces una historia distinta, en la que se entretejen

[85] García Cubas en Gantús, "La traza del poder", 2012, p. 307; Vega, "El gobierno", 2004; y, Rodríguez, *La experiencia,* 2011.

[86] Andrés Lira realiza un esfuerzo por comprender la urbanización y expansión a lo largo del siglo XIX ante la configuración de un Estado nacional de carácter liberal desde otro punto de vista, en el que ya no basta poner a la ciudad como el "personaje inevitable" y central desde donde se dé sentido a las comunidades que quedaban fuera de ella, sino desde "personajes que resisten a su engrandecimiento, sin éxito, cierto, pero engrandeciendo en esa resistencia una realidad digna de historiarse". Lira, *Comunidades,* 1995, p. 15.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

entramados sociales y espaciales muy distintos a los que habían prevalecido hasta entonces. Ya no más barrios de indios."[87]

Para finales del siglo XIX fueron los terrenos ubicados hacia el poniente los que se tornaron más costosos. Empero, la zona central de la capital continuó albergando importantes negocios como mercerías, cafeterías, librerías, hostales, hoteles, cantinas y fondas porque "la ciudad moderna que surgía, requería en ese momento de una ampliación de su infraestructura de servicios, y encontró en el derrumbe de los viejos edificios conventuales un sitio para ubicarse".[88] Lo cierto fue que en cada etapa de expansión era notorio el anhelo de dejar atrás al México viejo y, para ello, se necesitaba desaparecer esa "perspectiva arqueológica y reedificar una ciudad moderna" bajo la consigna "derribar para construir".[89]

Del ocote y la trementina al alumbrado eléctrico

El proceso de secularización que se desarrolló en la ciudad de México durante la segunda mitad del siglo XIX no sólo alteró significativamente el espacio, dando como resultado una nueva morfología capitalina que, poco a poco, fue ocupando terrenos y potreros que se encontraban lejos, al mismo tiempo, se fueron modificando espacios alejados de la ciudad y estructuras arquitectónicas heredadas de la época virreinal impactando en lo social, cultural y político. La secularización fue un proceso que fue menguando el espacio y el tiempo sacro para dar inicio a uno acelerado y medido por el *tic tac* de los relojes el cual dejaba atrás el *ángelus* tocado en la Catedral, de esta manera, se abrió el camino a un espacio enlazado por las nuevas líneas de transportes e iluminado por el alumbrado eléctrico. Estos cambios alteraron las nociones del espacio, tiempo y distancia en una sociedad que aspiraba ser moderna.

El alumbrado eléctrico fue uno de los servicios que no sólo transformó el espacio físico de la ciudad, sino que además contribuyó sin proponérselo a "romper con lo establecido, con viejas formas de convivencia y de trabajo, con usos y

[87] Aréchiga, *Tepito,* 2003, p. 82.
[88] Morales, "La nacionalización", 2011, p. 206.
[89] *El Tiempo,* 23 de agosto de 1900, p. 2.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

costumbres arraigados y afectó casi todas las esferas de la vida pública y privada".[90] En el mes de junio de 1908, el diario católico, *La Voz de México,* señalaba que con la electricidad se había llevado "claridad ahí donde antes reinaban las sombras protectoras del crimen, de las cábulas de bandoleros y de los bestiales amoríos de gente de plazuela"[91] y, con ello, la oscuridad que significaba peligro y anonimato pronto fue quedando atrás porque la luz eléctrica significaba vigilancia, progreso y novedad. La historiografía relacionada con el alumbrado de la capital[92] ha enfatizado la importancia que tuvo para el gobierno de Porfirio Díaz dotar de este servicio a las calles principales de la capital, algunas de sus plazas, kioscos, paseos, casas, teatros y otros espacios y cómo de manera progresiva se fue transformando la percepción del entorno y las actividades cotidianas.[93]

La noche fue el "tiempo que privilegi[ó] los espacios de quietud dentro de los hogares y máxime en las calles; momento para el descanso y el sueño", momento de la oscuridad, de leyendas, de la imaginación, del reposo, de las oraciones nocturnas y fuente de inspiración para los poetas que, al escribirle al amor, narraron las seductoras noches de luna:

> […] Viene el sol… y pasa el día…
> se aproximan las tinieblas,
> se va la tarde sombría

[90] Briseño, *Candil,* 2008, p. 24.
[91] *La Voz de México,* 28 de junio de 1908, p. 1.
[92] Los estudios que se han encargado del alumbrado de la ciudad de México pueden distinguirse en tres: los que atienden el uso de este servicio desde la historia cultural, la historia urbana y empresarial. Otra propuesta relacionada con la electricidad es la que elaboró Andrés García Lázaro, "Evolución y transformación de una empresa de servicio público", desde donde se estudia la experiencia de una empresa que tuvo el monopolio del servicio entre 1868 y 1905, la Compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica. A partir de un enfoque desde la historia urbana y la historia empresarial, el autor enfatiza un análisis dentro de la compañía y de las relaciones sostenidas con las autoridades municipales. Estas formas de entender el proceso de alumbrado nos permiten observar, en primera instancia, cómo se transformó la infraestructura del servicio de alumbrado: desde tener luz expuesta e incandescente hasta convertirse en una cuestión de ornato en donde el cableado se prefería oculto y los postes de hierro con bombillas eléctricas cubiertas de cristal expuestas con elegancia. Y, por otra parte, comprender a la par de los procesos culturales descritos tan lúcidamente por Briseño y García, que también fue una cuestión de inversiones de empresas extranjeras. García, "Evolución", 2012 y Briseño, *Candil,* 2008.
[93] Si bien fue durante el periodo del porfiriato donde este servicio se extiende y las tecnologías aplicadas son distintas, valdría la pena recordar algunas experiencias anteriores al apogeo del alumbrado eléctrico, pues permitiría entender las necesidades de las personas por mantener un farol o una vela que alumbrara sus pasos y actividades nocturnas.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

y, enferma de nostalgia
en su góndola de nieblas
Y ahí está la nacarada
luna, vertiendo fulgores…
se asoma tras la enramada,
y nos dice: -"Soy la hada
que eterniza los amores".[94]

Este escenario pronto cambió y la noche también fue propicia para "la diversión, la transgresión o el trabajo, para evadir el descanso y vivir la noche", porque la luz artificial alimentó la concurrencia hacia espacios de divertimento nocturno. Así, aquel tiempo asociado con la quietud nocturna se diluyó por el bullicio de los vendedores, de aquellas personas que gozaban de salir al teatro, a caminar por alamedas y plazas o acudían a salones y cafés con la seguridad que les podía ofrecer la claridad de la luz, no obstante, continuó siendo el tiempo de aquellas actividades que se escondían de la luz del día como el robo y la prostitución.[95]

Con la electricidad se transformó la vida diaria y el paisaje nocturno que era iluminado por la luna y las estrellas y, de manera paulatina, los faroles y la luz opaca de las velas fueron sustituidos por bombillas de corriente eléctrica. Así, se inventó la noche, es decir, se orientó el uso del tiempo nocturno a actividades laborales, divertimento y sociabilidad, pues al controlarse la luz, se reguló el tiempo que era marcado por el alba y el crepúsculo o por la tenue luz proveniente del ocote, petróleo, sebo, velas o las lámparas de gas o por la luz de la luna llena.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, se convirtió en interés del gobierno local y federal alumbrar las noches oscuras y se destinó presupuesto para vigilar e iluminar la ciudad. Se comenzaron a utilizar calles, plazas y otros puntos de reunión para sociabilizar de noche: teatros, paseos, cafés, cantinas y fondas pues, la luz permitió que estos lugares fueran propicios para trasnochadores y noctámbulos que gozaban de distraerse, pasear, salir de juerga o jugar sabiendo que la luz los acompañaba.[96]

---

[94] Anónimo, "Luz de Luna", *El Mundo Ilustrado,* 9 de febrero de 1902, p. 21.
[95] García, "Los espacios públicos", 2002, pp. 223-227.
[96] *Ibíd.,* pp. 228-229.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Conforme el servicio del alumbrado eléctrico fue aumentando, la actividad del sereno, personaje descrito con escalera y tea en mano atizando la luz de los faroles que había en la ciudad, fue quedando en desuso porque las noches fueron alumbradas por los focos de luz eléctrica. Antiguos métodos empleados como la trementina y el aceite de nabo dejaron de ser populares entre la clase media y alta de la sociedad porque eran quienes podían pagar el gas o la electricidad, ya fuera para el uso doméstico o para amenizar tertulias nocturnas. Aunque las diferentes clases que habitaban en la ciudad fueron parte de ese proceso de modernización que representó la electrificación, no por ello todos resultaron beneficiados, aunque sí se puede afirmar que, sin diferencia de clases, el servicio de alumbrado público significó un cambio en la forma de vivir y de pensar.

La luz se convirtió en sinónimo de modernidad y cosmopolitismo porque los habitantes de la ciudad no sólo se podían trasladar de un lugar a otro mientras que sus pasos eran guiados por el alumbrado o caminar entre las calles y sentirse protegidos de "los búhos del crimen o de la inmoralidad",[97] sino que también podían detenerse a mirar los aparadores y escaparates establecidos en las principales calles y avenidas, como si se tratara de un "efecto mágico" que acompañaba la experiencia luminosa.[98] En este sentido, la idea de pertenecer a una ciudad cosmopolita se expresaba en el caminar, ver y vivir bajo la claridad de la luz porque ésta "simbolizaba vida, nacimiento, alumbramiento, claridad, inteligencia, brillantez, acción, movimiento, progreso y novedad".[99] Bajo estos términos

> Los reflectores, los escaparates, los hilos de focos que cruzaban las avenidas, dieron una nueva cara a la capital, pero era su luz la que más cambios le imprimía, pues implicaba también que la urbe tuviera movimiento nocturno, permitiendo que la gente se desplazara de un lugar a otro, que una nueva vida reinara en la metrópoli, una que permitía la electricidad y que hacía que la modernización llegara a ella. Ese era el nuevo paisaje citadino, hacía de la ciudad un teatro y de los capitalinos, sus protagonistas y personajes principales.[100]

[97] Briseño, *Candil,* 2008, p. 68.
[98] *Ibíd.,* p. 69.
[99] *Ibíd.,* p. 165.
[100] *Ibíd.,* pp. 69-70.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Con la electricidad llegaron varios beneficios y numerosos espacios quedaron iluminados. El interior de comercios y espacios de sociabilidad[101] establecidos principalmente entre las calles de San Francisco y Plateros se adornaron con la luz, los teatros, las plazas y los kioscos ampliaron sus horarios y ofrecieron mayor seguridad para retornar a casa; los hogares de las clases medias y altas, además de que eran alumbradas, comenzaron a inundarse de aparatos domésticos: planchas, cafeteras, refrigeradores, calentadores y otros artículos que prometían hacer la vida más cómoda y fácil.[102] Todo esto le daba un nuevo aspecto al "paisaje citadino" y a los hogares.

En este sentido, "la iluminación fue vista entonces como una imagen apoteósica, como una explosión, no sólo de luz, sino, sobre todo, de civilización". De esta manera, la idea que invadió el pensamiento de las élites capitalinas iba más allá de la vigilancia y ornato del alumbrado, pues representaba "haber alcanzado un logro largamente anhelado que colocaba de pronto a México como cuna de la ciencia, porque la luz eléctrica, la electricidad más que otra cosa, era un producto del avance científico, del progreso y de la cultura".[103]

"¡El tiempo devora la vida!"[104] La sincronización del tiempo y el transporte eléctrico

Además de que el alumbrado eléctrico transformara sustancialmente la vida de los habitantes de la ciudad de México, estos también tuvieron que enfrentarse a nuevas nociones de tiempo y distancia, las cuales adquirieron un sentido cuantitativo y

[101] A finales del siglo XIX, incrementaron los espacios de sociabilidad en la ciudad de México tales como restaurantes y clubs y, junto con ellos, un "nuevo tipo de centros comerciales se ajusta[ron] a los cannones y moldes de los almacenes parisinos de renombre, con el fin de dar a sus selectos clientes una nueva percepción en la tarea de comprar". Estos espacios propios de la élite sirvieron como puntos de reunión en donde se realizaban actividades de "buen gusto" y pronto la concurrencia se volvió consumidora "de prácticas, espacios y productos identificados como lo correcto, lo fino y lo moderno". De manera que el consumo entre las élites trascendió al mismo producto, pues alrededor de él había una serie de ideas como la "calidad, elegancia, exquisitez, finura, limpieza, confort" que sintetizaban valores de una sociedad que intentaba imitar lo que otras ciudades cosmopolitas habían incorporado en sus discursos, hábitos y prácticas como moderno. Victoria, "Progreso", 2016, p. 208.
[102] Barros, *Vida cotidiana,* 2003, p. 178.
[103] Briseño, *Candil,* 2008, pp. 68-69.
[104] Baudelaire, "El enemigo", 1855, p. 29, < http://ww2.educarchile.cl/UserFiles/P0001/File/articles-102294_Archivo.pdf > [Consultado: 6 de octubre de 2017].

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

quedaron íntimamente relacionados con los avances tecnológico de la época, convirtiéndose en factores determinantes en la construcción de una cultura urbana, porque fueron considerados como "referentes simbólicos de la imposición de una nueva valorización moral del tiempo".[105] Conforme se acercaba el ocaso del siglo XIX, la élite capitalina se identificó como parte de una ciudad que ingresaba a la "modernidad industrial y civilizadora"[106] y, por ello, la lógica de un tiempo lineal y progresivo tenía sentido: "el tiempo urbano de los negocios y del trabajo, de los viajes comerciales y la educación escolar; el tiempo de los relojes adornando los cuerpos, del cálculo exacto y del futuro programado; el tiempo […] en el que el individuo se asemeja a los autómatas".[107]

Al respecto, la vida secularizada se fue imponiendo, de manera matizada, a la vida religiosa porque el sonido característico de aquella ciudad virreinal que conocía el tiempo por las campanadas se seguía escuchando. Se trata de entender, más bien, la idea del control del tiempo desde un uso racional y productivo de éste,[108] bajo "una percepción del tiempo definida más por la racionalidad del trabajo y del traslado"[109] con la cual quedó articulada la concepción de vida moderna.

En este tenor, Arturo Torres Rojo explica que el interés del Ayuntamiento por proveer a la capital de relojes como parte de las mejoras urbanas que la elevarían al nivel de otras ciudades también tuvo como objetivo legitimar y sincronizar el orden social. Un orden que

> Requirió la sincronización precisa de los comportamientos de acuerdo a las señales de hacer o dejar de hacer, de interrumpir o de reanudar los ciclos y las actividades, de reunirse o dispersarse; ello, obviamente, no podía ni suponerse dentro de percepciones ajenas a lo urbano. De esta manera, en el discurso moral del tiempo deudor de la simultaneidad, el uso de éste aparece ya no sólo como un valor productivo en el trabajo o como máxima moral de la sociedad, sino como fundamento cotidiano de civilización.[110]

---

[105] Torres, *Los amos,* 2012, p. 62.
[106] Benítez visto en Pérez, "La fiesta", 1994, p. 429.
[107] Torres*, Los amos,* 2012, p. 48.
[108] *Ibíd.,* pp. 12, 97.
[109] *Ibíd.,* p. 40.
[110] *Ibíd.,* p. 105.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Este análisis del tiempo nos permite entender su uso dentro de una sociedad cada vez más urbanizada y para la cual ya no bastaba conocer que el "padre nuestro ayudaba a contar el tiempo para asuntos de la cocina, pues la gente solía pensar: "un padre nuestro tarda el huachinango para freírse; un padre nuestro en dar sabor los dientes de ajo a unas costillas de manso carnero".[111] No obstante, se tornó necesaria la unificación del tiempo porque las actividades cotidianas lo fueron requiriendo. Era preciso conocer la hora para no perder el tren o el tranvía, para medir la producción, conocer las jornadas de trabajo, los horarios de escuelas, de los establecimientos comerciales, de las cantinas y de los figones. Así, podemos imaginar "la Ciudad de México como escenario, sus relojes públicos como huellas de su espíritu y su ser modernos".[112]

Aquellas personas que tuvieron que acostumbrarse a una vida iluminada y electrificada, también lo tuvieron que hacer a la señalización de un tiempo que quedó determinado por el *tic tac* de los relojes. Frente al tiempo de la luz del día, de la oscuridad, de los ciclos agrícolas y del canto de los gallos –sujetos al ritmo de la naturaleza–, así como al tiempo de la liturgia católica –marcado por el nombre de los santos, oraciones, campanadas y el *ángelus–,* se sobrepuso un tiempo laico que indicaba fiestas cívicas, el horario de los trabajadores y de las corridas del tren, recordando la *simultaneidad* como una "condición cuasi-ontológica del orden y, por lo tanto, de las rutas hacia la civilización".[113]

Indudablemente, la necesidad de marcar el tiempo estuvo ligada con el trabajo, el traslado y los costos de las mercancías, motivo por el cual "los ferrocarriles y tranvías se convirtieron en los referentes simbólicos de su época y del progreso en general" y quedaron registrados en el campo de las artes como la pintura, el cine y la literatura.[114] Entre la década de los ochenta y noventa del siglo XIX, la inversión de capital extranjero marcó la pauta para la extensión de las líneas férreas y construcción de caminos que hicieron de la ciudad de México el punto de cruce con otras regiones y consolidaron a la capital del país como un centro

[111] *Ibíd.,* p. 106.
[112] *Ibíd.,* p. 147.
[113] *Ibíd.,* p. 12. Cursivas del autor.
[114] *Ibíd.,* pp. 77-79.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

comercial y financiero inserto en un sistema de constante flujo comercial. La inversión de capital financiero y el uso de nuevas tecnologías aplicadas en la infraestructura y los servicios de transporte no sólo transformaron el territorio, sino las actividades de producción, sociabilidad y los valores del tiempo.

Entre 1861 y 1880 si bien hubo un crecimiento notable en la industria y la infraestructura, estos no tuvieron el alcance para cohesionar el mercado interno ni externo del país; sería hasta el periodo entre 1880 y 1910 en donde se alcanzó una visibilidad mayor de la urbanización en la capital. Durante este periodo, se puede notar cómo el servicio de tranvías y ferrocarriles urbanos utilizaron la electricidad –servicio que recibió fuertes inversiones extranjeras– para agilizar el tiempo de traslado. Como resultado de estas condiciones, Torres sugiere que los

> Ferrocarriles y tranvías se constituyeron como instrumentos incisivos y cotidianos de la imposición de una nueva jerarquía en los valores del tiempo. Los renovados códigos exigidos para descifrar los mensajes de la precisión en los horarios o la velocidad de los recorridos –imbricados con los propios del tiempo de trabajo maquinizado y los sociales de la regulación del orden– derivaron pronto hacia la regulación cultural, momento en el que el buen uso del tiempo adquirió valor como fundamento moral de una sociedad inmersa ya en la ruta de la civilización.[115]

A la par que este tipo de transportes definió el uso de un tiempo sincronizado, también jugó un papel importante para regularlo. Los ferrocarriles y tranvías interconectaron la ciudad con municipalidades cercanas y con la periferia, lo que permitió el desplazamiento de mercancías y de trabajadores; las distancias se acortaron lo que se reflejó en la producción comercial e industrial, pues los empleados ocupaban menor tiempo en llegar a sus lugares de trabajo y era fácil que más trabajadores se movilizaran de un lugar a otro, es decir, al reducir el tiempo de traslado, incrementaban los índices de productividad y de explotación; fruto de un tiempo y "trabajo maquinizado".[116] Al respecto Baudelaire exclamaba: "-¡Oh, dolor! ¡oh, dolor! ¡El tiempo devora la vida!".[117] Este tiempo acelerado, fugaz y voraz,

---

[115] *Ibíd.,* p. 79.
[116] *Ibíd.*
[117] Baudelaire, "El enemigo", 1855, p. 29, < http://ww2.educarchile.cl/UserFiles/P0001/File/articles-102294_Archivo.pdf > [Consultado: 6 de octubre de 2017].

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

como el de cualquier otra ciudad moderna, presenció el nacimiento del sujeto anónimo urbano y la constitución de los transportes como elementos fundamentales en la vida cotidiana.

El tranvía eléctrico se convirtió en parte de la mitología del progreso porfirista. Era la imagen metafórica que advertía que, así como su movimiento siempre iba hacia adelante, se esperaba que el progreso también siguiera el mismo curso. Además, ofrecía un servicio rápido a diferencia del tranvía de mulitas y otros medios de transporte, por lo que la ciudad del tranvía era la que quería "dejar de ser aldea y convertirse en metrópoli moderna, en nombre de la religión de la velocidad".[118] Este servicio quedó descrito en la novela de Manuel Gutiérrez Nájera, *La novela de un tranvía*, como una "miniaturesca arca de Noe" en tiempos de lluvia desde donde se podían observar las calles de la ciudad. Por lo mismo, viajar en él podía avivar la nostalgia de los pasajeros al mirar una ciudad que no empezaba en el Palacio Nacional ni terminaba en Reforma, pues desde sus ventanillas podían distinguirse también algunos "barrios extravagantes".[119]

A partir de la inauguración del primer tranvía eléctrico en 1900 y la demanda de este servicio, surgieron nuevas rutas electrificadas: México-Tacubaya, México-Guadalupe Hidalgo, Peralvillo-Belem, Tacubaya-Mixcoac, México-Tlalpan-México-San Ángel, entre otras.[120] Los tranvías pasaron de ser un novedoso modo de transporte ajeno a su realidad a integrarse en las actividades diarias de la sociedad, cambiando física y culturalmente los usos de los habitantes de la ciudad, pues alrededor del tranvía se delinearon una serie de actividades que comunicaron a los pasajeros con lugares de recreo y otras municipalidades; a los obreros y otros empleados con sus lugares de trabajo; transportaron cadáveres; y, al mismo tiempo, causaron numerosos accidentes descritos a detalle en la prensa de la época.

Alrededor de las estaciones de tranvías, entre establecimientos comerciales y vendedores de boletos se experimentaron nuevas prácticas de sociabilidad, consumo y urbanidad. En 1901, los autores Prantl y Groso describieron a la ciudad de México como una "bella metrópoli" que llamaba la atención por sus calles

[118] Quirarte, "Elogio", 1998, p. 264.
[119] Gutiérrez, "La novela", 2006, pp. 175-176.
[120] Rodríguez, *La experiencia*, 2011, p. 159.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

“surcada[s] de rieles, por donde corren tranvías que se dirigen a las modernas colonias o a los rumbos más apartados, o a pueblos vecinos”.[121]

En el ocaso del siglo XIX y principios del siglo XX,

> La electrificación del tranvía, no sólo significó un aumento de velocidad en el traslado a los alrededores de la capital, representó, además un cambio fundamental en la morfología de la urbe, debido a que este transporte se convirtió, de ahí en adelante, en una especie de eje mediante el cual comenzó a regirse su expansión. Además, creó nuevos patrones de comportamiento entre sus usuarios, desde el ajuste de sus horarios hasta la propagación más pronta de las noticias.[122]

La expansión de este tipo de transportes se desarrolló por el interés de empresas tranviarias canadienses e inglesas, las cuales crearon diversas redes para el transporte de pasajeros y de mercancías y no resultaba extraño que fueran utilizados por “cocineras cargadas con canastas de verdura, jarros de leche y hasta pollos vivos”,[123] para transportar basura y como carrosas funerarias. Actividades que pasaron a formar parte de la vida cotidiana de la gente y que, al finalizar la primera década del siglo XX, en los días en que no hubo transporte a causa de una huelga de motoristas, las personas notaron la falta que les hacía, pues las actividades que se desarrollaban en la ciudad que fueron tomando un ritmo de rapidez, quedaron interrumpidas por una “crisis de circulación en la ciudad”.[124]

Proyectos para los “nuevos” ciudadanos: educación e higiene

La imagen progresista y cosmopolita de la capital no termina con la aparición de la moderna iluminación urbana o la concepción de un tiempo secular que controlaba la vida cotidiana, el movimiento de los transportes y del espacio. Las autoridades y los grupos de élite eran conscientes que más allá de los proyectos urbanos que modificaban la morfología de la ciudad, la estructura social y cultural como consecuencia de la aparición de servicios públicos, se tenían que ocupar de

[121] Prantl, *La ciudad,* 1901, p. 688.
[122] Mitra, “La modernización”, 2006, pp. 88-89.
[123] *La Patria,* 10 de enero de 1900, p. 3.
[124] Leidenberger, “Los tranvías”, 2002, p. 343.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

fomentar la educación y la higiene para poder moldear a un ciudadano moderno que fuera capaz de habitar la ciudad.

La concepción de una ciudad moderna quedó estrechamente relacionada con valores que predominaban entre las élites de la capital tales como la limpieza, la belleza y la salud,[125] convirtiéndose en la base sobre la que quedó asentado un discurso impulsado por un estado moderno liberal que intentaba que la ciudad de México lograra convertirse en una capital moderna. Empero, este complejo proceso deberá entenderse como aquel

> Que comienza a tomar forma como resultado de la industrialización y de la urbanización, a mediados del siglo XIX en Europa y América del Norte, cuya influencia se extiende paulatinamente al resto del mundo hasta convertir la modernidad y/o modernización en un paradigma que domina las ideologías y proyectos sociales, políticos y económicos de amplias regiones del mundo a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX.[126]

Desde esta perspectiva, la transformación urbana no sólo consistía en la parte física de la ciudad, sino que incluía también aspectos morales, higiénicos y educativos. Mediante un discurso científico se fortaleció la idea de inmoralidad a través de la cual se realizó una generalización de las prácticas de la gente pobre. De manera constante, la atención de las autoridades médicas y funcionarios se volcó en atender y vigilar actividades cotidianas que se desarrollaban en las calles, plazas, jardines, viviendas, escuelas y mercados porque ante los ojos de algunos vecinos, inspectores, médicos y autoridades, en estos lugares se podían concentrar peligrosos puntos de infección y contagio de diversas enfermedades.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, contrario a que las teorías de los miasmas[127] dejaran de ser importantes para el pensamiento de la época,

---

[125] Aréchiga, “Lucha de clases”, 2013, p. 34

[126] Miranda, *Urbanización,* 2016, p. 20.

[127] Desde finales del siglo XVIII las autoridades ilustradas trataron de implementar una serie de reglamentaciones para que los habitantes de la capital pudieran gozar de orden, limpieza y belleza de las calles, pero esto no fue sencillo, pues más que reorganizar la traza de sus calles y viviendas, se tenían que regular las prácticas cotidianas de los habitantes y transeúntes de la ciudad. Durante este siglo, las autoridades consideraron que la ciudad era semejante a un organismo vivo y advirtieron sobre la necesidad del movimiento del agua y el aire para garantizar la “salud pública” y evitar la formación de miasmas que enfermaran a la población.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

permanecieron como un complemento de la "Revolución Pasteuriana". Junto a la interpretación miasmática, las ideas de higiene y salubridad, se impulsó la creación de códigos, institutos y consejos para que inspeccionaran la población y, con ello, se pudiera prevenir brotes epidémicos. Los aportes realizados por el médico y microbiólogo alemán, Robert Koch, y el químico y bacteriólogo francés, Louis Pasteur, al campo de la microbiología y bacteriología, así como el uso de nuevas herramientas de laboratorio como el microscopio –instrumento con el que se logró observar el pequeño mundo en donde germinaban las temibles enfermedades–, permitieron a los médicos mexicanos articular un discurso en donde la higiene, "el arte de conservar la salud", pasó a ser parte fundamental del nuevo paradigma científico.

A partir de estos descubrimientos, los lugares públicos y privados fueron vigilados de manera constante para que se pusieran en marcha las prácticas de higienización. El hecho de que se arrojara sobre las calles y plazuelas cualquier tipo de desecho o que fueran utilizadas, a falta de lugares comunes o letrinas, para realizar sus necesidades fisiológicas, como sitios de sociabilización, de compra y venta en mercados "al viento", de consumo de alimentos o para velar a los difuntos, alertó cada vez más a las clases altas que se sensibilizaban ante los olores y la higiene pública y responsabilizaron de la insalubridad, enfermedades y epidemias a los sectores pobres. Entonces, este "discurso higienista brindó nuevos argumentos cimentados en la razón para aumentar la fragmentación de los espacios urbanos, la estratificación social y, de paso, sumir en nuevos guetos a la población pobre a comienzos del siglo XX".[128]

En cuanto a las viviendas se pueden destacar las medidas para regular que las habitaciones tuvieran una ventilación continua, que se evitara el hacinamiento y que contaran con letrinas para evitar la reproducción de antiguas "costumbres

---

La sociedad del siglo XVIII cimentó su interpretación del universo en las teorías mecanicistas y, a partir de ellas, se asoció la salubridad de la ciudad con la condición del aire. Como se puede ver, la forma en que la sociedad del siglo XVIII entendió y asimiló las enfermedades y propagación de epidemias no sólo estuvo asociado con la circulación o a los miasmas putrefactos que podían fluir en el aire y contaminar el cuerpo, sino que, además, adquirieron un carácter divino y supersticioso. Dávalos, *De basuras,* 1988 y *Basura e ilustración*, 1997.

[128] Barbosa, *El trabajo*, 2008, p. 180.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

populares", insalubres e inmorales. Los higienistas de la época, autoridades médicas del Consejo de Salubridad, el gobierno federal, el del Distrito Federal y el Ayuntamiento intentaron disminuir las estadísticas de mortandad, promoviendo una cultura de higienización y desinfección. En pocas palabras, se requería educar a la población para que se tomaran medidas en esa materia y se incorporaran a la vida cotidiana nuevos hábitos, empero, "el tránsito hacia una sociedad urbanizada involucraba muchos factores relacionados con la higiene pública, la higiene privada y las prácticas de limpieza de la población".[129]

La importancia que se le dio a la limpieza del cuerpo, a las acequias –viejas calles de agua–, cementerios, fuentes, atarjeas y lugares comunes, estaba relacionada con su nivel de peligrosidad, pues el agua que se bebía, la acumulación de materias fecales en las atarjeas y la suciedad de los muladares fueron sitios en donde se albergaron epidemias, enfermedades y miasmas putrefactos. Por tal motivo, las estrategias sanitarias que las autoridades porfiristas comenzaron a poner en marcha entre la población incluían: el aseo del cuerpo y los espacios, el uso del agua y jabón como métodos de asepsia, la regulación de mercados al aire libre, cementerios, drenaje, basureros, rastros y la vigilancia del aseo y riego de las calles. No obstante, aunque se intentó cuidar cada uno de estos rubros, las condiciones económicas y el descuido de los habitantes de la ciudad, impidieron que se llevaran al pie de la letra.

El gobierno porfirista entendió que para mantener alejadas las enfermedades se tenía que poner énfasis en la enseñanza de la higiene, en las inspecciones sanitarias de escuelas y hospitales, así como de establecimientos públicos tales como fondas, figones, pulquerías, cantinas y mercados. Las disertaciones de médicos, higienistas, ingenieros y autoridades de la época permitieron establecer una serie de reglamentaciones que tendrían que ponerse en marcha para disminuir las enfermedades y solucionar los problemas causados por la insalubridad, en esencia, se impulsaron diversas prácticas profilácticas mediante las cuales se

[129] Aréchiga, "Saneamiento e higiene", 2017, p. 19.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

incorporaran los principios científicos y, con ello, prevenir enfermedades infectocontagiosas.[130]

A finales del siglo XIX, no era novedoso que la ciudad de México se viera afectada por epidemias, pero lo que causaba alarma era el aumento de la población y, a su vez, el incremento de movilidad tanto de personas como de mercancías, situación con la que acrecentaba el riesgo de contraer "enfermedades cosmopolitas por excelencia, o enfermedades propias e inherentes a la vida urbana y moderna".[131] El tifo, el cólera y la viruela encontraron en la "envenenada metrópoli" un buen lugar para propagarse.

Por otro lado, la dinámica de venta y distribución de alimentos nos remite a la imposición de diversas prácticas higiénicas que se pusieron en marcha para evitar la propagación de enfermedades.[132] Desde la época virreinal hasta entrado el siglo XIX, la mayoría de los productos eran transportados por vía acuática. La entrada a la ciudad era por el canal de la Viga, de ahí los portadores de mercancía comenzaban a descargar en diversos puntos desde el canal de Jamaica hasta llegar al embarcadero de Roldán, lugar donde eran distribuidos a diferentes puntos los productos que desde la madrugada habían emprendido el viaje de tierra caliente, Xochimilco, Chalco, Cuemanco, Texcoco o Ayotzingo, remotos lugares que enviaban parte de sus cultivos para la ciudad y sus alrededores mediante "los canales y acequias, que fueron hasta bien entrado el siglo XX las principales vías de introducción de frutas, verduras, flores y granos",[133] pero el carácter lacustre

---

[130] Durante la presidencia de Manuel González, por ejemplo, fue notoria la gravedad de la insalubridad y la falta de higiene de la capital, tanto que quedó registrada en el informe presidencial, sin embargo, poco se pudo hacer ante dicha situación por la falta de fondos del Ayuntamiento.

[131] Agostoni, "Enfermedades", 2013, p. 31.s

[132] La distribución y abasto de alimentos es fundamental en cualquier sociedad. Durante la época virreinal la Plaza Mayor se convirtió en un espacio importante para el comercio, ahí convergían numerosos puestos y se podían distinguir al menos tres mercados: el de bastimentos a cargo de los indígenas en el oriente; el del Baratillo conocido por las manufacturas posicionado en la parte central; y, el de productos ultramarinos establecido sobre los famosos "cajones" que se ubicaban al poniente de la Plaza Mayor. Con la llegada del Conde de Revillagigedo se pusieron en marcha una serie de disposiciones que modificaron la ubicación de estos mercados para que la Plaza quedara libre de los comerciantes. Sin embargo, el carácter mercantil, comercial y abasto ha quedado marcada como herencia en la capital del país. Olvera, *Los Mercados,* 2007, p. 12.

[133] Barbosa, *El trabajo,* 2008, p. 83. Cursivas del autor

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

también se convirtió en uno de los principales causantes de malos olores y enfermedades para los capitalinos.

El constante movimiento y bullicio de la ciudad era una clara muestra de la dinámica comercial que se gestaba alrededor de los puestos de *sombras,* de los mercados *al viento* o de los mismos vendedores ambulantes también llamados mercados *a mano*. En estos lugares se podían encontrar alimentos como el frijol negro, bayo, garrapata y garbancillo, garbanza, maíz, haba, arvejón, almidón, pastas; frutas como la naranja, lima, zapote, caña de azúcar, plátanos; verduras y hortalizas, leche de los establos cercanos; jabón fresco y seco; velas de cebo y parafina;[134] artículos artesanales; y, además, se ofrecían servicios como el de los peluqueros, escribanos, músicos, dentistas y vendedores de alimentos, "sobre todo mujeres, [que] se dedicaban a ofrecer comida en lugares concurridos, en donde colocaban su anafre para preparar antojitos, o se paraban con sus canastos a vender alimentos ya cocinados, como pasteles, tamales o tacos de canasta".[135]

La capital del país tenía diversos puntos comerciales en donde sus habitantes podían abastecerse de artículos de consumo diario, estaban los mercados autorizados por el Ayuntamiento, lugares que, a pesar de los lineamientos de higiene se presentaban como severos focos de infección como el de Santa Catarina que en repetidas ocasiones fue denunciado por su precariedad, por vender "frutas y verduras podridas", por estar "invadido por vendedores de mantas, percales y por puestos de fritangas hediondas, invadiéndose hasta las banquetas".[136] También estaban otros mercados como el de San Juan, el de San Lucas y el de la Merced en donde, en repetidas ocasiones, carnicerías y tocinerías fueron clausuradas por los inspectores del Consejo Superior de Salubridad porque la carne provenía de rastros clandestinos y tenía sellos falsos, situación que los hacía acreedores de una multa por no cumplir con las medidas de salubridad, mismas que eran exigidas a las principales capitales de Europa y Estados Unidos.

En un periódico de la época se podía leer que para prevenir el contagio de tuberculosis se recomendaba "prohibírseles [a los niños] comer las frutas y dulces

[134] *El Popular,* 17 de enero de 1903, p. 1.
[135] Barbosa, *El trabajo,* 2008, p. 83.
[136] *El Popular,* 31 de mayo de 1901, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

que se expenden al aire libre en las calles, pues estas golosinas están impregnadas de todo el polvo y basura que hay en las calles, por lo que hay que acostumbrarlos a tomar las frutas mondadas y preferir los dulces que se guardan en vitrinas".[137] Las aguas de limón con chía, jamaica, horchata y tamarindo vendidas por un personaje típico, la chiera, "fresca, morena, de ojos negros",[138] también fueron vistas con recelo por las autoridades médicas.

Además de los mercados *al viento*, la ciudad contaba con la presencia de comerciantes que ofrecían los productos que cargaban con un mecapal en la frente mientras que pregonaban lo que vendían; no obstante, los compradores también podían ir a orillas de los canales de la Viga y Jamaica para abastecerse de lo que necesitaban. El hecho de que no todos los vendedores se encontraran ubicados en establecimientos fijos y fuera común que se vendieran productos y alimentos entre las calles, incitó a las autoridades a vigilar y a regular dichas prácticas con el objetivo de que se cumplieran con las medidas de higiene y prevenir enfermedades porque los puestos callejeros fueron considerados como peligrosos por la exposición a la suciedad del ambiente.

"Gloriosas y fáusticas": el desagüe, el saneamiento y el servicio de limpia

Los proyectos de higiene y salubridad que se gestaron durante el porfiriato fueron impulsados con la finalidad de prevenir inundaciones, enfermedades y epidemias y expulsar los deshechos que quedaban estancados en la ciudad. De esta manera, la construcción de obras como las del desagüe y el saneamiento, modernos sistemas en red, así como la puesta en marcha de un buen servicio de limpia, fueron consideradas como una necesidad social urgente que tenía como objetivo mejorar la salud pública de los habitantes de la capital.

A finales del siglo XIX, la realización de este conjunto de obras y servicios quedaron permeados por las ideas de higiene, salubridad, progreso y modernidad. Ideas que enfatizaban la necesidad de su materialización, pero también destacaban su carácter civilizatorio. Especialmente el desagüe de la ciudad se convirtió en el

[137] *La Voz de México,* 5 de julio de 1907, p. 3.
[138] Prieto, *La Patria,* 2009.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

“proyecto fáustico” de Porfirio Díaz y fue estimada como una obra mediante la cual se arrancaría a la capital del “mundo del atraso” para colocarla dentro de la modernidad.[139]

El canal del desagüe quedó inaugurado el 17 de marzo de 1900, después de varios siglos en los que no se había podido concretar y a pesar de fuertes tensiones entre técnicos y administradores de las obras. Su culminación sugiere que, el gobierno que vio nacer aquel “paradigma porfiriano”, trastocó las prácticas de los habitantes de la ciudad y la percepción de la salud pública. Cabe señalar que gobiernos previos al de Porfirio Díaz consideraron que la construcción de estas obras era de imperiosa necesidad, no obstante, fue hasta su gobierno que se pudieron concluir, especialmente, por la inversión y créditos extranjeros. El desagüe fue considerado como una obra sanitaria moderna porque transformaría el espacio insalubre de la capital en uno sano, bello e higiénico, pero también, por la inclusión de nueva tecnología que permitiría terminar esta obra hidráulica de gran envergadura.

Con estas obras, se esperaba que se “modificaran las prácticas, actitudes y espacios”, con la finalidad de que la población tuviera una vida suministrada con las condiciones materiales necesarias para lograr una vida higiénica. En este sentido, el trabajo entre médicos, ingenieros y arquitectos fue fundamental para entender la situación de la propagación de enfermedades, así como para lograr interpretar y entender los problemas de la ciudad y las condiciones de vida que se generaban, en palabras del médico Ricardo Marín, en “estos hormigueros llamados ciudades”.[140]

El incremento poblacional que la ciudad había alcanzado ocasionó que aumentaran los desechos y que no se diera abasto el viejo sistema de atarjeas, por tal motivo, el moderno sistema de alcantarillado, propuesto por el ingeniero Roberto Gayol, y aprobado por las autoridades del Ayuntamiento, se convirtió en “un símbolo de progreso para la nación y el pueblo mexicanos [pues] sentaban las bases para un futuro mejor”,[141] ya que formaría parte de una serie de proyectos de reformas

[139] Perló, *El paradigma,* 1999, p. 29.
[140] Marín visto en Sánchez, “Epidemias”, 2010, p. 136.
[141] Aréchiga, “Saneamiento e higiene”, 2017, p. 10.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

urbanas que tuvieron como principio proveer a la población de un servicio que garantizara la higiene pública.[142]

La falta de limpieza en las calles y de los mingitorios, además de que generaba olores pestilentes, provocó miedo a las enfermedades. La acumulación de basura y animales muertos en los albañales, callejones y plazas, llevó a que los vecinos de la ciudad se quejaran ante las autoridades para que la Comisión de Limpia se encargara del aseo de manera regular.[143] Aunque la vigilancia de este servicio tenía que ser una de las actividades prioritarias del Ayuntamiento para evitar brotes epidémicos, la limpieza se mostró limitada porque se otorgaba por contratas a empresarios, de manera que no se garantizaba el abasto de trabajadores ni la calidad del servicio, tornándose obsoleto. De ahí que no resultara extraña la existencia de tiraderos clandestinos o calles convertidas en verdaderos muladares.[144]

A finales del siglo XIX las obras del desagüe, las de saneamiento y el servicio de limpia se convirtieron en interés de autoridades médicas, higienistas y del Ayuntamiento, porque en la sociedad porfirista, aunque había apostado por la higienización para prevenir enfermedades y epidemias, no se logró tener alcances profundos en la ciudad ya que la modalidad rentista bajo la cual se dejó, al menos el servicio de limpia, menguó su eficiencia y calidad; además de que las técnicas

---

[142] La materialización de aquel discurso de higienización a través de las obras de saneamiento y el canal del desagüe promovió la segregación de las clases populares, pues "la ciudad moderna era, en este sentido, un despliegue físico espacial de las contradicciones sociales propias del capitalismo", situación que resultaba discordante si se quería poner fin a las epidemias y enfermedades porque mientras que el centro de la capital fue de los lugares que más se beneficiaron de estas obras, los barrios y colonias que quedaron fuera se convirtieron en focos de contagio. Las obras de saneamiento entonces reflejan una realidad urbana que resultó ser desigual, pues la construcción del servicio se priorizó en las colonias y barrios donde habitaban las élites y se postergó a las colonias populares. *Ibíd.,* p. 15.

[143] En mi tesis de licenciatura titulada *Ayuntamiento y élites frente a las obras de saneamiento y limpia de la ciudad de México 1891-1903,* analicé la importancia de dos campos que resultaron ser de interés y preocupación de las autoridades y habitantes de la capital. Específicamente el estudio del servicio de limpia se había abordado para finales del siglo XVIII por Marcela Dávalos, por ello, se intentó rescatar la historia de un servicio más allá de lo anecdótico de saber cómo eran utilizados los carros o los proyectos que fueron desarrollados para la elaboración de "carros inodoros" para sacar la basura de la ciudad o entender los cambios y permanencias culturales. Razón por la cual se realizó una reflexión de los conflictos entre autoridades y los intereses de particulares que hay detrás de este servicio. Nieto, "Ayuntamiento", 2014; Dávalos, *De basuras,* 1988 y *Basura e ilustración*, 1997.

[144] Agostoni, "Enfermedades", 2013, pp. 31-39.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

con que eran tratados los desechos no mitigaban el riesgo de contraer enfermedades. Así, "para la década de los ochenta, ya no bastaría con tener el control del movimiento del aire o de las aguas. Deshacerse de las inmundicias, representó más allá del buen aseo de un hogar o de su comodidad al quedar libre de los malsanos olores. Se convirtió en un acto de civilidad".[145]

A manera de cierre, se considera que el papel que desempeñó la ciudad de México como sede política, administrativa, comercial y cultural del país durante el porfiriato, ha orientado los estudios que se interesan por los servicios y las transformaciones urbanas a tener como referente, en repetidas ocasiones, el cuadro central de la capital, dejando la historia de los barrios y pueblos como sujetos periféricos y distantes de los procesos de modernidad porque la interpretación de ésta ha quedado sujeta únicamente a los avances tecnológicos y científicos que irrumpieron en el espacio urbano.

No obstante, esta forma de entender la modernidad –sugiere Berman– ha sido aceptada "con un entusiasmo ciego y acrítico, o condenada con un distanciamiento y un desprecio neoolímpico; en ambos casos es concebida como un monolito cerrado, incapaz de ser configurado o cambiado por los hombres modernos. Las visiones abiertas de la vida moderna han sido suplantadas por visiones cerradas; el esto y aquello por el esto o aquello".[146] En consecuencia, la modernidad suele interpretarse como un proceso terminado, "único y unificado, que en combinación con la innovación tecnológica da por producto una sociedad 'moderna'"[147] y cosmopolita. Bajo esta lógica, la ciudad y la modernidad no han podido disociarse y frente a este binomio se contrapone la vida *rural* casi siempre asociada con lo tradicional, anómala frente a aquella que llegaba con el progreso.

Las transformaciones urbanas que tuvieron lugar en la ciudad de México a finales del siglo XIX y principios del XX han sido exploradas en diversos trabajos a partir del proceso de secularización pues éste se convirtió en el punto de arranque para comprender el impacto del desarrollo material de la modernización porfirista. Pues a raíz de este proceso, la ciudad se expandió porque la liberación de

[145] Nieto, "Ayuntamiento", 2014, pp. 119-120.
[146] Berman, *Todo lo sólido,* 1988, p. 11.
[147] Moreno, *Experiencias,* 2017, p. 9.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

propiedades que, antes pertenecían a la iglesia o comunidades indígenas, posibilitaron que se alterara la fisionomía de la ciudad. Sin embargo, se tiene que entender a la modernidad más allá de los cambios materiales que se desarrollaron en la capital del país, pues si bien, estos son parte de este proceso, también lo son las contradicciones sociales, el despojo y la vida que se desenvolvió en los barrios populares, en donde a pesar del interés que hubo por parte de las autoridades para mejorarlos, las transformaciones que hacían lucir al cuadro principal de la ciudad de México como cosmopolita fueron llegando a cuentagotas en los barrios populares.

De acuerdo a lo anterior, se propone analizar en los siguientes capítulos cómo a la par de esta ciudad que despuntaba como moderna, había espacios cercanos que vivían este proceso de modernidad de otra manera, pues ésta no se agota ni experimenta su clímax con la materialización de obras y servicios públicos, motivo por el cual no se pueden establecer divisiones tajantes a partir de estas entre lo que es ser "moderno" y "tradicional"; contrario a esto, los estudios que se ocupen de la ciudad tienen que destacar los alcances de forma matizada lejos de "las polarizaciones rígidas y las totalizaciones burdas",[148] por lo tanto no basta con restringir las experiencias de los barrios dentro de un marco de vida "tradicional", respecto a la vida de la ciudad ideal porque sería "irónico y contradictorio, polifónico y dialéctico denunciar la vida moderna en nombre de los valores que la propia modernidad ha creado".[149]

Como se ha señalado en este capítulo, el conjunto de obras y servicios que desarrollaron a finales del siglo XIX impactaron a la sociedad que las recibió y la enfrentó a nuevas experiencias, actividades y sensaciones, dando como resultado que aquella ciudad se pensara moderna por contar con alumbrado, con las obras de saneamiento, con nuevos transportes y por un constante bullicio que eternizaba la noche. No obstante, en esta ciudad que intentaba parecerse a "una Babel, [a] una Sybaris, [a] una Trebisonda, agitada, estremecida por una actividad vertiginosa",[150] aun se levantaban en la parte oriente algunos barrios que por sus características físicas y sociales parecían contradecir este modelo, muestra de ello es el barrio de

[148] Berman, *Todo lo sólido,* 1988, p. 11.
[149] *Ibíd.,* p. 10.
[150] Altamirano, *Obras,* 1986, p. 81.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Santo Tomás La Palma, un lugar conocido por las autoridades, escritores, médicos, ingenieros y vecinos como peligroso e insalubre. Pero, este barrio que se transformaba a otro ritmo y que también formaba parte de aquella ciudad que esperaba, pacientemente, ser construida con filigrana, da muestra de una apropiación de la modernización y de una versión particular de la modernidad.

Instituto Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

CAPÍTULO 2

DE LOS BARRIOS DE ORIENTE AL BARRIO DE SANTO TOMÁS LA PALMA

> Yo tengo un concepto dramático de la vida, y romántico; no me corresponde lo que no llega profundamente a mi sensibilidad […] Me gusta la vida de la gente intranquila e insatisfecha, sean éstos artistas o criminales.
>
> Pablo Neruda, Prólogo a *El habitante y su esperanza, 1926.*

En una nota publicada el mes de abril de 1902 por el diario *El Tiempo,* se hacía referencia de manera irónica que, a causa de los temblores ocurridos por esos días, algunas calles del centro de la ciudad como Plateros y San Francisco cada vez se parecían más a los barrios que le rodeaban. En esta se podía leer: "el barrio de La Palma se ha pasado al centro de la ciudad y viceversa", pues los olores, la suciedad, las riñas y la presencia de "valentones" no eran otra cosa que la descripción de este populoso barrio. En este mundo alterno, "los zapateros y curtidores de aquel rumbo [de La Palma] están pacificados, y no es raro ver a uno de ellos que al pasar junto a una lavandera le ceda cortésmente la acera, se quite respetuosamente el chilapeño y la salude haciendo una genuflección, en vez de pellizcarla y jalarle el rebozo como antes se acostumbraba". [151]

El barrio de Santo Tomás La Palma, que de manera irónica reflejaba en esta nota ser opuesto a la ciudad y a sus "pacíficos habitantes" no ha sido estudiado a detalle como otras colonias y barrios populares que se formaron o ampliaron a finales del siglo XIX y principios del XX. Por tal motivo, se vuelve necesario fundamentar una investigación histórica de este lugar a partir de la recuperación de

[151] *El Tiempo,* 27 de abril de 1902, p. 2.

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

diversas fuentes que se encuentran dispersas, con la finalidad de construir una caracterización particular y así comprenderlo, no sólo en la individualidad, sino como parte de un conjunto de barrios que fueron conocidos como “barrios de oriente”.

Desde el siglo XVI los “barrios de oriente”, conocidos también como “los rumbos de oriente”, quedaron estrechamente ligados con las afueras de la ciudad. Con el paso del tiempo, por su condición geográfica lacustre y pantanosa, fueron asociados con enfermedades, malos olores y con las inundaciones, motivo por el cual a finales del siglo XIX se prefirió habitar el lado poniente, norte y sur de la ciudad. La insalubridad hizo de estos barrios un punto de contagio, capaz de “matar a más gente que la trichina y el cisticerco”, convirtiéndose, según se explicaba el diario *El Popular,* en un “monopolio de la epidemia”.[152]

Diversas fuentes y estudios han considerado la parte oriente como un todo homogéneo, quizá su imperante geografía lacustre o sus amplios campos de potreros han dificultado realizar una diferenciación clara de barrio a barrio, dando como resultado una reducción de aquel complejo lugar. De ahí que el objetivo de este capítulo sea conocer cómo fue concebido el oriente, cómo aparece en la hemerografía, crónicas, novelas de la época y estudios posteriores para comprender, de manera particular, la historia del barrio de Santo Tomás la Palma: barrio de pugnas eclesiásticas; descrito como popular, insalubre y peligroso; barrio anónimo, ensombrecido por la historia de la ciudad moderna y por el barrio de la Merced.[153]

---

[152] *El Popular*, 5 de febrero de 1903, p. 1.

[153] La Merced, lugar que adquirió el nombre por los religiosos de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes que llegaron en el siglo XVII, ha quedado en el imaginario popular como un centro de abastos. La capacidad comercial fue resultado de las condiciones geográficas que había hacia el oriente de la ciudad, pues éstas le permitieron ser un punto de acceso con los canales y acequias por los cuales llegaban los productos que abastecían a la capital y, al mismo tiempo, esto ocasionó que la población tuviera la particularidad de ser fluctuante pues, parte de los habitantes eran migrantes que se habían establecido en antiguos edificios convertidos en vecindades de bajo costo. El mercado ha sido, sin duda, un punto identitario de este lugar y hasta nuestros días se conserva como uno de los más importantes que permanecen en la capital. Barrio y mercado quedaron entrelazados pues, desde la época colonial hasta la segunda mitad del siglo XX, este espacio se distinguió por sus actividades comerciales, ventas de alimentos y otros artículos, pero fue en la década de los cincuenta cuando el antiguo barrio –ubicado a un costado y en los alrededores del convento mercedario– se expandió a partir de la construcción de un nuevo mercado en la parte

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Los "barrios de oriente" vistos a partir de médicos y escritores de la época

Algunos médicos y escritores de la época como L. Belina, Guillermo Prieto, Jesús Galindo y Villa, Manuel Rivera Cambas y Ángel del Campo, no sólo nos han dejado descripciones de cómo se transformaba el cuadro central y el lado poniente de la capital, además de esto nos arrojan algunas de las percepciones que se tenían de los barrios populares de la ciudad, por ello, sus textos se convierten en "un viaje de ida y vuelta[…] a los tiempos de quienes les dieron vida"[154] y, particularmente, nos dan pequeños atisbos de cómo eran aquellos barrios del oriente de la capital.

Estos autores, influenciados por las "despampanantes" transformaciones urbanas que se desarrollaban principalmente en el cuadro central y que se extendían hacia el poniente, realizaron una constante comparación con las carencias que se presentaban en los barrios de oriente. A la par que destacaban que el corazón de la capital era "el botón de muestra de la prosperidad, la paz y el orden" y hablaban de "sus bellezas, paisajes y áreas de recreo" como prueba de que se avanzaba hacia el progreso, también señalaron, de manera constante, el carácter insalubre y peligroso del oriente capitalino, el cual describían como una zona de canales y acequias sucias, de terrenos pantanosos, áridos y salitrosos, de múltiples tiraderos de basura y muladares y de callejones sinuosos e imposibles.

Más allá de la elocuente capital moderna de la que se sentían orgullosas las élites, se encontraba *don rumbo oriente,* monopolizador de las epidemias y vicios.[155] Sus barrios resultaban ser los más afectados cuando se propagaban las epidemias que asolaban a los habitantes de la ciudad. Los olores nauseabundos y la insalubridad no fueron las únicas características que señalaron los escritores al describir aquella zona lejana a la capital, junto a ellos, quedaron registradas las condiciones de pobreza, la precaria alimentación y el hacinamiento de los habitantes de este populoso rumbo. Factores que contribuyeron a la señalización y estigmatización de este lugar, así como de las actividades y oficios que ahí se

trasera de la parroquia de Santo Tomás Apóstol La Palma. Valencia, *La Merced,* 1965 y Tena, *El barrio de la Merced,* 2009.

[154] Arias, *El Distrito,* 2016, p. 12.

[155] *El Popular,* 5 de febrero de 1903, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

desarrollaban, casi siempre, relacionándolos con sectores pobres, con los "los miserables de México".[156]

Las aportaciones de los médicos de finales del siglo XIX nutrieron, en gran medida, la opinión de que los barrios de oriente eran insalubres y más propensos a inundarse por la cercanía que mantenían con el lago de Texcoco. De acuerdo con algunas explicaciones científicas, era la falta de movimiento de este lago lo que intensificaba su peligrosidad, pues los deshechos que llegaban de la ciudad se quedaban estancados y, al no tener ninguna salida, lo convertían en una "auténtica letrina"[157] que viciaba el aire con olores mefíticos y aumentaba la amenaza de que la población enfermara.

A decir del médico L. Belina, resultaba contradictorio que la ciudad de México que tenía un "clima benigno", se considerara como insalubre y mortal. La razón principal era que las aguas y la suciedad de las atarjeas una vez que eran recaudadas por la zanja cuadrada y por el canal de San Lázaro se enviaban al lago de Texcoco, donde quedaban inmóviles y azolvadas, generando un ciclo de putrefacción que contaminaba el aire a consecuencia de charcos y del estancamiento de aguas corruptas, dando como resultado un permanente foco de infección que desencadenaba fiebres palúdicas, epidemias de tifo, infecciones intestinales, pulmonías y otras enfermedades.[158]

Desde donde comenzaba el cuartel I,[159] ubicado al noreste, ya se podían notar las atarjeas abiertas carentes de toda circulación, esta situación aumentaba conforme se avanzaba hacia el cuartel II, localizado en la zona oriente, de manera que fueron considerados por los médicos inspectores de estos cuarteles como peligrosos porque, desde las calles hasta las habitaciones, se desconocían los

[156] Altamirano visto en Monsiváis, *A ustedes,* 2006, p. 168.
[157] Aréchiga, "Saneamiento e higiene", 2017, p. 39.
[158] Belina, *Proyecto,* 1882, pp. 7-9.
[159] El médico J. R. Arellano, fue encargado de inspeccionar el cuartel I y reportó, en el año de 1895, que las condiciones que se vivían en las casas y vecindades eran poco higiénicas porque no contaban con la ventilación ni la luz necesaria en las habitaciones, los habitantes y los animales se mezclaban sin ninguna división y, ante la falta de atarjeas y corrientes de agua, los deshechos quedaban acumulados, convirtiéndose en "resistencias de la gente sucia". Arellano visto en Aréchiga, "Saneamiento e higiene", 2017, pp. 169-170.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

"ideales de la Higiene".[160] El médico Bernáldes,[161] a quien le fue comisionada la inspección del cuartel II, señalaba que en esa demarcación había una "multitud de canales o zanjas, que en todas direcciones atraviesan este Cuartel, pasando *por el interior de las casas, donde son convertidas en depósitos las materias fecales"*.[162] Los riesgos que corrían los habitantes del oriente se diversificaban y parecía que era imposible deshacerse de ellos.

En la opinión de los médicos L. Belina y Bernáles, vemos que el estancamiento de aguas pútridas de las atarjeas, las aguas pantanosas de las acequias y los canales que se estaban desecando, fueron consideradas como alarmantes focos de infección, un riesgo latente para la población y se recomendaba, para frenar esta situación, comenzar con las obras de saneamiento y terminar con la tradición de mantener cerrada la compuerta de Santo Tomás, lo cual ocasionaba que se estancaran "aguas en fermentación orgánica", sin que tuvieran el mínimo movimiento.[163]

Además de estas observaciones médicas que acompañaron a la sociedad de finales del siglo XX, se pueden rescatar otros escritos que también enfatizaron sobre los numerosos caños y acequias expuestos entre las calles y casas del oriente y, por lo que se puede leer, no habían cambiado de manera sustancial con el correr de los años. Su composición geográfica y social, resultó ser un importante material para viajeros, detractores del régimen, escritores, autoridades médicas y del Ayuntamiento, quienes llegaron a coincidir en repetidas ocasiones que, ante el abandono y la falta de higiene, así como las constantes riñas y pleitos, en estos barrios de gente pobre sólo se podía vivir bajo la ley de la selva.[164]

El escritor Guillermo Prieto describió cómo eran estos barrios a mitad del siglo XIX. Para él representaban la "ciudad de los desdichados", eran la antítesis de la

---

[160] *Ibíd.,* p. 169.
[161] Los inspectores de los cuarteles realizaban recorridos en la demarcación que les tocaba. De ahí que los informes que levantaban daban cuenta de su caminar entre los barrios que les eran asignados. Refiere Aréchiga que más allá de que muestren posturas teóricas, éstos hablaban de "los problemas prácticos de la vida cotidiana en la ciudad". *Ibíd*., p. 172.
[162] Las cursivas aparecen en el documento original. *Ibíd*., p. 170.
[163] *Ibíd.,* p. 171.
[164] Aunque el autor se refiere al barrio de Tepito, pareciera que la "única ley era la ley de la selva" y se extendía alrededor de los barrios localizados al oriente. Véase Padilla, *De Belem,* 2001, p. 83.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

“ciudad de los Palacios” que, poco a poco, se iba expandiendo hacia el poniente de la capital.[165] El escritor afirmaba que, a diferencia de las calles céntricas que tenían empedrado, atarjeas y banquetas, en las de los barrios todo “era el lodazal y el caño inmundo”, además de que “las corrientes regulares de las calles y casas, se interrumpían por tumultuosos laberintos de vericuetos, callejones, encrucijadas y marañas de pocilgas en zigzag, escondrijos y madrigueras de bípedos”.[166] La parte oriente de la ciudad, ya en el ocaso del siglo XIX, continuaba cubierta por zanjas y potreros, si bien ya no tan despoblados, sí sucios. Situación que aprovecharon las autoridades y los grupos de élite de la época, para diseñar un “mundo imaginario” en donde tenían cabida estos “otros”, los “no modernos”, los de afuera de la ciudad.[167]

Sin duda, el carácter lacustre del oriente fue asociado por médicos y escritores con enfermedades y con aquella vieja ciudad novohispana que, más que una encantadora Venecia, resultaba una suerte de rumbo olvidado por las autoridades de la capital, cubierto por olores malsanos, calles sucias y peligrosas y en donde “el hambre y la miseria, la llaga y el harapo, lo deforme y lo repelente, tenían allí su imperio”.[168] Esta fue la visión que imperó entre las élites sobre el oriente de la ciudad y en ella se puede notar un marcado discurso en el que se volvió común describir, a partir de las pésimas condiciones del lugar, las características de la población, de quien se afirmaba no eran más que criminales, llenos de vicios y sin ningún valor ni recato.

En la opinión de los escritores y las élites de finales del siglo XIX podemos observar que, de manera constante, se tiende a enfatizar sobre los contrastes socio-urbanos, contrastes que, desde su visión, estaban presentes en todas las grandes metrópolis como Paris, Londres, San Petesburgo, Nueva York, en donde también había “amontonamientos de parias a la puerta”, los cuales además eran descritos como “una jauría de perros hambrientos, lista para recoger las migajas que caen de la mesa de los civilizados”. A partir de estas consideraciones, la capital del país como

[165] Prieto visto en Padilla, *De Belem,* 2001, p. 81
[166] Prieto, *Memorias,* 1992, p. 448.
[167] Garza, *El lado oscuro,* 2008.
[168] Prieto, *Memorias,* 1992, p. 448.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

parte de aquel conjunto de ciudades modernas no podía quedar exenta de problemas de desigualdad y, si bien, reclamaba ser la "ciudad de los palacios", en ella también había barrios pobres y caóticos, es decir, era una ciudad de contrastes en la que se levantaban barrios que no habían podido ser eliminados porque pareciera que "en todo centro populoso [tenía] que existir, necesariamente, el basurero de los hombres, como existe el de las cosas".[169]

En estos lugares de "jacales primitivos" se levantaban algunas pulquerías y viejas vecindades sin ventilación ni higiene, generando una serie de costumbres y conductas que dejaban mucho que desear a las clases pudientes y a las autoridades, reafirmando que existía, alrededor de las clases pobres, un mundo peligroso y criminal. Su descripción de aquellos barrios era la siguiente:

> Las zanjas de los alrededores de la ciudad, y en algunas que daban a las calles, veíanse mujeres lavando y bañadores desnudos, los cerdos vagaban sin custodia por algunas plazuelas, y en los laberintos descritos algo indescriptible de gentes extrañas, de mendigos de tipos patibularios, de ejemplares cadavéricos, de desenterrados, de anómalos y terribles, tenían su mansión, que dejaban muy atrás la Corte de los Milagros, iluminada con luz espantosa por la pluma de Víctor Hugo.[170]

El hecho de que los habitantes de los barrios menos favorecidos vivieran en habitaciones pequeñas, sin servicios y tuvieran que compartir los retretes y sitios para dormir, propició que la calle se convirtiera en un espacio en donde se llevaran, a menudo, actividades consignadas a espacios privados. El escenario descrito por Prieto no sólo refleja un marcado contraste con la ciudad ideal, sino un mundo de pobreza que se asoció con la falta de moralidad, criminalidad, desorden, vagancia y vicios de las "gentes extrañas" que lo habitaban. Este cuadro descriptivo elaborado por un escritor mexicano refería un sinnúmero de problemas sociales parecidos a los que pudiera haber narrado Víctor Hugo, sin embargo, sobrepasaba cualquier cosa porque la vida que se desarrollaba entre las clases populares rompía con "las

[169] *La Voz de México,* 28 de junio de 1908, p. 1.
[170] Prieto, *Memorias,* 1992, p. 448.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

ideas de civilidad y socavaban las fracturas de clase y género que pretendían estructurar la vida urbana".[171]

Otro personaje de la época, el historiador, ingeniero, geógrafo y funcionario, Jesús Galindo y Villa, señalaba que la ciudad de México se había convertido en un espacio en el que se podían ver los logros de Porfirio Díaz. Elogiaba las mejoras urbanas entre las que destacaba el adoquinado de las calles con un sistema moderno, la construcción de conductos de agua, la electricidad, los tranvías, así como los avances culturales. Sin más, para Galindo y Villa las transformaciones que se realizaban en la capital eran "reformas radicales, reclamadas por los adelantos del siglo".[172] Sin embargo, frente a esta ciudad que tanto orgullo le causaba, por los rumbos del oriente, en donde se encontraba la Escuela de Tiro, la recién inaugurada Penitenciaria y el Rastro, no había otra cosa que casas hacinadas alrededor de los terrenos áridos y pantanosos, motivo que llevó a consolidar el poniente como uno de los lugares en donde se levantaría "el México moderno y elegante, de aspecto enteramente europeo".[173]

En este mismo sentido, Antonio García Cubas,[174] quien se convirtió en uno de los grandes promotores de la higienización de la capital, también señalaba un notable contraste entre los barrios populares y la ciudad central. Para García Cubas, la diferencia no versaba únicamente en las calles irregulares, de imperante "desorden de manzanas y callejuelas, muchas de estas sin salida",[175] frente a las calles anchas, rectas, adoquinadas o empedradas; la gran diferencia radicaba en el desaseo de atarjeas y la constante propagación de enfermedades que a raíz de ellas se multiplicaban, siendo el factor geográfico de esta zona uno de los principales peligros para los habitantes del oriente y el resto de la capital.

El escritor Manuel Rivera Cambas, al igual que Prieto y García Cubas, destacaba cómo la capital se había transformado, de tal suerte que poco había

---

[171] Piccato, *Ciudad,* 2010, p. 58.
[172] Galindo, visto en Arias, *El Distrito,* 2016, p. 94.
[173] *Ibíd.*
[174] Antonio García Cubas originario de la ciudad de México, ingeniero, estadista, geógrafo, escritor y funcionario público, escribió en el año de 1876 el *Proyecto para el mejoramiento higiénico de la capital.* Arias, *El Distrito,* 2016, pp. 23-25.
[175] García, *Geografía,* 1894, p. 21.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

“quedado en pie de lo antiguo”, pues todo se iba adaptando de acuerdo al “gusto moderno y a las nuevas necesidades” de la época y, buscando lugares con climas favorables, se prefirió poblar hacia el poniente. No obstante, a pesar de que la antigua traza había sido ya rebasada, era notable un viejo problema, el de la suciedad en las atarjeas, siendo este promotor de enfermedades y letales muertes. Es interesante cómo estos autores coinciden y enfatizan en ciertos puntos de la modernización de la capital, sobre todo en el proceso de refinamiento y elegancia como cualquier ciudad que se dice moderna. Pero también, estos autores evocaban la permanencia de suburbios sórdidos que se encontraban a las afueras de esta ciudad y en donde habitaban entre basura, canales y animales, los más pobres, el populacho, “la clase pobre y desvalida de la capital”.[176]

Para Rivera Cambas, el norte y el oriente tenían características similares: eran sitios con pulquerías, figones, mesones y casas de vecindad en donde se fermentaba “la levadura de todos los vicios y de todas las miserias”. Y señalaba que:

> Nada artístico, nada bello adorna los suburbios de la capital por el norte mucho menos por el oriente; ruinas, bazares con muebles viejos y fierros oxidados, pulquerías, tiendas de pobre aspecto, es lo único que por aquellos barrios se encuentra; uno que otro teatro de orden inferior, corrales para maromas y ningún paseo, ni alameda donde puedan reunirse alguna vez los vecinos; en las accesorias y en los cuartos interiores de las casas de vecindad, habitan porción de artesanos, ya construyendo zapatos, sentados sobre banquillos alrededor de una mesita, ya tejiendo o dedicados a otras artes; mesones de aspecto triste con cuartos sin muebles; figones en que es notable el desaseo; barberías que parecen haber conservado el aspecto y la importancia que en los siglos pasados.[177]

Rivera logró plasmar de manera clara no sólo las condiciones materiales de aquellos barrios de la ciudad, sino que también registró la presencia de artesanos y personajes que vivían en Peralvillo, El Carmen, La Palma y San Lázaro, barrios sobre los que parecía que el tiempo se había detenido, pues bastaba con subirse a las torres más altas para observar cómo se llenaban sus calles “por el pueblo de México, verdadero enjambre de hombres, mujeres y muchachos harapientos que se

[176] Padilla, *De Belem,* 2001, pp. 89-96.
[177] Rivera visto en Altamirano, *Vida social,* 2001, p. 131.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

agitan en medio de los chismes y las pasiones que a menudo tienen por término sangrientas tragedias".[178]

Por último, en una visita que Ignacio Manuel Altamirano realizara a La Candelaria de los Patos, en la parte oriente y sureste, describió cómo eran las calles, casas y los habitantes de aquel lugar pantanoso y oscuro en el que se encontraban "los desheredados de la sociedad".[179] Altamirano, a diferencia de las miradas antes descritas sobre estos lugares, realizó una crónica costumbrista en donde señalaba que en su caminar por dicho barrio, no había encontrado "la sentina de los vicios y crímenes que amenazan a la sociedad", sino a "padres de familia rodeados de hijos, artesanos honrados sin trabajo, madres que caminan una legua para ganar un jornal pequeñísimo y que vuelven a su tugurio a partir sus tortillas con sus tiernos hijos".[180] La situación que se manifestó ante los ojos de Altamirano fue atribuida por él mismo a la falta de cuidado de las autoridades y del servicio de los médicos, así como la ausencia de la caridad, la cual buscaba más bien, ser vista y alcanzar la fama por otros lugares, lejos de los arrabales llenos de miseria, hambre y muerte.

La vida del conjunto de barrios ubicados al oriente de la capital quedó registrada por la pluma de diversos escritores que, aunque no era su objetivo principal describirlos a detalle, al hablar de ellos reflejan el espíritu de la época porfiriana que acompañó la construcción de un discurso en donde vivir en el oriente no sólo significó habitar en un área que se alejaba del cuadro principal de la ciudad, sino que se asoció –tal como lo demuestran los personajes que hemos referido–, con la ignorancia, la miseria, la suciedad, el pauperismo y la desolación.

Con excepción de Altamirano, la mayoría de estos autores realizaron valorizaciones morales de esta zona de la ciudad y marcaron nítidos contrastes con la ciudad que se modernizaba, convirtiéndose en herramientas políticas, médicas y sociales que intentaron justificar el régimen de Porfirio Díaz, sumando esfuerzos para que se desarrollara una historia urbana centralista que pretendía entender la modernidad a partir de los procesos urbanos que se ponían en marcha en la ciudad, de manera que en estos barrios, lejos quedaba la imagen bella y seductora del

[178] *Ibíd.,* p. 133.
[179] Altamirano visto en Monsiváis, *A ustedes,* 2006, p. 170.
[180] *Ibíd*.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

“nuevo mundo”, pues ahí se concentraban los léperos, rateros, valentones, viciosos y bandidos, sin más, el populacho.

El “otro lado”: los barrios de oriente

Con el paso de los años, se volvió fundamental utilizar los textos de los escritores decimonónicos para rescatar la vida de los barrios populares. Así, la visión que tuvo aquella “camada de modernistas”,[181] viajeros y pensadores sociales de finales del siglo XIX sobre los barrios pobres de la ciudad, alimentó la opinión de que esos lugares eran sucios, con viviendas improvisadas y calles llenas de criminales que asediaban a todo el que pasara,[182] visión que quedó impregnada principalmente en los estudios que abordan los bajos fondos capitalinos y las epidemias. En estos se puede ver una continuidad, si bien no interpretativa, sí del manejo ambiguo de categorías como barrios o rumbos de oriente; empero, a pesar de ello, cada vez más se puede leer entre líneas cuáles y cómo eran los barrios que conformaban el oriente de la ciudad. Esta categoría que encontramos en documentos de la época mantiene en sí misma la complejidad de lo diverso, razón por la cual invita a generar estudios que rescaten las particularidades de sus barrios y habitantes.

Mientras que al noreste de la ciudad se encontraba Tepito, San Sebastián, El Carmen, Santa Ana, Peralvillo y las colonias La Bolsa, Valle Gómez, La Maza, La Morelos y Del Rastro; en la parte oriente estaban San Lázaro, La Candelaria de los Patos, La Soledad, La Palma, San Pablo, San Pedro y Santa Cruz, lugares que no sólo quedaban alejados de la capital, sino que además, refiere Alex Garza, formaban parte de los bajos fondos. Fue alrededor de este mundo que geográficamente se ubicaba al otro lado sobre el cual la élite porfiriana construyó “un submundo criminal”.[183] Así, norte y oriente quedan unidos en una categoría denominada por Garza como “el otro lado”, la cual hacía referencia a una frontera ideada por las élites en donde imperaba lo insalubre, lo peligroso y lo inmoral.

[181] Arias, *El Distrito,* 2016, p. 41.
[182] Padilla, “Perfiles sociales”, 2004, p. 222.
[183] Garza, *El lado oscuro,* 2008, p. 12.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Estos barrios y colonias populares compartían el abandono y los males sociales que nacían entre las ciénagas sucias, el agua estancada y la convivencia entre "bazares con muebles viejos, vecindades a punto de derrumbarse, pulquerías y tiendas de pobre aspecto, teatros de "orden inferior", accesorios y cuartos interiores de las casas de vecindad, mesones de "aspecto triste", cantinas y cafés memorables, todo lo cual daba cobijo a esas voces que componían sinfonías de múltiples tonalidades".[184] Este "otro lado", que desde los letrados y las élites capitalinas se interpretó como una parte de la ciudad recurrentemente peligrosa, como el "mundo criminal de los bajos fondos" donde se ponía en riesgo la seguridad de la gente y la "formación de la nación mexicana".[185]

El "otro lado" representó un lugar de constantes contagios. El número de enfermos aumentaba por las condiciones antihigiénicas del lugar, por las epidemias y por los trabajos a que se dedicaban sus habitantes. Esto último se debe a que, en los alrededores de los canales, se albergaban dos de los oficios más representativos de este lugar y que quedaron descritos por la pluma de Rivera Cambas: los conductores de los carros de limpia y el gremio de los curtidores. Los primeros tenían que transportar los deshechos de la capital hasta los terrenos de Zoquipa, los cuales eran utilizados como tiraderos de basura, sin embargo, más que liberar las calles y las casas de la suciedad, contribuían a propagarla, siendo causantes de enfermedades gastrointestinales y respiratorias. Por otro lado, se encontraban los curtidores, conocidos por limpiar las pieles y arrojar los desperdicios a las acequias y canales que, al carecer de corriente continua que los limpiara, quedaban estancadas, contribuyendo también a un sinfín de enfermedades.[186]

Este "otro lado", el oriente capitalino, quedó condenado por la exposición constante a inundaciones y malos olores causados por el estancamiento de las aguas, resultado de la acumulación de basura, materias fecales y otro tipo de desechos que, se suponía, tenían que ir a parar al corazón del lago de Texcoco; el salitre y la humedad que había en los terrenos cercanos los hacía menos fructíferos

[184] Padilla, "Perfiles sociales" 2004, p. 223.
[185] Garza, *El lado oscuro,* 2008, pp. 12-13.
[186] Márquez, *La desigualdad,* 1994, p. 185.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

y, por ello, con demanda para personas pobres que no podían rentar viviendas en el centro o en otras colonias. Al respecto, María Dolores Morales señala que

> La preferencia por el poniente ha sido condicionada, en parte por los factores ecológicos. El oriente, próximo a la Laguna de Texcoco, era salitroso, árido, bajo y por lo tanto expuesto a inundaciones, se encontraba cerca del "Gran Canal" del desagüe, desde donde los vientos arrastraban los miasmas de la laguna y el mal olor de los desechos de la ciudad. Además, hasta 1903 la zona permaneció cruzada por canales infectos que arrastraban todo género de inmundicias; era un sector de casas viejas con una elevada densidad de población y rodeada de callejones estrechos […]
>
> En contraste, el poniente de la ciudad estaba constituido por terrenos más altos y por lo tanto menos expuestos a inundaciones; eran tierras de una vegetación muy rica, que permitía la construcción de casas con jardines, donde llegaba aire purificado y se establecieron ahí las colonias para las clases pudientes.[187]

Históricamente, la parte oriental se caracterizó por la abundancia de agua que, además que ocasionaba que los terrenos fueran húmedos, determinó que se desarrollaran diversas actividades lacustres como la caza de aves, la recolección de carrizales, la pesca, la recolección de diversos animales acuáticos, así como el aprovechamiento del lodo; la mayoría de éstas se conservaron hasta finales del siglo XIX, cuando la desecación se convirtió en una prioridad para la higiene y comenzaron a construirse nuevos servicios y obras públicas.

De manera breve, podemos señalar que en el oriente se levantaron los siguientes barrios: el de La Palma, conocido por los valentones y por los artesanos que, probablemente, trabajaban la planta de la palma; el de Zoquipan se caracterizó desde finales del siglo XIX por estar ahí el tiradero que se utilizaba para quemar basura; en tanto que el de San Nicolás Ozoloacán fue ocupado para la fabricación de abonos[188] a partir de las materias fecales que se recolectaban en la ciudad; el de san Ciprián, por su parte, se distinguía por los zacateros y cazadores de pato, actividades muy parecidas a las de La Candelaria, incluso José María Marroqui escribiría que las chinampas de los vecinos de este barrio "daban sustento a los

[187] Morales, "La expansión", 2011, p. 236.
[188] A principios del siglo XX, el señor B. Kundorf tenía una fábrica de abonos ubicada en Rinconada del Puente de Garavito y san Nicolás Otzoloapan.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

moradores, y lo mismo que los de la Candelaria, en el invierno se dedicaban al comercio nocturno de los patos", esta semejanza ocasionó que se confundiera con el de la Candelaria "no solamente en el vulgo, sino aun en documentos oficiales".[189]

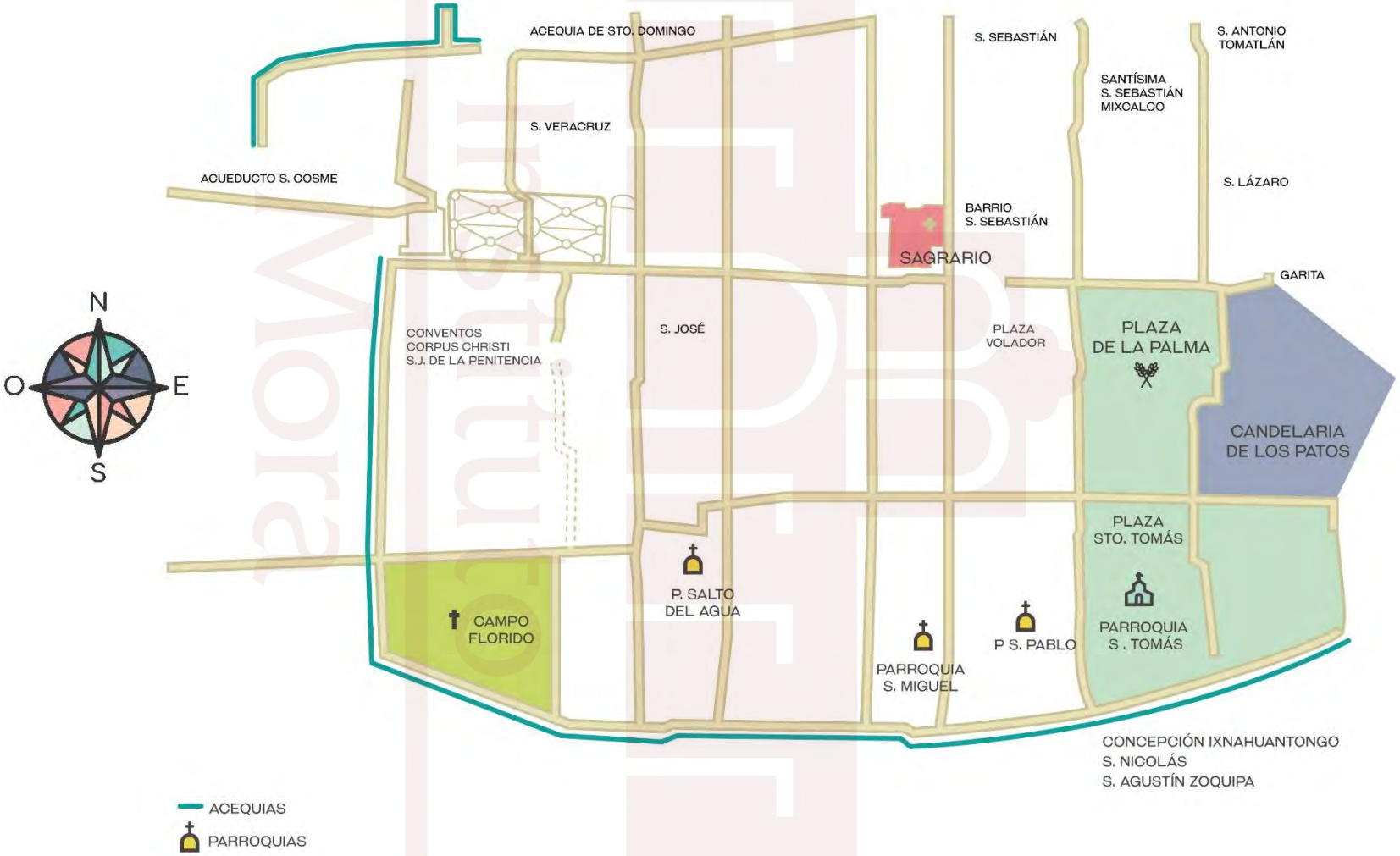
También era común encontrar en estos barrios curtidores, badaneros, zurradores, botoneros y gamuceros, actividades propias que dependían necesariamente del agua.[190] La misma condición lacustre de esta zona impidió que se tuviera un trazado preciso de sus calles y que algunos de estos oficios sobrevivieran hasta entrado el siglo XX. Desde el siglo XVIII los barrios de la Resurrección Tultenco, San Agustín Zoquipa, La Magdalena Mixiuca y San Mateo Zacatlán, se caracterizaron por que se dedicaban a la recolección y a la siembra y porque la cercanía con las acequias y canales los llevó a tener actividades propias de las lagunas y ciénagas que les rodeaban: zacateros, hortelanos, pescadores, cazadores de pato y chinamperos. En el mapa 1 se pueden observar los barrios antes mencionados a principios del siglo XIX, este fue retomado de la investigación que realizó Márquez Morfin y ha sido intervenido para señalar el conjunto de barrios de la parte oriente de la ciudad, los cuales permanecieron hasta finales del siglo XX con insipientes transformaciones, pero, sobre todo, con algunas permanencias porque la ciudad seguía rodeada de antiguos barrios y acequias. De esta manera, la importancia de este mapa radica en que nos permite localizar el rumbo oriente dentro de la ciudad, así como la cercanía que tenían con otros barrios vecinos, aun con el paso del tiempo. Ver Mapa 1.

Cómo podemos ver, resulta complejo describir el espacio y a la población de "don rumbo oriente", sobre todo porque los escritores, cronistas y médicos de la época no tuvieron como prioridad registrar las particularidades de cada barrio, sino más bien, apuntar aspectos generales de un espacio que se tornaba, ante sus ojos, caótico. De esta manera, decir barrios o rumbos de oriente se convirtió en una advertencia de males sociales, peligro y suciedad. No obstante, entre los escritos de estos pensadores sociales quedaron algunos nombres de los barrios que se han

[189] Marroqui visto en Dávalos, *Los letrados,* 2009, p. 52.
[190] *Ibíd.,* pp. 32-33.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

MAPA 1. BARRIOS DE LA CIUDAD DE MÉXICO



Fuente: mapa de Márquez, "Ciudad de México, Garitas, parroquias, plazas, barrios, acequias y acueductos", visto en *La desigualdad,* 1994, p. 189. Intervención propia para señalar tres barrios de oriente. Realizado por María Elena Morales Zea.

BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

convertido en pieza clave para quienes hemos intentado abordar las particularidades de tan polifacético escenario. Ver Cuadro 1.

Podemos decir que estas miradas, tanto de la época como estudios recientes, que se han construido a lo largo del tiempo sobre el oriente de la ciudad, han permitido que se realice un acercamiento puntual, más no cerrado, del barrio de Santo Tomás La Palma para rescatar y contar la historia de las personas que lo habitaron y vivieron las transformaciones urbanas de principios del siglo XX.

CUADRO 1. BARRIOS DE ORIENTE

CAPILLA	BARRIO	SIGNIFICADO
1- San Nicolás Ozoloacán	Ozoloacan	Sin traducción
2- San Diego Temazcaltitlán	Temazcaltitlán	Donde hay temazcales
3- La Concepción Ixnahulatongo	Huiznahualtongo-Ixnahualtongo	Lugar de espinas
4- San Agustín Zoquipan	Tzoquiapan	Agua lodosa
5- La Resurrección Tultengo	Tultenco	Orilla del tular-Lugar de carrizos
6- San Mateo Zacatlán	Zacatlán	Lugar de zacate
7- La Magdalena Mixiuca	Mixiuca	Lugar del parto

Fuente: elaboración propia a partir de Gómez, “Capillas de barrios”, 2008.

Delimitación espacial de Santo Tomás La Palma

Como parte de un ambiente de pugnas entre párrocos por el poder clerical, se debe entender la historia de la parroquia de Santo Tomás Apóstol “La Palma”, pues su origen fue corolario de las políticas secularizadoras de finales del siglo XVIII y la unión, en sí misma, de dos capillas indígenas que habían tenido una vida

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

independiente: la de Santo Tomás[191] y la del Santo Cristo de La Palma. La primera era una capilla ubicada en la plazuela del mismo nombre dentro del barrio de Temazcaltitlán, localizado en el cuartel II –se sabe que debido a su condición deteriorada se tomó la decisión de demolerla, pero han quedado registros de ella en algunos documentos–, fue administrada por religiosos agustinos hasta que fueron secularizadas las parroquias y se trasladó a la capilla de La Palma. La segunda capilla estaba dedicada al Santo Cristo de la Palma[192] y, en palabras de Rivera Cambas, era de "modestas proporciones";[193] se ubicaba también en el segundo cuartel y fue ayuda de la Parroquia de Santa Cruz y Soledad.[194]

Durante el siglo XVI, la distribución urbana representó el germen de un nuevo orden social en el cual quedaron separados distintos sectores sociales desde el corazón de la *ciudad letrada* –sede de virreyes, gobernadores, audiencias, arzobispos y obispos– y a sus alrededores como lugares destinados a los indígenas con el fin de evangelizarlos y vigilarlos.[195] Así, los barrios indígenas quedaron excluidos de la traza central, dedicada a los españoles, y en el primer cuarto del siglo XVI se dividieron en dos parcialidades: la de San Juan Tenochtitlan dedicada a San Juan Bautista y Santiago Tlatelolco a Santiago Apóstol, una y otra separadas por el canal de Tezontalli.

Fue a la parcialidad de San Juan a la cual quedaron sujetos los barrios de indios o *campan* de Santa María Cuepopan, San Sebastián Atzacualco, San Juan Moyotla y San Pablo Teopan,[196] también conocido como San Pablo Zoquipan; todos ellos subdivididos en pequeños barrios sobre los que comenzaron a ser construidas

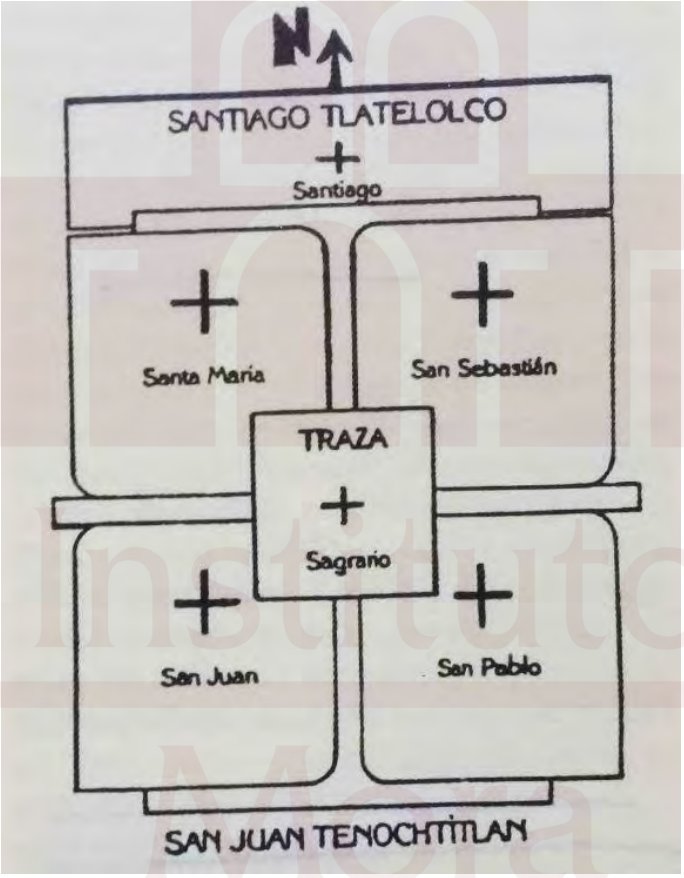
---

[191] Ricardo Gómez Tenorio señala que se localizaba en lo que hoy conocemos como Izazaga y Santo Tomás. Gómez, "Capillas", 2008, p. 107.
[192] Esta parroquia se encuentra actualmente en Plaza de Misioneros número 12 y Lauro E. Rosell la describió como una "capilla bien proporcionada, del tipo primitivo, aunque reformada en el siglo XVIII. Está situada de oriente a Poniente y ostenta una nave techada en parte con bóveda y el resto con madera. En su interior se halla un crucero con cúpula y el decorado es moderno. La puerta que conduce a la sacristía es muy interesante, y hermosa y atractiva la portada del frontis, barroca en su estilo, adornada su parte alta con un primoroso retablo esculpido en piedra, con una bella imagen del Crucificado, y adosados a las jambas dos nichos con esculturas de santos, también interesantes" Rosell, "Iglesias Coloniales", 1938, p. 4.
[193] Rivera, *México pintoresco*, 1882, p. 158.
[194] Ornelas, *Inventario,* 2015, p. 10
[195] Rama, *La ciudad letrada,* 1998, pp. 31-40.
[196] Este lugar fue conocido como *Teopan* "lugar sagrado y divina" o como *Zoquipan* "lugar de lodo".

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

parroquias en donde antes se encontraban sus centros ceremoniales. Estos barrios permanecieron alejados de la traza española con la finalidad de dividir a los grupos indígenas quienes quedaron bajo la jurisdicción de los religiosos mendicantes[197] y, aunque la mayoría de las veces aquella "utopía segregacionista" que marcaba los límites jurídicos entre uno y otro quedó traspasada, cumplía con la funcionalidad de facilitar la recaudación de impuestos.[198] Ver Cuadro 2.

CUADRO 2. PARROQUIAS EN QUE SE DIVIDIÓ LA CIUDAD DE MÉXICO



Fuente: Moreno de los Arcos visto en Dávalos, *Los Letrados,* 2009, p. 20.

[197] Según el registro que realizó José Antonio de Villaseñor en 1746, la parcialidad de San Juan contaba con 79 pueblos y barrios que se encontraban distribuidos, en su mayoría, hacía el oriente y norte de la ciudad, teniendo 5900 familias de indios; en tanto que la parcialidad de Santiago tenía 72 pueblos y barrios. Visto en Villaseñor, *Theatro*, 1746, pp. 58-59

[198] Rovira, "San Pablo Teopan", 2012, p. 32.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Las comunidades indígenas de San Juan fueron evangelizadas por los franciscanos y quedaron como visitas de la iglesia de San José de los Naturales hasta 1560, momento en el que, con la ayuda del arzobispo Alonso de Montúfar, San Pablo y San Sebastián[199] pasaron a ser parte del clero secular. Sin embargo, San Pablo pasó a ser administrada en 1575 por los agustinos, pues estos le habían solicitado a Felipe II encargarse de ella y su petición fue concedida. Fue a partir de este momento en que el lado oriental pasó a ser administrado por la orden agustina.[200]

En 1633, cuando fue construida la parroquia secular de Santa Cruz y Soledad en el mismo lugar que otrora se encontrara la capilla agustina de Santa Cruz Cuautzinco o Cuaucontzinco, se abrió el camino para que en 1750 el antiguo curato de San Pablo fuera ocupado por el clero secular. Las pugnas entre el clero secular y el regular no pararían hasta finalizar el siglo XVIII, momento en el que la división territorial entre estos dos sectores eclesiásticos llegaría a su fin. Así, en la segunda mitad de este siglo, el impacto que tuvo la apropiación de las parroquias por parte del clero secular permitió que el control de los barrios de indios recayera sobre el arzobispado, menguando el papel que habían ocupado las órdenes religiosas. El resultado de la secularización llevó a que las parroquias de Santa Cruz y Soledad y de San Pablo Teopan alternaran la vigilancia y el cuidado de las capillas indígenas que se encontraban en el lado oriente de la acequia Real.[201]

El hecho de que Santa Cruz y Soledad se fundara sobre un barrio de carpinteros que había albergado la capilla de Santa Cruz Cuautzinco, manifiesta el conflicto latente que había entre el clero secular y el regular, un conflicto que dio como resultado que en 1772 –bajo la influencia de las políticas reformistas de la Corona–, se estableciera una nueva distribución en los territorios parroquiales para reorganizar la planta urbana que tantas controversias había causado, pues "con dos

[199] Por órdenes del virrey marqués de Villamanrique, San Sebastián fue cedida en 1585 a los carmelitas descalzos en el mismo año en el que llegaron, pero en 1607 se hicieron cargo los agustinos, decisión ante la cual se opusieron los indígenas y pasaron del llanto al amotinamiento para evitar que los carmelitas se fueran.
[200] Santiago Tlatelolco estuvo ocupada por los franciscanos y los dominicos quedaron excluidos de las parcialidades indígenas, sin embargo, con la ayuda del arzobispo, crearon una congregación para los indios mixtecos, zapotecos y para los vagos. Los indios "extravagantes" acudían a misa y tenían por parroquia la iglesia de Santo Domingo.
[201] Dávalos, *Los letrados,* 2009, p. 19.

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

ciudades eclesiásticas para una sola planta urbana, las fronteras entre las parroquias nunca fueron del todo transparentes, problema que se tornaba difícil de resolver, toda vez que la clarificación de tales límites indudablemente involucraba a los intereses pecuniarios de los párrocos"[202] y de los frailes.

La secularización de las doctrinas regulares fue una situación constante desde el siglo XVI, porque ante los ojos de algunos clérigos era innecesario e irracional tener dos demarcaciones –una regular que atendiera a los indígenas y otra secular para los españoles u otros grupos–, pero fue definitivo hasta 1772, año que significó "el fin de la ciudad colonial regida por el principio de la separación racial; pero lo que quizá es más importante, se iniciaba la ruptura con las formas que habían permanecido subterráneas en la ciudad antigua".[203] Este cambio, se dio a la par de la *Nueva distribución parroquial* autorizada por el arzobispo Lorenzana, pues desencadenó que las iglesias y capillas ofrecieran servicio y recibieran tanto a españoles como a indígenas, terminando con un viejo principio ordenador que fomentaba la "separación racial de las feligresías";[204] el cual había imperado desde 1524 hasta ese año. La división parroquial de la ciudad de México había quedado determinada, en un principio, por límites parroquiales raciales, límites que ayudaban a que las actividades de la iglesia estuvieran ligadas al espacio parroquial, empero, "el racionalismo de Alzate y Lorenzana quizá no alcanzó a captar el grave golpe que con el reacomodo de barrios y parroquias y con la mezcla –aunque con libros separados– de españoles e indios había dado a los últimos vestigios de la ciudad de Tezcatlipoca".[205]

Para el año de 1772, los agustinos y los franciscanos ya habían entregado al obispo la mayoría de las parroquias que tenían a su cargo, ese mismo año fueron modificadas las jurisdicciones parroquiales y se crearon cuatro parroquias: la de Santo Tomás la Palma, Santa Cruz Acatlán, Salto del Agua y Santa Ana y quedaron como administraciones parroquiales al sur de Santa Cruz y Soledad, situación que

[202] Pescador, *De bautisados,*1992, p. 27.
[203] Moreno de los Arcos visto en Pescador, *De Bautizados*, 1992, p. 33.
[204] Hasta 1769 se habían destinado cuatro parroquias para españoles: Sagrario, Santa Catarina, Santa Veracruz y San Miguel y seis para indígenas: San José, Santa Cruz, San Pablo, Santa María, Santiago Tlatelolco y San Sebastián.
[205] Pescador, *De bautizados,* 1992, p.20.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

significó una nueva división del espacio parroquial, pero también sería el origen de un fuerte enfrentamiento entre los párrocos de Santa Cruz y Soledad y el de Santo Tomás.

A raíz de las disposiciones emitidas por el arzobispo Lorenzana, la capilla de Santo Tomás fue elevada a parroquia y quedó bajo la administración del párroco Cristóbal Folgar. El territorio sobre el que se le otorgó jurisdicción a esta parroquia comprendió: "al poniente la acequia real, desde el puente de los curtidores hasta la Viga: al sur y oriente el Albarradón con el barrio de la Magdalena Mexiuca: por el norte el barrio de San Ciprián por su calle hasta el puente de los Curtidores donde dio principio".[206] Dentro de estos linderos quedaron comprendidos los barrios indígenas: Concepción Ixnahualtongo, la Resurrección Tultengo, San Agustin Zoquipa, San Diego Temazcaltitlán, San Mateo Zacatlan, San Nicolás Ozoloacan y Magdalena Mixiuca.

No obstante, la situación material del templo de Santo Tomás impedía que comenzaran las funciones parroquiales, motivo por el cual el párroco Gregorio Pérez Cancio concedió a Cristóbal Folgar, en carácter de préstamo, la capilla de La Palma para que fuera ocupada mientras terminaban los trabajos de construcción de lo que sería el templo de Santo Tomás, pues debido a su reciente nombramiento se pensó que se podría instalar en la capilla que tenía el mismo nombre o en la Concepción.[207] En tanto que se decidía dónde ubicar la sede, se esperaba que se terminaran con los trabajos del templo que acogería a Santo Tomás, su párroco, según la descripción realizada por Pérez Cancio, le había "rogado" para que en el "ínterin que se componía la otra parroquia de Santo Tomás, [le] prestara mi capilla de La Palma para que sirviera interinamente a la pronta administración de aquel curato" petición que aceptó y accedió a prestarle la capilla de La Palma para que se iniciaran las actividades que le correspondían como parroquia. Sin embargo, Gregorio Pérez Cancio no tardó en reclamar la capilla de La Palma ante el arzobispo, primero

[206] N. Rodríguez, *Pandectas,* 1980, p. 352.
[207] A razón de los trabajos que se estaban realizando para arreglar la capilla de Santo Tomás, el párroco Cristóbal Folgar recibió, por órdenes del arzobispo Lorenzana, la cantidad de doscientos pesos para que aderezara la capilla de Santo Tomás o la de la Concepción y pudiera establecerse la parroquia de Santo Tomás.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

porque estaba a cargo de Santa Cruz y Soledad y, además, se había percatado que "dicho cura no trataba de componer su parroquia sino que quería con mala fe abusar de la generosidad con que se le franqueó lo ajeno" tomando como donación lo que en principio había sido un préstamo. [208]

El enfrentamiento entre párrocos se hizo visible a raíz de estos acontecimientos, y en 1775 aunque las demandas que hizo Gregorio Pérez no le devolvieron la capilla de La Palma, el cura escribió en el *Libro de fábrica del templo parroquial* sobre el "abuso de la buena fe" que había tenido el cura de Santo Tomás y que de esa manera pudiera quedar la "perpetua memoria de su ingratitud" y de los estragos que había causado para continuar con los trabajos de remodelación de la capilla de Santa Cruz y Soledad, ya que al quedarse con la capilla de La Palma significaba menos ingresos de los feligreses.[209] Estas disputas entre los párrocos por la capilla de La Palma nos permiten ver que "la historia de las parcialidades es, en suma, la historia del desplazamiento de sus bordes; del desconcierto sobre las jurisdicciones y de la disputa por la administración de la feligresía".[210] En este sentido, el orden parroquial depende del número de feligreses, es ahí en donde radica la importancia de la disputa entre el clero secular y el regular, puesto que al tener control mediante el orden parroquial se gozaba de autoridad sobre los vecinos de esas localidades.

Lo que significó para el párroco Gregorio Pérez Cancio una pérdida, resultó un logro para Cristóbal Folgar, porque la capilla de La Palma –la cual no estaba contemplada dentro de los límites territoriales de Santo Tomás– fue concedida como sede parroquial de manera terminante, y en 1784 se bendijo luego de que se realizaran algunos cambios en la capilla. De esta manera, no sólo se tomó el templo, sino que se anexó el nombre de La Palma, quedando desde entonces como la parroquia de Santo Tomás la Palma.

Estos hechos nos permiten, por un lado, entender cómo la parroquia unió en un solo nombre dos capillas asignadas a barrios diferentes, como resultado de una pugna por tener el control del territorio parroquial y, por otro, que bajo dicha

[208] Pérez, *La Santa Cruz,* 1970, p. 85.
[209] *Ibíd.,* 102.
[210] Dávalos, *Los letrados,* 2009, p. 23.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

jurisdicción parroquial –la cual permaneció sin ninguna modificación sustancial hasta principios del siglo XX– quedaron unidos al menos ocho de los barrios que forman parte del oriente de la ciudad. Si no se conociera el proceso histórico de cómo surge la parroquia y los lugares que tiene a su cargo, sería difícil entender lo que representó Santo Tomás La Palma.

A finales del siglo XIX, bajo la administración del párroco Faustino Aguillón, fue bendecida una imagen de San Vicente Paul,[211] santo conocido como el "limosnero real" y patrono de las instituciones de caridad. La parroquia y el atrio se llenaron por la cantidad de personas que llegaron para la ceremonia, entre los invitados se encontraba una orquesta, un grupo de niños y otro de niñas. Este acto fue celebrado con un sermón oficiado por el sacerdote español Vigo, del cual brotaron "ideas brillantes y llenas de sabios consejos". [212] Años más tarde, una vez más sería Faustino Aguillón, el "virtuoso sacerdote"[213] de Santo Tomás La Palma, quien en medio de una misa organizada por los feligreses de la Conferencia de San Vicente de Paul, exhortara a "sus oyentes a seguir el noble ejemplo de aquel insigne varón, dechado de caridad y de virtudes".[214] Ver Imagen 1.

Por estos años, la parroquia de Santo Tomás la Palma continuaba con la jurisdicción sobre los mismos barrios, y en 1901 el presbítero J. Trinidad Basurto (ver anexo 1), describió el espacio que le correspondía a la parroquia de Santo Tomás la Palma:

> Al norte: –Desde el Canal Riva Palacio, hasta el callejón de Ureña, en línea recta al lado que mira al Norte, la esquina del Puente Colorado y Embarcadero, en línea recta que mira al Oriente.
>
> Al poniente: – Desde la esquina del Puente Colorado y Embarcadero, las calles del Olvido, Santa Bárbara al Túnel de Santo Tomás, aceras que ven al Poniente, da vuelta por el Canal con vista al Norte, y desde el puente del Molino comprendiendo la Isla de Venegas, todo el lado que ve al Poniente hasta la ex-garita de la Viga exclusive.

---

[211] Esta imagen de tamaño real se mandó a elaborar a Querétaro y, aunque fue apadrinada por la Sra. María de Jesús Campos y el Sr. D. Luis Fernández y Campos, se sabe que entre el párroco Aguillón y la asociación de San Vicente de Paul compartieron los gastos.
[212] *El Correo Español,* 23 de agosto de 1894, p. 2.
[213] *La Voz de México*, 25 de julio de 1895, p. 3.
[214] *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

> Al sur: – Desde la ex garita de la Viga exclusive, en línea recta hacia el Oriente, lado que mira al Sur, incluido el barrio de San Agustín Zoquipan.
>
> Al Oriente: – La zanja cuadrada o canal de Valbuena, ambos lados hasta el canal Riva Palacio, en el punto en que comienza su límite N. [215]

Un año después, el Arzobispo de México, Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, informó la nueva división de parroquias, resultado del aumento de la población, pero también diseñada con el objetivo de vigilar a los fieles de los peligros que atentaban contra la fe y la moral. La delimitación de la parroquia de Santo Tomás la Palma quedó así:

> Al Norte: Desde el canal Riva Palacio, hasta el callejón de Ureña, en línea recta el lado que mira al Norte.
>
> Al Poniente: Desde la calle de la Tarpana, a la compuerta de Santo Tomás, aceras que miraran al poniente, da vuelta por la puerta del Molino, lado que mira al Norte, da vuelta y sigue en línea recta hasta la ex-garita de la Viga, al lado que mira al Poniente.
>
> Al Sur: Desde la ex-garita de la Viga, exclusive, en línea recta hacia el Oriente, el lado que mira al Sur, incluido el Barrio de San Agustín Zoquipan.
>
> Al Oriente:- La zanja cuadrada o canal de Valbuena, ambos lados hasta el Canal Riva Palacio, en el punto en que comienza su límite N.[216]

Entre un año y otro, la delimitación no presentó cambios drásticos. La jurisdicción de Santo Tomás La Palma quedó naturalmente dividida por el agua: la calzada de la Viga y paralela a ella estaba la calzada de Balbuena; por el norte tiene frontera con el canal de Riva Palacio y al sur con la ex–garita de la Viga. En el mapa 2 se distingue que hacia el sur de Cuauhtemotzin disminuye el número de manzanas trazadas, mientras que conforme avanza hacia el norte comienzan a aumentar por la cercanía con la ciudad. Cada uno de los barrios que se encontraban dentro de estos límites tenía una capilla que daba nombre al lugar y a su plaza.

---

[215] Basurto, "El arzobispado", [versión en línea], <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080015816/1080015816_104.pdf> [Consultado: 5 de julio de 2017]

[216] APSTAP, *Edicto Diocesano,* Sección: Disciplinar, Serie: Mandatos, Vols. 30, Caja 101, 1 de mayo de 1902.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

IMAGEN 1. PARROQUIA DE SANTO TOMÁS LA PALMA

Fuente: APSTAP. Fotografía de Antonio García, miembro de La Parroquia de Santo Tomás La Palma. Fecha aproximada, 1960.

BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

MAPA 2. DELIMITACIÓN PARROQUIAL

Fuente: elaboración propia con base en el *Plano de la Ciudad de México* formado por J. Coudurier, con todos los datos de aprobación del H. Ayuntamiento, Año, 1910, Archivo Histórico del Distrito Federal (en adelante) AHDF, Fondo Ayuntamiento, Vol. 618, Exp. 55. Realizado por María Elena Morales Zea.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Descripción del barrio de Santo Tomás La Palma

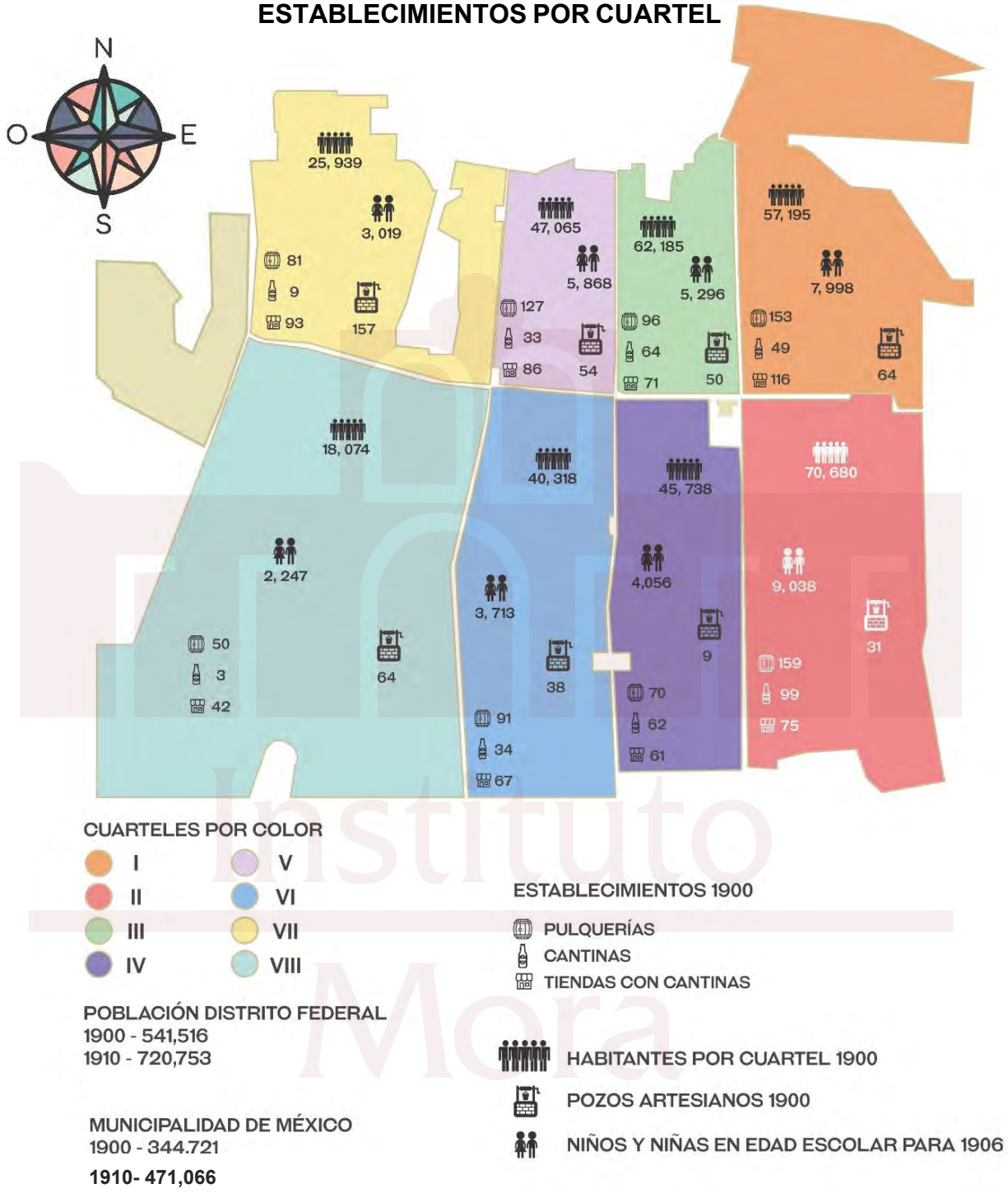
En la década de los ochenta del siglo XIX, el diario *La Voz de México* describía que el templo de Santo Tomás La Palma, a pesar de sus "modestas proporciones", se distinguía por "el buen gusto" de su interior y el "hermoso crucifijo de tamaño natural y bastante bien ejecutado" que se encontraba en la fachada principal.[217] Así, aquel barrio, recibió el nombre por la parroquia homónima encargada de atender a los barrios indígenas del oriente de la ciudad. A finales del siglo XIX y principios del XX este lugar era cercano al cuadro principal de la ciudad de México y quedaba localizado en el cuartel II, el cual históricamente se había mantenido como una de las demarcaciones más pobladas, pues de un total de 368,898 habitantes que tenía la ciudad de México para 1900, 70,680 eran de este cuartel. Además, se posicionó por casi un cuarto de siglo, como el cuartel con mayor índice de establecimientos educativos, notándose una correspondencia entre escuelas e infantes en edad escolar, aunque esto no significara su permanencia o un alto índice de asistencia.[218]

En el mapa 3, podemos ver la división de la ciudad de México por cuarteles, además, se incluyen algunos datos poblacionales de la ciudad y por cuarteles, así como el número de pozos artesianos, cantinas y pulquerías, esto con la finalidad de relacionar el barrio con la ciudad y con el conjunto de establecimientos que le rodeaba. Asimismo, en el mapa 4 se realiza un acercamiento a la escala de cuartel para localizar, de manera más clara, al barrio de Santo Tomás La Palma y ubicarlo, no como "un detalle accidental", sino como esencia de la realidad urbana.[219] El cuartel II, era una zona que contaba con un vasto número de escuelas y albergaba cuantiosos establecimientos de bebidas embriagantes, de ahí que se haya ganado la fama de ser populoso. Como parte de esta demarcación, también quedaron incorporados San Lázaro, La Candelaria de los Patos, La Soledad, San Pablo, Santa Anita, San Pedro y Santa Cruz y fue conocido en los periódicos de la época

[217] *La Voz de México,* 3 de junio de 1886, p. 2.
[218] Chaoul, *Entre la esperanza,* 2014, p. 64.
[219] Lefebvre, *De lo rural,* 1978, p. 195.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

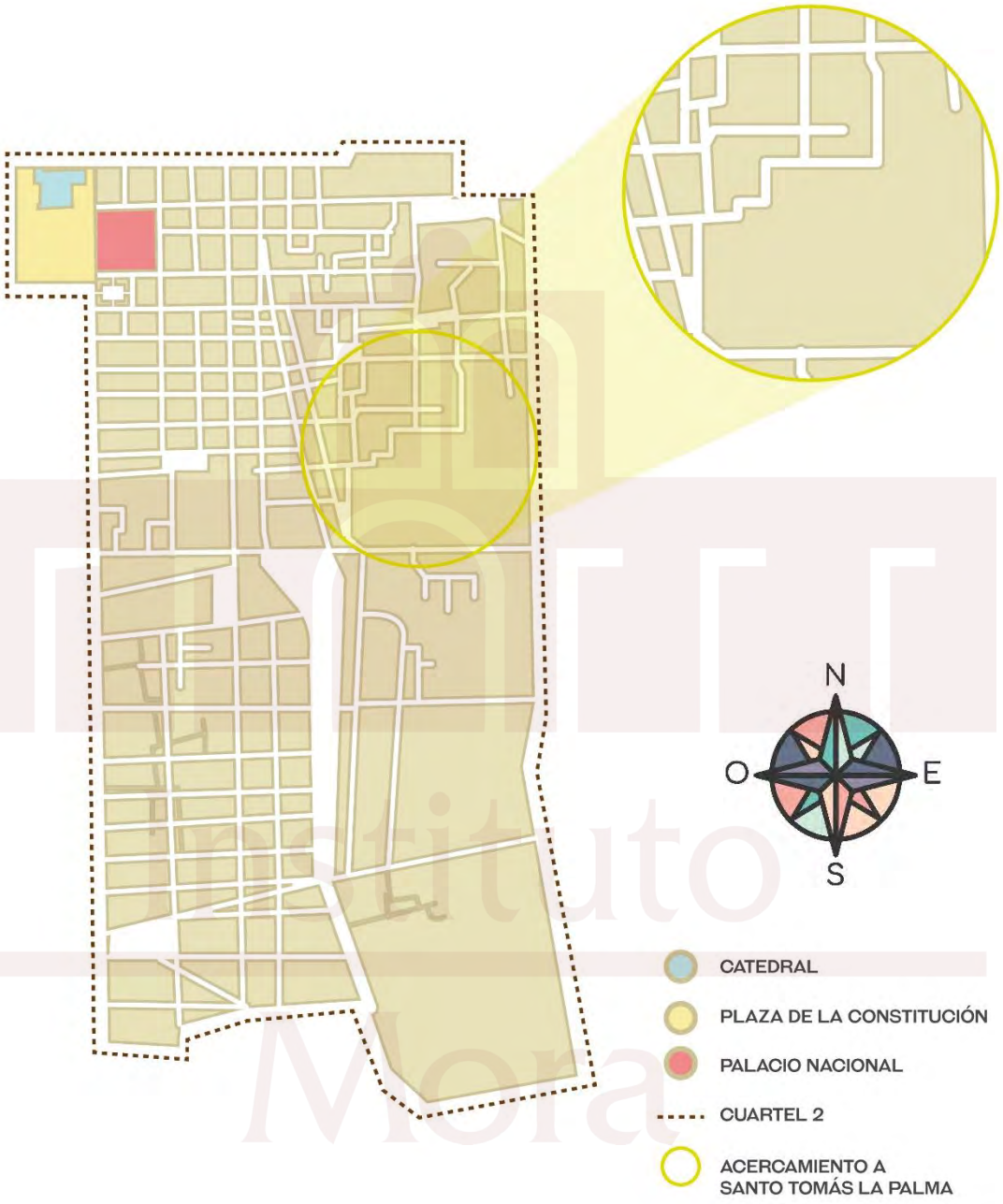
MAPA 3. LA CIUDAD DE MÉXICO CON NÚMERO DE HABITANTES Y ESTABLECIMIENTOS POR CUARTEL



Fuente: elaboración propia con base en el *Plano de la Ciudad de México* formado por J. Coudurier, con todos los datos de aprobación del H. Ayuntamiento, Año, 1910, AHDF, Fondo Ayuntamiento, Vol. 618, Exp. 55 y con datos de Chaoul, *Entre la esperanza,* 2014, p. 49; Pulido, "¡A su salud!", 2012, pp. 33, 57; Romero, "Agua", p. 140; y, Vargas, "El tránsito", 2013, p. 81. Realizado por María Elena Morales Zea.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

MAPA 4. UBICACIÓN DEL CUARTEL II
Y DEL BARRIO DE SANTO TOMÁS LA PALMA



Fuente: elaboración propia con base en el *Plano de la Ciudad de México* formado por J. Coudurier, con todos los datos de aprobación del H. Ayuntamiento, Año, 1910, AHDF, Fondo Ayuntamiento, Vol. 618, Exp. 55. Realizado por María Elena Morales Zea.

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

y por las autoridades del Ayuntamiento capitalino como un lugar peligroso, insalubre y de numerosas diversiones populares. Así, el barrio de Santo Tomás La Palma colindaba con el de San Nicolás, San Ciprián y La Candelaria. Su cercanía con este último ocasionó que tanto los periódicos como los propios vecinos pensaran que eran el mismo barrio, de manera que en una nota periodística se señalaba que la semejanza que había entre ambos no permitía saber "dónde principiaba la línea que los divid[ía]".[220] Debido a esto, en diversas ocasiones, el reconocimiento entre un barrio y otro quedó diluido por la falta de conocimiento, pero otras veces fue por la proximidad que había entre ellos.

Por tal motivo, La Candelaria casi siempre fue asociado con Santo Tomás La Palma, porque para la élite capitalina que los miraba desde afuera, estos lugares no eran otra cosa que arrabales arraigados en la parte oriente de la ciudad, "reliquias del México antiguo". En este tenor, para el diario *El Siglo Diez y Nueve,* La Candelaria de los Patos era "un complemento del barrio de la Palma".[221]

En 1882 el escritor Manuel Rivera Cambas escribió que "entre laberintos de callejoncitos y vericuetos, habitados por las clases más pobres de nuestra sociedad, se levanta[ba] la humilde iglesita de Santo Tomás la Palma, que da nombre al famoso barrio donde hasta hace pocos años se abrigaban los malhechores y pendencieros de más nombradía en esta capital".[222] Era un lugar, aunque cercano al cuadro principal de la ciudad, que llamó la atención de la prensa por los "olores insoportables que se desprend[ían] de las famosas coladeras", por los "hombres desarrapados y sucios, de rostro patibulario, que se emplea[ban] pacíficamente en recoger las basuras […] y valentones de "charrasca" en cinto, que no se [tentaban] el corazón para destripar a un prójimo".[223] Era un espacio de carrizales que junto con la oscuridad se convertían en cómplices de riñas y asesinatos.

Estos registros nos remiten a pensar dónde se encontraba, qué aspecto tenían sus casas, calles y plazas; qué olores recorrían los aires del barrio por la proximidad que tenía con el lago de Texcoco y por los oficios a los que se dedicaba

---

[220] *El Imparcial: diario ilustrado de la Mañana,* 3 de febrero de 1910, p. 7.
[221] *El Siglo Diez y Nueve,* 6 de enero de 1891, p. 2.
[222] Rivera, *México pintoresco,* 1882, p. 158.
[223] *El Tiempo*, 27 de abril de 1902, p. 2.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

sus habitantes; así como los tipos de establecimientos que alojaba. Entre las calles cercanas al barrio de Santo Tomás La Palma se encontraba la de Viboritas, Titiriteros, López, Pacheco, y Abraham Olvera; hacia el este se podía ubicar una casa conocida con el nombre de "Rancho de la Soledad" o "Ladrillera de la Coyuya"[224] y la calle de Cocolmeca que limitaba con San Ciprián; al oeste la de Olvido y Embarcadero y al suroeste la de Carretones, las cuales colindaban con San Pablo. Se sabe que los habitantes del barrio de Santo Tomás La Palma tenían constantes enfrentamientos con los de Santa Ana y con los de Santo Tomás, con el primero rivalizaba por "la *valentía* de sus hombres, como por la prostitución de las mujeres"[225]y, con el segundo, por el enfrentamiento de cuadrillas de valientes.[226]

Entre los oficios registrados en los documentos se pudo encontrar la presencia de jornaleros, curtidores, carpinteros, comerciantes, dulceros, aguadores, sombrereros, zapateros y, en menor cantidad, uno que otro fotógrafo en el barrio de Santo Tomás La Palma, algunos de estos tienen vigencia hasta el día de hoy. Ver imagen 2. Era una zona comercial, de paso y de divertimentos: ahí se levantaban puestos y mercados improvisados,[227] el Teatro Guillermo Prieto en la plaza de la Palma y, a un lado de este en el número 9, una cantina con el mismo nombre. En su plaza no podían faltar los jacalones-teatro, dichos establecimientos estaban dedicados a las clases populares de aquellos rumbos[228] donde de vez en cuando se podían escuchar "las destempladas armonías que brotaban de un pianito ambulante"[229] que recorría todo el barrio de La Palma, así como el ruido de los trenes de tracción animal que atravesaban por algunas de sus calles.[230]

La plaza fue un lugar importante porque alrededor de ella giraba la vida cotidiana de los habitantes del barrio, no sólo por los establecimientos que albergaba, sino porque en ella se desarrollaban episodios que catapultaron su popularidad, pues fue un lugar de numerosas cantinas y pulquerías en donde una

---

[224] *La Voz de México,* 9 de agosto de 1888, p. 3.
[225] *El Demócrata,* 27 de diciembre de 1895, p. 1. Las cursivas son del texto original.
[226] *El Chisme,* 31 de octubre de 1900, p. 2.
[227] Barbosa, *El trabajo,* 2008, p. 141.
[228] *El Popular,* 7 de noviembre de 1903, p. 1.
[229] *La Patria,* 4 de septiembre de 1890, p. 2.
[230] *El Correo Español*, 29 de julio de 1902, p. 3.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

IMAGEN 2. HOMBRE SENTADO AFUERA DE LA PARROQUIA DE SANTO TOMÁS LA PALMA

Fuente: APSTAP. Fotografía de Antonio García, miembro de La Parroquia de Santo Tomás La Palma. Probablemente se trata de un campesino que llegó al barrio de la Merced en búsqueda de trabajo, esta imagen se asocia con los jornaleros de principios del siglo XX. Fecha aproximada, 1960.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

vez que comenzaban a embriagarse podían terminar en la comisaría, heridos en el hospital o no tener la fortuna de contarlo; pero también porque su corazón fue el escenario en donde comenzaron riñas y se efectuaron asesinatos causados por celos, así como pleitos y asaltos que terminaban en fatales desenlaces.

Varios locales se encontraban en el barrio de Santo Tomás La Palma y abrían sus puertas al público: una casa de empeño,[231] una tienda conocida como "La Gran Victoria" en Plazuela de la Palma número 1,[232] otra como "El Carnaval de Venecia";[233] una cantina llamada "La Lonja",[234] una tlapalería en el callejón de Cocolmeca número 10; a un lado de ésta, en el número 11, se encontraba el taller de un escultor,[235] así como una botica llamada "Nuevo México".[236] Una maicería muy cerca de la plazuela, conocida por pleitos y una explosión que dejó a más de dos en situación grave.[237]

Como hemos visto, el cuartel II contaba con numerosas escuelas, de las cuales se han localizado algunas dentro de este barrio[238] y, a pesar de no tener la ubicación exacta de todas, se sabe que fueron parte de proyectos personales o de beneficencia. A partir de una esquela que anunciaba la muerte del "respetable industrial", José María Zayas, se logró identificar una escuela en Santo Tomás la Palma, la cual había fundado como un acto de "amor a los hijos del infortunio", con el único objetivo de educar al "proletariado".[239] Otra de ellas fue una de Beneficencia para niños desvalidos, creada por iniciativa personal de un personaje que los

[231] *El Diario,* 27 de marzo de 1908, p. 8.
[232] *Diario Oficial Estados Unidos Mexicanos*, 22 de agosto de 1910, p. 12.
[233] *La Voz de México,* 11 de abril de 1893, p. 3.
[234] *El Tiempo,* 27 de marzo de 1908, p. 2.
[235] *El País,* 12 de febrero de 1907, p. 1.
[236] *El Demócrata,* 12 de marzo de 1895, p. 1.
[237] *El Relámpago,* 26 de julio de 1894, p. 2. Probablemente esta maicería era de la Beneficencia y se registró que algunas ocasiones los propios gendarmes eran los culpables de iniciar el desorden y de "maltratar no solamente de palabra sino aún de hecho á las pobres mujeres que anda[ban] en busca del apetecido cereal". Véase también *El Correo Español,* 30 de septiembre de 1892, p. 3.
[238] María Eugenia Chaoul ha documentado que, aunque las escuelas de algunos barrios como San Cipriano y La Palma eran pocas, las que se encontraban distribuidas a lo largo del segundo cuartel conformaban un amplio circuito escolar que aumentaba, sobre todo, en los puntos comerciales. Estas escuelas se caracterizaban por ser de beneficencia pues, la pobreza en que se encontraban los barrios de dicho cuartel y las altas cifras de niños en edad escolar que ahí habitaban se convirtieron en una oportunidad para practicar la caridad católica. Chaoul, "Caleidoscopio", 2013, p. 193 y Chaoul, *Entre la esperanza,* 2013, pp. 46-49.
[239] *La Convención radical obrera*, 3 de noviembre de 1901, p.3.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

mismos habitantes de la Palma apodaban, “el divino Alcocer”, y aunque la escuela no tenía ningún apoyo de las autoridades, él mismo “buscó recursos, mendigó casi, no para sí, sino para sus alumnos, y les dio alimentos, logrando tener mayor concurrencia en sus escuelas”.[240] Estas dos instancias fueron sustentadas con recursos que destinaban sus fundadores y otras personas.

También era conocido que en aquel barrio se ubicaba en el número 1 de la primera calle de Santo Tomás La Palma, la Casa Amiga Católica,[241] instancia dedicada a la educación de niñas. Pero, como hemos señalado fue la iniciativa de ciertos personajes lo que posibilitó que se establecieran escuelas en el barrio de La Palma pues, aunque las autoridades municipales habían intentado abrir algunas en los barrios de la “última capa social”, la falta de locales lo convertía en una tarea difícil. Así lo demuestra una nota publicada por *El Diario* donde una vez más quedó registro que la inauguración de la escuela ubicada en la calle de San Jeronimito, no habría sido posible sin el empeño y tenacidad del profesor Simón Manzano, una institución que se ocuparía de la “regeneración de la clase plebeya”.[242]

De acuerdo con la información recuperada principalmente en diferentes diarios, se elaboró el mapa 5 en donde se logran ubicar las calles, puentes, plazuelas, escuelas y otros establecimientos que caracterizaron al afamado barrio de Santo Tomás La Palma. Lugares en donde se desarrollaban las actividades de sus habitantes, convirtiéndose en elementos estructuradores de su vida cotidiana. Son dichos elementos los que, de acuerdo con López Moreno, permiten que el barrio se configure como “una unidad más o menos homogénea desde el punto de vista formal y cultural, lo que permiten demarcar unidades territoriales relativamente precisas”.[243]

Así, alrededor de este espacio que tenía una parroquia, una plaza que albergaba jacalones, teatros, puestos y mercados improvisados, a través de sus

[240] *El Diario del Hogar,* 13 de abril de 1882, p. 2. Con el paso de los años y ante la falta de recursos, esta escuela pasó a formar parte de la lista de escuelas del gobierno para tener subvención oficial.
[241] *La Voz de México,* 15 de diciembre de 1883, p. 2.
[242] *El Diario,* 2 de agosto de 1910, p. 2.
[243] López, “Barrios”, 1996, p. 29.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

MAPA 5. MAPA DEL BARRIO DE SANTO TOMÁS LA PALMA

Fuente: elaboración propia con base en el *Plano de la Ciudad de México Comisión de Mejoras y Embellecimiento*, tomado de la Memoria del Ayuntamiento (en adelante MA), t. II, Año, 1901, Biblioteca del AHDF y a través de diferentes periódicos de la época. Realizado por María Elena Morales Zea.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

UBICACIÒN DE ESTABLECIMIENTOS

- TIENDA Y CANTINA "LA REFORMA DEL CASTILLO" - ESQUINA SUSANILLO Y ZAVALA
- TOCINERÍA - CALLE OLVIDO NÚM. 0
- TIENDA "LA BUENA FE" - 4TA. CALLE DE LAS PALOMAS Y CALLEJÓN DE SAN CIPRIÁN
- FÁBRICA DE JABÓN Y VELAS - CALLEJÓN DE SAN CIPRIÁN NÚM. 15
- PULQUERÍA - 2DA. CALLE DE SANTO TOMÁS
- MOLINO DE MAÍZ - ESQUINA DEL CALLEJÓN Y PLAZUELA DE LA PALMA
- TIENDA "LA GRAN VICTORIA" - PLAZUELA DE LA PALMA
- TLAPALERÍA - CALLEJÓN COCOLMECA NÚM. 10
- TALLER DE ESCULTOR - CALLEJÓN COCOLMECA NÚM. 11
- CASA DE EMPEÑO - PLAZUELA DE LA PALMA
- CANTINA "LA LONJA" - PLAZUELA DE LA PALMA
- PULQUERÍA - PLAZUELA DE LA PALMA
- PULQUERÍA DE COCOLMECA
- TEATRO GUILLERMO PRIETO - PLAZUELA DE LA PALMA NÚM. 9
- CANTINA GUILLERMO PRIETO - PLAZUELA DE LA PALMA NÚM. 10
- PARROQUIA DE SANTO TOMÁS LA PALMA
- ESCUELA

ESTABLECIMIENTOS SIN UBICACIÓN

1. Vecindad en el barrio de La Palma
2. Taberna
3. Café de La Palma
4. Botica
5. Tienda "El Carnaval de Venecia"

*Se sabe que existieron estos establecimientos porque hay registros en la hemerografía, sin embargo, no se específica la dirección.

ESCUELAS

1. Fundada por José María Zayas
2. Escuela de Beneficencia fundada por "El Divino Alcocer"
3. Casa Amiga Católica – 1era. Calle de Santo Tomás La Palma
4. Fundada por Simón Manzano-calle San Jeronimito

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

calles, escuelas, tiendas, cantinas y pulquerías, quedó grabada una estructura "invisible" que se fue formando con base en "ciertas especificidades urbanas y modos culturales que se [fueron] consolidando con el tiempo en una unidad territorial determinada".[244]

Los fangales

Hacia el año de 1938, en una nota elaborada por Lauro E. Rosell para la sección de iglesias coloniales de México, se describía la singularidad del barrio de Santo Tomás la Palma donde se encontraba la parroquia del mismo nombre. Rosell señalaba que aquel

> Rumbo oriental de la capital, que ha sido siempre, desde épocas remotas, el más populoso y donde surgieron los tipos folklóricos de mayor emotividad y encanto, estuvo dividido en diferentes barrios, más o menos importantes. El de la Merced, desde luego llevóse la supremacía en todo y por todo. El denominado de la Palma, limítrofe a este y a los de San Lázaro, La Soledad u Manzanares, tuvo también, como todos, sus "especialidades" en sus tipos sui-géneris, que se hicieron notables por sus costumbres, hazañas y "profesiones".[245]

El interés de Rosell por la parroquia lo llevó a describir cómo era el barrio de La Palma y, aunque su pequeño artículo no fue muy diferente a lo que cronistas del siglo XIX habían ya observado de ese lugar, resulta interesante su reflexión porque retomó algunas ideas que permanecieron sobre éste. Ideas que a través de la hemerografía y documentos de archivo se recuperan con mayor detalle e, incluso se reafirma, la situación de insalubridad, peligro, crimen, desorden y suciedad.

Santo Tomás La Palma, así como aquellos barrios de oriente, compartía las arterias más antiguas de la capital. Por ahí pasaban canales y acequias que con el tiempo dejaron de tener como función principal el comunicar y transportar agua limpia, para convertirse en zanjas sucias e inertes, carentes de cualquier movimiento y causaron que las personas que caían se ahogaran. Por tal motivo, el peligro de las inundaciones que tanto alarmaba a las autoridades y a la población,

[244] *Ibíd.,* p. 19.
[245] Rosell, "Iglesias Coloniales", 1938, p. 4.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

pasó a segundo término porque se antepuso la preocupación por las epidemias ocasionadas por las acequias y caños abiertos que se encontraban casi en todo el segundo cuartel, las cuales además de retener suciedad y azolve, servían como cultivo de larvas de mosquitos, las cuales se sospechaba que propagaban el tifo.

Conforme avanzaban los conocimientos médicos y se iban incorporando nuevos conceptos como microbios y microfitos, las autoridades médicas echaron a andar medidas sanitarias para prevenir el contagio y la propagación, no sólo del tifo, sino de otras enfermedades como la difteria y el cólera. Los médicos fueron incisivos promotores de que las viviendas de los barrios populares, muchas de ellas "jacales", fueran limpiadas o blanqueadas a profundidad y, en el peor de los casos, destruidas para terminar con cualquier incubadora de epidemias. El tifo, también conocido como el "tabardillo mexicano" o la enfermedad de las "fiebres misteriosas" estuvo vinculado con los pobres y con los hábitos que éstos tenían. Se asociaba con el hacinamiento en que vivían, el cual se incrementaba en el mes de enero al protegerse del frío, por la falta de salida de residuos orgánicos de las casas, la exposición de caños y albañales abiertos, la falta de agua limpia, el contacto con ropa, cobijas, alfombras y cortinas que estaban infectadas, la cercanía que mantenían con animales,[246] así como con la misma falta de alimentación.

En 1905, ante una epidemia de tifo, el doctor Eduardo Liceaga consideró que eran los pobres los que podían "enfermar a los ciudadanos", por lo que promocionó que éstos fueran sometidos a baños y desinfecciones. Para la población del cuartel II, estos se debían de realizar en el dormitorio público de la Beneficencia, localizado en la "calle del triunfo núm. 16, esquina con Cuauctemoczin <sic>". Sin embargo, este sitio no tenía la capacidad para dar servicio de baño y lavado de ropa a una población de más de 70 000 habitantes, de manera que dicho cuartel fue uno de los más afectados, reportando 133 casos de defunción.[247]

---

[246] La concepción de que los miasmas eran los promotores de las enfermedades se mantuvo vigente a principios del siglo XX, incluso dentro del campo médico-científico, empero, algunos médicos como Orvañanos, Genaro Escalona y Ángel Gaviño, comenzaron a fortalecer la idea de que había vehículos de transmisión del tifo y que los piojos eran uno de los principales transmisores. Sin embargo, sería hasta la década de los treinta que se confirmaría la existencia de los vectores que transmitían el tifo. Vargas, "El tránsito", 2013, p. 81.

[247] Desde la década de los ochenta del siglo XIX se intentó activar un sistema de vigilancia y control de enfermedades a través de cuadernillos para prevenir brotes epidémicos, pero, los propios

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Las epidemias representaban, casi siempre, un peligro social que daba como resultado un constante "antagonismo entre los grupos sociales y producía tensiones que invariablemente desembocaban en mutuas acusaciones".[248] Esto ocasionó que las medidas profilácticas que fueron empleadas para terminar con el tifo tuvieran como objetivo supervisar, principalmente, las casas, mercados y plazuelas de los barrios de oriente porque ahí los daños causados por la enfermedad habían sido mayores. Era por todos los vecinos bien sabido que entre la plazuela de la Estampa y de la Candelaria de los Patos se encontraba "agua estancada, llena de basuras, inmundicias y animales en putrefacción, y por añadidura, [se convertía en] receptáculo de los excusados públicos"[249] causados por la acequia que cruzaba desde San Lázaro hasta la Viga. La falta de limpieza de dicha acequia, así como el azolve de los caños y atarjeas, obligaba a que los vecinos de los callejones de Abraham Olvera, Cocolmeca, Zavala, Susanillo, Pita Azul y Puente de Curtidores, así como a los de las calles de Manzanares y Alamedita, padecieran constantemente la suciedad, la cual daba como resultado "agua tan fétida que, no [era] soportable su hediondez".[250] De esta manera, todo el barrio de Santo Tomás La Palma y sus alrededores quedaba cubierto por estas arterias que envolvían el ambiente en un gigantesco foco de infección de tifo, enfermedades respiratorias y digestivas.

En virtud de las condiciones antes descritas, los habitantes de esta zona acusaban de negligencia a las autoridades, ya que mientras que no se pusiera atención en cegar estos canales, atajeas y caños, o se colocara una compuerta que evitara el cruce de acequias de extremo a extremo, no sería posible erradicar las enfermedades causadas por las epidemias. La otra forma de disminuir estos males era encauzar las aguas del canal de Coyuya para que a su paso limpiaran las atarjeas, sin embargo, poco se logró hasta antes de que se emprendieran las obras

médicos que fueron comisionados hicieron de este sistema algo obsoleto, pues se negaban a dar la información que se les solicitaba. Esto ocasionó que el Consejo de Salubridad comisionara a las oficinas del Registro Civil para que entregaran a la Sección de Estadística del Consejo de Salubridad datos confiables de la mortandad. *Ibíd.,* pp. 75-82

[248] Márquez, *La desigualdad,* 1994, pp. 108-109.

[249] *El Tiempo,* 31 de marzo de 1906, p. 2.

[250] *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

de saneamiento de la ciudad. Por ello, cada vez que pasaban personas cerca de estos sitios no hacían otra cosa más que taparse “las narices <sic> para no aspirar sus miasmas pútridos”.[251]

La fama de que este lugar era sucio e insalubre corrió de boca a boca, de periódico en periódico, incluso, llegó a los oídos del mismo presidente y de su esposa.[252] Cronistas y periodistas estuvieron al tanto de lo que ocurría en este sitio e informaban a sus lectores, a través de sus notas, de los riesgos y de las condiciones miserables de estos rumbos. La imagen de este barrio quedó impresa en algunos diarios de principios del siglo XX como *La Patria*, en donde se señalaba que “las condiciones de esta populosa barriada eran sumamente antihigiénicas, y el transitar por sus calles y callejones era peligroso no solo para la salud, sino también para la seguridad de la propiedad y la vida de los que se aventuraban por aquellos rumbos”.[253] En este mismo tenor, en el diario católico *La Voz de México* se podía leer bajo el título de “Los grajos y la policía” que en los “fangales” del barrio de la Palma

> […] Hierven los gérmenes de las epidemias que de vez en cuando azolan <sic> la capital y el sin-número de callejuelas que entre una y otro están, y en las cuales es peligrosísimo aventurarse a altas horas de la noche.
>
> Indiscutiblemente que tales barriadas constituyen una constante amenaza para la ciudad, por lo mismo que son nideros de criminales y enfermedades contagiosas. Pero, ¿es posible hacerlos desaparecer, no digamos totalmente, pero ni siquiera en parte?[254]

En esta nota se puede ver el sentimiento que evocaba la barriada de La Palma: peligro para la salud del resto de la ciudad, “nidero de criminales”, sitio de “gente de plazuela”, “basurero de los hombres” y “lugar de parias”. Se vio como una amenaza constante de insalubridad y criminalidad que exigía a las autoridades sanitarias y a la comisión de policía a terminar con ellos y con toda la carga discursiva que representaban. Así, el binomio crimen y enfermedad estuvo asociado con un

[251] *El Popular,* 30 de marzo 1906, p. 1.
[252] Los vecinos mandaron cartas al presidente y a su esposa para denunciar la situación en la que vivían. *Ibíd.*
[253] *La Patria*, 4 de enero de 1903, p. 3.
[254] *La Voz de México,* 28 de junio de 1908, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

pasado, no muy lejano, que se resistía a dejar los alrededores de una capital que intentaba modernizarse y embellecerse y que, tal como lo demostraban otras ciudades, resultaba difícil eliminar el "refugio de fulleros"[255] que coexistía con las grandes ciudades.

La insalubridad recorría cada lugar de Santo Tomás La Palma, sus plazas muchas veces sirvieron como punto de venta de carne contaminada, situación que atentaba en contra del reglamento establecido para mercados y de la salud pública. Entre las denuncias que se realizaron ante el Consejo de Salubridad se acusaba a un grupo de personas que sin ninguna autorización vendían carne de res, carnero y tocino en la plaza de La Palma. Algunas ocasiones se trataba de indígenas procedentes de pueblos y barrios cercanos que entraban a la ciudad con canoas cargadas de carne, sin embargo, al momento de pasar a las oficinas del rastro no se autorizaba que la vendieran y, para no perder ganancia, las ponían en venta entre las plazuelas.[256] El consumo de carne y de alimentos contaminados se convirtió en uno de los riesgos más comunes de morir a causa de intoxicación, como el caso de Ángela López quien vivía en el barrio de La Palma y se supo, después de hacerle una autopsia, que la mujer había muerto por el consumo de cardenillo al ingerir alguna fritura.[257]

Por cualquier lado que se le viera, el barrio de Santo Tomás La Palma, como otros barrios populares, se caracterizó porque sus habitantes vivían en casas hacinadas sin ningún tipo de higiene, sus calles cercanas no estaban aseadas, sus plazas eran invadidas por niños en harapos y perros callejeros, sus mercados, además de sucios, distribuían carne contaminada y sus terrenos vecinos eran muladares. El aire que se respiraba estaba viciado, mientras que en tiempos de lluvias las aguas se desbordaban, ocasionando una zona pantanosa, en temporada de calor todos los residuos quedaban estancados entre las atarjeas y canales y, en la época de ventarrones, se alzaban "inmensos terregales, que con el viento

[255] *Ibíd.*
[256] AHDF, Fondo Ayuntamiento del Distrito Federal, Sección, Policía General, Vol. 3643, Exp.,1577, fs. 1-3.
[257] *El Correo Español,* 28 de enero de 1899, p. 3.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

[convertían] en adobes a mercancías y personas".[258] Pareciera que, sin importar la temporada, casi siempre estuvieron expuestos a enfermedades causadas por la insalubridad.

Delincuentes, valentones y bulliciosos

"Los *reporters* tienen un santo protector que les ha dado tela para cortar",[259] explicaba en una nota el diario *El Nacional* en virtud del aumento de crímenes, suicidios y escándalos provocados por rijosos y valentones que alteraban la vida en la ciudad durante la última década del siglo XIX. La ciudad crecía y, con ella, la criminalidad que alarmaba a las autoridades y a la élite capitalina, identificándola como un fenómeno urbano sobre el cual se tenía que mantener el control, específicamente, había que vigilar lo que ocurría en los barrios populares de la capital.

El caso del barrio de Santo Tomás La Palma, cuya popularidad se había extendido por los crímenes ahí ocurridos, por los constantes escándalos, robos, riñas y asesinatos que acontecían a plena luz del día, en el interior de pulquerías y de expendios de bebidas embriagantes, en medio de las plazas públicas que rodeaban el barrio, en las calles y callejones que al anochecer quedaban "sombrías y tétricas" y una vez cubiertas por la "más densa oscuridad" eran el escenario perfecto para que personajes como Policarpo, el "Acapiche", cualquier valentón o criminal anónimo de aquellos rumbos, se aprovechara para delinquir.[260] De ahí que este barrio no sólo fuera temido por los vecinos de la capital y por los propios habitantes de La Palma, sino también por la policía, la cual "no se atrev[ía] a penetrar, por temor de hacer un viaje al otro mundo, dada la dulzura de carácter de sus moradores".[261] Este "otro mundo" fue del interés de escritores y periodistas que dieron cuenta de las muertes a causa de riñas y celos, robos, raptos y mordeduras de perros rabiosos que eran el pan de cada día de Santo Tomás La Palma.

---

[258] *El Popular,* 5 de febrero de 1903, p. 1.
[259] *El Nacional*, 13 de junio de 1891, p. 2.
[260] *El Diario del Hogar,* 30 de julio de 1886, p. 2.
[261] *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

La delincuencia era una constante en la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad, por lo que "la orgullosa capital se volvió una ciudad de sospechosos"[262] y los pobres ocuparon el papel de criminales y víctimas dentro del arquetipo del bajo mundo criminal urbano. Era en este mundo donde se potenciaba la posibilidad de que se alterara el orden y, en torno a él, se reafirmó la "malquerencia al pueblo, visto como demasiado proclive a la riña y al desorden callejero y su convicción de que había que controlarlos a cualquier costo con tal de que México ofreciera una imagen de progreso y civilidad".[263] Por tal motivo, entre las élites se creó un blanco perfecto perseguido por las autoridades, un "monstruo social" que, a diferencia de los valores que estos grupos consideraban como moralmente aceptables, alteraban el orden con sus comportamientos anormales, delitos sexuales, homicidios en sus diversos tipos, robos y riñas; tipologías de delitos que médicos, criminólogos y psiquiatras habían asociado de manera indiscriminada con la pobreza y, en ciertos casos, con patologías mentales.

Conocida era la fama de Santo Tomás La Palma, como la de los valentones que asolaban la tranquilidad de la gente por andar con la "charrasca", alcayata o revólver en mano; trúhanes de cantina que echaban pleitos para demostrar su hombría. Los hermanos Anselmo y Rutilio Flores, fulleros de este barrio y conocidos como "los chinos", [264] eran temidos incluso por otros, pues al salir de las cantinas no se detenían para insultar o reñir con el que pasara. Emilio Martínez, "El Acapiche", fue otro personaje del cual "se contaban "hazañas" ruidosas" dentro y fuera del barrio, incluso éste lanzó un reto a "Los Normandos" –quienes habitaban en Niño Perdido– y los citó en la pulquería llamada "La Reunión de los Artesanos". La noticia "circuló rápidamente y la pulquería se vio llena de gente de pelo en pecho, ávida de presenciar el combate".[265] La capacidad de convocatoria que tenían los enfrentamientos no sólo llamaba la atención de los habitantes, sino de la prensa, interesada en el "crimen *sensacional*".[266]

---

[262] Piccato, *Ciudad*, 2010, p. 21.
[263] Moreno, "El nacimiento", 2011, p. 123.
[264] *El Popular*, 20 de junio de 1900, p. 1.
[265] *El Imparcial: diario ilustrado de la mañana,* 1 de octubre de 1901, p. 2.
[266] *El Nacional*, 13 de junio de 1891, p. 2. Las cursivas son del texto.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

La segunda demarcación se caracterizaba, particularmente, por la existencia de pulquerías y expendios de bebidas alcohólicas,[267] las cuales solían ser visitadas por los parroquianos de La Merced, San Lázaro, La Palma y otros barrios cercanos, además de que la conocida calle de Cuahutemotzin estaba dedicada a la prostitución. Estos establecimientos estaban relacionados con riñas y escándalos que comenzaban ahí y terminaban en las calles, cuando el interior les quedaba pequeño para enfrentarse a rivales de amores, vengar los agravios o concluir las discusiones a punta de golpes, machetes o chavetas; teniendo, por lo general, un trágico final.

La peligrosidad del barrio de Santo Tomás La Palma podía ser comparable con otros sitios populares como San Pablo, San Sebastián, Peralvillo y La Bolsa, lugares que quedaban alejados de la ciudad y en donde sus habitantes –de acuerdo a la opinión de las élites– se podían convertir "en potenciales perturbadores sociales".[268] Entre el cuadro central de la ciudad y los barrios populares quedó delineada una frontera que limitaba a la ciudad ideal de aquellos bajos fondos que se habían quedado estancados en el pasado, estableciendo "una división racional entre las áreas centrales, seguras y bellas de la ciudad moderna y las zonas marginales, peligrosas e insalubres".[269]

"La tranquilidad anoche era completa en esas calles", dio a conocer la Comisaría que se ocupaba de atender a la segunda demarcación, a la cual pertenecía este famoso barrio. La tranquilidad se debía a que "todos los figones y cantinas de segundo orden" habían permanecido cerrados la noche del domingo, situación que había menguado el ingreso de individuos aprehendidos. A diferencia de otras ocasiones en las que llegaban a tener entre veinte y treinta casos, las autoridades podían jactarse de tener sólo siete actas en las que se registraron riñas por celos, "robos de poca monta" y querellas de difamación y es que, dicha instancia,

[267] La distribución de establecimientos de bebidas embriagantes no se encontraba únicamente en los barrios populares, pues también existieron en zonas de clase media, lo cual nos indica que la frontera férrea que aparecía en el discurso de la época se tornaba tenue en la realidad. Pablo Piccato señala que, de 2,423 establecimientos de alcohol en la ciudad, la segunda demarcación tenía un total de 534. Piccato, *Ciudad,* 2010, p. 74.
[268] Moreno, "El nacimiento", 2011, p. 22.
[269] Piccato, *Ciudad,* 2010, p. 39.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

tenía “fama de ser la más frecuentada” ya que los domingos podía llegar a tener 300 personas pues “el mayor contingente lo da[ban] las pulquerías de los barrios de Manzanares, la Merced, el Rastro, La Viga [y] el famoso barrio de la Palma”.[270] Frente a este panorama, los sectores populares fueron señalados como los principales sospechosos cuando de crímenes se trataba, además de que se les acusaba de ser ociosos y escandalosos. No resulta extraño que los pobres hayan quedado “descritos en el discurso oficial como viciosos e ingobernables”, como la mayor amenaza “a la posición moral del régimen”.[271]

“Prólogo” de dos criminales de barrio: Indalecio y Policarpo

A lo largo de la presente investigación se pudieron contabilizar, entre riñas, robos, homicidios y asaltos, al menos 44 casos que ocurrieron entre 1900 a 1910, en el barrio de Santo Tomás La Palma (ver anexo 2). De todos estos, se han seleccionado dos de ellos, el de Indalecio Rodríguez, un infante infractor y el de Policarpo, ambos de dicho barrio. La mayoría de las referencias fueron localizadas en periódicos de la época en donde quedaron registradas y, aunque sólo fuera de manera somera, señalaban a los afectados y el tipo de delito que se había cometido. Ante tal situación, se consideró pertinente incluir estas noticias que, por un lado, nos arrojan información del contexto en que vivieron estos sujetos y, aunque breves, también nos permiten identificar la forma en que las élites capitalinas construyeron representaciones sociales y juicios de valor, asociados íntimamente con las características del barrio. Es decir, el discurso que permeaba en la prensa capitalina fortaleció la idea de que un barrio popular como el de Santo Tomás La Palma no podía disociarse de la criminalidad y el desorden.

En este tenor, bajo el imaginario colectivo que circulaba entre las élites, los dos casos que se han seleccionado podrían ser resultado de una vida carente de valores, "educación, hacinamiento y hábitos, producto de “un cosmos extraño” y seductor. En este mundo construido desde la opinión pública “se producían y

[270] *El Imparcial: diario ilustrado de la mañana,* 2 de febrero de 1903, p. 2.
[271] Garza, *El lado oscuro,* 2008, p. 73.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

reproducían las conductas más desordenadas",[272] por ello, Indalecio podría convertirse, simbólicamente, en el pasado de Policarpo y éste en el futuro de un niño que, sin tener otra opción y con el fatalismo que exige lo predestinado, a su temprana edad ya se anunciaba que se convertiría en un criminal.

Con un encabezado intitulado "Un precoz criminal",[273] el periódico *El Chisme* detalló cómo Indalecio Rodríguez –cuyo retrato se presentaba en la nota–, se había convertido en un criminal con tan solo diez años de edad. Es significativo que se haya puesto una imagen de Rodríguez porque probablemente podía parecerse a cualquier otro niño, sin embargo, de manera metafórica, su rostro expuesto en los periódicos representaba a todos los menores que estaban propensos a delinquir.

Todo comenzó dentro de una vecindad ubicada en el barrio de La Palma, cuando Rodríguez y otros niños se entretenían jugando con sus canicas. Un espacio común y un momento de juego fueron el detonante para que el infante planeara con alevosía vengarse de un cargador llamado José Ramos, quien sin darse cuenta le quebró una canica al pasar. Ante tal hecho, "Indalecio lanzó una injuria tremenda a José, quien no pudo contener su ira y dio al pilluelo un *coscorrón*",[274] acción que el menor tomó, en apariencia, con resignación, pero detrás se escondían los planes que tenía en contra del sujeto que, después de romper su canica, le había dado tremendo *coscorrón*. Así,

> A las diez de la noche del mismo día en que aconteció el caso, Ramos se encontraba durmiendo en su cuarto, e Indalecio aprovechó la oportunidad para entrar con sigilo, y cogiendo una alcayata que encontró sobre un brasero, con ella le dio varios golpes a Ramos en el ojo derecho, sacándoselo.
>
> Como el herido perdiera el conocimiento, el precoz criminal huyó, y hasta pasado un mes de los acontecimientos cayó en manos de la policía.[275]

La crudeza que se muestra en esta nota no sólo remite a las acciones que el infante cometió, sino que también se puede leer cierto dejo de aquel discurso que se había extendido entre el imaginario sobre los niños que cometían algún delito, "niños de

[272] Padilla, "Perfiles sociales", 2004, p. 223.
[273] *El Chisme*, 15 de noviembre de 1899, p. 2.
[274] *Ibíd. Las c*ursivas son del texto original.
[275] *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

la última capa social […], promesas de bandidaje, y de rapiña, en lugar de ser esperanza de la patria".[276] Indalecio Rodríguez, a su corta edad, fue sentenciado a seis meses en la cárcel de Belén por un delito que, según señalaba el diario "revela[ba] en él la maldad y las entrañas de hiena".[277] Ver Imagen 3.

IMAGEN 3. UN PRECOZ CRIMINAL

Fuente: *El Chisme,* 15 de noviembre de 1899, p. 2.

[276] *El Diario,* 2 de agosto de 1910, p. 2.
[277] *El Chisme*, 15 de noviembre de 1899, p. 2.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

El caso de Indalecio nos permite observar, a la luz de estas construcciones sociales elaborados por pensadores, escritores y autoridades decimonónicas, que la propia dinámica cotidiana insertaba a los infantes en una vida de adultos en donde conocían el mundo y sus peligros. Así pues, los niños pobres, en situación de abandono o calle que no contaban con la protección familiar –supuesto núcleo de estabilidad social–, tenían que ser atendidos por las acciones paternalistas de las autoridades, de la beneficencia o de las instituciones correccionales, porque si se podía hacer algo por ellos era a través de estas instancias. Empero, las estrategias de fortalecer las instituciones penitenciarias no fueron benéficas para las clases populares, pues se les criminalizaba antes de cometer cualquier delito. Si iban a parar a la cárcel, era muy probable que más allá de que hubiera una rehabilitación y aprendieran algún oficio, los reos terminaban realizando las mismas prácticas que habían llevado ahí a sus compañeros o morían por enfermedades relacionadas al hacinamiento o por riñas internas.

En este sentido, como señala Alex Garza, "lejos de ser un centro de rehabilitación, Belén era un semillero de actividades ilícitas, un campo de entrenamiento para los ladrones y un conocido centro de prostitución; pero también era un mundo en sí misma".[278] La cárcel de Belén fue conocida por albergar a todo tipo de delincuentes que iban desde profesionistas como médicos y periodistas, jóvenes delincuentes y mujeres.[279]

Los grupos de élite, autoridades, médicos, abogados y otros habitantes que habían sido formados con las ideas de la antropología criminal[280] de Cesaré

[278] Garza, *El lado oscuro,* 2008, p. 67.

[279] Eran por todos conocidas las pésimas condiciones en que vivían los reclusos; contaba con dos celdas ubicadas en el sótano en donde mandaban a los sentenciados a muerte: "El infierno" y el "Purgatorio". Celdas que estaban llenas de humedad y se inundaban de manera constante, creando una atmosfera pestilente resultado del encierro y el común, que no era otra cosa que un agujero en el piso. Éstas, se convertían en la última parada antes de morir, ya fuera ahí o fusilados en "El jardín". Las condiciones en que la cárcel de Belén mantenía a los reos llevaron a que se construyera la penitenciaria de Lecumberri y fuera inaugurada el 29 de septiembre de 1900. Este edificio fue diseñado bajo un modelo de panóptico mediante el cual se podía mantener la vigilancia y el control de los reos. *Ibíd.,* pp. 67-74.

[280] A principios del siglo XX en la ciudad de México, los grupos de élite contribuyeron a diseñar un discurso criminológico que quedó íntimamente relacionado con los barrios populares habitados por gente pobre: personas que se dedicaban a las labores domésticas, actividades agrícolas, artesanos, jornaleros, cargadores, arrieros y comerciantes. De manera particular, los barrios que se localizaban al oriente de la capital: San Lázaro, Candelaria de los Patos y Santo Tomás La Palma se convirtieron

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Lombroso, creyeron en la idea del “criminal nato” con el que poco se podía hacer para encauzarlo en el sendero de la “civilidad”, pues los lugares en que se desarrollaba su vida diaria los convertían en delincuentes por naturaleza. Es decir, este discurso que contagiaba la opinión del científico hasta la del literato no sólo reafirmaba la idea de la peligrosidad que representaba el criminal, sino que además justificaba los mecanismos de control porque se había edificado con “el tamiz de una postura elitista y de clase, [y] en gran medida, fueron utilizadas para la condena moral a los modos de vida de esos sectores" populares.[281] Así, desde esta mirada, el infante Indalecio Rodríguez representaba una muestra de que las acciones que realizó trascendían de la travesura o un simple juego de niños porque, ante todo, delataban ya a un precoz criminal.

De este infante infractor damos paso al caso de Policarpo, hombre maduro que tuvo una vida de constantes delitos que lo llevaron, en repetidas ocasiones, a pisar la cárcel y del cual el periódico *El Mundo,* bajo el título “La lucha por la vida en su cantón”,[282] detalló parte de la vida de este valentón del barrio de la Palma. En la extensa nota se narraba cómo éste había adquirido a lo largo de muchos años la fama que le rodeaba en el barrio que lo vio nacer, crecer y convertirse en uno de los hombres más temidos de aquellos rumbos. Una fama que probablemente comenzó cuando éste aún era un niño y les quitaba a otros sus *papalotes.* El tiempo pasó y lo único que hizo fue que Policarpo dejara los *papalotes* y las piedras que lanzaba durante *las guerritas de San Juan* por una chaveta. A sus cincuenta años, se le podían contar diversos delitos en los que había participado y, por si se olvidaban de alguno, él mismo relataba –como quien relata una hazaña– la forma en que había herido o matado a alguien.[283]

---

en una zona peligrosa para las élites capitalinas porque ahí residía “la última clase social”, el populacho: “albañiles, tocineros, cargadores, los conductores de los carros de la limpia, los veleros, los curtidores, los empedradores de las calles y otra porción de los que se dedican a ocupaciones para las cuales no se necesita[ba] más que seguir la rutina, sin tener que ejercitar la inteligencia” para recibir a cambio una remuneración económica mínima que gastaban en “fumar y beber pulque y aguardiente”, estas últimas, prácticas que se consideraron delictivas. Así, en torno a las personas que habitaban estos lugares se diseñó un discurso de criminalidad en donde se combinó el temor y la fascinación por los bajos fondos. Rivera Cambas visto en Altamirano, *Vida Social,* 2001, p. 132.

[281] Padilla, “Perfiles sociales”, 2004, p. 235.

[282] *El Mundo: edición diaria,* 2 de mayo de 1897, p. 5.

[283] Las cursivas son del texto original. *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Los documentos que existen sobre Policarpo no permiten que se elabore un estudio más detallado de este personaje, tal como el caso del Tigre de Santa Julia o el Chalequero, célebres leyendas del mundo criminal. Empero, a partir de la descripción que realizó *El Mundo,* se puede realizar un seguimiento de su vida, su comportamiento y los espacios en donde cometía sus fechorías.[284] La nota periodística arroja información de su vida, lo cual resulta de gran valor porque, si bien en los periódicos abundan referencias de casos de valentones, asesinos y reñidores del barrio de Santo Tomás La Palma, no se detienen en dar detalles. De esta manera, el relato no sólo nos acerca a su infancia, a su oficio de zapatero, sino a su vida como valentón de barrio, la cual estuvo envuelta en constantes riñas, robos y vicios.

Como hemos señalado, el barrio de Santo Tomás La Palma, al igual que La Bolsa, fueron considerados lugares peligrosos e insalubres por las crónicas y periódicos. Entre estos espacios se pueden observar algunas semejanzas: tenían cercanía con el lago de Texcoco, la propensión a las inundaciones, el mal olor y suciedad de sus calles, la abundancia de pulquerías y expendios de bebidas alcohólicas, así como las múltiples casuchas improvisadas. Las descripciones de estos barrios fueron utilizadas de manera recurrente para hablar de otras colonias y barrios populares como La Maza, Valle Gómez, Morelos, Del Rastro, Santa Julia, Peralvillo, Santa Ana, Tepito, San Sebastián y El Carmen, ya que la falta de servicios, el hacinamiento, el limitado acceso a la educación, la precariedad de los empleos y oficios de sus habitantes, encajaban en el arquetipo de aquel bajo mundo criminal, motivo por el cual eran el blanco perfecto perseguido por las autoridades.

La narrativa de la noticia también nos muestra otra parte, la del discurso que imperaba en el pensamiento de las clases sociales altas y cuyas ideas inspiraba la pluma de los escritores, quienes acentuaban la pertinencia de atender este tipo de casos para mejorar la vida en sociedad. De manera puntual, se puede señalar la importancia que tuvo la prensa como el medio por el cual se informaba lo que ocurría en los bajos fondos de la ciudad, convirtiéndose en los voceros morales de la élite

[284] Por tal motivo, este caso deberá ser entendido a la luz de otros sujetos de Santo Tomás La Palma que también fueron señalados como criminales –siempre tratando de recuperar la importancia de cada uno de ellos para no olvidar sus particularidades–.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

y en los principales difusores de los crímenes que ocurrían. En las notas periodísticas se puede apreciar que los editores y escritores se inclinaban por una visión que "calificaba a los pobres de la ciudad como moralmente corruptos y al mismo tiempo se elevaban ellos como jueces superiores".[285]

La exposición de la vida de Policarpo nos muestra cómo llegó a convertirse en un delincuente con un estilo de vida moral y social que se contraponía, en teoría, al que llevaban los grupos de élite, una vida virtuosa, honorable, de trabajo y ahorro. Los hábitos que tenía y que se muestran en la nota alimentaron una tipología donde los sujetos como Policarpo se consideraron un problema social y tenían que ser controlados mediante prácticas filantrópicas, médicas o de reclusión para alcanzar el desarrollo de una sociedad moderna y civilizada. Desde esta visión, se pretendía favorecer a los sectores empobrecidos a través de inculcar nuevos valores: "espíritu emprendedor, tenacidad, amor al trabajo, ahorro, previsión, supresión de los vicios, vida austera y deseo de mejorar en lo social y en lo económico".[286]

Policarpo, aunque era un "magnífico zapatero" no había alcanzado fama, dentro y fuera del barrio, por su profesión, sino por los delitos en los que había incurrido, por ser un "valentón", por atacar "en montón y por la espalda", por su holgazanería, por escandaloso, por las constantes riñas en las que se vio involucrado, por los robos y homicidios que en diversas ocasiones le hicieron pisar la cárcel. Él mismo sabía de su fama y se encargaba de reafirmar quién era cuando se daba la oportunidad. Así, de acuerdo a lo descrito por *El Mundo,*

> En todas las tabernas donde se presenta[ba], [hacía] gala de las cortadas que [tenía] en la cara, con el sombrero de palma doblada el ala en la parte posterior y dispuesto de antemano a servir de escudo de defensa en cualquier riña. Y en efecto, *nadie borra* cuando el famoso *mata siete* comienza a echar bravatas, escupiendo por un colmillo, tomando grandes vasos de pulque y refiriendo con sus ademanes y su vocabulario de perfecto lépero, cómo mató al "Chapulín", le cortó la cara a la "Fofotes" o hizo correr al "Curro", quitándole el campeonato de valiente.[287]

[285] Garza, *El lado oscuro,* 2008, p. 42
[286] Padilla, *De Belem,* 2001, p. 15.
[287] *El Mundo: edición diaria,* 2 de mayo de 1897, p. 5. Las cursivas son del texto original.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

En cada lugar que pisaba, “el famoso mata siete” arrojaba al viento su popular dicho: “Donde yo pinto nadie borra”, lo repetía de manera constante para no olvidarlo, para no ser olvidado y defender el título de valentón si es que alguien se atrevía a quitárselo. Policarpo puede ser considerado un valentón, un pernicioso y un lépero, incapaz de controlar su forma de hablar o sus impulsos violentos; un sujeto bizarro que trabajaba de manera temporal, cuando no estaba bajo los efectos del alcohol, en la cárcel o afilando la chaveta para ir a fraguar delitos. Un personaje que ofendía la moral no sólo con su “lenguaje tabernario”,[288] sino por sus continuas burlas hacia la ley porque en las ocasiones en que fue aprehendido y llevado a la cárcel con el objetivo de “prevenir la posible evolución del crimen y proponer medidas preventivas de manera racional y científica, a fin de disminuir los efectos negativos para la vida social”,[289] era asombrosa la seguridad que le daba tener conocidos ahí dentro; situación que lo hacía entrar “erguido, orgulloso, satisfecho, con su aire insolente y como si se tratase de una entrada triunfal”.[290]

El trabajo en las cárceles fue considerado como una forma de educar al criminal en tanto que cumplía con un objetivo *profiláctico y pedagógico.* En este tenor, “en nombre del trabajo y la moral se fundaron las instituciones de internamiento, entre ellas la cárcel moderna y las escuelas de trabajo como modelos de reclusión a fin de lograr el ideal de la sociedad moderna: forjar ciudadanos y trabajadores.”[291] La enseñanza de un oficio dentro de las cárceles tenía la finalidad de encauzar a los delincuentes a una nueva vida con la que podrían integrarse a la sociedad lejos de la “pobreza, festiva y danzarina”. Era este espacio en el cual se pretendía cambiar la vida de todos los que llegaban, no obstante, en el caso de Policarpo, a pesar de que había estado en varias ocasiones en la cárcel no se inmutaba con volver a entrar. El autor de la nota decía que Policarpo vivía “más a gusto, más tranquilo y más feliz que cuando goza de libertad”. Ya en la cárcel

[288] Según Julio Guerrero, este lenguaje formaba parte del “antiguo leperaje de México”, tipología a la cual se refirió al catalogar a la sociedad para su estudio. Véase Padilla, *De Belem,* 2001, pp. 69-78.
[289] *Ibíd.,* p. 100.
[290] *El Mundo: edición diaria,* 2 de mayo de 1897, p. 5.
[291] Padilla, *De Belem,* 2001, p. 19.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

> Aquel holgazán de barrio, aquel ratero conocido, se habilita como puede de una herramienta y piensa en trabajar. Entonces se le ve olvidado de todo, en su <<cantón>>, como llaman los presidiarios al lugar donde pasan el día, entregado al trabajo, haciendo magníficos zapatos y sin más manifestaciones de su depravación que las bravatas y los demás indecentes de sus conversaciones con los compañeros de cárcel y de oficio.

Así pues, la vida que llevaba Policarpo en el barrio no era distinta a la que hacía en reclusión, parecía que la cárcel era una pequeña fracción de su vida cotidiana porque ahí, "el crimen [y] la miseria […] viv[ían] en consorcio, para completar el conjunto más horripilante." Sin embargo, podía notarse que tenía un cambio al volcar su energía y tiempo a las labores de su oficio para ganar algún dinero y enviárselo a su familia. Empero, una vez que terminaba la condena que tenía que cumplir en la cárcel, el famoso holgazán y valentón de La Palma, se preparaba para salir de aquel cantón donde ocupaba sus días, caminaba erguido por el mismo lugar que lo vio entrar, "tan valiente como siempre"y repartiendo sus pertenencias porque lo único que esperaba al salir era ir a celebrar directamente a la pulquería con "una medida" y, ahí, una vez más, todo volvía a comenzar para este "bandido".[292]

Policarpo, al igual que otros habitantes del barrio de Santo Tomás La Palma, visitaba las pulquerías y cantinas, sin embargo, como la mayoría de los parroquianos asiduos a estos establecimientos no sólo se embriagaba, sino que comenzaba riñas y pleitos, motivo por el cual las prácticas etílicas quedaron vinculadas estrechamente a los sectores y barrios populares.

Santo Tomás La Palma, que muchas ocasiones aparece como el barrio o rumbo de La Palma o de Santo Tomás, fue conocido por la parroquia que le dio nombre, por los locales ubicados alrededor de su plaza, por la falta de escuelas, por las condiciones de insalubridad, por sus calles oscuras, llenas de agua estancada y con malos olores, por los valentones y criminales que ahí habitaban. Este barrio que vio nacer a Policarpo y a Indalecio Rodríguez; que escuchó llorar a la Migajita[293] por el desamor de Ronco, a quien tanto amaba; es el mismo que inspiró a escritores y cronistas de la época a describir su aspecto físico y a narrar las condiciones en que

[292] *El Mundo: edición diaria,* 2 de mayo de 1897, p. 5.
[293] Prieto "Romance de la Migajita", s/p <www.poemasde.net/romance-de-la-migajita-guillermo-prieto/> [Consultado: 2 de noviembre de 2017].

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

vivían sus habitantes, casi siempre contrastándolo con el cuadro principal de la ciudad porque "las élites urbanas de finales del siglo XIX de la ciudad de México imaginaron, forjaron y poblaron este [barrio como un] submundo de crimen y vicio"[294] y como parte, también, de una metrópoli moderna.

Este submundo representado por Santo Tomás La Palma se fortaleció por la opinión de los periódicos y de las élites capitalinas que insistían en identificar en aquellos bajos fondos de los barrios populares, un "mundo sórdido y terrible" en donde nacían los vicios y la criminalidad.[295] Es interesante que la opinión de la élite y de los medios impresos "no abordaban el mundo de los bajos fondos con extrañamiento sino con una proximidad que les permitía legitimarse sobre la base del intimo conocimiento que tenían de él"[296] o, que por lo menos, se habían creado sobre él.

Así, este barrio que ha quedado descrito en este capítulo como un lugar insalubre y como hogar de fulleros es objeto de nuestra investigación y sobre el cual nos interesa saber cómo es que a principios del siglo XX se desarrollaron una serie de proyectos de transformación urbana. Este espacio que por mucho tiempo se caracterizó por su cercanía con el lago de Texcoco y con los límites de la capital, pasó a ser a principios del siglo XX, un lugar que interesó a las autoridades porque se estaba convirtiendo en el futuro cercano de una ciudad que se iba expandiendo territorialmente. De ahí el interés por transformar un barrio del lado oriente a través de proyectos urbanos y, con ello, a sus habitantes, pues "la ciudad se concibió como el eje civilizador de los sectores sociales empobrecidos. Se proyectó como un espacio para una nueva conformación interna de las jerarquías sociales y un difusor de nuevos valores, conductas y hábitos que justificaban desconocidas realidades económicas y sociales".[297] Por tal motivo, la pobreza y la criminalidad que se vivía en esta populosa barriada se convirtieron en puntos que había que combatir para construir la ciudad que idealizaban las autoridades, médicos y proyectistas a principios del siglo XX.

---

[294] Garza, *El lado oscuro,* 2008, p. 17.
[295] Piccato*, Ciudad,* p. 73.
[296] Pereyra, "Cartografías", 2009, p. 41.
[297] Padilla, *De Belem,* 2001, p. 14.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

CAPÍTULO 3

LA POPULOSA BARRIADA DE SANTO TOMÁS LA PALMA SE TRANSFORMA

> La metrópolis es, por encima de todo, un mito, una historia, un relato que nos ayuda a algunos de nosotros a encontrar nuestro hogar en la modernidad, allí hemos de hallar los nuevos dioses, los nuevos mitos convocados por Nietzsche. La metrópolis es una alegoría; representa especialmente la alegoría de la crisis de la modernidad que hemos aprendido a reconocer en las voces de Baudelaire, Benjamin y Kafka. Ir más allá de estas sombrías historias del exilio, y de ese gris y lluvioso país del alma angustiada implica establecer un sentido de pertenencia en la ciudad y hacer de la tradición un espacio de transformación, más que la escena de un destino poco alentador. Por dicho motivo la metrópolis no es simplemente la etapa final de una narrativa conmovedora, del Apocalipsis y de la nostalgia, también es el lugar de las ruinas de los órdenes previos en las cuales diferentes historias, lenguajes, memorias y trazos se entretejen y recombinan continuamente en la construcción de nuevos horizontes.
>
> Iain Chambers, Border Dialogues: Journeys in Postmodernity, 1990,

En el año de 1903 fue publicada en el diario *La Patria* una nota en la que se mencionaba que las condiciones del barrio de La Palma habían mejorado. Los rumbos de aquella "populosa barriada" que se había caracterizado por los "valentones de figón", por la insalubridad de sus calles y acequias, por ser sombría, peligrosa y oscura, por las riñas y asesinatos que ocurrían al calor de la embriaguez o por celos, comenzaba a experimentar algunos cambios. Este diario señalaba: "hoy es distinto el estado en que se encuentra; el alumbrado y la policía han ejercido benéfica influencia en aquellos lugares y se puede acudir a ellos sin peligro alguno."[298] Es pues el propósito de este capítulo conocer cuáles fueron las transformaciones urbanas que se desarrollaron en el barrio de Santo Tomás La Palma, uno de los barrios populares de la ciudad de México que se caracterizó, hasta principios del siglo XX, por quedar en el olvido de las autoridades.

[298] *La Patria,* 4 de enero de 1903, p. 3.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

En los capítulos anteriores se ha desarrollado cómo los cambios materiales del cuadro principal de la ciudad adquirieron una connotación de moderno: la luz, los transportes, las obras de saneamiento e higiene, obras y servicios que contribuían al embellecimiento de la ciudad para que ésta reflejara lo moderna y cosmopolita que podía llegar a ser. Resultado de esto, los barrios que estaban al oriente fueron concebidos como un peligro para la salud, la moral y el desarrollo de los habitantes de la capital. Así, el barrio de Santo Tomás La Palma se convirtió en foco de atención para las autoridades municipales, médicos e ingenieros desde finales del siglo XIX, pero fue a principios del XX cuando se realizaron diversas intervenciones sobre él, a raíz de que se desarrollara el "Proyecto de mejora para los barrios de oriente".[299] A lo largo de este apartado se realizará un acercamiento a algunas de las trasformaciones urbanas que impactaron este barrio como el embellecimiento de plazas y jardines, las obras de saneamiento, el servicio de limpia, el abasto de agua y el alumbrado, como parte de los proyectos urbanos que

[299] A finales del siglo XVIII la capital del virreinato de la Nueva España experimentó un aumento demográfico y económico que se reflejó en la transformación del centro urbano. De manera que se puede observar cómo es que las autoridades ilustradas trataron de implementar una serie de reglamentaciones para proyectar la imagen de una ciudad limpia, funcional y ordenada, pues se "pretendía hacer de ella una obra de arte". En este sentido, en la vieja traza de la ciudad se tenían que integrar los nuevos preceptos científicos ilustrados que "perseguían la regularidad geométrica, diseñaban alamedas y jardines, dibujaban alamedas con glorietas, y proyectaban grandes construcciones edilicias desde palacios, consulados, audiencias y reales cajas". Es decir, cada uno de estos espacios fue pensado como parte de un centro urbano funcional y ordenado que tenía que reflejar aquellos descubrimientos modernos de la época. Rivera, "Plazas, calles y cuadrícula", 2004, pp. 40-41.
En el año de 1794, por órdenes del segundo conde de Revillagigedo, se le encargó al arquitecto Ignacio de Castera diseñar un proyecto para la limpieza de la ciudad, empero, este fue el comienzo de un proyecto urbanístico moderno que abarcaba la administración del uso de suelo y el mejoramiento de los espacios para que se mantuvieran limpios, ventilados y libres de delincuentes. El papel que desempeñó el arquitecto Ignacio de Castera para reordenar la capital nos muestra el uso de nuevas técnicas científicas en las cuales quedaron integradas la razón, la observación y la funcionalidad como ejes fundamentales del urbanismo moderno, resultado de un marco ilustrado que abría la puerta de una época de control y centralidad. Su trabajo ha quedado registrado en los mapas que elaboró, en ellos se puede ver el trazado los barrios, calles, acequias, garitas, tiraderos de basura, no sólo con el afán de mejorar el empedrado, alinear las calles, regular la entrada a la ciudad y mejorar su aspecto físico, sino para vigilar y corregir las acciones de sus habitantes. Empero, las ideas de modernización urbana alimentadas por el segundo Conde de Revillagigedo permitieron que se acentuara la división entre la ciudad y los barrios indígenas no sólo de forma territorial, sino a la hora de la ejecución de las ideas de higiene y funcionalidad. Hernández, "El discurso", en *Scripta nova*. *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales,* Vol. X, Núm. 218 (79), 1 de agosto de 2006 < http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-218-79.htm > [Consultado: 1 de diciembre de 2016].

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

se desarrollaron y alteraron el aspecto físico de este lugar, pero al mismo tiempo, veremos que cambiar la forma material implicaba modificar los espacios y las formas de divertimento de sus habitantes. Cabe señalar que las transformaciones urbanas de Santo Tomás La Palma no fueron arbitrarias, sino que estuvieron sujetas a ideales e intereses de quienes tuvieron la oportunidad de construir una ciudad que, desde su perspectiva, cumplía con los criterios de progreso, civilidad y modernidad. En este sentido, las propuestas que presentaron los proyectistas tuvieron que ver con la forma en que se relacionaron con su espacio, por ello, se plantea que tales transformaciones trascienden la materialización de sus ideas, puesto que también quedaron sujetas al contacto y a las prácticas inmediatas de sus habitantes al asumirse como parte de un tiempo que se disponía a ser moderno.

Manos a la obra: proyectos de mejoras y embellecimiento

El interés por transformar los espacios barriales no fue único del porfiriato, pues ya se habían propuesto algunas iniciativas desde el siglo XVIII. Durante la época virreinal, ordenar, sanear y embellecer los barrios de indígenas fueron ideas medulares en el diseño de proyectos que buscaban mejorar el bienestar público de la ciudad. En ese momento, los párrocos fueron comisionados para notificar ante las autoridades virreinales los trabajos que habrían de realizarse en los barrios con el objetivo de mejorarlos. A finales del siglo XIX surgieron diversos planes que habían tomado como ejemplo ciudades europeas y estadunidenses para urbanizar los “barrios populosos” que, como el resto de la ciudad, se esperaba que fueran espacios limpios, ordenados, hermosos y agradables. De esta manera, en los albores del siglo XX, los proyectos de embellecimiento de barrios no cambiaron tangencialmente de otros, en esencia, se mantuvieron latentes ciertos principios básicos como: ampliación de calles y callejones, mejoramiento de plazas, la limpieza y el alumbrado.

Durante la primera década del siglo XX fueron emitidas una serie de reglamentos para mejorar el trazo y la higiene de las nuevas colonias con el fin de

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

reglamentar y controlar la urbanización.[300] Empero, también se realizaron esfuerzos por transformar los barrios de la ciudad, los cuales fueron delegados a la Comisión de Mejoras y Embellecimiento de la ciudad de México, instancia que dependía directamente del Ayuntamiento.[301] Esta Comisión tenía como objetivo ocuparse de manera satisfactoria de la apertura, alineamiento y ensanche de calles, de "todos los asuntos que se relación[aran] con el mejoramiento y ocupación de vías y plazas públicas",[302] de la plantación de árboles por toda la ciudad, de la distribución de agua potable, así como de la restauración de las fachadas de casas e iglesias antiguas.

En octubre de 1900, Guillermo de Landa y Escandón[303] se dio a la tarea de visitar algunos barrios de la capital para conocer la situación en la que estaban. El recorrido que realizó –mientras ocupaba de manera interina el gobierno del Distrito Federal–, lo llevó a defender de manera férrea la necesidad de implementar notables reformas urbanas en aquellos lugares. La experiencia que tuvo lo animó, según sus propias palabras, a querer "mejorar la suerte de nuestra clase pobre".[304] Unos meses después, el 21 de mayo de 1901, ya como presidente del

---

[300] Para 1900 el Ayuntamiento emitió las Bases Generales de Trazo e Higiene a que deben sujetarse las nuevas colonias, las cuales tenían como objetivo la reglamentación de las nuevas colonias porque ante la demanda de nuevos fraccionamientos se intentaba que éstos cumplieran con los servicios mínimos. AHDF, *Boletín Oficial*, 13 de marzo de 1900.

[301] En marzo de 1903 fue promulgada la Ley de Organización Política con la cual el Ayuntamiento desaparece como una "instancia de gobierno y de autoridad en la ciudad de México" y su función se restringió a ser un órgano consultivo, empero, cabe señalar que en la práctica el Ayuntamiento de la ciudad "sobrepasó el carácter consultivo y realizó actividades en la administración local, en la atención de asuntos centrales para el proyecto de modernización y para los intereses económicos de empresarios y empresas nacionales y extranjeras". A partir de 1903 se creó el Consejo Superior de Gobierno el cual quedó integrado por el gobernador del Distrito Federal, el presidente del Consejo Superior de Salubridad y el Director General de Obras Públicas. Así, a partir de ese año Guillermo de Landa y Escandón fue nombrado Gobernador del Distrito Federal hasta 1911, mientras que Fernando Pimentel ocupó por el mismo periodo la presidencia del Ayuntamiento. Rodríguez, *La experiencia,* 2011, pp. 61, 115; Barbosa, "La política", 2012, p. 368.

[302] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Obras Publicas, Mejoras de la ciudad, Vol. 1504a, Exp., 11, f.1, 18 de junio de 1901.

[303] Guillermo de Landa y Escandón perteneció a una de las familias industriales más importantes del país, se caracterizó por ser presidente del Ayuntamiento en diferentes periodos –1884,1892–1896, 1900–1902; entre 1900 y 1901 fue nombrado gobernador interino del Gobierno del Distrito Federal; y, entre 1903 a 1911, destacaría su cargo como Gobernador del Distrito Federal, convirtiéndose en el predecesor de Ramon Corral. Gantús, "La traza del poder", 2012, p. 317.

[304] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Obras Publicas, Mejoras de la ciudad, Vol. 1504a, Exp. 11, f.1, 18 de junio de 1901.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Ayuntamiento, lanzó una "moción para procurar la mejora de los barrios de la ciudad" y encomendó a la Comisión de Mejoras y Embellecimiento a presentar proyectos y presupuestos para que se desarrollaran las reformas en los barrios y, con ello, terminar con las calles mal trazadas, polvorientas y carentes de pavimento, con las plazuelas sucias que en tiempos de lluvia acababan enlodadas, y se resolviera el abasto de agua limpia por esos rumbos, con el fin de cumplir con lo establecido en los códigos sanitarios. La iniciativa de Landa y Escandón fue considerada alentadora y digna de presumirse porque, como señaló *La Convención radical obrera*, "muy pronto los apartados barrios de la capital, hoy focos de infección, sufrirán una metamorfosis",[305] con la cual sus habitantes alcanzarían los beneficios de salubridad, aseo y comodidad.

De acuerdo con lo anterior, se facultó a la Comisión de Mejoras y de Establecimiento de Parques, así como a la de Obras Públicas, de Aguas y Paseos, para que comenzaran a trabajar respecto a los siguientes puntos:

I. La ampliación de calles en los barrios del Norte, del Oriente y del Sur de la ciudad, a fin de mejorar sus condiciones.
II. Para la dotación de agua potable a los puntos lejanos del centro.
III. Para el empedrado y la construcción de atargeas <sic> en los barrios; y
IV. Para la plantación de arboledas y jardines en los puntos adecuados, en los mismos barrios. [306]

Con el interés de que los trabajos pudieran realizarse de manera rápida, se solicitó a la comisión que entregara los avances de los proyectos de forma parcial,[307] pues de esta manera, se progresaría "sin la demora que exigiría un proyecto general de mejora de los barrios de la ciudad",[308] ya que era apremiante terminar con la precariedad en que vivían los habitantes de los "barrios populosos".[309]

---

[305] *La Convención Radical Obrera,* 26 de mayo de 1901, p. 2.
[306] AHDF, MA, t. 1, 1901, p. 231.
[307] *Ibíd.,* pp. 231-232. Esta iniciativa que se echó a andar en 1901, el mismo año en el que una epidemia de tifo amenazaba a los habitantes de la ciudad.
[308] *Ibíd*, p. 232.
[309] Tadeo Ortíz escribió en la década de los años treinta del siglo XIX que había barrios como San Juan, San José, Santa Veracruz, San Diego, San Hipólito que estaban en desorden, pero no se comparaba con el que había en la Candelaria, San Pablo, San Camilo, San Miguel y Salto del Agua pues éstos rompían con el orden y la salubridad de la ciudad. También, consideraba que era tarea

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Como hemos señalado, el presidente del Ayuntamiento no desconocía las "fatales condiciones" que se vivían en los barrios de la ciudad y consideraba pertinente que se pusieran en marcha, a la brevedad, las obras para cambiar tan desolador panorama. Por esta razón, solicitó que el presupuesto destinado por el Congreso[310] a la corporación municipal en 1901, no sólo se utilizara en las reformas de la parte central y de los barrios lujosos de la ciudad, sino en aquellos lugares que se encontraban descuidados. Las consideraciones de Landa y Escandón indicaban que:

> Una de las más urgentes medidas de la autoridad Municipal es aquella que tiende, no diré al embellecimiento de algunos puntos sino al cuidado de la Higiene en los barrios populosos de la capital. La gente de esta ciudad vive en tan fatales condiciones que ofrece un gran continente a la mortalidad. En angostos callejones sin ventilación, sin empedrados, sin desagüe para los desechos, sin la más pequeña comodidad en sus insalubres habitaciones, se hace necesaria la pronta y activa intervención de la autoridad para remediar tan grave mal.[311]

Una vez expuestos los motivos por los cuales tenían que comenzar los trabajos de mejoras, más allá de un mero interés estético, los barrios quedaron divididos en tres secciones y cada una de ellas fue designada a uno de los integrantes de la Comisión de Mejoras: del norte se encargaría el señor Guillermo Heredia, del sur Miguel Ángel de Quevedo y de la parte oriente Nicolás Mariscal. Cabe mencionar que el poniente no fue asignado de manera específica porque se pensó que en esa zona no había mucho por hacer, se trataba más bien de algunos cambios puntuales que sugería dicha comisión, pues las autoridades consideraron que al ser una parte de la ciudad

---

de la prefectura política que se encargaran de "la vigilancia sobre el fomento de la policía, salubridad, construcción y conservación de los edificios, canales, calzadas, paseos, acueductos, fuentes, plazas, cementerios, lonjas, mercados, bazares, baños, lavaderos, empedrados, teatros y circos, y el embellecimiento y mejoras de la capital". Para el teórico y economista Tadeo Ortiz, a principios del siglo XIX, "la ciudad de México necesitaba de nuevos establecimientos públicos indispensables a su fomento, salubridad, comodidades y embellecimiento, y en suma, de un nuevo arreglado orden de cosas, considerada como la metrópoli de una nación independiente y libre, residencia de las autoridades supremas y ministros extranjeros, centro de las ciencias, artes e industria que es preciso cultivar", la percepción que tenía no se alejó mucho de la ciudad de finales del siglo XIX y principios del XX. Ortíz, *México,* 1832, p. 502.

[310] AHDF, MA, t. I, 1901, p. 232. En este documento no se específica cuál fue el monto total.

[311] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Obras Publicas, Mejoras de la ciudad, Vol. 1504a, Exp. 3, 21 de mayo de 1901, f. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

de reciente creación lucía los "trazos de las vías públicas bastante buenos".[312] Así, con el objetivo de que comenzaran a realizarse los proyectos, se autorizó el gasto de 600 pesos para la compra de los materiales necesarios, para que se contratara a un dibujante y a tres ingenieros auxiliares.[313]

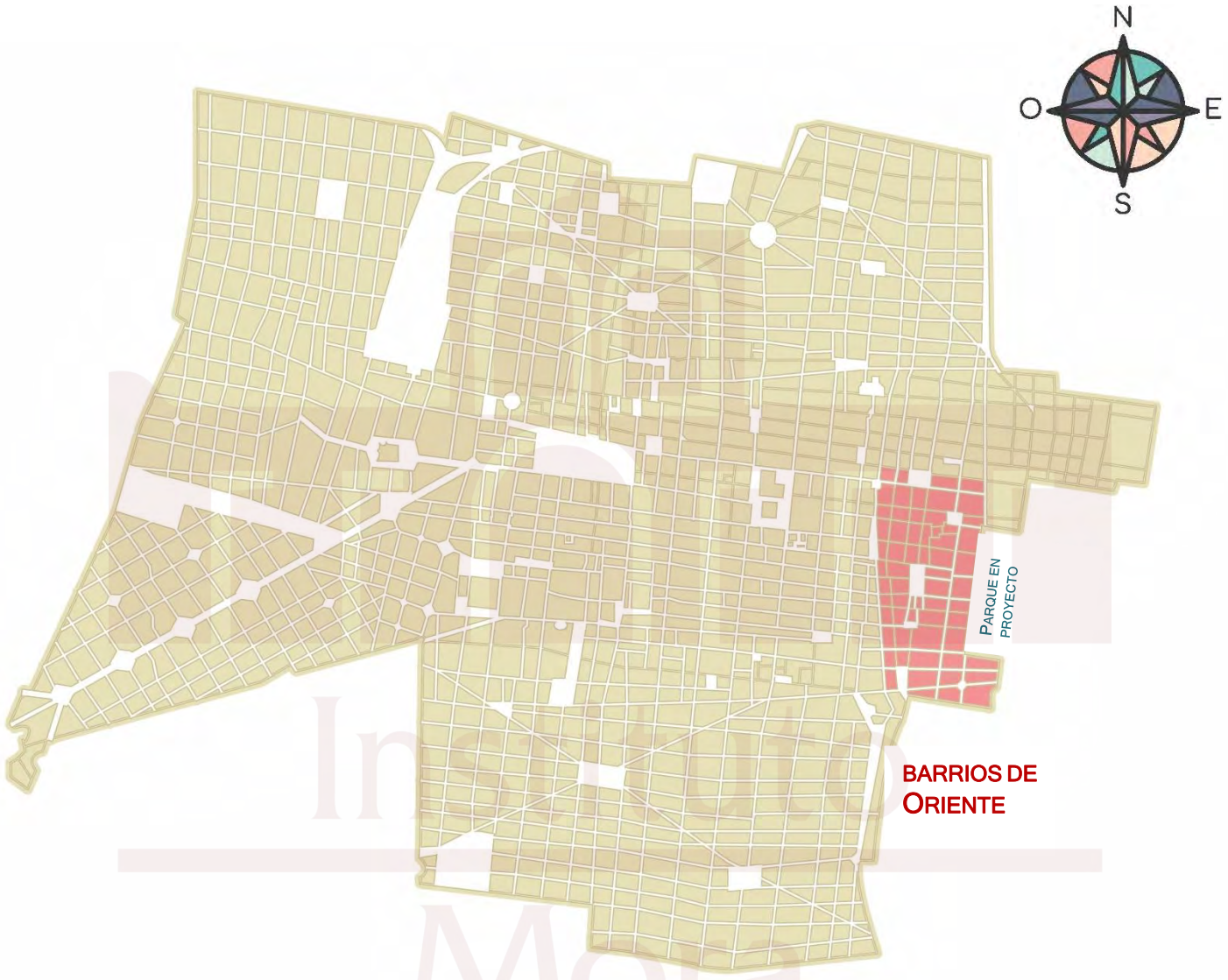
De esta manera, en el mes de diciembre, la Comisión de Mejoras presentó ante el cabildo un plano, ya con calles y callejones alineados.[314] En este plano se muestran las calles de Santo Tomás La Palma y, en general de la ciudad, como cuadros perfectamente trazados y con cortes diagonales que tenían como finalidad terminar con aquellos callejones peligrosos y servir como vías que comunicaran a la ciudad; los potreros que estaban a espaldas de la parroquia y de la plazuela de la Palma quedaron completamente alineados, estas diferencias se pueden observar si comparamos el *Plano general de la ciudad de México de 1880* con el que presentó la Comisión en 1901 en donde se "incluyó la ampliación y alineación de calles que terminar[ía] con el *laberinto de callejuelas para llegar a aquel bello paseo de recreo popular: Balbuena",*[315] un parque de carácter popular que estaba en proyecto y que se ubicaba en los linderos del barrio de Santo Tomás La Palma y la calzada de Balbuena; también, se distinguen las plazuelas que había alrededor de manera nítida, lugar donde se plantarían árboles y servirían como sitios de recreo. El trazo del plano de 1901 nos permite observar una articulación de espacios ordenados y armónicos que fueron resultado de la combinación de diversas ideas concebidas por los proyectistas. Ver mapas 6, 7, 8 y 9.

Con el título de "Loable empeño del Sr. de Landa y Escandón", publicado por el diario *El Popular,* se reconocían las iniciativas que había tenido para que los barrios de la ciudad se parecieran a los que él había visitado en Europa, por ello, dicho periódico consideraba como acto patriótico el interés del presidente del Ayuntamiento y se le invitaba a continuar con el proyecto para que se llevaran a

[312] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Obras Publicas: Mejoras de la ciudad, Vol. 1504a, Exp. 14, 20 de diciembre de 1901, f.1.
[313] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Obras Publicas, Mejoras de la ciudad, Vol. 1504a, Exp. 6, 24 de junio de 1901.
[314] Cabe señalar que este plano que se localizó en la MA, t. II, 1901, también, fue incluido en el expediente que la Comisión de Mejoras entregó al cabildo, empero, los mapas originales no se encuentran en el expediente.
[315] Eguiarte, "La idea del espacio", 2004, p. 328. Las cursivas son del texto original.

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

MAPA 6. PLANO DE CIUDAD DE MÉXICO COMISIÓN DE MEJORAS Y EMBELLECIMIENTO



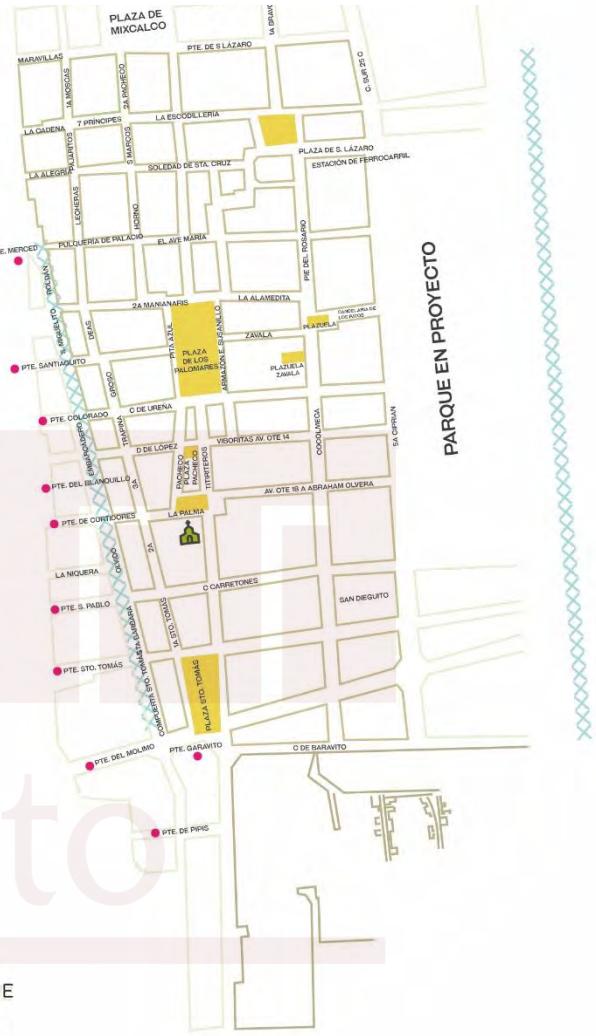
Fuente: elaboración propia con base en el *Plano de la Ciudad de México de la Comisión de Mejoras y Embellecimiento*, MA, t. II, Año, 1901, Biblioteca del AHDF y diferentes periódicos de la época. Lo señalado con rojo es lo que se considera que eran parte de los barrios de oriente, así como lo que había debajo. Realizado por María Elena Morales Zea.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

MAPAS 7-8. COMPARATIVO DE LOS BARRIOS DE ORIENTE 1880-1901

PLANO GENERAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO DE 1880

PLANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO DE LA COMISIÓN DE MEJORAS Y EMBELLECIMIENTO 1901



Fuente: elaboración propia con base en el *Plano General de la Ciudad de México, con demarcación de manzanas y recuadro de parroquias, iglesias, edificios, establecimientos públicos y plazas de mercado*. Lit. V. Debray y Cía. Editores. Año: 1880, Planoteca del AHDF y el *Plano de la Ciudad de México de la Comisión de Mejoras y Embellecimiento*, MA, t. II, Año, 1901, Biblioteca del AHDF. Realizado por María Elena Morales Zea.

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

MAPA 9. PLANOS DE 1880 Y 1901 SOBREPUESTOS

Fuente: elaboración propia con base en el *Plano General de la Ciudad de México, con demarcación de manzanas y recuadro de parroquias, iglesias, edificios, establecimientos públicos y plazas de mercado.* Lit. V. Debray y Cía. Editores. Año: 1880, Planoteca del AHDF y el *Plano de la Ciudad de México de la Comisión de Mejoras y Embellecimiento*, MA, t. II, Año, 1901, Biblioteca del AHDF. Realizado por María Elena Morales Zea.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

cabo las obras de "regeneración urbana" necesarias. Así, de manera enfática solicitaban: "¡Que toque al señor Landa la satisfacción de cumplirla, como ha tenido la inspiración de iniciarla!".[316] Podemos señalar que, si bien, el interés y la experiencia que tuvo Landa y Escandón en estos barrios determinó el comienzo de una serie de cambios, éstos no quedaron sujetos a un plan hegemónico de transformación urbana, ni mucho menos a un solo proyectista, pues a lo largo de casi diez años intervinieron Nicolás Mariscal, Jesús Galindo y Villa, Miguel Ángel de Quevedo y Guillermo Heredia, personajes cercanos a las autoridades que "a pesar de los distintos niveles y tonos de las propuestas, lo que resulta evidente es que compartían un mismo ideal de planeación conjunta, de desarrollo integral de la ciudad",[317] el cual, como todo proyecto, también encontró limitaciones.

De acuerdo con lo anterior, las ideas que desarrollaron profesionales como Heredia, Mariscal y Quevedo, aunque diversas entre sí, representan un "esfuerzo por fundamentar y sistematizar el diseño y la planeación urbanos –formación de colonias, ampliación, alineación y transformación de calles, demolición de edificios, ubicación de servicios, formación o modificación de plazas, paseos y jardines–".[318] En sus proyectos se puede notar la atención que prestaron a los problemas causados por el incremento poblacional; al desorden urbano que acarreaba inmensos problemas de hacinamiento; a la falta de higiene y, en consecuencia, a las constantes enfermedades. Y, aunque estas reformas urbanas no lograron ejecutarse de manera sistémica, incluso tuvieron ciertas limitaciones, nos permiten conocer las propuestas de estos "magos del progreso",[319] que intentaron que la ciudad se convirtiera en un espacio que anunciaba la emergencia del progreso y la modernidad.

Diane E. Davis señala que los planificadores urbanos, como parte de la élite capitalina, tuvieron acceso al poder político y al financiero, circunstancias que, además de que les permitió desarrollar un interés por transformar su entorno,

---

[316] *El Popular,* 20 de enero de 1903, p. 1.
[317] Eguiarte, "La idea del espacio", 2004, p. 330.
[318] *Ibíd.,* p. 312.
[319] José C. Valadez se refirió como "magos del progreso" a quienes fueran los planificadores de la ciudad durante el porfiriato. Ver Moya, *Arquitectura,* 2012, p. 82.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

también les abrió el camino para incursionar como “planificadores”, cuando la planificación aún no se había convertido en una profesión. Estos personajes, al ser parte de la élite financiera y profesional compartieron ciertos "puntos de vista sobre la ciudad, y en conjunto acordaron que las áreas centrales (en especial con aquellas que lindaban con las zonas al oriente de la ciudad) necesitaban, de manera urgente, mejoramiento y ‘modernización’ […]”.[320]

De acuerdo con esto, vale la pena señalar que los proyectos que se presentaron son resultado de un conjunto de elementos que se interrelacionan, es decir, son producto de los conocimientos y de la tecnología de la época, de las experiencias, del poder y del interés por “crear una imagen de ciudad que [diera] legitimación y prestigio a dichos grupos dentro de las formas de organización social. Y son estos mismos espacios [transformados] los que confieren, a su manera, la visión del mundo y la vida del hombre citadino, a través de su contacto cotidiano con la realidad urbana”.[321]

En este sentido, el cosmopolitismo de los proyectistas influyó para que el diseño y la planeación estuvieran ligadas a crear espacios rodeados por la naturaleza; ideas que tuvieron una fuerte influencia de la literatura urbanista y arquitectónica que se estaba desarrollando en otros lugares; de proyectos elaborados por utopistas sociales; así como la propia experiencia de conocer otras ciudades. Por tal motivo, sus propuestas se presentan como “soluciones a problemas urbanos específicos con las ideas de teorías urbanas europeas y estadounidenses que, a su vez, recogían avances de la ciencia aplicada al desarrollo de las ciudades”.[322]

¿Cambia, todo cambia en Santo Tomás La Palma?

A pesar de que Humboldt nombrara a la capital de México, la ciudad de los Palacios, casi un siglo después pareciera que dicho mote sólo hubiera sido fruto de la galantería del viajero o de su desconocimiento de los barrios bajos, pues esta idea

[320] Davis, “El rumbo”, 2005, p. 241.
[321] Eguiarte, “Espacios públicos”, p. 91. <www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_12_90-101.pdf> [Consultado: 15 de marzo de 2018].
[322] Eguiarte, “La idea del espacio”, 2004, p. 312.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

quedaba lejana a principios del siglo XX frente a la realidad que existía en los barrios de la Merced, los Ángeles, la Candelaria de los Patos, el Carmen, la Soledad, Santiago Tlatelolco y Santo Tomás La Palma; "lunares de México" en los cuales había:

> Casas bajas, viejas, sucias y agrietadas; olor de miseria, de hacinamiento y de podredumbre; pululación de un vecindario abigarrado, soez, desvergonzado y asqueroso. Las pestilentes pulquerías como centro de reunión de muchas malas hembras y de muchos hombres de valiente renombre a diez cuadras a la redonda; ellas desgreñadas y desceñidas, mal terciado el rebozo descolorido sobre flotante saco agujerado, que acusa por modo poco decente, […] las lasitudes de la carne; enzarapados <sic> ellos y de pelo hirsuto y luengo que se escapa por las roturas del sombrero de palma.[323]

El interés por mejorar el barrio de Santo Tomás La Palma iba más allá de implementar cambios estéticos porque, si bien eran importantes, el temor a las enfermedades y a la falta de higiene se habían convertido en puntos importantes de los cuales habría de ocuparse para erradicarlos y con ellos, algunas prácticas consideradas como "inmorales". Todo esto que, sin más, daba un aura de miseria, suciedad y descuido.

Así, este barrio, desde siempre visto como peligroso y antihigiénico, se colocó en la agenda de los proyectos de mejoras urbanas a principios del siglo XX, como parte del embellecimiento y saneamiento de los barrios de oriente. Incluso, fue la precariedad en que se encontraban algunos de sus espacios lo que motivó a que el "activo y empeñoso"[324] presidente municipal Landa y Escandón, buscara un "remedio radical" para terminar con los callejones estrechos de López y la Palma– calles del barrio de La Palma– y terminar, al mismo tiempo, con la suciedad, abandono y anegación que sufría la plazuela principal en tiempos de lluvia.[325]

Las transformaciones que comenzaron a realizarse por este barrio dejaron sorprendidos a los escritores del diario *La Patria,* quienes señalaban, ya para el año de 1903, que habían ocurrido ciertas mejoras que no sólo cambiaban su aspecto,

---

[323] *El Mundo Ilustrado,* 29 de octubre de 1899, p. 10.
[324] *El Tiempo,* 8 de enero de 1902, p. 1.
[325] *La Convención Radical Obrera,* 26 de mayo de 1901, p. 2.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

sino que también mejoraban la seguridad y hábitos de las personas, pues el servicio del alumbrado y la vigilancia de la policía habían "ejercido benéfica influencia en aquellos lugares y se [podía] acudir a ellos sin peligro alguno", además de que los vecinos se mostraban atentos al aseo de las calles y casas. Y, aunque se reconocía que aún faltaba que se instalaran algunos servicios, no se dejó de mencionar el trabajo que se estaba haciendo, destacando que

> La ampliación de las calles llamadas del Saneamiento, el empedrado y embanquetado de esas vías de las de Santo Tomás, Embarcadero, Plazuela de la Palma y otras muchas; la ausencia de caños descubiertos baches, muladares, etc., le da[ban] a ese barrio otro aspecto, y sus vecinos, siguiendo este impulso del progreso, lo hacen más palpable con la reconstrucción y aseo de las casas. [Además que], en la plazuela de la Palma se ha[bía] levantado el pequeño teatro *Guillermo Prieto* que se ve muy concurrido. [326]

La falta de atención, la indiferencia y el descuido que por mucho tiempo habían condenado a Santo Tomás La Palma a ser un barrio de fulleros, ladrones y de olores inhospitalarios pareciera que comenzaba a cambiar, pues, refería *El Popular,* no faltaba "voluntad ni aptitudes a los encargados de satisfacer las necesidades públicas de nuestra bella capital".[327]

Las transformaciones que se realizaron tuvieron como objetivo materializar las ideas de orden, seguridad e higiene, de ahí el empeño en la construcción de obras y servicios impulsadas por las mismas autoridades médicas y políticas, tales como la alineación de calles, la construcción de plazuelas arboladas y limpias, la introducción del alumbrado, del saneamiento y el abasto de agua. Asimismo, como parte de estos cambios también se registran otros que, como el Teatro Guillermo Prieto, alteraron física y socialmente el barrio, incluso, el cambio del nombre de la plazuela más importante del barrio, la plazuela de La Palma por la de Misioneros para el año de 1910, pues fue parte de embellecer y modernizar la ciudad rumbo al festejo del Centenario de la Independencia.

[326] *La Patria,* 4 de enero de 1903, p. 3. Las cursivas son del texto original.
[327] *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Embellecimiento de plazas y jardines

El interés de los proyectistas mexicanos de incorporar la naturaleza en espacios públicos que habían sido olvidados o que, cada vez más, tenían un aspecto industrial, fue influenciado por proyectos urbanos que provenían del extranjero. Haussmann fue, sin duda, uno de los primeros referentes, pues Paris era el ejemplo más significativo del reordenamiento urbano por la construcción de bulevares, parques y jardines, los cuales terminaron con las viejas calles desordenadas. También, fueron importantes las ideas estadunidenses sobre la "arquitectura del paisaje", propuestas por el arquitecto Frederick Law Olmsted en la segunda mitad del siglo XIX. Además, tuvo sugerente influencia el Garden City Movement,[328] movimiento que surgió en Inglaterra en 1898, encabezado por Ebenezer Howard, y quien apostaba por la planeación de las ciudades jardín a través de las cuales se podrían mitigar problemas políticos y morales de la sociedad. La materialización de estas ideas daría como resultado la domesticación de la naturaleza en la ciudad, porque "los espacios arbolados serían panacea idílica que resolvería todos los males sociales".[329]

Aunque en la segunda mitad del siglo XIX se desarrollaron algunos proyectos de mejora y embellecimiento de la ciudad de México y se alentó la construcción de paseos y jardines, fue hasta principios del siglo XX que las autoridades capitalinas consideraron necesario ensanchar, ampliar y crear plazuelas y jardines para que sus árboles funcionaran como modificadores del entorno, purificadores de la atmósfera y reguladores del clima. Estas ideas que provenían del exterior no sólo influenciaron a los arquitectos, médicos e ingenieros mexicanos, sino que "enmarcaron el surgimiento de la planeación urbana como profesión", así como el fortalecimiento de proyectos integrales en los cuales debería de permanecer unida

[328] El interés principal de este movimiento fue el crecimiento poblacional de la ciudad causado por la movilidad del campo y quedó establecido en el libro publicado en 1902, *Garden Cities of Tomorrow.*
[329] Eguiarte, "Los jardines", p. 129, < http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_27_129-140.pdf > [Consultado: 20 de marzo de 2018].

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

la planeación física y las formas de convivencia social, es decir, elementos ecológicos, higiénicos, moralizadores y de divertimento.[330]

Si bien, con las propuestas que se desarrollaron para la ciudad de México no se alcanzaron cambios radicales, "los proyectos de diseño y transformación urbanos [desarrollados] entre 1900 y 1911 incorpora[ron] avances científicos sobre salubridad [y] técnicas de higiene pública aplicada a la construcción". Específicamente, durante la primera década del siglo XX, cuando Nicolás Mariscal, Miguel Ángel de Quevedo y Jesús Galindo y Villa formaron parte de la Comisión de Mejoras, Embellecimiento y de la Comisión de Obras Públicas, y fungieron como regidores del Ayuntamiento, intentaron aplicar en sus proyectos algunas de "las ideas de la nueva arquitectura de paisaje, los conceptos urbanos de la ciudad-jardín y la estética y construcción de jardines europeos". Estos conocimientos de vanguardia se convirtieron en importantes catalizadores para la trasformación material y social del espacio urbano. Particularmente las plazas y jardines de los barrios populares fueron parte de las obras de transformación y embellecimiento de la ciudad, las cuales tenían como objetivo el desarrollo de una vida sana, higiénica y libre de vicios de sus habitantes.[331]

Así, a principios del siglo XX, se consideró que el agua que se llevaba a los barrios también podría ser utilizada para el riego de paseos y jardines, no sólo por la importancia que tendrían como ornato, sino por su utilidad como espacios de divertimento y recreo, pues en ellos, podrían "encontrar solaz y un local conveniente para sus juegos, los niños que ahora hacen su centro de diversiones las calles empolvadas de los suburbios y los muladares de las afueras de la ciudad".[332] De manera general, se pensaba que:

> Las plantas, flores, arbolados y fuentes de los jardines, neutralizar[ían] poderosamente las causas inatacables de la insalubridad, existentes en el subsuelo de la Capital y en la calidad y estado de los terrenos que la circundan. El agua, el arbusto, la planta y la flor, invadiendo esas plazas y plazuelas que cuando no son grandes focos de infección, convertidas en muladares y pantanos, son terregales que los vientos levantan y derraman

[330] Eguiarte, "La idea del espacio", 2004, p. 315.
[331] *Ibíd.,* pp. 315-316.
[332] *El Imparcial, diario ilustrado de la mañana*, 9 de agosto de 1900, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

> sobre la Ciudad, originando muchas enfermedades del aparato respiratorio, atacarán lo mismo los miasmas de los desagües, casas de vecindad, figones y tabernas, que los campamentos de las traperas, las chimoleras, los baratilleros, vagos y rateros que hoy las invaden […].[333]

En este sentido, las plazuelas que habían quedado descuidadas tiempo atrás y que se habían convertido en basureros y en el hogar de mendigos y pordioseros, contaban, cada vez más, con las condiciones necesarias para transformarse en espacios de recreo que, además, contribuirían a mejorar el aire de la capital. Cabe señalar que las autoridades y proyectistas –médicos, ingenieros y arquitectos–, comenzaron a trabajar en las obras correspondientes para garantizar la funcionalidad, seguridad y limpieza que requerían las plazuelas y jardines de La Palma y territorios cercanos. De igual manera, se comenzaron a implementar en ellas, mejoras materiales como el alumbrado, bancas de hierro, fuentes, kioscos, pavimento y plantación de árboles, con el objetivo de rehabilitar espacios que eran exigidos por la vida moderna.

En diversos momentos las autoridades municipales creyeron que sería oportuno la plantación de árboles en algunas de las plazuelas –en donde, o bien no había o por la falta de cuidados de los mismos vecinos habían desaparecido–, por los mismos beneficios que éstos aportarían al embellecimiento y a la higiene. Como ya se ha mencionado, el mismo Landa y Escandón creía que era conveniente que se invirtiera parte del presupuesto del Ayuntamiento en diversas obras, como la ampliación de calles y saneamiento, y como parte de éstas estaban las plazas y jardines las cuales beneficiarían a los barrios pobres. Bajo esta consigna de mejora, también quedaron contemplados los jardines, las alamedas y las plazuelas, específicamente: la de La Palma, San Antonio Tomatlán, el Árbol, San Sebastián y las Vizcaínas.[334]

La necesidad de crear espacios libres en donde predominara la naturaleza fue parte de las ideas que un grupo de ingenieros y arquitectos ofreció como

---

[333] *El Popular,* 11 de junio de 1901, p. 1

[334] El mes de febrero de 1902, el Ayuntamiento autorizó el gasto de 2,000 pesos para la compra de arbustos para ser sembrados en los "barrios más populosos" de la parte suroeste de la capital. *La Voz de México*, 18 de febrero de 1902, p. 3.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

alternativa para transformar la realidad de la ciudad y de los barrios pobres a principios del siglo XX. Los miembros de este grupo de modernistas ocuparon en diversas ocasiones cargos dentro del Ayuntamiento: Guillermo de Landa y Escandón –que ya hemos visto su preocupación para mejorar los barrios populosos ocupó el cargo de presidente de la corporación municipal–, Nicolás Mariscal, Miguel Ángel de Quevedo y Jesús Galindo y Villa fungieron como regidores y se encargaron de diferentes actividades asignadas al Ayuntamiento, una de ellas fue la Comisión de Embellecimiento en donde éstos diseñaron proyectos para que la naturaleza fuera una parte fundamental en el entorno urbano.

Los conocimientos de los proyectistas se nutrieron de saberes que habían sido utilizados en otras ciudades. Con base en éstos, comenzaron a alentar a las autoridades locales y federales para que se desarrollaran planes que incorporaran más espacios abiertos y arbolados a la ciudad para transformar el entorno urbano –que se convertía progresivamente en un ambiente industrializado– y funcionaran como espacios de recreo. Aunque las iniciativas variaron, según las ideas de cada proyectista, lo cierto es que tuvieron como hilo conductor la incorporación de la naturaleza. De acuerdo con esto, las propuestas de Nicolás Mariscal[335] quedaron marcadas por una orientación de la arquitectura del paisaje, la cual consideraba una ciencia y un arte del equilibrio y la armonía, porque "modela, corrige, cambia, perfecciona e idealiza la 'fisionomía' de un pedazo de tierra", al mismo tiempo que podía crear espacios armónicos que reconfortaran el espíritu de los habitantes de la ciudad. Para Mariscal, esta era una profesionalización de la arquitectura que se encargaba de resaltar la combinación de la naturaleza y la ciudad y, para poder realizarlo, se requería de la planeación y el diseño estético, con el fin de que se ejecutaran proyectos armónicos para el desarrollo urbano.[336]

[335] Nicolás Mariscal fue un arquitecto, regidor del Ayuntamiento y fundador de la Revista "El Arte y la ciencia" en 1899. Consideró su participación en la corporación municipal como "una cuestión de honor, ya que amaba a su patria y siempre quiso que su imagen fuera la prosperidad y él era incapaz de quedarse al margen del crecimiento y del desarrollo de su ciudad". Mariscal, "Nicolás Mariscal", 2012, p. 92.
[336] Eguiarte, "La idea del espacio", 2004, p. 319.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Miguel Ángel de Quevedo,[337] conocido también como "el apóstol del árbol", realizó una propuesta en la que incluyó "cuestiones científicas de higiene, salubridad, utilidad y conservación de la naturaleza […] la belleza y el sentido de modernidad que implica concebir una ciudad con espacios libres para la recreación y grandes reservaciones naturales para la higiene".[338] Por último, las ideas de Galindo y Villa también fueron importantes para la transformación de la ciudad y de los barrios, Galindo, quien fuera conocedor de los códigos sanitarios nacionales e internacionales, en repetidas ocasiones pugnó porque los recursos naturales fueran conservados y explotados por las autoridades municipales, mismas que se encargaban de autorizar los paseos, plazas y jardines.[339]

Aunque algunas de las plazas habían tenido un carácter restrictivo y exclusivo para los sectores sociales más altos, el uso que se les dio, no sólo en Santo Tomás La Palma, sino en otros barrios populares, permitió que sus habitantes pudieran tener acceso a las diversiones públicas que ahí se desarrollaban a un bajo costo. De manera recurrente se utilizaron para instalar cinematógrafos y el teatro popular, los cuales se desplazaron del salón de "cal y canto" a los "jacalones"[340] que ocupaban el corazón de las plazuelas. También, había en ellas caballitos, fonógrafos y puestos de alimentos. Ver Imagen 4.

Empero, con las reformas que se comenzaron a realizar en las plazuelas y jardines, junto con las obras de saneamiento y empedrado de calles, también se emprendió una mayor vigilancia y regulación sobre estos espacios para procurar su cuidado y prevenir que sufrieran daños y desperfectos. En este sentido, las solicitudes que llegaban al Ayuntamiento para establecer puestos, instalar

---

[337] En 1909, Quevedo fue delegado de México en la Conferencia Internacional de la Conservación de los Recursos Naturales de Norteamérica; también participó en la Liga Internacional de Espacios Libres y presentó un trabajo sobre "Espacios libres y reservas florales de las ciudades". *Ibíd.,* pp. 311-331.

[338] *Ibíd.,* p. 324.

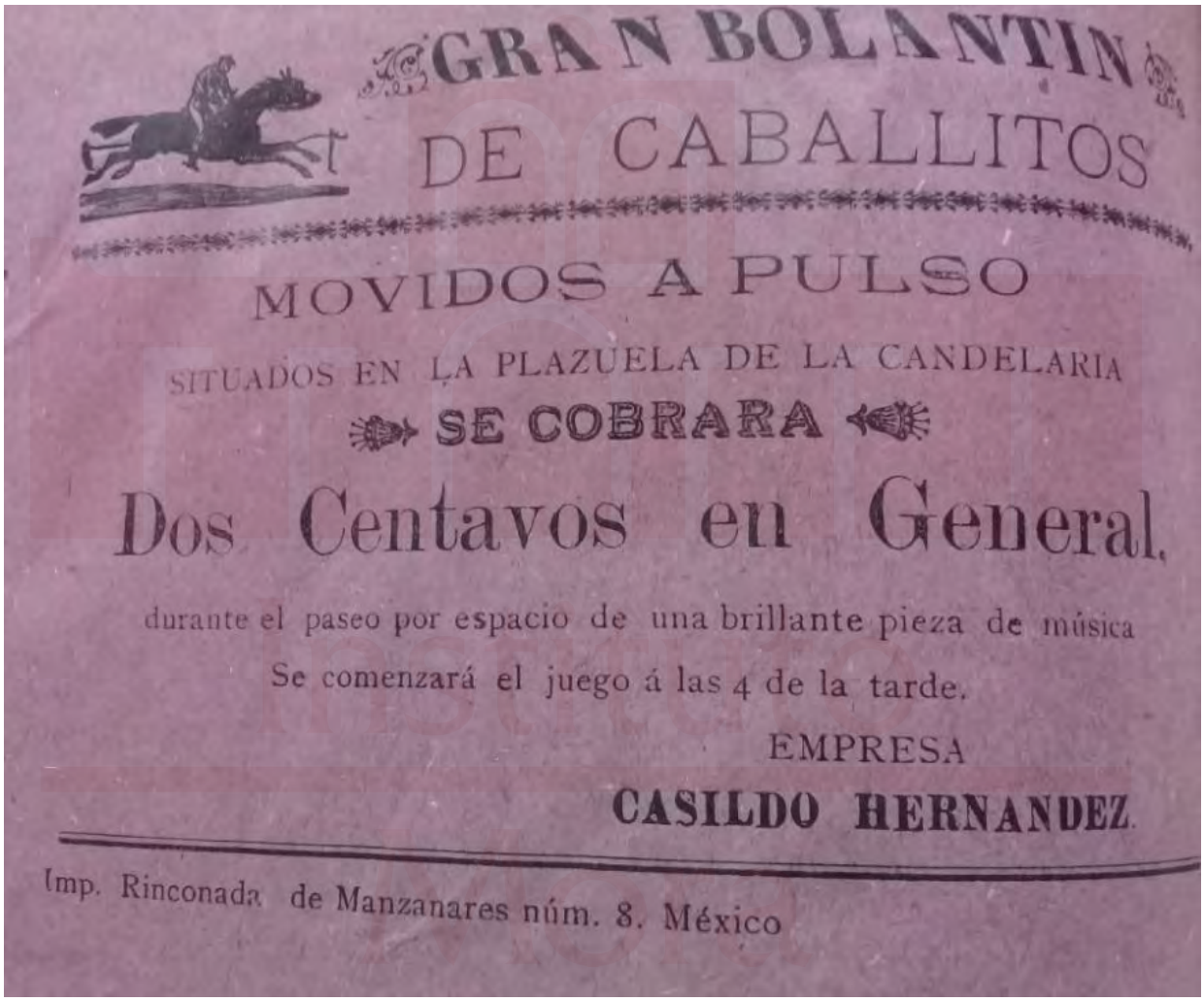
[339] En la obra escrita por Galindo y Villa, "La estética de los parques y jardines", se pueden observar los conocimientos que tenía de las propuestas elaboradas por André Le Notre –s. XVI–, William Kent –s. XVIII–, Napoleón y Haussmann –s. XIX–, saberes que se convirtieron en los fundamentos de la idea de los *jardines-paisaje.* Para él, al igual que los otros proyectistas, los jardines tenían que quedar incorporados con el entorno urbano. *Ibíd.,* pp. 322-323.

[340] Los jacalones eran instalaciones precarias que se construían a partir de madera o lona para albergar algunas de las diversiones públicas como el cinematógrafo, el fonógrafo y el teatro popular.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

jacalones[341] o alguna diversión pública, se fueron limitando; este fue uno de los motivos por los cuales se priorizó el establecimiento de locales fijos para el divertimento.

IMAGEN 4.
GRAN BOLANTIN DE CABALLITOS EN LA PLAZUELA DE LA CANDELARIA



Fuente: AHDF, Copia Subdirección de ramos municipales, pólizas y comprobantes, ingresos, Vol.1057ª/6, t. II, diciembre de 1905.

[341] Los permisos para establecer jacalones se fueron limitando porque se consideraba que eran peligrosos para la concurrencia por estar construidos de materiales inflamables.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Entre 1901 y 1910, se crearon en el oriente 25 jardines que, desde el punto de vista de Miguel Ángel de Quevedo, por estar ubicados lejos del cuadro principal de la ciudad, se convertían en suburbanos, como fue el caso del parque público para obreros localizado en Balbuena[342] y, un paseo cercano, el de la Viga. La atención que mereció la parte oriente de la capital llevó a que el Ayuntamiento dispusiera la plantación de árboles en la plaza de Venegas, San Lucas, entre la Calzada de la Viga y de Jamaica, se sabe que algunos de los árboles eran sauces.[343] Todo esto correspondía a un proyecto que tenía como objetivo llegar a los barrios más alejados y descuidados de la ciudad y, para llevarlo a cabo, se había dispuesto a expropiar y demoler los terrenos y casas cercanos, puesto que ahí se necesitaba de la "piqueta del obrero para darle un aspecto decente". Todo esto se pensaba realizar en las plazas de las "barriadas" de San Lucas, Jamaica y Santo Tomás para que se fueran desarrollando con todas las características que requería la "ciudad moderna y culta", es decir, para que fueran atractivas y estuvieran llenas de arboledas y vegetación.[344]

Así, en la primera década del siglo XX, se puede notar cómo es que plazas y jardines se abrieron en general a los habitantes de la ciudad sin importar cuál fuera su condición económica. Específicamente, el parque de Balbuena se diseñó con "un lago artificial, pistas de patinaje y de tenis"[345] para la clase obrera que habitaba al oriente, pues tenían un triple objetivo: moral, social e higiénico, ya que se esperaba que sirvieran como un medio para que las clases populares cambiaran su afición por las pulquerías y cantinas por un momento de divertimento en un espacio que les recordaría el campo. Al respecto, a finales de 1910 el diario *El Tiempo* informaba lo siguiente: "si en otro tiempo no eran escasos los jardines públicos, hoy por hoy puede decirse, sin exageración, que no hay plaza o plazuela que no tenga el suyo, haciendo de la ciudad un solo jardín".[346] Cabe señalar que estos lugares

[342] Pérez, "La construcción", 2002, pp. 323-324.
[343] *La Voz de México,* 26 de mayo de 1901, p. 2.
[344] *El Imparcial: diario ilustrado de la mañana,* 22 de mayo de 1909, p. 9.
[345] Eguiarte, "Los jardines", p. 133, <http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_27_129-140.pdf> [Consultado: 20 de marzo de 2018].
[346] *El Tiempo,* 5 de octubre de 1910, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

representaban en sí mismos belleza, ornato y moralización, ejes de una sociedad libre de cualquier problema social.

"Más vale tarde que nunca": [347] obras de saneamiento, servicio de limpia y abasto de aguas

El proyecto del moderno sistema de saneamiento en red fue propuesto por el ingeniero Roberto Gayol en la década de los ochenta del siglo XIX, aunque se inició su construcción hasta finales de siglo. Estas obras, consideradas como una revolución de la ingeniería sanitaria, consistían en la creación de un sistema de alcantarillado que quedaría unido al desagüe, el cual sustituiría las acequias abiertas por atarjeas y colectores subterráneos capaces de canalizar los desechos de la ciudad. El ingeniero Gayol había tomado en cuenta diversos diseños que se habían implementado en algunas ciudades estadunidenses, Hamburgo, Francia y Frankfurt, para desarrollar el sistema moderno de saneamiento de la ciudad de México. Él mismo reconoció la influencia que había tenido de los diseños que se habían implementado en estas ciudades y narraba la admiración que sentía por tantos ingenieros e higienistas de quienes había adquirido el conocimiento que le había permitido diseñar un trabajo que consideraba, era resultado del cosmopolitismo de la ciencia.[348]

Con la instrumentación de estas obras, las autoridades sanitarias y municipales pensaban que llegaría el fin de los canales y zanjas que cruzaban por la ciudad y se transformarían, "las barriadas pletóricas de escombros y de gérmenes nocivos [en] barrios salubres y perfectamente acondicionados a la comodidad del vecindario y a las prescripciones de la Higiene".[349] Conocido era que algunas de las calles que circundaban al barrio de Santo Tomás La Palma como San Cipriano, Susanillo y Zavala, se encontraban en extremo desaseadas porque las corrientes de agua que podían limpiarlas provenientes de la compuerta de Santo Tomás, la mayor parte del tiempo, estaban cerradas. También, ya se ha hecho referencia que

[347] *La Voz de México,* 24 de enero de 1904, p. 2.
[348] Aréchiga, "Saneamiento e higiene", 2017, pp. 130-131.
[349] *El Mundo Ilustrado,* 20 de abril de 1902, p. 6.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

en el cuartel II, donde estaba este barrio, había gran número de acequias que albergaban, sin más remedio, los deshechos, ocasionando que toda la demarcación tuviera un aspecto sucio y maloliente.

En este escenario, las obras de saneamiento se convirtieron en una de las necesidades primordiales para el barrio de Santo Tomás La Palma, porque de ellas dependía mejorar la higiene y que se realizaran otro tipo de servicios como la pavimentación, el embanquetado y la desecación de acequias, canales y zanjas. La construcción de estas obras, antes que los demás servicios, también representaba una cuestión de ahorro, pues de no ser así, se tenían que abrir las calles de nuevo al momento de instalar los tubos del saneamiento, quedando inservible el empedrado o pavimento, además de que los habitantes y transeúntes eran sometidos, nuevamente, a severas condiciones de insalubridad e incomodidad.

Así, conforme avanzaban los trabajos de saneamiento, se comenzó a notar de manera más clara la transformación del barrio de Santo Tomás La Palma pues, a su paso, se fueron destruyendo calles y callejones para poder instalar partes del colector número dos. Fue por este motivo que se demolieron casas y callejones estrechos que obstruían las obras, no obstante, aunque el Ayuntamiento había considerado que se les remuneraría en caso de que fuera necesario derribar algunas casas, no faltaron vecinos que se opusieron, como fue el caso de un propietario de la calle de Pacheco y otro del callejón de Ureña. Sin embargo, al final, oponerse no fue suficiente para evitar que desaparecieran caserones y calles completas.

Desde que inició la construcción del colector número dos, el cual cruzaba desde la calzada de Coyuya, en la parte oriente de la capital hasta el poniente, comenzaron a ensancharse algunos de los callejones principales del barrio, como Ureña, Zavala, la Palma y Carretones. Por iniciativa del ingeniero Roberto Gayol y del doctor Eduardo Liceaga, a partir de 1904, se pusieron en marcha los trabajos de desazolve de antiguos canales que atravesaban la parte oriente y que quedaban cercanos a Santo Tomás La Palma, como el que pasaba desde la compuerta de Santo Tomás hasta el Puente Colorado.[350] Asimismo, como parte del desarrollo de

[350] *La Voz de México,* 24 de enero de 1904, p. 2.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

las obras de saneamiento se comenzaron a cegar algunos canales que se encontraban en el oriente de la capital, el canal de la Merced fue uno de ellos. Considerado como un "rasgo del México Viejo" quedó descrito como un "hervidero de inmundicias, con sus aguas negras, pestilentes, llenas de materias en descomposición, y con sus bocas de cloaca al aire libre".[351] Por las calles cercanas a él corrían los residuos que se depositaban en las atarjeas, pero también los deshechos que arrojaban los vecinos, contribuyendo a que quedara azolvado y se convirtiera en un "foco de infección y amago seguro para la higiene y salubridad de la capital". Por esta razón, este *Sena* corrompido –que iniciaba desde la compuerta de Santo Tomás y cruzaba las calles de Embarcadero, Puente de Roldán y la Alhóndiga y de ahí continuaba en dirección del Puente del Solano y Escobillaría hasta llegar a San Lázaro– del cual quedaban "tristes recuerdos, por las víctimas de que fue causa y también algunos otros agradables", fue cegado desde la calle del Embarcadero hasta la de Escobillería, dando paso a la construcción de atarjeas, banquetas y empedrado para mejorar la higiene de aquellos rumbos.[352]

Probablemente la decisión de desecar algunos de los canales de esta zona se haya agilizado porque, además de que eran receptáculos de deshechos, anidaban larvas de mosquitos que, si no se eliminaban a tiempo, se convertirían en plagas. Los lugares más afectados eran los de La Viga, La Merced, Manzanares y La Palma. Otro de los canales que desapareció, o al menos en parte, por las obras de saneamiento, fue el que cruzaba por la calle del Olvido –por aquí pasaba una parte del canal del Rastro–, y se caracterizaba por los malos olores.[353] A todas estas condiciones, también se sumaban las inundaciones que en tiempos de lluvia causaban derrumbes de casas y jacales en los rumbos de La Candelaria de los Patos y San Lázaro.[354] Esto, sin duda, motivó a que se cegaran los canales y acequias.

---

[351] *El Mundo Ilustrado,* 20 de abril de 1902, p. 6.
[352] *La Patria,* 23 de diciembre de 1902, p. 2.
[353] Hay que mencionar que las obras de saneamiento fueron un proceso lento para los barrios de oriente pues, el callejón del Olvido que se había comenzado a desecarse en 1902, para 1905 servía aún para el "desagüe de la zanja cuadrada del sur". AHDF, Consejo Superior del Gobierno del Distrito: limpia de albañales, desagües, zanjas, Vol. 604, Exp. 5, 21 de marzo de 1905.
[354] *La Voz de México,* 7 de diciembre de 1900, p. 2.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

En el año de 1901 se tuvo noticia de que el tifo estaba haciendo estragos en la ciudad, pero en los barrios más pobres aumentaba el riesgo por las condiciones de insalubridad, por lo que se solicitaba a las autoridades que se obligara a la empresa encargada del saneamiento de la ciudad a hacerse responsable de levantar los escombros, la limpia y lavado de las atarjeas porque, si bien, la urgencia de las obras fue reconocida por la misma comisión de Embellecimiento, la cual consideraba necesario utilizar los recursos del Ayuntamiento para que se pudieran terminar lo más pronto posible y así continuar con las mejoras que se requerían,[355] en diversas ocasiones se denunció que, además de que se hacían con lentitud, dejaban escombros a su paso, volviendo inútil el servicio de limpia y, contrario a disminuir el índice de enfermedades, las aumentaba porque las calles eran "verdaderos laboratorios de enfermedades infecciosas".[356] Podría decirse que, no obstante de que se reconocía su importancia, en cuanto comenzó su construcción dejaron mucho que desear, como por ejemplo, en la calle del Olvido a pesar de la desaparición del canal que corría por ésta comenzó en 1902, tal parece que las obras no terminaron del todo por ciertas dificultades que se tuvieron con la empresa contratada para las obras pues, dos años después, se denunciaba que ahí se había encontrado "un feto del sexo masculino, ya descompuesto".[357] Ver Imagen 5.

"La cuestión de Saneamiento de esta inhabitable Metrópoli es una cuestión peliaguda, de vida y de muerte. Si no se realiza, morimos apestados".[358] Estas palabras fueron publicadas por el diario *El Chisme,* que denunciaba las condiciones en las que se encontraba la ciudad a causa de dichas obras, pues no faltaban calles llenas de escombro que obstaculizaban el paso; zanjas enlodadas en las que los peatones arriesgaban la vida al caer; hoyos que estropeaban las bicicletas y los coches; situación que aumentaba las condiciones de insalubridad. Especialmente, en los barrios pobres las obras de saneamiento se realizaban de manera más lenta que en donde habitaba la clase media, conocidos vecindarios de linaje que no tenían

[355] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Obras Publicas, Mejoras de la ciudad, Vol. 1504a, Exp. 3, 28 de mayo de 1901, f. 4.
[356] *La Voz de México,* 19 de abril de 1901, p. 1.
[357] *El Correo Español,* 11 de agosto de 1904, p. 2.
[358] *El Chisme,* 20 de julio de 1900, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

IMAGEN 5. CALLE DEL OLVIDO

Fuente: *El Mundo Ilustrado,* 20 de abril 1902, p. 6. La calle del Olvido todavía con el canal que cruzaba por ella.

BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

que esperar para que terminaran con todos los problemas que ocasionaba el paso del drenaje.

Esta situación orilló a los vecinos que vivían en la calle de Abraham Olvera y calles continuas a solicitar al Consejo Superior de Salubridad que se encargara de cegar la acequia que pasaba por ahí o que, mientras se empezaban los trabajos de saneamiento, se permitiera que un ramal de la acequia de Coyuya se desviara para limpiar los deshechos fecales, pues "todos los vecinos arrojab[an] el contenido de sus comunes provisionales, por carecer de atarjeas", causando que la acequia quedara azolvada. Su petición quedó resuelta con el desazolve porque, hasta que no quedara terminado el saneamiento y los comunes de las casas quedaran conectadas a las atarjeas, no tendrían otro sitio en donde expulsar todo tipo de desperdicios y materias.[359] No obstante, parece que el problema que los vecinos de estas calles tenían con el agua no se resolvería fácilmente, pues, por un lado, el vital líquido se les negaba para lavar las zanjas y, por otro, se convertía en un riesgo cuando de inundaciones se trataba. La crecida ocurrida en la calle de Abraham Olvera y Cocolmeca había causado revuelo y alerta porque empeoraba las condiciones en las que vivían sus habitantes, sin embargo, a pesar de haber denunciado a las autoridades su situación, éstas hicieron caso omiso de su petición.[360]

Las quejas de los vecinos del barrio de Santo Tomás La Palma y rumbos cercanos se convirtieron en una manera de hacer escuchar su voz ante las autoridades del Consejo de Salubridad y de la Dirección de Obras Públicas porque, al parecer, las condiciones no mejoraban de manera sustancial pese al interés que éstas habían mostrado y, es que, no sólo bastaba con una buena intención sino con subsanar los males que los aquejaban. En una carta firmada por más de cincuenta vecinos de Santo Tomás La Palma y de La Candelaria los Patos se exponía lo siguiente:

A la Dirección de Obras Públicas y al Consejo Superior de Salubridad

[359] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Ríos y acequias, Vol. 3888, Exp. 1023, 10 y 27 de septiembre de 1902, f.1-2.
[360] *El Tiempo,* 27 de agosto de 1904, p. 2.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

> […] Es triste que en pleno México, es decir, en la capital de una Republica civilizada, se obligue a muchos vecinos a soportar diariamente las consecuencias del punible abandono de algunas de sus autoridades, cuando a dichos vecinos se le cobra contribución, lo mismo que a los demás de la capital. –¿O qué, nosotros no somos ciudadanos como los del Paseo de la Reforma y demás calles de la ciudad?
>
> […] Esta es la última vez que nos dirigimos a esa H. Corporación en el sentido suplicatorio de que se remedie nuestro mal; y si no es atendida nuestra justa súplica, nos veremos en el caso de elevar nuestra queja al señor Gobernador, ya sea presentándonos en grupo, o por medio de algún Abogado que nombremos para que haga valer nuestros derechos de la ciudadanía.
>
> La presente va certificada con acuse de recibido, para estar seguros de que llegará a poder de quien corresponde, y en caso necesario, presentar el original al señor Gobernador, y si necesario fuese, al señor Presidente de la República, a ver si de esa manera es digna de ser atendida nuestra solicitud.[361]

Las palabras de los vecinos describen la situación que ocurría en las calles en que vivían y transitaban, en ellas no había más que suciedad y miasmas insanos que envolvían todo su entorno, lo que había causado "tantas víctimas" y descontento. Los que suscribían, señalaban que no era la primera vez que tenían que utilizar un recurso escrito para denunciar el descuido y el abandono de las autoridades, pues referían que las afectaciones que había causado la zanja que cruzaba desde la Plazuela de La Estampa, La Candelaria de los Patos hasta las calles de Abraham Olvera y Cocolmeca, ya habían sido comunicadas a las autoridades.

Asimismo, los vecinos reclamaban que a pesar del pago de sus contribuciones no se les tratara igual que a otros que habitaban hacia el poniente y se postergaba, sin remedio, la autorización de dejar correr el agua por la zanja para que ésta quedara limpia de materias fecales y animales muertos y, con ello, se pusiera fin a tan grave daño. De acuerdo con lo suscrito por los vecinos, las autoridades no se preocupaban por la limpieza, ni por el tránsito del agua y, además, les habían negado una compuerta que regulara las aguas del canal de la Viga con el objetivo de limpiar las acequias. Esta situación hizo que los firmantes comunicaran a las autoridades de manera enérgica: "esta es la última vez que nos

[361] Esta carta fue publicada en el periódico *El Tiempo* el 26 de mayo de 1905, p. 2, pero el ocurso original fue mandado el 24 de mayo de ese mismo año.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

dirigimos a esa H. Corporación en el sentido suplicatorio de que se remedie nuestro mal", pues tenían claro que, si una vez más no se atendía su "justa súplica", como ya había ocurrido en otras ocasiones, tendrían que dirigirse al gobernador y, si esta fuera ignorada, entonces al presidente para que de esa manera obtuvieran una respuesta.

Al parecer este caso llegó hasta las últimas consecuencias, pues casi un año después, los afectados mandaron una carta al presidente de la República, en donde se le informaba las condiciones en que seguían viviendo. En ella reiteraron la preocupación que tenían por la acequia, la cual ya habían denunciado, porque continuaba sucia y sin corrientes de agua, ocasionando que los deshechos que producían los excusados cercanos se quedaran estancados. Lo anterior también sucedía con la acequia del Puente de Curtidores, causando que todo el que pasara no tuviera más remedio que taparse la nariz. A pesar de que las obras de saneamiento, limpia y cegado de canales ya habían comenzado en estos rumbos, éstas se realizaban de manera paulatina.

La carta emitida por los vecinos y publicada por el periódico *El Tiempo* en 1905 dio mucho de qué hablar y, casi un año después, en el mismo diario se escribirían, bajo el título de "Rectificaciones", algunas correcciones realizadas por el "Boletín Oficial del Consejo Superior" del Gobierno del Distrito Federal respecto a las señalizaciones que se hicieran por parte de los vecinos. En este escrito se presentó una contraargumentación a las acusaciones señaladas en la carta enviada al señor presidente pues, la "negligencia" y "apatía" mencionada en el documento fueron calificadas por las autoridades como faltas de "razón", ya que las denuncias hechas por los firmantes no tenían ninguna validez. En primer lugar porque el descuido referido por parte de las autoridades no se sostenía, dado que se había hecho un seguimiento de las obras iniciadas en aquellas zonas, incluso, de las visitas hechas por el gobernador a la segunda demarcación y, en segundo lugar, porque la solicitud de cegar las zanjas que cruzaban por el rumbo de Santo Tomás La Palma y La Candelaria, no eran factibles en tanto que funcionaban como "desaguadoras", [362] motivo por el cual no podrían cegarse hasta que se terminara la

[362] *El Tiempo,* 10 de abril 1906, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

construcción de las atarjeas laterales, tal como había ocurrido con las calles por donde corría el canal de la Merced, en las cuales, ya para 1910, pasaban cables eléctricos para el paso a los carros de los tranvías.[363]

Para el año de 1906, a pesar de las condiciones que se presentaban, las autoridades se hicieron cargo al comisionar la limpia de las zanjas y, aunque el servicio se había hecho dos meses atrás, terminaron sucias ante la falta de atención de los vecinos y transeúntes que sin ningún cuidado contribuían a azolvarlas al arrojar basura, ante esto, se mandó una vez más a que se ejecutara el aseo y, no sólo con limpiarla, se esparció una "buena cantidad de cal viva y de lechada de cal a los caños de las calles primera y segunda de Manzanares, La Alamedita, Candelaria, callejón de Zavala, Susanillo, Pita Azul"[364] y otras tantas afectadas. Todas estas calles, siempre se mostraron propensas a azolvarse y a convertirse en focos de infección de tifo, enfermedad que constantemente merodeaba todos los rincones de la ciudad.

Este mismo año, el ingeniero Jesús Galindo y Villa –quien en ese momento era Jefe Superior del servicio de limpia–, comisionó que fueran realizadas labores de barrido y de limpieza de caños lodosos alrededor del segundo cuartel. Ordenó que tres cuadrillas de barrido se encargaran del aseo de sus calles y que, diariamente, fueran mandados golpes de agua para que las atarjeas de San Ciprián y Cocolmeca quedaran limpias de toda basura. También, instruyó para que fueran limpiados los caños que se encontraban en callejón de Zavala y Susanillo[365] y, con ello, terminar con las zanjas abiertas que acarreaban materias de todo tipo y hacían que el ambiente se volviera pestilente e insalubre, no sólo para ellos, sino también para todos los habitantes del oriente. Asimismo, el Consejo Superior de Gobierno convocaría una campaña para prevenir una epidemia de tifo, poniendo especial atención a las zanjas y coladeras que servían como derrames de los comunes, además de limpiar y mandar constantes golpes de agua para que no quedaran residuos. [366]

---

[363] *La Patria,* 30 de abril de 1910, p. 5.
[364] *El Tiempo,* 10 de abril 1906, p. 1.
[365] *El Correo Español,* 22 de febrero 1906, p. 3.
[366] *El Imparcial: diario ilustrado de la mañana,* 20 de abril de 1906, p. 5.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Desde comienzos del siglo XX, el ingeniero Manuel Marroquín y Rivera fue comisionado para que se encargara de desarrollar un proyecto de abastecimiento de agua para la ciudad, porque el sistema que se tenía ya no alcanzaba para una población que estaba en constante aumento. La mayor parte del agua que llegaba a la ciudad, hasta que se iniciaron las obras, provenía de los manantiales de Chapultepec, Santa Fe, Los Leones, el Desierto, Guadalupe-Hidalgo, la Concesión Chousal y del Rio hondo; los habitantes también se abastecían del agua de los pozos artesianos distribuidos por los diferentes rumbos de la ciudad, que para principios del siglo XX eran cerca de 1200, de los cuales el cuartel dos tenía un promedio de 173 pozos. Al respecto, Patricia Romero señala que este cuartel, a pesar de contar con "11.9% del total [de los pozos]" no alcanzaba a abastecer a la población, situación que se complicaba porque "la falta de profundidad de algunos [de ellos] hizo que las aguas, hediondas y salobres, no se pudieran consumir".[367]

Una de las actividades que Galindo y Villa realizó fue el abastecimiento de agua potable en los rumbos que carecían de ella. Así, mandó a que se instalaran algunos tanques de agua en las esquinas de las calles de Santo Tomás, San Dieguito y Pacheco porque era una prioridad abastecer a la segunda demarcación, ya que "el completo y abundante establecimiento de agua potable [era] base esencialísima para el mantenimiento de la higiene y, por consiguiente, de la salud pública en las grandes capitales".[368] Abastecer de agua a la mayoría de la población capitalina llevó a que se colocaran tuberías en algunas de las calles de Santo Tomás La Palma, como la de Santo Tomás, para que a través de la canalización se dotara de agua a los habitantes de este lugar. Así pues, las obras de saneamiento, el servicio de limpia y abastecimiento de agua en este barrio fueron parte indispensable para mejorar el aspecto físico, higiénico y moral de sus habitantes.

[367] Romero, "Agua en la ciudad", p. 141, <www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/080/PatriciaRomeroLankao.pdf> [Consultado: 12 de abril de 2018]
[368] *El Correo Español,* 22 de febrero 1906, p. 3.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

El alumbrado, un eficaz auxiliar de la policía[369]

"Un destello de luz de aceite o una rajilla de ocote para que la prostitución, el robo y el asesinato no cuenten con un pasaporte de impunidad en cada vericueto", pedía Guillermo Prieto al conocer los peligros causados por la falta de alumbrado en la ciudad. Por ello, instalar el servicio de alumbrado y de policía en un barrio como Santo Tomás La Palma, lleno de callejones y vericuetos oscuros, significaba mejorar la seguridad de sus habitantes y contribuir con el aseo de sus calles, plazas y jardines. El alumbrado y la policía tenían que ir de la mano si se quería mejorar esos rumbos y, al parecer, se comenzaba a notar la diferencia porque los diarios de la ciudad señalaban que estos servicios habían "ejercido benéfica influencia en aquellos lugares y se [podía] acudir a ellos sin peligro alguno". En las líneas del periódico *La Patria* se hacía referencia que las condiciones del populoso barrio de La Palma habían comenzado a mejorar a partir de las iniciativas que el señor Landa y Escandón había tomado, pues "siguiendo un plan metódico, ha venido cambiando la situación de la parte excéntrica y sus habitantes comienzan a disfrutar de sus beneficios".[370]

Pareciera que aquellas noticias viejas que narraban los homicidios y robos ocurridos en las calles de Santo Tomás La Palma sólo quedarían como anécdotas. ¿Qué dirían las calles de este barrio si pudieran contar todo lo que presenciaban cuando el sol se ocultaba? Probablemente, la leyenda de Pachita la Alfajorera,[371]

---

[369] Arizpe, visto en Briseño, *Candil,* 2008, p. 80.
[370] *La Patria,* 4 de enero de 1903, p. 3.
[371] Pachita fue una leyenda que contaba la historia de una vendedora de alfajores de Santo Tomás La Palma, famosa no por "lo exquisito y bien hecho de su mercancía, sino por su original modo de pregonarla" y, además, conocida por tener "un genio díscolo e irascible como pocos". Pachita vivió en la 2da calle de Santo Tomás La Palma, en la casa número 9, cuarto número 9 y, después de que ella muriera, lo habitó Paulo Martínez, un nevero que fue perseguido por el espectro de la alfajorera, quien no lo dejaba huir de aquella habitación porque quería enseñarle el lugar en donde había guardado sus ahorros. Los desmayos, jalones y chocarrerías que Pachita le propiciaba al nevero, aún delante de las personas, hicieron que éste huyera de aquella casa, pero no de la presencia del espíritu que, incluso, lo enfermó. Lo que sonara como una historia de espantos, no fue más que un acto de diversión de Prisciliano Herrera, León Figueroa y Pedro Jiménez, "El jorobado", este último que por su condición se encargaba de representar a Pachita. El gusto de estos jóvenes desencadenó que Martínez padeciera de delirios causados por el susto, situación por la que lo tuvieron que llevar a que el médico de la inspección lo revisara. Cuando el inspector de la segunda demarcación, Máximo Villegas, dio con los culpables, quedaron a disposición de las autoridades dejando aquel barrio libre de espantos. Quiñones, "De Juan Manuel", 1990, pp. 386-389.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

asustaría menos que los hechos que nos pudieran relatar tan oscuros callejones. Y es que, a finales del siglo XIX, ante la falta alumbrado y policías que vigilaran continuamente por la segunda demarcación, la noche se convertía en el momento preciso para cometer y encubrir delitos. Las calles oscuras y tortuosas, sin más iluminación que los rayos de la luna, eran perfectas para robar, para deshacerse de cadáveres, para huir sin dejar rastro y para arrojar basura sin que nadie se diera cuenta porque, con la noche, el silencio y la soledad envolvían todo el barrio de Santo Tomás La Palma.

El alumbrado fue utilizado para iluminar kioscos, teatros, salones, negocios, así como paseos, jardines y algunas calles como Plateros y San Francisco, pues en los comercios de estas calles, señalaba *El Popular,* "brilla[ba] por todas partes la refulgente luz de Edison".[372] Además de que los establecimientos comerciales y calles se cubrieran de alumbrado eléctrico dando un corte estético, este fue indispensable para la vigilancia de los espacios públicos de la ciudad, especialmente en el barrio de Santo Tomás La Palma, la instalación de luz eléctrica serviría para aumentar el apoyo policial porque, incluso, los gendarmes temían entrar a vigilar sus calles, las cuales no contaban con la presencia de ningún foco. La falta de luz y de autoridad favorecía que los delincuentes pudieran huir sin que nadie los detuviera, y cuando llegaba la policía, ya era demasiado tarde, sólo restaba comenzar con las averiguaciones que, por la falta de testigos, se volvían dificultosas, dejando muchos de los casos sin resolver y en completa libertad a los culpables.

Con el alumbrado se esperaba que los callejones oscuros quedaran iluminados no sólo para cuidarse de los ladrones, sino también para ver el camino y evitar caer en zanjas y socavones que se ocultaban en la negra noche. Asimismo, se evitaría que se cometieran acciones "inmorales" al amparo de la oscuridad porque con la luz surgía la "posibilidad de ver y ser visto".[373] Por ello, este servicio fue considerado como un beneficio público, parte del "progreso material" que había alcanzado la capital del país y el cual permitiría que los habitantes de los barrios

[372] *El Popular,* 16 de agosto de 1902, p. 1.
[373] Briseño, *Candil,* 2008, pp. 80-81.

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

experimentaran las ventajas de la "eterna vigilante", porque sin ésta, apuntaba el periódico *El Mundo Ilustrado*: "no hay higiene, ni moralidad pública, ni policía, ni seguridades posibles. La luz espanta al ladrón, modera al intemperante, refrena al vicioso e influye no solo en el bien parecer, sino también en el desarrollo de las buenas costumbres. [Por ello], una ciudad bien alumbrada es una ciudad no sólo más bella, no sólo más cómoda, sino más segura, más morigerada y más pulcra".[374]

En marzo de 1899 el periódico *El Imparcial* publicó que en algunos lugares de la ciudad que no contaban con el servicio de alumbrado se había logrado instalar la luz eléctrica, a raíz de la firma de un contrato entre el Ayuntamiento y la Compañía Mexicana de Electricidad. De manera general, el alumbrado se había extendido en casi toda la ciudad, pero resulta importante rescatar su introducción en los barrios que se encontraban al oriente del cuadro central. De acuerdo con estas notas:

> Los barrios que [habían] quedado alumbrados con luz eléctrica [eran]: al norte, los que se encontraban muy lejanos de la 1° demarcación y la colonia Morelos, la de Valle Gómez, la de la calzada de la Villa de Guadalupe, hasta donde está el límite con la prefectura de Guadalupe-Hidalgo; al este muchas calles de la 2° Demarcación, la Plazuela de Pacheco, Santo Tomás y otras; al oeste, gran parte de las colonia Sta. María de la Rivera y, al sur, entre otras, la calzada de San Antonio Abad y Santa Cruz Acatlán. También en algunas calles y callejones del centro se [pusieron] más focos eléctricos.[375]

La instalación de un servicio como lo era el alumbrado en barrios que carecían de él, refiere que la idea de ciudad moderna se relacionaba, de manera estrecha, con la infraestructura y los valores que dominaban, en teoría, entre las élites, tales como limpieza, belleza, salud y seguridad,[376] ya que estas fueron las bases sobre las que quedó asentado un discurso impulsado por un estado moderno liberal que intentaba que la ciudad de México se iluminara por completo. Desde esta perspectiva, las transformaciones urbanas no sólo consistían en la parte física de la ciudad, sino que incluían también aspectos morales, higiénicos y educativos. Por tal motivo, podemos decir que uno de los intereses que tuvieron las autoridades por dotar de servicios a los barrios fue terminar con los espacios sucios, oscuros y olvidados,

---

[374] *El Mundo ilustrado,* Visto en Briseño, *Candil,* 2008, p. 83.
[375] *El Imparcial* citado en Briseño, "Lo particular y lo social", 2002, p. 185.
[376] Aréchiga, "Lucha de clases", 2013, p. 34.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

refugio de ladrones y malhechores en donde la inmoralidad se apoderaba de sus habitantes.

Hacia 1900, el Ayuntamiento ordenó a la Compañía de Electricidad instalar el alumbrado por algunas de las calles de Santo Tomás La Palma. Éste consistía en colocar focos de 1200 bujías, "uno, en la esquina de la primera calle y Plazuela de Santo Tomás; uno, en la esquina del Callejón de San Cipriano y calles del Saneamiento; uno, en la esquina de la 2ª calle de Cuevas y Cuauhtemotzin; uno, en la esquina de la Plazuela de la Candelaria y Callejón de los Patos".[377] Los lugares seleccionados estaban en contra esquinas, motivo por el cual las bujías que se utilizaban para las lámparas tenían el objetivo de iluminar extensas calles oscuras.

Sin embargo, y a pesar de las mejoras señaladas por la prensa en el rubro del alumbrado público, en noviembre de 1903, los vecinos del barrio de Santo Tomás La Palma le comunicaron al Consejo Superior de Gobierno, al cual consideraban una instancia "preocupada por la higiene y seguridad de la población", que el callejón de San Ciprián y la calle de Abraham Olvera carecían de pavimento, de policía y de alumbrado, situación que hacía que su entorno fuera inseguro y un latente "foco de inmundicias y de toda clase de infracciones tanto por parte de algunos vecinos cuanto de los transeúntes que han escogido aquellas calles para toda clase de actos tanto inmorales cuanto perjudiciales a la salud". Los señalamientos que realizaron los vecinos eran por todos conocidas, pues los nombres de estas calles aparecieron en repetidas ocasiones en oficios, cartas y notas publicadas en diversos periódicos. Ante esta solicitud, el Consejo informó que se estudiaría la forma de solucionar los problemas y ordenó que se instalaran policías en las calles afectadas.[378]

Años después, lo que fuera una queja de los vecinos de un barrio popular como Santo Tomás La Palma, se convertiría también en una molestia para los comerciantes que tenían almacenes en el centro de la ciudad pues, si bien, no era la falta de iluminación, lo era la falta de calidad con que dicho servicio llegaba pues no alcanzaba lo suficiente para mantenerlos bien iluminados, teniendo que utilizar

[377] Para la instalación de estos focos se autorizó un presupuesto de $1,717.41 anuales. AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Alumbrado, 16 de febrero de 1900, p. 76, f-v.
[378] AHDF, Consejo Superior de Gobierno del Distrito: Obras Públicas, Vol. 611, Exp. 8, f. 3.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

otros mecanismos de alumbrado como el petróleo o la gasolina. Esta situación empeoraba en los barrios en donde los habitantes quedaban en total oscuridad, un escenario perfecto para los amigos de lo ajeno.

De plazuelas y jacalones: diversiones públicas

Parte sustancial de las transformaciones urbanas que se realizaron en el barrio de Santo Tomás La Palma fueron los espacios de divertimento que se establecieron a su alrededor, porque estos alteraron su fisionomía y las prácticas que se desarrollaban en estos espacios. Al igual que las obras y servicios públicos de gran envergadura que se comenzaron a introducir, la sustitución de los jacalones que se instalaban en las plazuelas por un teatro permanente, como lo fue el Guillermo Prieto, también representó, sin duda alguna, un cambio importante sobre este barrio.

De esta manera, se considera que no sólo los vestigios materiales dejan huella de las transformaciones urbanas porque, si bien, éstas se convierten en piezas claves para entender los cambios visuales, funcionales y estéticos de un barrio que parecía estar en el olvido, los espectáculos que se presentaban ahí son interesantes porque nos invitan a mirar más allá de lo material, en tanto que "la transformación de los espacios est[á] condicionada por el uso que la sociedad les otorga".[379] Por ello, se ha rescatado la importancia de los espectáculos y divertimentos que estaban al alcance de los habitantes y visitantes de Santo Tomás La Palma porque, incluso, éstos se intentaron modificar, a la par de la infraestructura y el paisaje, formando parte de aquel proceso civilizatorio y modernizador que intentaba cambiar y controlar sus hábitos, justificándose en ciertos fundamentos políticos, científicos y morales que habían tomado fuerza entre las élites capitalinas a finales del siglo XIX.

En la plazuela que se encontraba frente a la Parroquia de Santo Tomás la Palma se realizaron diversas actividades más allá de las que alimentaron el imaginario colectivo de lo peligroso e insalubre que era este lugar. Empero, lo cierto

[379] Eguiarte, "Los jardines", p. 129, < http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_27_129-140.pdf > [Consulta: 20 de marzo de 2018].

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

es que la plazuela casi siempre fue un escenario de escándalo y bullicio, ya fuera por los perros rabiosos que correteaban a las personas o porque éstas correteaban a los canidos a punta de piedras para matarlos, por los crímenes pasionales, por los hurtos, las riñas, los asesinatos o por una que otra aprehensión de ciertos individuos de "malas tranzas",[380] pero también, porque en ella se daba cita una gran concurrencia de gente para celebrar alguna fiesta religiosa, ya fuera la bendición de un santo o alguna procesión. Asimismo, este lugar también recibía a vendedores de carne, de alimentos y otros productos, por ello, sirvió como un espacio de sociabilización y divertimento de los habitantes de este barrio, que trabajaban cerca o que acudían como visitantes, convirtiéndose en el punto neurálgico de tan "populoso" lugar.

Cabe señalar que, aunque el barrio tuvo un origen indígena, para finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en éste y en sus alrededores confluía una población heterogénea: jornaleros, artesanos, cargadores y comerciantes de diversa procedencia. También se caracterizó por la gran afluencia de personas que llegaban a la ciudad a vender alimentos o a comprar mercancías, ya fuera en el mercado de la Merced o de las que se descargaban desde el canal de Jamaica, ya que, por su ubicación, fue un lugar de paso y de habitación para quienes no encontraban vivienda en el centro u otros lugares por tener un costo elevado.

Por las razones antes descritas, la plazuela de Santo Tomás La Palma también fue un sitio importante para que se establecieran cinematógrafos, títeres, música y vendedores ambulantes. Tal parece que la concurrencia que caracterizaba a la plazuela la colocó entre los empresarios como uno de los puntos de interés para instalar sus jacalones o los también llamados "teatrillos de barrio", puesto que les rendía jugosas ganancias. Pese a que estos establecimientos fueron asociados con espectáculos que atentaban contra la moralidad, porque se pensaba que se presentaban proyecciones pornográficas y vulgares, también se reconocía que los asistentes, cada vez más, mostraban interés por "espectáculos de elevación y cultura", razón por la cual se consideró que estos lugares tenían una utilidad benéfica para las clases populares desde el momento en que preferían "distraer el espíritu, de recrear el ánimo con la contemplación de cosas imaginativas, de un arte

[380] *El Diario del Hogar,* 27 de julio de 1895, p. 3.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

absolutamente dudoso, pero de una superioridad innegable sobre las escenas verdaderas de la taberna y la calle".[381]

A finales del siglo XIX y principios del XX, las autoridades de la ciudad de México otorgaron permisos para que se instalara una variedad de diversiones públicas dentro de la plazuela de Santo Tomás La Palma, desde los cinematógrafos, fonógrafos, representaciones de obras características del teatro popular, funciones de acróbatas, el palo encebado, hasta los caballitos y carruseles. A partir de 1899, llegaron al Ayuntamiento algunas solicitudes que pedían autorización para poder colocar "jacalones" en algunas de las plazuelas de los barrios de la ciudad; tan sólo ese año, se recibieron un total de 38. Entre las solicitudes recibidas entre 1898 y 1902, dos de ellas pedían utilizar la plazuela de La Palma para colocar jacalones; otras cinco pedían establecerse en puntos cercanos: una en la plazuela de Pacheco; dos en la de San Lucas; y, dos más, en la de Juan José Baz, plazuela del Aguilita.

De manera particular, las plazuelas de los barrios populares comenzaron a albergar "diversiones honestas" que, en otro momento, se habían realizado en la plaza de la Constitución, pero al ser vistas con poca elegancia, fueron trasladadas a las afueras del centro de la ciudad. Este tipo de diversiones solían acompañar las tardes de ocio de las personas de los barrios populares, a "las clases humildes del pueblo" que dejaban de ir a otros lugares como las cantinas o pulquerías para presenciar una gran variedad de espectáculos en compañía de su familia. Las carpas y los jacalones fueron una forma de distribuir y acercar el cinematógrafo y otros divertimentos a las clases populares, tanto por el costo como por la cercanía, de suerte que funcionaron como una forma "precaria del cine mexicano", porque en ellos el cine se hizo de un público que, difícilmente, hubiera podido conocerlo de otra manera. En consecuencia, el auge de los establecimientos fue resultado de la demanda que comenzaban a tener dentro del público popular y porque los requisitos de salubridad y de seguridad que solicitaba el Ayuntamiento no eran tan estrictos, ya que no era necesario que pusieran escupideras o retretes, tal como se solicitaba a otro tipo de lugares cerrados. Por ello, durante un par de años, los jacalones fueron

[381] *El Imparcial: diario ilustrado de la mañana,* 25 de agosto de 1900, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

importantes para la industria cinematográfica y para los empresarios encargados de exhibir los espectáculos en las plazuelas.[382]

En el año de 1899, Eduardo F. Herrera solicitó que se le extendiera un permiso para colocar jacalones en las plazuelas de la Palma, Tepito y la Aguilita, con el objetivo de proyectar funciones de cinematógrafo. Así, el Ayuntamiento aprobó se establecieran las dos primeras por un costo de 50 centavos diarios, pagados en quincenas.[383] Ese mismo año, Francisco García realizó una solicitud que también fue aprobada por la misma cantidad, pago que debía realizarse en las oficinas de la Administración de las Rentas Municipales.[384] El precio que pagaban los empresarios correspondía a los lugares que ocupaban. En suma, el papel del Ayuntamiento era otorgar el permiso una vez que se había comprobado que no obstruía las calles, ni alteraba la vida de los vecinos. Sin embargo, en algunas ocasiones se autorizaba sin que hubiera una inspección previa, como fue el caso de la instalación de un tren de caballitos de vapor que se ubicó cerca del atrio de la parroquia de Santo Tomás La Palma. Los caballitos estaban a cargo del señor Félix Morales y fueron denunciados por el párroco Lino Careaga, quien informó al Ayuntamiento que obstaculizaban el tránsito de las niñas que acudían a la escuela parroquial e impidiendo el paso a los feligreses para cumplir con algún sacramento. Por estos motivos, solicitó fueran removidos y colocados en otro sitio.[385] Ante tal situación, el señor Morales pidió que se le permitiera ubicarlos en la Plazuela de la Palma, petición que fue aceptada el 30 de abril de 1900.[386]

Con el paso de los años, los jacalones tuvieron que cumplir con más condiciones de salubridad y seguridad, para prevenir incidentes de diversa índole como incendios o lesionados en caso de peleas o trifulcas[387] que se salían de

---

[382] Leal, *Anales: 1899,* 2003, pp. 21-27.
[383] AHDF, Fondo Ayuntamiento/ Gobierno del Distrito Federal, Sección: Diversiones públicas, Vol. 805, Exp. 941, fs. 1-3, Se autorizó el 29 de septiembre de 1899.
[384] AHDF, Fondo Ayuntamiento/ Gobierno del Distrito Federal, Sección: Diversiones públicas, Vol. 805, Exp. 935, fs. 1-3. Aprobada el 18 de agosto de 1899.
[385] AHDF, Fondo Ayuntamiento/ Gobierno del Distrito Federal, Sección: Diversiones públicas, Vol. 805, Exp. 1017, fs. 1-3.
[386] AHDF, Fondo Ayuntamiento/ Gobierno del Distrito Federal, Sección: Diversiones públicas, Vol. 805, Exp. 1050, fs. 1-3.
[387] En una función del Teatro de la Alegría, los asistentes que casi todos eran del barrio de La Palma, comenzaron a lanzar gritos y diversos objetos para que repitieran los números del programa,

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

control, como ya había ocurrido en otros lugares por no contar con las medidas solicitadas, razón por la que se prefirió establecer teatros y salones de "cal y canto" en locales fijos fuera de las plazuelas. Cabe mencionar que, aunque hubo un proyecto elaborado por un particular para establecer teatros-circos de ladrillo y hierro en las plazuelas de los barrios, este no prosperó por el hecho de que serían construcciones permanentes que obstruirían los espacios al aire libre y, a pesar de todos los problemas que podían tener los jacalones, el hecho mismo de "su efímero establecimiento, resulta[ba] casi insignificante", porque podían quitarse cuando las autoridades lo indicaran o al término del contrato.[388]

Se prefería que las plazuelas, una vez que fueran remodeladas, permanecieran como espacios al aire libre para ofrecer divertimento a las clases populares. Una vez más, fue la opinión de Guillermo de Landa y Escandón, quien sugirió que las plazuelas ofrecieran, en los días festivos, diversiones públicas gratuitas a los obreros. Y para el año de 1903, esta propuesta se pondría en marcha en la plazuela de Santo Tomás.[389]

Teatro Guillermo Prieto

> ¡Ahora sí, viva la gracia! Ya tenemos baile flamenco por todo lo alto, tiples nuevas y tenores de medio uso. Se inicia una verdadera revolución en el arte, y revolución, como dijo alguien, es a veces resurrección.
>
> Claudio Frollo.[390]

En septiembre de 1902, en las páginas del diario *El Popular* se podía leer: "con el significativo nombre del Romancero Nacional, Don Guillermo Prieto, se inaugurará próximamente, un elegante y cómodo Salón Teatro, en la plazuela de la Palma".[391] El teatro, que se ubicaría en el corazón del barrio de Santo Tomás, ofrecería espectáculos a sus habitantes y a personas de rumbos cercanos, y formaría parte

situación por la cual tuvo que intervenir la policía, afortunadamente, todo se tranquilizó. *El Tiempo*, 5 de noviembre de 1902, p. 2.

[388] *El Imparcial: diario ilustrado de la mañana*, 25 de agosto de 1900, p. 1.

[389] Leal, *Anales: 1903,* 2003, p. 70.

[390] *Siglo Diez y Nueve,* 10 de febrero de 1896, p. 1.

[391] *El Popular*, 14 de septiembre de 1902, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

de los cambios de aquel lugar, pues su establecimiento tendría como finalidad el divertimento y esparcimiento, necesidades que, al igual que el saneamiento y el alumbrado, tenían que ser cubiertas para el beneficio de sus habitantes porque los momentos de recreo y ocio, así como el trabajo, eran fundamentales para la transformación integral de la sociedad.

El 17 de octubre de 1902, el ingeniero Gabriel M. Oropeza, empresario que tenía larga experiencia en el ambiente de los teatros, solicitó a las autoridades del Ayuntamiento y al Consejo Superior de Salubridad que se le concediera licencia para abrir una sala de espectáculos ubicada en el número 9 de la Plazuela de la Palma, número 2,108 de la Avenida 16 Oriente.[392] La autorización del Consejo Superior de Salubridad fue firmada por el mismo ingeniero Roberto Gayol y fue aprobada por la Comisión de Diversiones y Obras Públicas, después de que se realizara una inspección y se cerciorara que el establecimiento cumplía con las normas de seguridad, higiene y sanidad correspondientes a un teatro, pues se había construido con lo indicado en los planos que había incluido Oropeza en su solicitud. Ver imágenes 6, 7, 8 y 9.

A decir del Consejo de Salubridad "la estructura esta[ba] construida con más estudio y más cuidado del que por lo general se dedica[ba] a este género de teatros", incluso, y a pesar de estar construido en su totalidad de madera, los peligros de incendio disminuían por la cubierta de lámina de fierro y por tener seis puertas laterales por las cuales podían salir los artistas y el público a los dos patios abiertos que estaban a los lados en caso de ser necesario, además de que contaba con una bomba de agua para mitigar el fuego.

[392] A casi un mes de que se pidiera licencia para establecer el "Teatro Guillermo Prieto", el señor Félix Libian solicitó otra para establecer una cantina en el número 2,114 de la Avenida 16 Oriente. Aunque se pensaba que dicho establecimiento por tener como única entrada y salida el zaguán de la vecindad pudiera ofrecer servicio a los vecinos aún en horas prohibidas y cometer infracciones continuas, el responsable aseguraba que la cantina tenía una ventana que daba a la calle por la cual podía ser inspeccionada.

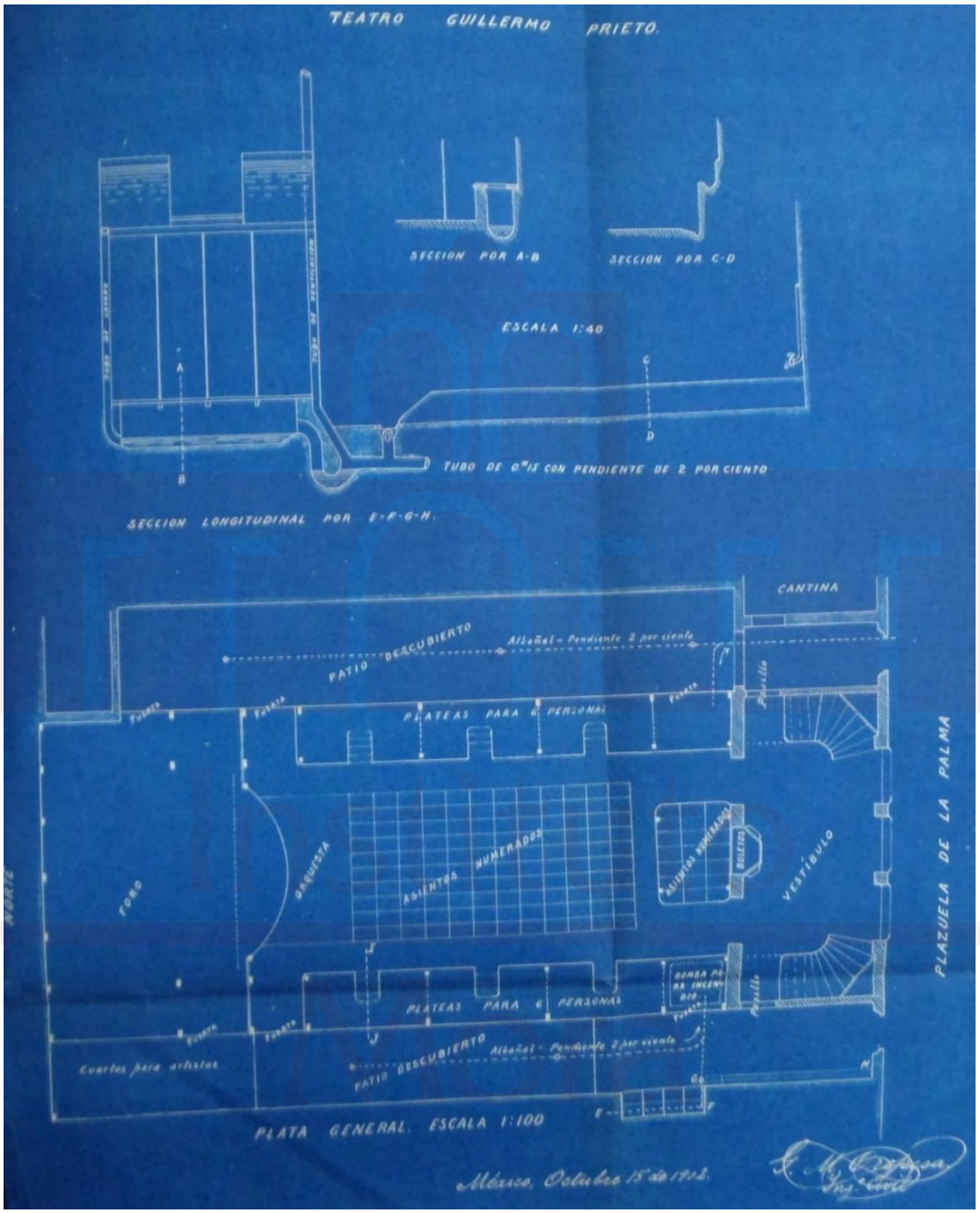
Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

IMAGEN 6. FACHADA DEL TEATRO GUILLERMO PRIETO

Fuente: AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito, Sección: Teatros, Vol. 4017, Exp. 128. Plano 1, 1902.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

IMAGEN 7. INTERIOR DEL TEATRO



Fuente: AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito, Sección: Teatros, Vol. 4017, Exp. 128. Plano 2, 1902.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

IMAGEN 8. PLANTA DE LA GALERÍA Fuente: AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito, Sección: Teatros, Vol. 4017, Exp. 128. Plano 3/5, 1902.

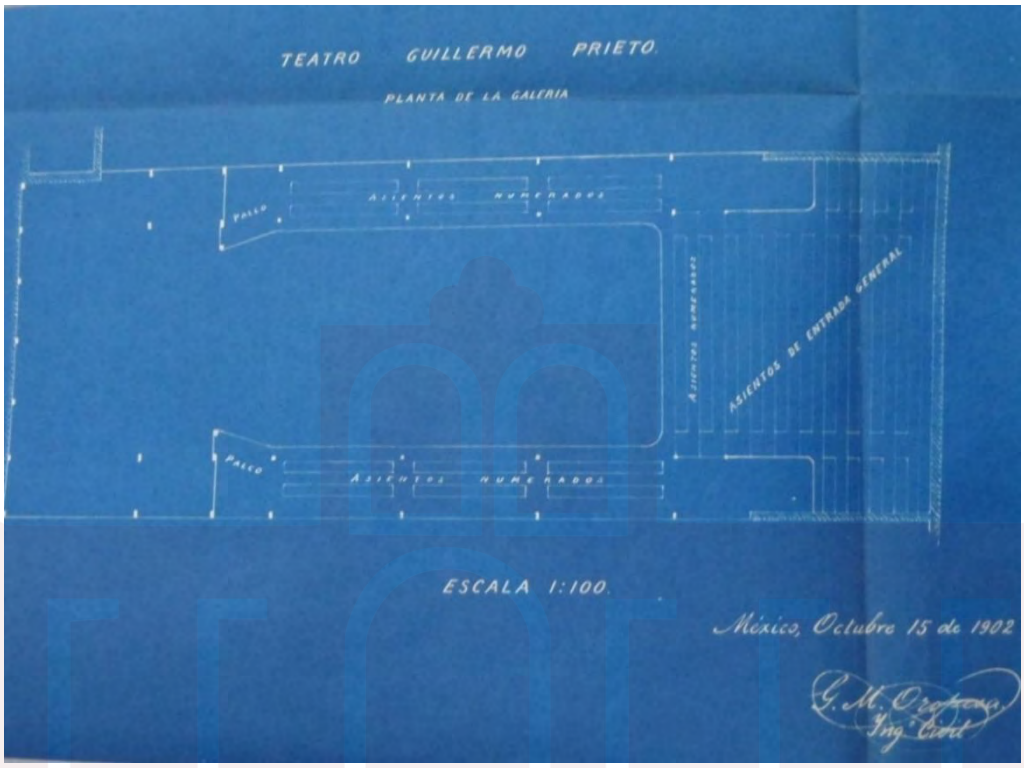
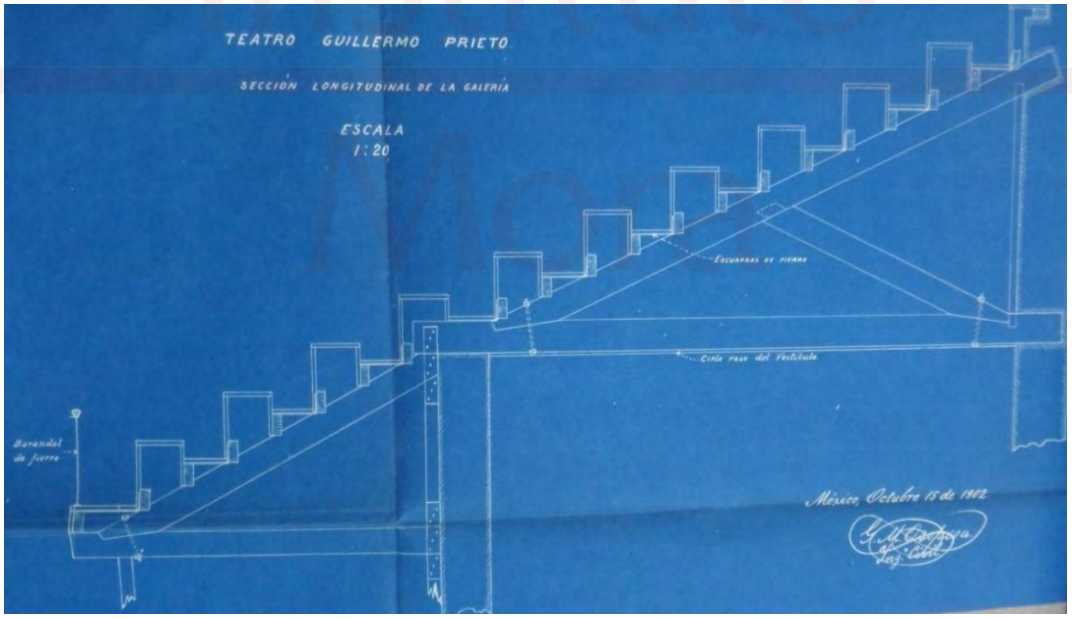


IMAGEN 9. SECCIÓN LONGITUDINAL DE LA GALERÍA Fuente: AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito, Sección: Teatros, Vol. 4017, Exp. 128. Plano 4/5, 1902.



Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

De acuerdo con las condiciones en las que se encontraba el inmueble, el 15 de noviembre de 1902, se ratificó ante la junta de cabildo que el "Teatro Guillermo Prieto" podría abrirse una vez que se terminara la instalación de inodoros, mingitorios y se colocaran lámparas a base de sustancias que no fueran inflamables.[393]

Previo a que se construyera el conocido Teatro Guillermo Prieto, se sabe que en 1900 existió otro ubicado en la Plazuela de la Palma con el mismo nombre, porque llegó a las autoridades una solicitud firmada por el señor Adolfo Villavicencio, quien pedía permiso para poder explotarlo y así "dar tandas de zarzuela todas las noches", dicha solicitud fue aprobada por las autoridades respectivas.[394] En esencia, el teatro inaugurado dos años después, no cambió mucho de lo que ofrecía el anterior porque iba dirigido a un público "popular", motivo por el cual, se presentaron divertimentos que también fueron anunciados en las carteleras de los jacalones, como espectáculos del género chico, zarzuelas y variedades.

Este tipo de diversiones, a pesar de la mala fama que tenían por la falta de seriedad y moral relajada, fueron aceptadas hasta cierto punto por las autoridades y vecinos porque el género chico, así como las tandas de barrio, cumplían con un beneficio moral y, a través de ellos, se intentaba cambiar los vicios de los trabajadores por las distracciones que les brindaba el teatro barato, ya que por unos cuantos centavos se le ofrecía "al hombre del pueblo, la manera de llenar sus ocios y gastar una parte de su jornal fuera del figón donde se bebe, se riñe, se cometen robos, se incita al juego, y hay siempre riesgo de perder o hacer perder la vida en la inconciencia de la cólera excitada por el alcohol",[395] de ahí que Guillermo de Landa y Escandón también tuviera cierto interés por frecuentar de manera recurrente los teatros populares para inspeccionar este tipo de establecimientos.

Sin embargo, también se levantaron criticas respecto a los beneficios que generaba el teatro popular. Al respecto el diario *El Popular* señalaba que, a pesar

[393] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Teatros, vol. 4017, Exp. 128, f. 12.
[394] AHDF, Fondo Ayuntamiento/Gobierno del Distrito Federal, Sección: Diversiones públicas, Exp. 1084, f. 1-3.
[395] *El Imparcial: diario ilustrado de la mañana,* 25 de agosto de 1900, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

de que las zarzuelas sirvieran para que los *pulquérrimos* dejaran de hacer "abecedarios con los pies, por calles y callejones y plazuelas", la realidad que se vivía en estos espacios no era diferente de las cantinas y pulquerías, porque "cada espectador hembra o macho, se lleva su jarro con Tlamapa y su chavetita al teatro y entre canto y baile se embriaga el pueblo bondadoso con la voz de la tiple y los vapores de la leche vegetal de los magueyes".[396] De esta manera, el periódico ponía en duda la función moralizante de las zarzuelas que se presentaban en los jacalones de barrio, en virtud de que no consideraba que en estos espacios realmente hubiera un proceso civilizatorio, ya que era el lugar perfecto para la embriaguez y la prostitución.

Lo cierto es que alejar a las clases populares de establecimientos, que lo único que ofrecían era bebidas alcohólicas y un ambiente violento llevó a que se construyeran espacios en donde la concurrencia pudiera pasar un tiempo de divertimento y descanso, además, de fomentar el amor a las expresiones artísticas. No obstante, y a pesar de los detractores, la instalación de los teatros populares fue considerada como "un positivo adelanto social, un verdadero bien que se le hac[ía] al pueblo, tanto por los empresarios y artistas que forman las compañías, como por las autoridades que permit[ían] y fomenta[ban] esos centros de diversión".[397] Por este motivo, el hecho de que el señor Oropeza edificara un teatro en uno de los barrios populares más peligrosos se consideraba como una "mejora" y una "patriótica labor".[398] Un teatro que se distinguió por contar con la iluminación de focos incandescentes que alcanzaban a iluminar la plazuela y una de las calles principales fue, sin lugar a duda, una de las obras que transformó el espacio y la percepción que se tenía de él, alimentando la vida nocturna de Santo Tomás La Palma.

Instalar un teatro en la parte central de un barrio violento y que estaba rodeado de establecimientos de bebidas embriagantes tenía una función moralizante porque se pensaba que podría contribuir, al igual que una escuela o una biblioteca, al "saneamiento moral y social del pueblo, para la represión de la

[396] *El Popular,* 30 de agosto de 1900, p. 1.
[397] *El Popular*, 18 de octubre de 1900, p. 1.
[398] *El Popular*, 14 de septiembre de 1902, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

embriaguez y de la criminalidad, para la formación del gusto por el arte, para desarrollar el espíritu de sociabilidad y aun estrechar y hacer más amables los lazos de la familia".[399] Tanto los horarios como los precios fueron pensados para que pudieran acudir las clases populares después de laborar. El costo de los espectáculos que presentaban variaba ente 5, 10 y 15 centavos, tarifa que podían pagar para entrar a divertirse y, en ocasiones, también se anunciaban rebajas. La capacidad del teatro Guillermo Prieto era para 700 personas, las cuales podían estar seguras porque cumplía con los criterios de higiene y seguridad solicitadas por el Consejo Superior de Salubridad y el Ayuntamiento. En la siguiente imagen podemos ver que el Teatro Guillermo Prieto se anunciaba con "precios populares" y los precios variaban entre el Patio y la Galería. Ver imágenes 10 y 11.[400]

IMAGEN 10. CARTEL DEL TEATRO GUILLERMO PRIETO. ADIÓS AL PÚBLICO DE LA PALMA

Fuente: AHDF, Copia Subdirección de ramos municipales, pólizas y comprobantes, ingresos, Vol.1057ª/6, t. II, diciembre de 1905.

[399] *El Popular,* 18 de octubre de 1900, p. 1.

[400] El AHDF resguarda una gran variedad de carteles que anunciaban diversos espectáculos en el teatro Guillermo Prieto, incluso, algunos de ellos fueron grabados por José Guadalupe Posada. Sin embargo, se eligieron estos dos porque aparece, junto con algunos datos importantes, el nombre de La Palma, barrio que lo vio nacer y que no se muestra en otros.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

IMAGEN 11. CARTEL DEL TEATRO GUILLERMO PRIETO, 1905

¡OJO! ¡Mucha Atención! ¡OJO!

Teatro GUILLERMO PRIETO

Empresa A. Isunza. Compañía S. Pérez

BAJO LA DIRECCION DEL PRIMER ACTOR

SR. JOSE CHAVARRI

2 ESPLENDIDAS Y REGIAS FUNCIONES 2

PARA LA TARDE Y NOCHE DEL

DOMINGO 24

DE SEPTIEMBRE DE 1905.

Por la Tarde á las 4½. Por la Noche á las 8¾

El grandioso y conmovedor drama:

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

Montado con todo el lujo y propiedad que su interesante argumento requiere.

¡NOVEDAD! ¡ATENCION! ¡NOVEDAD!

La Empresa Isunza, así como la Compañía Dramatica, queriendo demostrar, aún á costa de sacrificios, las inmensas simpatías que abriga hacia el numeroso y constante público de la Palma, no ha vacilado un momento en poner en escena la difícil y nunca bien ponderada ZARZUELA titulada:

¡EL PUÑAO DE ROSAS!

En la cual toma parte **toda la Compañía**. Teniendo á su cargo el difícil papel de TARUGO el SR. CHAVARRI.

Réstanos suplicar humildemente la indulgencia de nuestros constantes favorecedores, y vean que al escoger una obra de un género distinto al nuestro, es solamente con el afan de complacerlo y sin pretenciones de ninguna especie.

La Empresa Isunza, así como la Compañía Dramática, queriendo demostrar aun a costa de sacrificios, las inmensas simpatías que abriga hacia el numeroso y constante público de La Palma, no ha vacilado un momento en poner en escena la difícil y nunca bien ponderada ZARZUELA titulada: ¡EL PUÑAO DE ROSAS!

Fuente: AHDF, Subdirección de Ramos Municipales, Pólizas y comprobantes de ingresos, Vol. 1053ª/2 octubre, 1905.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Entre las diversiones que se presentaban en el teatro Guillermo Prieto se distinguían las funciones cinematográficas y las zarzuelas, las cuales tenían gran aceptación entre las clases populares. Lo que se anunciaba en la cartelera del teatro no cambió radicalmente de lo que se veía en los jacalones de la plazuela de la Palma. Algunas de las funciones del cinematógrafo que se exhibieron, aunque a veces resultaron con tropiezos porque no había luz suficiente, fueron contratadas a los señores Francisco Macedo y Arben y Jesús Flores, empresarios encargados del cinematógrafo Lummier y cuya presencia en ese lugar fue considerada como benéfica para la sociedad.[401]

También fue frecuente montar zarzuelas que, por su corta duración –tan sólo de un acto–, se conocieron como el género chico. Las presentaciones hechas por la compañía de zarzuela fueron reconocidas en la prensa por la dedicación y cumplimiento de sus artistas, algunos de ellos extranjeros, pero también por las instalaciones del teatro porque era "amplio, aseado y con bastante luz". En los montajes se representaban episodios históricos y mitológicos, aunque también se hacía crítica política y social, acompañada por música popular. Aunque la mayoría de las ocasiones se ponían en escena obras que previamente habían estado en España, también se estrenaron en el Guillermo Prieto algunas escritas por autores mexicanos como "La niña del vigía" y "El capitán Rossi", ambas escritas por el poeta Nicolás Mellado y musicalizadas por el maestro Francisco Jaime. Adolfo Herreras fue otro de los personajes que escribió, musicalizó y montó la escenografía para reconocidas obras que vieron la luz en el teatro instalado en la plazuela de la Palma.[402] Las instalaciones adecuadas, así como la presencia de poetas y músicos hacían que, a diferencia de otros teatros populares, este fuera "un verdadero teatro popular"[403] que tenía el interés de llevar alegría y descanso a los habitantes y a los visitantes.

De manera general, lo que se podía encontrar por las noches en el teatro Guillermo Prieto era una mezcla de zarzuelas, tandas, funciones de cinematógrafos,

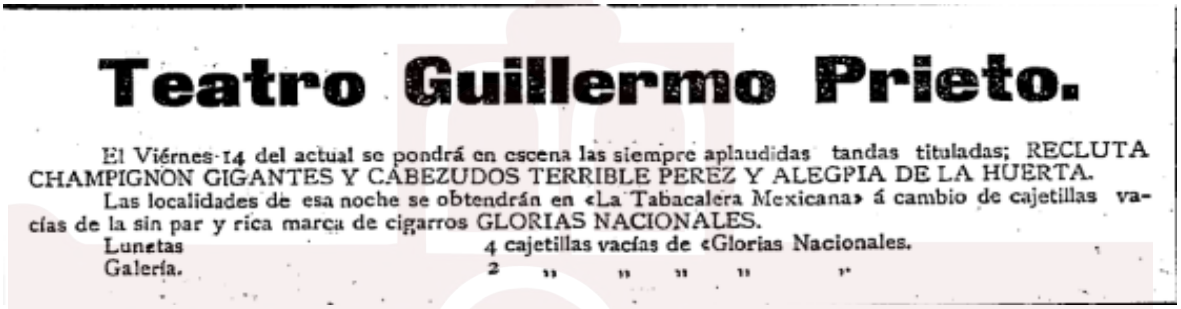
---

[401] *El Popular,* 4 de diciembre de 1903, p. 2.
[402] *El Popular,* 6 de mayo de 1903 y *El Popular,* 3 de noviembre de 1903, p. 1*, El Popular,* 19 de julio de 1907.
[403] *El Popular,* 14 de septiembre de 1902, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

variedades y fuegos artificiales que, comúnmente, eran anunciados en la sección de espectáculos de la prensa capitalina. En la imagen 12 podemos observar algunos de los anuncios de las tandas que se realizaban en el teatro y a las cuales se podía entrar, por una promoción especial, al cambiar las cajetillas de cigarros "Glorias Nacionales".

IMAGEN 12. TEATRO GUILLERMO PRIETO



Teatro Guillermo Prieto.

El Viérnes 14 del actual se pondrá en escena las siempre aplaudidas tandas tituladas; RECLUTA CHAMPIGNON GIGANTES Y CABEZUDOS TERRIBLE PEREZ Y ALEGPIA DE LA HUERTA.

Las localidades de esa noche se obtendrán en «La Tabacalera Mexicana» á cambio de cajetillas vacías de la sin par y rica marca de cigarros GLORIAS NACIONALES.

Lunetas 4 cajetillas vacías de «Glorias Nacionales.
Galería. 2 " " " " "

Fuente: *El Popular,* 11 de septiembre de 1906, p. 4.

Por más que los empresarios del teatro y los propios trabajadores hubieran querido estar lejos de problemas y escándalos, se conoce al menos un caso de pelea porque llegó a las autoridades. Se trata de una acusación levantada a una bailarina, la cual fue hecha por José María Muñoz, quien tenía trabajando ahí a dos de sus hijas que habían debutado recientemente con la "chispeante zarzuela <San Juan de la Luz>". Entre elogios, flores, serpentinas y confeti, las jóvenes habían ganado la gracia del público, porque "las noveles artistas se esforzaron, y consiguieron atraerse la simpatía del auditorio, al que cautivaron con su belleza y buena disposición para las tablas".[404]

Quién hubiera imaginado que los aplausos y el cariño del público desencadenarían los celos de la acusada, la cual suponemos era la señora Guart, la artista predilecta antes de que llegaran las hermanas Muñoz. La declaración hecha por el padre de las menores asentaba que un día a media noche la bailarina había llegado en "estado inconveniente y que <envidiosa> del éxito que Sara y

[404] *El Popular,* 26 de enero de 1903, p. 1.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Esther [habían] alcanzado en las tablas, golpeó a ésta, que [contaba] apenas con 14 años de edad, e injurió a Sara, que [tenía] ya 17, y la trató de mujer pública".[405] Este caso nos muestra que, además de que era un ambiente en el que se gestaban peleas, también se podían contratar mujeres jóvenes, hecho por el cual se asociaban estos sitios con la prostitución.

Para 1910, La Comisión de Teatros señalaba que el Guillermo Prieto podía continuar con la presentación de variedades y con el cinematógrafo, siempre y cuando cumpliera con las siguientes condiciones:

I. El personal artístico de las variedades no deberá exceder de seis.
II. Prohibición de entrar al foro y sus dependencias á toda persona que no sea empleado de la Empresa ó Inspector nombrado por el Gobierno del Distrito.
III. Siempre habrá listo en el escenario un extinguidor contra incendio.
IV. Prohibición de fumar en el escenario y sus dependencias.[406]

El funcionamiento del teatro, al parecer, siempre siguió las reglas marcadas por las autoridades, de ahí que su vida se haya prolongado. Así, al final de la primera década del siglo XX, el Teatro Guillermo Prieto seguía funcionando y se había convertido en uno de los lugares más importantes del barrio de Santo Tomás La Palma y, al mismo tiempo, había contribuido a transformar, en parte, lo que a voces se conocía por ser un lugar peligroso. De hecho, se convirtió en uno "muy concurrido" que había cambiado el aspecto del barrio.

Las obras de mejoras y embellecimiento para este barrio tuvieron una connotación higienizadora, civilizadora y moralizadora, pues de ellas dependía que los habitantes cambiaran su forma de vida. El objetivo fue transformar las plazuelas y mejorar los jardines para que fueran espacios de divertimento y recreación; avanzar en las obras de saneamiento para evitar brotes epidémicos a causa de las atarjeas y zanjas abiertas a las que estaban expuestas las personas, además de erradicar los malos olores y accidentes; y alumbrar las calles y callejones. Todo lo anterior se convirtió en una prioridad para las autoridades y proyectistas, pero también fue un reclamo de los habitantes a las autoridades porque, tal como se ha señalado, éstos exigían que se les tratara como a otros ciudadanos de la capital y

[405] *El Popular,* 5 de febrero de 1903, p. 1.
[406] *Diario Oficial Estados Unidos Mexicanos,* 29 de julio de 1910, p. 7.

Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

que se les proporcionara alumbrado, seguridad y limpieza de las atarjeas. Cuando hablamos de espacios con luz, tal vez no hacemos referencia al alumbrado del cuadro principal de la ciudad, en donde lucían de manera despampanante las mercancías guarecidas por estantes de vidrio, nos referimos a la iluminación que nacía entre algunos puntos recónditos y que, por muy baja que fuera su intensidad, generaba a los vecinos la sensación de transitar con más seguridad, de ahí que los propios habitantes mostraran interés ante tal servicio.

En este capítulo señalamos la importancia del Teatro Guillermo Prieto porque éste le dio otro sentido a un barrio al que se temía penetrar de noche; sus luces daban la bienvenida al público, esto es cierto, pero también significaba que alumbraba las calles cercanas y, seguramente, aquella parroquia podía verse, incluso, cuando no había luz de luna. Este barrio de por sí familiarizado con las diversiones populares desde que en la plazuela se instalaban los jacalones, podía jactarse de tener un salón-teatro que cumplía con las condiciones que pedían las autoridades del Ayuntamiento y daba otro aspecto al corazón del barrio que sólo se recordaba por personajes como Policarpo y otros tantos valentones que de ahí salieron. Pero el teatro Guillermo Prieto hacía que por las noches no sólo encontraran seguridad los pasos de la concurrencia que iba a disfrutar de los espectáculos de acróbatas o la puesta en escena del "Conde de Monte-Cristo" o "El Puñao de Rosas", sino los vecinos que por diferentes circunstancias encontraron ahí su hogar.

Así, en el año de 1910, el diario *El Tiempo* señalaba que si se hubiera dejado de habitar por un cuarto de siglo en la ciudad de México, al verla nuevamente se sorprenderían porque habían desaparecido "casi por completo aquellas callejas lodosas y mal olientes de la antigua metrópoli, las acequias infectas y los albañales cubiertos de 'viñas'".[407] de los antiguos barrios de Curtidores, de Santo Tomás y de la Palma, las de la Escobillería y el antiguo Gasómetro, las de Mixcalco y Santa Ana Chiautempa han sido reemplazadas por los risueños y alegres caseríos, de la clase humilde, como antes, pero muy urbanizada".[408] Empero, quizá la sorpresa sería que

[407] Viñas: "Nombre que de antiguo se da en México á los muladares". Acotación hecha en el mismo diario. *El Tiempo*, 5 de octubre de 1910, p. 3.
[408] *Ibíd.*

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

uno de estos barrios, más que desaparecer, se estaba transformando gradualmente y vivía la modernización con todas las contradicciones que esto implica, pues tal como sugiere Marshall Berman, la modernidad es un proceso que “une a toda la humanidad”, que “nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia”.[409]

[409] Berman, *Todo lo sólido,* 1988, p. 1.

Instituto Mora
Ernesto de la Torre Villar Biblioteca

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

CONSIDERACIONES FINALES

El propósito central de esta investigación fue conocer las transformaciones urbanas que se desarrollaron en el barrio de Santo Tomás La Palma durante la primera década del siglo XX, las cuales formaron parte de los proyectos de mejoras de los barrios de oriente y fueron desarrolladas por diversas autoridades locales y médicas con el objetivo de cambiar las condiciones de insalubridad y criminalidad que, históricamente, habían caracterizado esta parte de la ciudad. Así, mediante estos proyectos se intentaron poner en marcha una serie de reformas que buscaron terminar con aquella parte de la antigua ciudad que aún quedaba cercada por el lago de Texcoco, canales y zanjas para dar paso a una "Trebisonda moderna" trazada por delineadas calles, plazas y jardines ordenados, abastecida de servicios y obras públicas. Todo esto con la finalidad de cambiar un barrio que, desde el punto de vista de los proyectistas e higienistas, acogía vicios, miserias y criminales, además de que quedaba cubierto por un aire viciado que era difícil respirar, tornándose un ambiente sucio y de mal aspecto que se contraponía con el referente de la ciudad que se quería alcanzar.

Santo Tomás La Palma había quedado al margen de las investigaciones históricas, pero como hemos visto, tiene una historia particular que contar. No obstante, el acercamiento no fue fácil porque había quedado en el anonimato y sujeto a caracterizaciones generales de los barrios vecinos con los cuales compartía peculiaridades geográficas y sociales, mismas por las que fue confundido en repetidas ocasiones, con la Candelaria o Zoquipa, asimismo, con el tiempo quedó integrado al barrio de la Merced. Los cambios físicos y sociales que se intentaron implementar no se podrían haber entendido sin conocer el espacio donde se encontraba Santo Tomás La Palma, sus alrededores y el cuadro central de la ciudad, por tal motivo, se realizó una aproximación desde una óptica barrial, siempre en constante relación con otras espacialidades. De esta manera, nos acercamos a un fragmento de aquella gran ciudad que desde finales del siglo XIX se concebía como

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

moderna, civilizada y que, como parte del proceso secularizador, se expandía y absorbía barrios y pueblos cercanos.

La identificación que se realizó del barrio, es decir, la ubicación de algunos de sus establecimientos, sus lugares cercanos, las particularidades geográficas que le rodeaban, así como llegar a conocer la popularidad que tenían sus valentones y hombres de mala fama, los puestos clandestinos establecidos en la plazuela de La Palma y los divertimentos que se colocaban de manera temporal, no hubieran sido posibles sin el acercamiento hemerográfico y a escritos de la época, los cuales alimentaron la caracterización de este sitio pues, a partir de ellos, se logró documentar lo que había quedado mencionado someramente en diversas notas. De esta manera se consiguió la construcción de un espacio barrial que fue resultado de un conjunto de elementos históricos, sociales, espaciales y culturales.

Asimismo, por la propia condición dinámica y flexible que caracteriza al espacio barrial, el acercamiento que se realizó a Santo Tomás La Palma se hizo desde unidades más amplias: en primer lugar, desde un nivel parroquial, el cual fue fundamental para poder entender la dinámica y la historia del barrio, pero, además, la jurisdicción parroquial nos colocó frente a dimensiones espaciales precisas, podría decirse que este fue el inicio de la presente investigación. En segundo lugar, recurrimos a los “barrios de oriente”, categoría que arrojó rica información sobre los barrios cercanos y que nos permitió conocer las ideas que los escritores, autoridades y médicos tenían del mundo que se gestaba en ellos, empero, a diferencia del nivel anterior, este no se caracteriza por tener fronteras legibles.

Por último, recurrimos al nivel del cuartel, específicamente al número II, el cual fue una herramienta que nos facilitó manipular los mapas y, al mismo tiempo que la categoría de barrios de oriente, hizo que la lectura de los documentos fuera más fluida porque contábamos con el conocimiento de estos espacios. Así, Santo Tomás La Palma, este pequeño fragmento de la ciudad, fue estudiado a la luz de un conjunto de extensiones: la parroquial, los barrios de oriente y el cuartel número II. No olvidemos también que la categoría de *rumbo* fue un elemento fundamental que recorría nuestras fuentes, sin embargo, ésta nos posicionó frente a una dinámica que se explicaba, ante todo, desde una historia barrial.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Este barrio localizado al oriente de la capital fue conocido, históricamente, como un sitio en donde imperaba el monopolio de la epidemia porque las condiciones físicas hacían que sus habitantes estuvieran expuestos de manera constante a zanjas abiertas, canales enlodados y calles sucias, elementos propagadores de diversas enfermedades. Asimismo, a estas características se sumaron también la falta de servicios como el saneamiento, el alumbrado, la pavimentación y el aprovisionamiento de agua, de manera que transitar por este sitio se convirtió en un acto peligroso para los habitantes, pero también para los vecinos que lo cruzaban.

Así, a finales del siglo XIX y principios del XX se puede notar que fue algo común hablar de la suciedad y de la inseguridad que había dentro del barrio de Santo Tomás La Palma, particularmente, se pudo localizar a través de diarios, crónicas y reportes de autoridades y médicos que fue un barrio representado entre las élites por todas estas condiciones que compartía con los barrios populares del lado oriente. De esta manera, se construyó y repitió desde la opinión pública y médica, de que ahí no mandaba "ni Rey ni Roque", motivo por el cual era un "nidero de criminales", propicio para que fermentara la levadura de todos los vicios y que contrastaba, al menos con la parte central de la ciudad de México, porque, a decir de ellos, esta se modernizaba por los servicios, la infraestructura apabullante, las empeñosas luces, la sonoridad de los trenes y tranvías que hacían lucir de manera tan galante a la mítica ciudad de los Palacios que aspiraba a ser construida por hilos de oro.

Santo Tomás La Palma, aquel antiguo barrio indígena poblado de migrantes y mestizos hacia principios del siglo XX, guardaba en su morfología, como si el tiempo se hubiese detenido, los rasgos que lo habían distinguido desde tiempo atrás del cuadro central de la ciudad, ya que en él aún se levantaban calles desaliñadas, seguían existiendo canales abiertos, jacalones, uno por aquí, otro por allá, todo esto que marcaba un nítido contraste entre la capital y el barrio, enfatizando la diferenciación social y geográfica prevaleciente desde finales del siglo XIX.

Las condiciones que había en este lugar, rodeado de otros barrios populares, animaron a que se diseñaran algunas iniciativas para transformarlo, particularmente, en el año de 1901 surgió el interés de Guillermo de Landa y Escandón, quien como presidente del Ayuntamiento autorizó a la Comisión de

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Mejoras y Embellecimiento para que diseñara un proyecto para mejorar los barrios populares de la capital del país.

De esta manera, durante la primera década del siglo XX, comenzaron las transformaciones en el populoso barrio de Santo Tomás La Palma, poniéndose en marcha cambios sustantivos, de tal suerte que pudiera igualarse a una ciudad jardín. Por ello, los cambios que se pensaron fueron proyectados, principalmente, para terminar con aquello que los hacía tan mentados en las crónicas y notas de los diarios: sus calles tortuosas y sucias, los canales y zanjas, con el fin de implementar algunos servicios que mejoraran su aspecto, la vida, las diversiones y el comportamiento de sus habitantes.

Con base en estos proyectos pensados por las autoridades políticas, médicos e intelectuales se buscaron las formas idóneas para modernizar el barrio de Santo Tomás La Palma, en aras de controlar, mantener el orden social y evitar los problemas higiénicos porque en el discurso se dio por hecho que las condiciones en las que vivían los habitantes de los barrios populares, no sólo eran propicias para albergar y propagar cualquier enfermedad, sino que éstas los convertían en personas peligrosas que atentaban contra las buenas costumbres y la civilidad de la ciudad moderna de la que ellos se consideraban que eran parte y ejemplo de cumplir cabalmente con las funciones sociales, políticas y culturales.

Cabe señalar que el papel que desempeñó la prensa capitalina contribuyó a crear y difundir una imagen de criminalidad de los sitios ubicados a las afueras de la ciudad, cuadros representativos que quedaron íntimamente ligados a la pobreza. En este sentido, el imaginario que imperaba entre en las autoridades capitalinas, tenía como referencia una ciudad ideal que poco tenía que ver con la realidad, lo que denota el desconocimiento de lo que realmente significaba el mundo de “abajo”, los bajos fondos y, en consecuencia, se optó por la modificación de sus experiencias y de su modo de vida con el objetivo de efectuar proyectos civilizatorios que construyeran al ciudadano moderno. Por ello, el interés de construir plazas y jardines con arboledas, fomentar las diversiones como el teatro y el cinematógrafo entre las clases populares, pero con temáticas que colaboraran

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

a que el público se recreara junto con sus familias, alejándolos de sitios de vicio y perdición.

Quizá sea difícil advertir, de manera detallada, cuáles fueron las impresiones de los habitantes de Santo Tomás La Palma al presenciar algunos cambios en su entorno o la lucha constante para que se ejecutaran los servicios y obras necesarias, pero lo cierto es que los vecinos manifestaron el interés para que su barrio se transformara y las autoridades atendieran sus necesidades. También podemos señalar que, si bien se diseñaron proyectos para cambiar los barrios populares, incluso, se mejoraran algunas condiciones e implementaran ciertos servicios y los vecinos se dirigieron a las autoridades para que comenzaran a desarrollar algunos trabajos, ni estos fueron totalizadores, ni se alcanzaron a concretar como se hubiese querido, ni tampoco se mostró atención puntual a las peticiones de los habitantes de La Palma.

Santo Tomás La Palma, barrio que llamó la atención de cronistas, médicos y escritores a finales del siglo XIX y principios del XX por las condiciones materiales en las que se encontraba, por ser como un “laberinto de Ariadna”, por sus vericuetos, calles oscuras, plazas sucias, acequias descubiertas, zanjas azolvadas y por sus afamados habitantes, sufrió de manera paulatina, a lo largo de la primera década del siglo XX, diferentes transformaciones urbanas que modificaron su estructura física y social. La introducción de la electricidad, la mejora de las plazas y jardines, las obras del saneamiento, la desecación de canales, así como la construcción de un teatro que ofreciera diversiones moralizantes a las clases populares que lo habitaban o frecuentaban, formaron parte de un proyecto de transformación urbana que fue alentado por las autoridades para mejorar la seguridad e higiene del barrio.

Asimismo, al ser sólo una década de estudio, resulta complejo señalar un antes y un después tangencialmente diferente, empero, aquel barrio en donde se habían levantado por mucho tiempo jacalones y teatros de orden inferior, donde la gente caía a las zanjas por falta de alumbrado y padecía la pestilencia de las atarjeas azolvadas, notaba la diferencia por mínima que fuera pues, tal como ha quedado descrito, podemos imaginar a los habitantes salir de noche y llegar a su

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

casa por la luz que arrojaba el teatro Guillermo Prieto o poder caminar por una calle en donde se había colocado iluminación. Queda abierta para futuras investigaciones, ampliar los márgenes temporales de estudio para desarrollar una historia de largo aliento, en donde se muestren con mayor nitidez, no sólo las transformaciones urbanas, sino también los cambios culturales que ocurrieron ahí.

Podemos también pensar en lo que significó que en lugar de jacalones se haya cambiado a un teatro de cal y canto con capacidad para numerosas personas o que cegaran una acequia, estos eran importantes porque parecía que se haría presente aquella realidad que estaba en boca de los letrados y que sólo algunos cuantos podían acceder, además, desecar un canal, era importante porque indicaba que había posibilidad de que cegaran otros y así terminar con los malos olores, con los accidentes que ocurrían a diario. De esta manera, el análisis de Santo Tomás La Palma nos colocó frente al estudio de un barrio popular, el cual también reflejaba lo que ocurría en otros barrios y rumbos de mala fama y que quedó estigmatizado por las autoridades, situación por la cual, intentaron desarrollar proyectos de mejora, empero, pese al interés, se puede notar que por diversas circunstancias no se lograron finalizar. No obstante, los habitantes no quedaron exentos de la modernización, a otro ritmo, a su manera.

Casi un siglo después del periodo que atañe a esta investigación, en el corazón del barrio de la Merced, barrio comercial que en nuestros días sigue funcionando como centro abastecedor de alimentos y otro tipo de productos, justo en medio del mercado de las flores y de dulces, “Ampudia”, se encuentra la parroquia de Santo Tomás La Palma, la cual da la espalda al mercado inaugurado en 1957 y ve de frente la avenida de Circunvalación. Este edificio colonial ha quedado cubierto de puestos ambulantes que ofrecen con bastedad mercancías para todo público y si no fuera por las dos palmeras que se asoman en el atrio o por el sonido de las campanadas, sería difícil imaginar que ahí se encuentra una de las primeras ermitas que mandó a construir Hernán Cortés a su llegada a la ciudad. A esta iglesia la envuelve un ambiente de constante ajetreo; el trajín de los diableros que desde el amanecer hasta el anochecer transitan alrededor de ella; la presencia de prostitutas que esperan en los andadores de Circunvalación y ahí permanecen

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

de noche y de día; los vehículos que circulan sobre una avenida que la mayor parte del tiempo se torna lenta; y la presencia de personas que realizan ahí sus compras. Impera también el bullicio de muchas voces, ya sea un merolico que al mismo tiempo que vende pomadas de árnica, ofrece remedios para todo tipo de dolencias o el pregón de los marchantes que siempre tendrán una buena oferta para que no se vayan los clientes con las manos vacías.

El acercamiento que tuve, en primera instancia, con el barrio de Santo Tomás La Palma fue al caminar por lo que ahora conocemos como el barrio de la Merced, pues al transitar por algunas de sus calles, las cuales aún mantienen en el nombre y en su forma parte de aquella vieja ciudad, pude percatarme de que ahí había una iglesia, la cual dio nombre a uno de los barrios populares más conocidos de finales del siglo XIX y principios del XX. El barrio que ha quedado descrito en esta investigación me llevó a caminar por esta parte de la ciudad, por lo que fueran los antiguos barrios de oriente y, andando, pude presenciar la complejidad de sus calles y de las actividades comerciales que ahí se desarrollan, pero también, me permitió comprender aquel espacio que se transformó a principios del siglo XX e imaginar sus calles mal trazadas a las que se referían las autoridades, así como las permanencias que han quedado. Estudiar la ciudad nos invita a caminar para estar conscientes de su heterogeneidad presente y pasada.

Para concluir, aquella ciudad de principios del siglo XX, que se vislumbraba moderna y cosmopolita, distaba de ser homogénea y armónica, pues en ella se encontraban barrios populares como los de la parte oriente, como fue el caso de Santo Tomás La Palma, que se caracterizó por ser populoso, bullanguero, hogar de trúhanes, habitación de fulleros, nido de perros rabiosos, sitio de intransitables calles y canales abiertos con olores fétidos, albergue de jacalones y teatros populares, lugar que vio nacer a más de un valentón y uno que otro fantasma y también vio morir a otros tantos de sus habitantes por enfrentamientos, duelos de amores, enfermedades e, inclusive, por envenenamiento. Este barrio aún tiene, en palabras de un diario de la época, tela de donde cortar y nos lanza diferentes desafíos historiográficos.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

FUENTES PRIMARIAS Y BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVOS

Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF)

Archivo Parroquial de Santo Tomás Apóstol La Palma (APSTAP)

HEMEROGRAFÍA

Hemeroteca Nacional Digital de México (HNDM)

Boletín Oficial, ciudad de México

Diario Oficial Estados Unidos Mexicanos, ciudad de México

El Correo Español, ciudad de México

El Chisme, ciudad de México

El Demócrata, ciudad de México

El Diario, ciudad de México

El Diario del Hogar, ciudad de México

El Imparcial: diario ilustrado de la mañana, ciudad de México

El Mundo Ilustrado, ciudad de México

El Mundo: edición diaria, ciudad de México

El Nacional, ciudad de México

El País, ciudad de México

El Popular, ciudad de México

El Relámpago, ciudad de México

El Tiempo, ciudad de México

La Convención Radical Obrera, ciudad de México

La Patria, ciudad de México

La Voz de México, ciudad de México

Siglo Diez y Nueve, ciudad de México

VÍDEO

“Canción: Mi barrio de Chava Flores” disponible en línea en *youtube*.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

BIBLIOGRAFÍA

Agostoni, Claudia, "Enfermedades cosmopolitas e insalubridad", en Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (coords.), *"Instantáneas" de la ciudad de México. Un álbum de 1883-1884,* t. II, México, 2013, pp. 31-42.

Altamirano, Graziella *et al*, *Vida social y cotidiana en la historia regional de México,* México, Instituto Mora, 2001.

Altamirano, Ignacio, "La Candelaria de los Patos", en Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta: antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era, 2da., edición, 2006, pp. 168-174.

----------, *Obras Completas V, Textos costumbristas,* México, SEP, 1986.

Aréchiga Córdoba, Ernesto, "Saneamiento e higiene pública en la ciudad de México. La construcción del sistema de alcantarillado moderno y su relación con el proceso de urbanización (1870-1930)", tesis para obtener el grado de doctor en Historia, México, El Colegio de México, 2017.

----------, "Lucha de clases en la ciudad. La disputa por el espacio urbano, ca. 1890-1930" en Carlos Illades y Mario Barbosa (coords.), *Los trabajadores de la Ciudad de México, 1860-1950.Textos en homenaje a Clara E. Lida,* México, El Colegio de México/ UAM-Cuajimalpa, 2013, pp. 19-50.

----------, "De Tepito a la Merced: una revisión de la narrativa en torno a barrios marginales del centro de la ciudad de México", en Marcela Dávalos (coord.), *De márgenes, barrios y suburbios en la ciudad de México, siglos XVI-XXI,* México, INAH, 2012, pp. 109-126.

----------, *Tepito: del antiguo barrio de indios al arrabal, 1868-1929, historia de una urbanización inacabada,* México, Ediciones Uníos/Colección Sábado Distrito Federal, 2003.

Arias Gómez, María Eugenia, *El Distrito Federal y la ciudad de México a los ojos de nueve autores porfirianos (1887-1913),* México, Instituto Mora-CONACYT, 2016.

Barbosa Cruz, Mario, "La política en la ciudad de México en tiempos de cambio (1903-1929)", en Ariel Rodríguez Kuri (coord.), *Historia política de la ciudad de México*

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

(Desde su fundación hasta el año 2000), México, El Colegio de México, 2012, pp. 363-416.

----------, *El trabajo en las calles. Subsistencia y negociación política en la ciudad de México a comienzos del siglo XX*, México, El Colegio de México/UAM-Cuajimalpa, 2008.

Barros, Cristina, *Vida cotidiana: ciudad de México, 1850-1910,* México, CONACULTA/FCE, 2003.

Basurto, Trinidad, "El arzobispado", [versión en línea], <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080015816/1080015816_104.pdf> [Consultado: 5 de julio de 2017]

Baudelaire, Charles, "El enemigo", en *Las flores del mal. Poesía,* [versión en línea], < http://ww2.educarchile.cl/UserFiles/P0001/File/articles-102294_Archivo.pdf > [Consultado: 6 de octubre de 2017].

Belina Swiontkowski, *Ladislao de, Proyecto del desagüe y saneamiento de la ciudad del valle de México,* México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1882.

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire,* México, Siglo XXI, 1988.

Briseño Senosiain, Lillian, *Candil de la calle oscuridad de su casa. La iluminación en la Ciudad de México durante el porfiriato,* México, Tecnológico de Monterrey- Instituto Mora, 2008.

----------, *Lo particular y lo social, en el Porfiriato. La vida diaria en la ciudad de México, 1877-1911,* tesis para obtener el grado de doctora en Historia, México, UNAM, 2002.

Certeau, Michel de, "Andares de la ciudad" en Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000.

Cruz Rodríguez, María Soledad, "El barrio entre la colonia urbana y el pueblo, ¿indefinición territorial?", en Marcela Dávalos y María del Pilar Iracheta (coords.), *Barrios y periferia espacios socioculturales, siglos XVI-XXI,* México, El Colegio Mexiquense A.C., 2015, pp. 97-123.

Chambers, Iain, *Border Dialogues: Journeys in Postmodernity*, Londres y Nueva Yok, Routledge, 1990.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Chaoul Pereyra, María Eugenia, *Entre la esperanza de cambio y la continuidad de la vida. El espacio de las escuelas primarias nacionales en la ciudad de México, 1891-1919,* México, Instituto Mora-CONACYT, 2014.

----------, "Caleidoscopio escolar", en Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (coords.), *"Instantáneas" de la ciudad de México. Un álbum de 1883-1884,* t. II, México, Instituto Mora/UAM-Cuajimalpa, 2013, pp. 183-198.

Dávalos, Marcela, "Barrios e historiografía", en Marcela Dávalos (coord.), *De márgenes, barrios y suburbios en la ciudad de México, siglos XVI-XXI,* México, INAH, 2012, pp. 143-159.

----------, Dávalos, Marcela, *Los letrados interpretan la ciudad: los barrios de indios en el umbral de la independencia,* México, INAH, 2009.

----------, *Basura e ilustración: la limpieza de la ciudad de México a fines del siglo XVIII,* México, INAH-DDF, 1997.

----------, *De basuras, inmundicias y movimiento o de cómo se limpiaba la ciudad de México a finales del siglo XVIII,* México, Cienfuegos, 1988.

Davis, Diane E. "El rumbo de la esfera pública: influencias locales, nacionales e internacionales en la urbanización del centro de la ciudad de México", en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coords.), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la ciudad de México,* México, Instituto Mora, 2005, pp. 233-272.

Diccionario de la Real Academia Española, [versión en línea], <http://dle.rae.es/?id=WpTIVks|WpVsQAb> [Consultado: 14 de abril de 2018].

Eguiarte Sakar, María Estela, "Los jardines en México y la idea de ciudad decimonónica", [versión en línea], <http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_27_129-140.pdf> [Consultado: 20 de marzo de 2018].

----------,"Espacios públicos", [versión en línea], <www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_12_90-101.pdf> [Consultado: 15 de marzo de 2018].

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

----------, “La idea del espacio urbano en la planeación de la ciudad de México: 1900-1911”, en María del Carmen Collado (coord.), *Miradas recurrentes I: la ciudad de México en los siglos XIX y XX,* México, Instituto Mora, 2004, pp. 311-332.

Farge, Arlette, *La vida frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII,* México, Instituto Mora, 1994.

Franco de los Reyes, Diego Antonio, “Vecinos de la modernidad: la colonia Guerrero ante el conjunto urbano Nonoalco Tlatelolco, 1942-1972”, tesis para obtener el grado de maestro en Historia, México, Instituto Mora, 2018.

Gantús, Fausta, “La traza del poder político y la administración de la ciudad liberal (1867-1902)”, en Ariel Rodríguez Kuri (coord.), *Historia política de la ciudad de México (Desde su fundación hasta el año 2000),* México, El Colegio de México, 2012, pp. 287- 362.

Galindo y Villa, Jesús, *Historia Sumaria de la ciudad de México,* México, Summa Mexicana, 2011.

García, María Isabel, *Viaje a la Modernidad. La visión de los Estados Unidos en la España finisecular*, Madrid, Verbum, 2002.

García Cubas, Antonio, *Geografía e historia del Distrito Federal,* México, Antigua imprenta de E. Murguia, edición facsimilar, Instituto Mora, 1894.

García Lázaro, Andrés, “Evolución y transformación de una empresa de servicio público. La compañía Mexicana de Gas y Luz Eléctrica en la Ciudad de México. 1868-1905”, tesis para obtener el grado de maestro en Historia, México, Instituto Mora, 2012.

García López, Isaura Cecilia, “Los espacios públicos nocturnos en la modernización de la ciudad de México”, en Carlos Aguirre Anaya *et al* (eds.), *Los espacios públicos de la ciudad. Siglos XVIII-XIX,* México, Casa Juan Pablos, 2002, pp. 224-252.

Garza James, Alex, *El lado oscuro del Porfiriato. Sexo, crímenes y vicios en la ciudad de México,* México, Aguilar, 2008.

Gayol, Roberto, *Documentos relativos a la nomenclatura de calles y numeración de casas de la ciudad de México,* México, Tipografía y litografía “La Europea” de José Aguilar Vera y Cía., H. Ayuntamiento, 1904.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Gómez Tenorio, Ricardo, “Capillas de barrios indígenas en la ciudad de México”, tesis para obtener el grado de maestro en Historia del arte, México, UNAM, 2008.

Gortari Rabiela, Hira de, *La ciudad de México y el Distrito Federal: una historia compartida*, México, Departamento del Distrito Federal/Instituto Mora, 1988.

Gutiérrez Nájera, Manuel, “La novela de un tranvía*”,* en Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta: antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era, 2da., edición, 2006, pp. 175-182.

Hernández Franyutti, Regina, “El discurso”, en *Scripta nova*. *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales,* Vol. X, Núm. 218 (79), 1 de agosto de 2006, <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-218-79.htm> [Consultado: 1 de diciembre de 2016].

Homobono Martínez, José Ignacio, “La ciudad y su cultura, en la obra de Lewis Mumford”, [artículo en línea], pp. 175-256. <http://hedatuz.euskomedia.org/2768/1/01750256.pdf> [Consultado: 12 de junio de 2018].

Juárez de la Rosa, Claudia, “Entre imaginarios y prácticas sociales: la participación pública y la apropiación social del servicio de ferrocarriles urbanos en la ciudad de México, 1857-1896”, tesis para obtener el grado de maestra en Historia, México, Instituto Mora, 2007.

Leal, Felipe *et al*, *Anales del cine en México, 1895-1911. 1899: ¡A los barrios de provincia!,* México, Voyeur, 2003.

----------, *Anales del cine en México, 1895-1911. 1903: El espacio urbano del cine,* México, Voyeur, 2003.

Lefebvre, Henri, *De lo rural a lo urbano. Antología,* Barcelona, Ediciones Península, 1978.

López Moreno, Eduardo, “Barrios, colonias y fraccionamientos -historia de la evolución de una familia temática de palabras que designa una fracción del espacio urbano- México”, México, Universidad de Guadalajara/Centro Universitario de Arte, 1996.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Leidenberger, Georg, “Los tranvías en la ciudad de México desde la electrificación hasta la Revolución, 1900 a 1911”, en Carlos Aguirre Anaya *et-al* (eds.), *Los espacios públicos de la ciudad. Siglos XVIII-XIX,* México, Casa Juan Pablos, 2002, pp. 335-354.

Lira, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México: Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919,* México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2da. edición, 1995.

Mariscal Toroella, María Teresa, “Nicolás Mariscal y Piña. Un arquitecto de dos eras, su pensamiento y su obra”, tesis para obtener el grado de maestra en Historia del arte, México, 2012.

Márquez Morfín, Lourdes, *La desigualdad ante la muerte en la ciudad de México. El tifo y el cólera,* México, Siglo XXI, 1994.

Mayol, Pierre, “Habitar”, en Michel de Certeau y Luce Giard, *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar,* México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1999, pp. 5-150.

Memoria del Ayuntamiento de México, (MA) tt. I y II, México, 1901.

Miranda Pacheco, Sergio, “Urbanización, servicios públicos y gestión municipal en el Distrito Federal durante el Porfiriato”, en María Esther Sánchez y María del Carmen Bernárdez (comps.), *Servicios urbanos en las ciudades mexicanas de los siglos XIX y XX,* México, UAM-Azcapotzalco-CYAD, 2016, pp. 15-34.

----------, *Tacubaya de suburbio veraniego a ciudad,* México, UNAM/IIH, 2007.

----------, “La historia urbana en México. Crítica de una historiografía inexistente”, en Héctor Quiroz Rothe y Esther Maya Pérez (comps.), *Urbanismo. Temas y tendencias,* México, UNAM, 2012, pp. 349-361.

----------, *Historia de la desaparición del municipio en el Distrito Federal*, México, Ediciones Uníos/Colección Sábado Distrito Federal, 1998.

Mitra Ávila, Rosaura, “La modernización de la ciudad de México a través del transporte de tracción eléctrica en el Porfiriato”, tesis para obtener el grado de licenciada en Historia, México, UNAM, 2006.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Morales Martínez, María Dolores, “La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX: el caso de los fraccionamientos” en María Dolores Morales Martínez, *Ensayos urbanos. La ciudad de México en el siglo XIX,* México, UAM, 2011, pp. 232-255.

----------, “La nacionalización de los conventos y los cambios en los usos de suelo. Ciudad de México 1861-1882” en María Dolores Morales Martínez, *Ensayos urbanos. La ciudad de México en el siglo XIX,* México, UAM, 2011, pp. 182-230.

Moreno Chávez, José Alberto y Lilia Esthela Bayardo Rodríguez (coords.), *Experiencias de modernidad,* México, El Colegio de Jalisco, 2017.

Moreno Elizondo, José Rodrigo, “El nacimiento de la tragedia. Orden cívico, criminalidad y desorden público. Las formas de apropiación de las fiestas de la independencia en la ciudad de México (1887-1900), tesis para obtener el grado de licenciado en Historia, México, UNAM, 2011.

Moreno Toscano, Alejandra (coord.), *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia, Seminario de historia Urbana,* México, DEH/INAH, 1978.

Moya Gutiérrez, Arnaldo, *Arquitectura, historia y poder bajo el régimen de Porfirio Díaz. Ciudad de México, 1876-1911,* México, CONACULTA, 2012.

Mumford, Lewis, *La cultura de las ciudades,* Buenos Aires, Emecé, 1945.

N. Rodríguez de San Miguel, Juan (comp.), *Pandectas hispano-mexicanas,* México, UNAM, 1980.

Nieto Cuevas, María Guadalupe, “Ayuntamiento y élites frente a las obras de saneamiento y limpia de la ciudad de México 1891-1903”, tesis para obtener el grado de licenciada en Historia, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2014.

Neruda, Pablo, *El habitante y su esperanza*, Santiago, Nascimiento,1926.

Olvera Ramos, Jorge, *Los mercados de la Plaza Mayor en la Ciudad de México,* México, Cal y Arena, 2007.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Ornelas Méndez, Candy Elizabeth, *Inventario del Archivo parroquial de Santo Tomás Apóstol La Palma, Arquidiócesis de México*, *Ciudad de México,* México, ADABI, Colección de inventarios 326, 2015.

Ortíz de Ayala, Tadeo, *México considerado como nación independiente y libre, ó sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos,* Burdeos, Carlos Lavalle Sobrino, 1832.

Padilla Arroyo, Antonio, "Perfiles sociales y escenarios del crimen en la ciudad de México a finales del siglo XIX", en María del Carmen Collado (coord.), *Miradas recurrentes II: la ciudad de México en los siglos XIX y XX*, México, Instituto Mora, 2004, pp. 220-236.

----------, *De Belem a Lecumberri. Pensamiento social y penal en el México decimonónico,* México, AGN, 2001.

Pérez Bertruy, Ramona, "La construcción de paseos y jardines públicos modernos en la ciudad de México durante el porfiriato: una experiencia social", en Carlos Aguirre Anaya *et al* (eds.), *Los espacios públicos de la ciudad. Siglos XVIII-XIX,* México, Casa Juan Pablos, 2002, pp. 314-334.

Pérez Cancio, Gregorio, *La Santa Cruz y la Soledad de Nuestra Señora, Libro de fábrica del templo parroquial,* México, INAH, 1970.

Pérez Monfort, Ricardo, "La fiesta y los bajos fondos. Aproximaciones literarias a la transformación de la sociedad urbana en México", en Regina Hernández Franyuti (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX,* Tomo. II, México, Instituto Mora, 1994, pp. 411-440.

Pereyra, Marcelo, "Cartografías del delito, territorios del miedo" en Stella Martini y Marcelo Pereyra (eds.), *La irrupción del delito en la vida cotidiana,* Buenos Aires, Biblos, 2009, pp. 41-61.

Perló Cohen, Manuel, *El paradigma porfiriano. Historia del desagüe del Valle de México,* México, IIH-PUEC/UNAM, 1999.

Pescador, Juan Javier, *De bautizados a fieles difuntos. Familia y mentalidades en una parroquia urbana: Santa Catarina de México, 1568-1820,* México, El Colegio de México, 1992.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Piccato, Pablo, *Ciudad de sospechosos: crimen en la ciudad de México 1900-1931*, México, CIESAS/FONCA/CONACULTA, 2010.

Pulido Esteva, Diego, "¡A su salud! Sociabilidades, libaciones y prácticas populares en la ciudad de México a principios del siglo XX", tesis para obtener el grado de doctor en Historia, México, El Colegio de México, 2012.

Prantl, Adolfo y José L. Groso, *La Ciudad de México. Novísima guía universal de la capital de la República Mexicana,* México, Juan Buxó y Compañía/Librería Madrileña, 1901.

Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos. Obras completas I,* México, CONACULTA/FCE, 1992,

----------, *La patria como oficio. Una antología general,* México, FCE, 2009.

----------, "Romance de la Migajita", [poema en línea] s/p <www.poemasde.net/romance-de-la-migajita-guillermo-prieto/> [Consultado: 2 de noviembre de 2017].

Quiñones, Isabel, *De Juan Manuel a Pachita la alfajorera, legendaria publicada en la ciudad de México*, México, INAH,1990.

Quirarte Castañeda, Vicente, "Elogio de la calle. Una geografía literaria de la ciudad de México, (1850-1992)", tesis para obtener el grado de doctor en Letras, México, UNAM, 1998.

Rama, Ángel, *La ciudad letrada,* Montevideo, Arca, 1998.

Ramos Cruz, Elena, "San Ángel, un pueblo, una historia: desamortización, urbanización y crecimiento de una localidad periférica, 1856-1928", tesis para obtener el grado de licenciada en Historia, México, UACM, 2009.

Rivera Carbó, Eulalia, "Plazas, calles y cuadrícula en la traza urbana" en Eulalia Rivera Carbó, *Trazos, usos y arquitectura. La estructura de las ciudades mexicanas en el siglo XIX,* México, UNAM/Instituto de Geografía, 2004.

Rivera Cambas, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, México, Imprenta de la Reforma, 1882.

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

Rodríguez Kuri, Ariel, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912,* México, El Colegio de México–UAM-Azcapotzalco, México, 2011.

Romero Lankao, Patricia, "Agua en la ciudad de México durante el porfiriato, ¿una realidad superada?", en *Relaciones 80* [artículo en línea] Vol. XX, Otoño-1999, México, pp. 132-152. <www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/080/PatriciaRomeroLankao.pdf> [Consultado: 12 de abril de 2018]

Rosell, Lauro E., "Iglesias coloniales. Santo Tomás La Palma", en *Revista de revistas. El semanario Nacional,* Año. XXVIII, Núm. 1484, 30 de octubre de 1938, ciudad de México.

Rovira Morgado, Rossend, "San Pablo Teopan: pervivencia y metamorfosis virreinal de una parcialidad indígena de la ciudad de México", en Marcela Dávalos (coord.), *De márgenes, barrios y suburbios en la ciudad de México, siglos XVI-XXI,* México, INAH, 2012, pp. 31-51.

Sánchez Ruiz, Gerardo G. "Epidemias, obras de saneamiento y precursores del urbanismo: la ciudad de México rumbo al primer centenario", en *Secuencia: Revista de Historia y Ciencias Sociales,* Núm., 78 (sept.-dic.) México, 2010.

Tena Núñez, Ricardo Antonio *et al, El barrio de La Merced. Estudio para su regeneración integral,* México, UACM/IPN, 2009.

Torres Rojo, Luis Arturo, *Los amos del tiempo, los artificiales vivientes y los sujetos de la resistencia: relojes públicos de la ciudad de México 1861-1910,* La Paz BCS, UABCS, 2012.

Valencia, Enrique, *La Merced. Estudio ecológico y social de una zona de la ciudad de México,* México, INAH, 1965.

Vargas Olvera, Rogelio, "El tránsito de los siglos XIX y XX y el tifo en la ciudad de México", en América Molina del Villar y Lourdes Márquez Morfín *et al, El miedo a morir. Endemias, epidemias y pandemias en México: análisis de larga duración,* México, CIESAS/BUAP/CONACYT/Instituto Mora, 2013, pp. 75-83.

Vega Amaya, María Patricia, "El gobierno de Ramón Corral en el Distrito Federal, 1900-1903: su impacto en la ciudad de México visto a través de la obra

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

pública", tesis para obtener el grado de maestra en Historia, México, Instituto Mora, 2004.

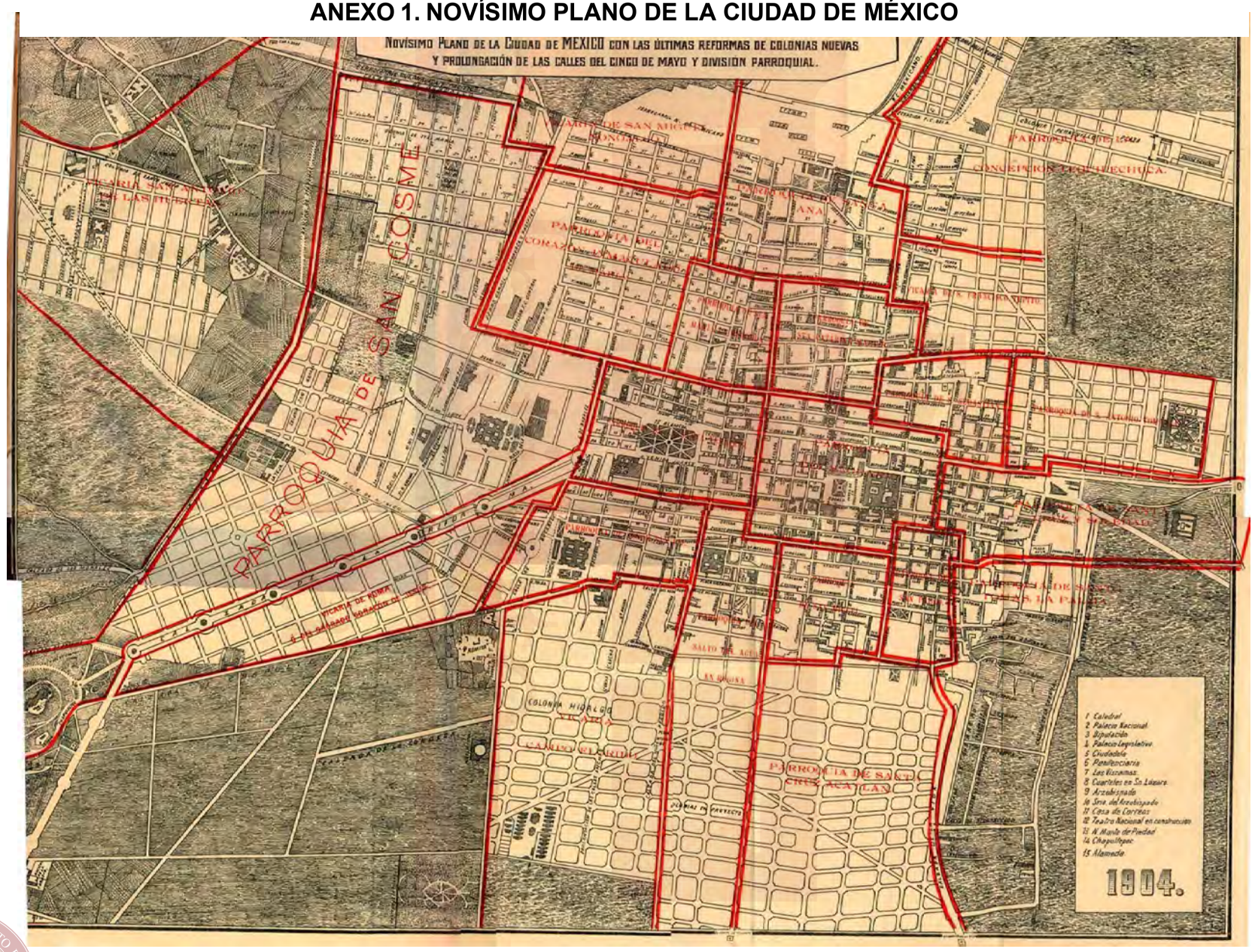
Victoria Uribe, María Susana, "Progreso a la carta. Los hábitos alimenticios de la élite capitalina y la búsqueda del progreso en los últimos años del Porfiriato", en María Eugenia Ponce Alcocer (coord.), *Cultura, política y sociedad en el México del siglo XIX. Múltiples miradas,* Universidad Iberoamericana y El Colegio de San Luis, 2016, pp. 205-224.

Villaseñor y Sánchez, Antonio, *Teatro Americano: descripción general de los Reinos y Provincias de la Nueva España, y sus jurisdicciones,* Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006.

Instituto Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

ANEXO 1. NOVÍSIMO PLANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO



Fuente: Basurto, *El Arzobispado de México*, <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080015816/1080015816_113.pdf> [Consultado: 5 de julio de 2017]

BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Instituto
Mora

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

ANEXO 2. CUADRO DE CASOS DE RIÑA, ROBO, HOMICIDIO Y VIOLENCIA ENTRE 1895 Y 1910

1	Riña	1895	Callejón de Viboritas	José Guerrero (**Z**) , Hernández y Regina Hernández
2	Riña (Contienda amorosa)	1895	Callejón de Viboritas	Hernández – No específica el nombre **(Z)** Resultó con diversas heridas
3	Riña	1895	Callejón de Viboritas	Nazario Hurtado **(Z)**– María Guadalupe "La Guayabotas"
4	Riña	1895	Callejón de Cocolmeca	Tomasa Tapia – Juan Hernández **(Z)** Lesionado en la cabeza
5	Riña	1899	Callejón de Viboritas	Francisco Martínez – Cleto Martínez **(X)**
6	Riña	1899	Callejón de Viboritas	Inocencio Villagrán - Ponciano Naranjo **(Z)** Gabriel Velázquez **(X)**
7	Riña	1899	Barrio de La Palma Plazuela de Pacheco	Vicente Silva **(Z)** - Manuel Estrada Lesión en la cabeza
8	Riña	1899	Barrio de La Palma Plazuela de Pacheco	Manuel Estrada - Vicente García **(X)** y Alberto Sánchez Muerto por dos puñaladas
9	Riña	1899	Barrio de La Palma Plazuela de Pacheco	Bruno Nava, disturbio en la plazuela.
10	Riña (Celos)	1901	Plazuela de la Palma	En la riña murió Felipe Ramos
11	Riña	1902	Pulquería de la Plazuela de la Palma	Agapito Márquez (Z) y otro individuo Murió a causa de las puñaladas
12	Riña (Celos)	1903	Plazuela de la Palma	Carpio y "su mujer" resultaron heridos, Carpio murió a manos de su amigo.
13	Riña	1906	2da. Calle de Santo Tomás	Timoteo Rodríguez **(Z)** - Bartolo Nava Lesión en la cara
14	Riña	1906	Plazuela de la Palma	Juan Piña **(Z)** - Gregorio Avila Mortalmente herido a puñaladas
15	Riña	1906	Barrio de La Palma	Alejandro Patlan **(Z)**- Juan Patlan Herido de gravedad
16	Riña Estado de ebriedad	1907	Pulquería de Cocolmeca	Sánchez Ayala **(Z) y** Soriano **(Z)** se enfrentaron con otro grupo Heridos de gravedad
17	Riña	1907	Plazuela de La Palma	Un desconocido riñó con Jesús León **(Z)** Herido por una aguja que penetró su cráneo

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

18	Riña	1907	Barrio de La Palma en la puerta de un café	Raymundo Argumedo-Hombre desconocido **(X)** Muerto por una chaveta
19	Riña (Celos)	1908	Plazuela de la Palma (Pulquería)	Julián Uribe – María Soledad Buenaventura **(Z)** Apuñalada
20	Riña	1908	Plazuela de la Palma (encontraron al agresor)	Lucas Fuentes- Agustina Martínez **(Z)** Herida gravemente
21	Riña (Celos)	1910	Plazuela de La Palma	Francisco Sánchez - Antonio Díaz **(X)**
22	Riña (Celos)	1910	Plazuela de la Palma	Juan Pérez **(Z)-**Arturo Méndez **(Z)** Herido y descalabrado
23	Robo	1895	Barrio de Santo Tomás La Palma	Un "individuo de malas tranzas" que decía ser empadronador para robar.
24	Robo de infante	1898	Rumbo de la Palma Callejón de Culebritas	Romana Pasarín denunció el robo de su hija Florentina Sánchez de 7 años de edad
25	Robo	1898	Callejón de Viboritas	Robo de Santos en la casa de Doña María Luz Hernández
26	Robo	1899	La culpable se encontró en el barrio de La Palma	Ana Olivares robó las alhajas de su patrona Antonia Villalpando
27	Robo	1898	El culpable fue encontrado en una casa del barrio de La Palma	Enrique Paniagua huyó de la cárcel de Belem tras ser acusado de robo y se escondió en una casa
28	Robo	1909	Plazuela de la Palma	Robo de recamara de Cayetana Quintana
29	Robo de limosnas	1910	Iglesia de La Palma	Jesús Mora robó de las manos del sacerdote Juan González las limosnas
30	Violencia	1899	Barrio de La Palma	Indalecio Rodríguez – José Ramos **(Z)** Le sacaron un ojo con una alcayata
31	Violencia	1907	Plazuela de la Palma	Juan Moreno – Clara **(Z)** Golpeada por su padre
32	Violencia	1908	Plazuela de la Palma	Andrea Vallejo- Felipe Morales Golpeada, presentaba contusiones en cara y cuerpo
33	Violencia	1909	Plazuela de La Palma	J. Félix Medina-María de las Mercedes Palacios **(Z)** Lesionada con un puñal

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca

34	Homicidio	1895	Callejón de Viboritas	José Refugio Chávez- Eugenio Zamudio **(X)**
35	Homicidio	1898	Barrio de La Palma	Birgham Young, patriarca mormón **(X)** – Una de sus esposas
36	Homicidio (Consumo de pulque)	1896	Carrizal cerca de La Palma	Estanislao Rubio – Regino Guzmán **(X)** Muerte causada por un machete
37	Homicidio	1899	Barrio de la Palma Tienda "El Carnaval de Venecia"	José M. Chávez **(Z)**- Emilio Maya Apuñalado en el pecho
38	Homicidio y Robo	1904	Calle de Cocolmeca	Isidoro Barajas "El Tuso" autor del homicidio de Fiacro Fonseca **(X)**
39	Homicidio	1906	Plazuela de la Palma	Jesús Álvarez – Adolfo Rodríguez **(X)** Muerto por disparo
40	Apuñalado	1901	Plazuela de Pacheco	Luis Ramírez apuñalado por un hombre extraño
41	Herido	1895	Barrio de La Palma Bótica	Joven herido
42	Herido	1906	Plazuela de la Palma	Nombre desconocido murió a causa de las múltiples lesiones
43	Asalto	1906	Barrio de la Palma Callejón López	Mariano Eguiluz fue asaltado por cuatro sujetos que fueron capturados
44	Intento de asalto	1905	Barrio de La Palma	Margarito Cuéllar intentó robar a una vecindad del barrio de la Palma

Fuente: elaboración propia con datos hemerográficos. (Z) Herido (X) Muerto)

Ernesto de la Torre Villar
Biblioteca